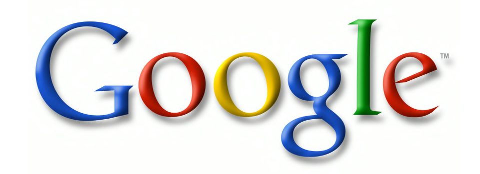
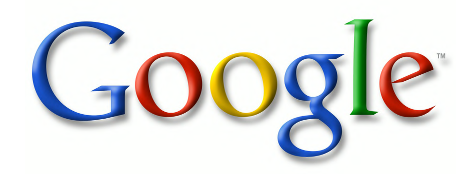
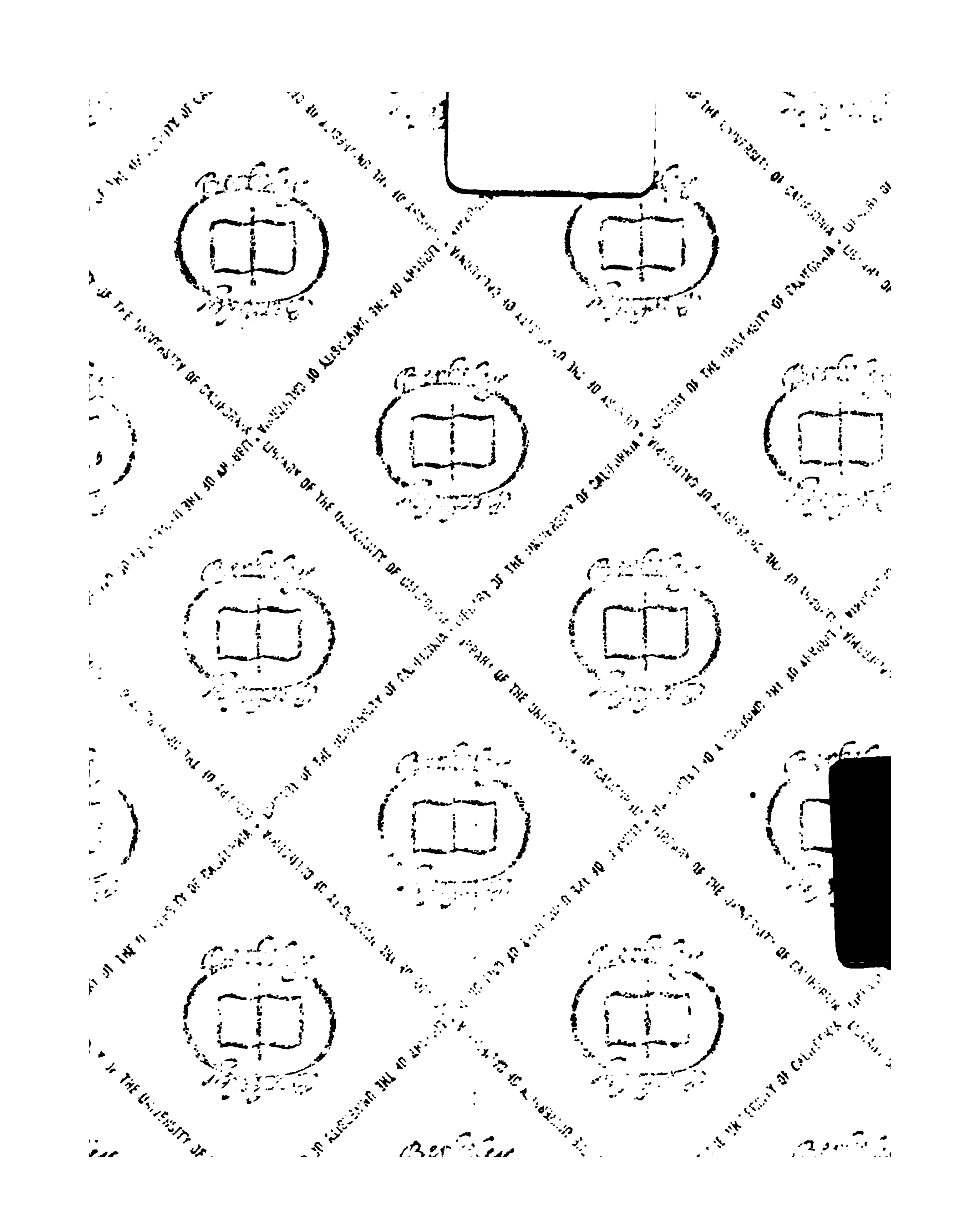
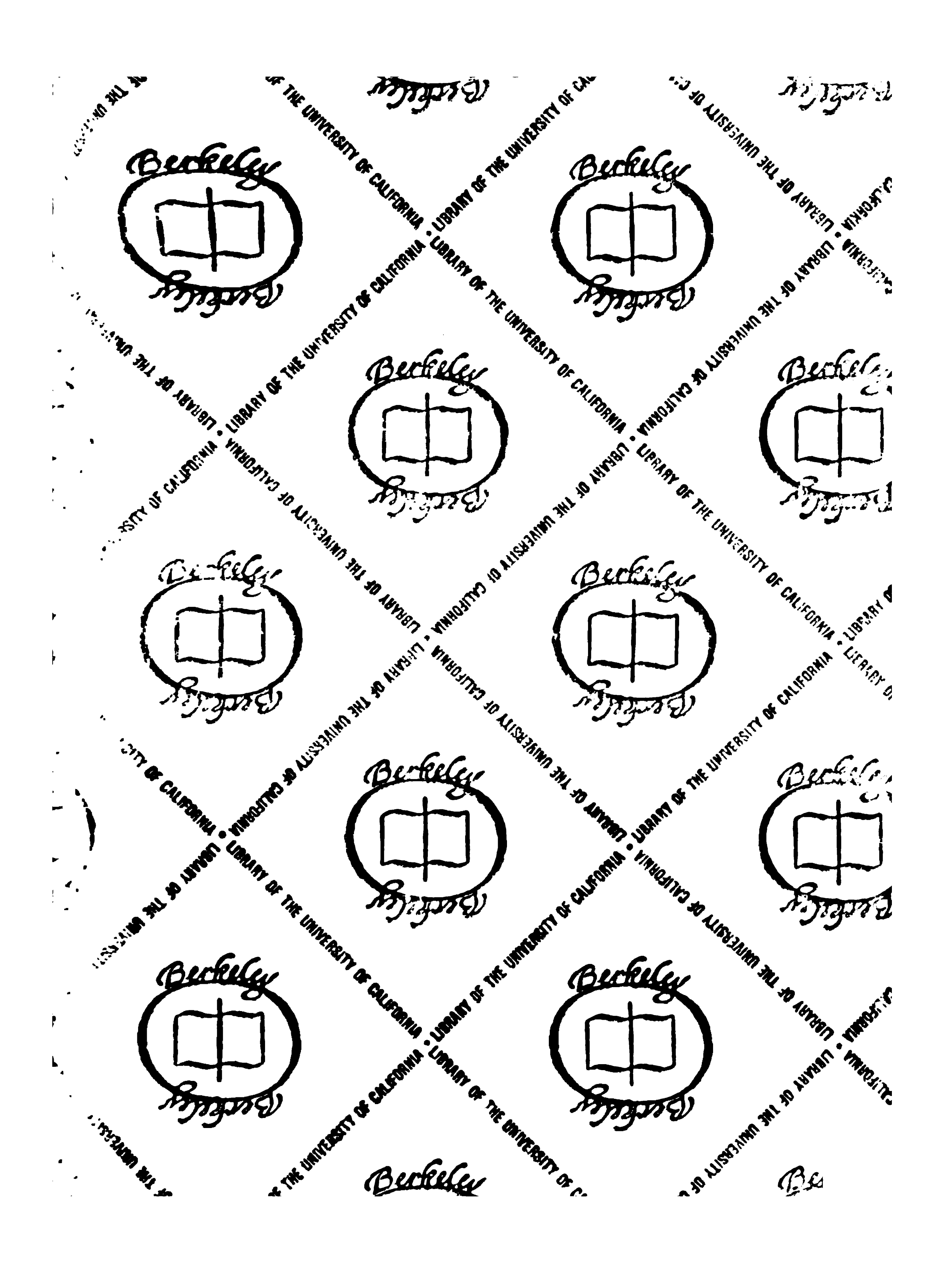







LIBRARY OF THE UNIVERSITY OF CALIFORNIA


Berkeley
LIBRARY OF THE UNIVERSITY OF CALIFORNIA

JOSÉ DE ESPRONCEDA

OBRAS POÉTICAS

Y

ESCRITOS EN PROSA

COLECCION COMPLETA

ENRIQUECIDA CON VARIAS PRODUCCIONES INÉDITAS
ENCONTRADAS ENTRE LOS PAPELES AUTÓGRAFOS DEL AUTOR,
ORDENADA POR

DON PATRICIO DE LA ESCOSURA

ACADÉMICO DE LA ESPAÑOLA;
PUBLÍCALA

DOÑA BLANCA ESPRONCEDA DE ESCOSURA,

HIJA ÚNICA Y HEREDERA DEL INSIGNE POETA



MADRID
EDUARDO MENGÍBAR, EDITOR
63 — Hortaleza, — 65
1884

Blanca de Espronceda

MADRID.—Tipografía Gutenberg, Villalar, 5.

ADVERTENCIA

Sobre los motivos y condiciones de esta edición.

Muchas veces, y por diferentes editores, se han impreso, coleccionadas en un tomo, varias poesías de Espronceda; infinitas, aparte *El Diablo Mundo*, pero «todavía quedan dispersos en Diarios y Revistas unos, inéditos otros, bastantes frutos de su clarísimo ingenio,» dice con razón el erudito, ilustrado y laboriosísimo Académico correspondiente de la Española, D. Gumersindo Laverde, en su folleto titulado *Páginas olvidadas de Espronceda*.

Era, pues, preciso hacer una nueva edición, tanto para que el público goce, en fin, de una colección completa de las obras del insigne poeta, como á fin de que, de una vez para siempre, conste que Espronceda no escribió, ó no queda al menos más de lo que escribir pudo, más de lo que aquí se imprime; y que, por tanto, no son parto de su privilegiado ingenio ciertas rapsodias de escaso mérito todas, y de indigna índole algunas, que circularon y acaso todavía circulan con el nombre de quien, si viviera, ciertamente no consentiría que así de él se abusara.

Eso por una parte, que por otra, las composiciones inéditas y autógrafas que, entre los papeles de nuestro poeta se encontraron á su fallecimiento, y que posee su hija única

Doña Blanca, propietaria de esta edición, bastarán ellas solas á motivar la impresión de este tomo, que incluye, en realidad, todas las obras poéticas conocidas de Espronceda, más las inéditas, entre las cuales la tragedia *Blanca de Borbón*, y algunos fragmentos dramáticos; y por último, algunos escritos en prosa, completos unos y sin acabar otros.

Dos palabras ahora sobre lo que no es de Espronceda, aunque de Espronceda trata, en este libro.

Inmediatamente después de esta indispensable advertencia, encontrará el lector el prólogo de la primera edición, suscrito por D. José García Villalta, y la biografía del malogrado poeta, escrita con amor y elegancia por el ya tambien difunto Académico D. Antonio Ferrer del Río.

A continuación insertamos la parte concerniente á Espronceda en el discurso titulado *Tres poetas contemporáneos*, leído á la Academia Española en su sesión inaugural del año pasado de 1870 por el que estas líneas suscribe, y se encuentra hoy encargado por su hermana política Doña Blanca Espronceda de la Escosura, del ordenamiento y la corrección de esta edición de las obras del que fué su mejor amigo.

Y finalmente, reproducimos el artículo descriptivo del entierro de Espronceda, que publicó en 25 de Mayo de 1842 el conocidísimo periódico progresista de Madrid llamado el *Eco del Comercio*[1], y en el cual se insertan unos lindísimos versos del también malogrado poeta D. Enrique Gil, á la muerte de nuestro amigo, y un discurso pronunciado sobre su tumba por el insigne orador D. Joaquín María López.

Con alguna que otra nota nos ha parecido conveniente ilustrar el texto de las poesías; pero hemos sido en ese punto escrupulosamente parcos.

Á la tragedia *Blanca de Borbón*, hoy por vez primera publi-

1 Tomamos ese artículo del folleto del Sr. Laverde.

cada, precede una introducción histórica y crítica; el texto va ilustrado con notas y variantes, referentes á los dos manuscritos autógrafos que para la impresión se han tenido presentes; y con un artículo cuyo título «*Algunas noticias más sobre Espronceda como dramático*» dice bien su objeto, ha terminado en esa parte, el que dirige esta edición, su tarea.

De los escritos en prosa de Espronceda se dice en el lugar correspondiente todo lo que averiguarse ha podido.

PATRICIO DE LA ESCOSURA.

PRÓLOGO DE LA PRIMERA EDICIÓN

Pocos libros se han publicado recientemente en España con menos necesidad de prólogo que el de las elegantes poesías del Sr. D. JOSÉ DE ESPRONCEDA, que ahora sale á luz. Mientras, ausente el poeta, nos afanamos sus amigos en completar la colección, más por honra de nuestra época y de la musa y del habla castellana, que por obsequio al autor, cuya modestia y abandono generoso, proverbial entre cuantos le conocen, habría hecho su cooperación dificilísima, anímanos en nuestra halagüeña tarea la certidumbre de que es verdaderamente popular este trabajo y de verdadera importancia para la literatura española reunir en un solo cuerpo esos preciosos fragmentos y composiciones sueltas, perlas de nuestro Parnaso, que ya en manuscritos, ya en incorrectas publicaciones, han circulado con aplauso universal, y en nuestros días inaudito.

No se ofrecen, pues, al público las poesías de ESPRONCEDA con ánimo de explorar su juicio, ni de merecer una sentencia favorable que, pronunciada ya por

unanimidad, hace muchos años, en el entusiasmo que las sublimes composiciones del *Pirata, El Mendigo, El Verdugo*, el *Himno al Sol* y otras muchas excitaran en los liceos y academias, en la prensa periódica de la capital y de las provincias, en los salones más cultos y de mejor tono, así como en las turbas del pueblo, último y supremo juez, por más que muchos lo ignoren ó lo nieguen, en materias de buen gusto, fuera impertinencia pedirle que ratificase un fallo nunca desmentido ni puesto en duda. Pero la misma benevolencia del juicio exige de los amigos del poeta que presenten al público todo el ramillete, ya que varias de las joyas y de las suavísimas flores que le componen le han deleitado con su viva luz, con su dulce y delicado aroma, con sus espléndidos matices, ora ilustrando su mente, ora depurando sus afectos, ó reanimando la llama de sus virtudes.

No es de este lugar el exámen crítico de las poesías de Espronceda, ni convenientes nunca los esfuerzos que se dirigen á prevenir el juicio de los lectores. Y aunque así no opinásemos, todavía nos abstendríamos de entrar en calificaciones acerca de su mérito, pues de seguro no las necesitan. Los libros de los grandes ó de los inspirados escritores pueden presentarse sin explicación ni apología: cuando éstas se intentan, llevan, por lo común, la mira de demostrar que lo frío, lo vulgar ó insípido es bueno, y que debe leerse; á lo cual suele responder el público, por evitar debates, que

bueno será, pero que no lo lee. Imaginamos, empero, que aunque nos cumpla renunciar al análisis de los bellos cantos que á la par del público admiramos, no nos será lícito emitir la opinión de que están, más que ningunos otros que en nuestra lengua conozcamos, exentos de aquella inanición de que adolecen las producciones de quienes no saben ó no sienten más que sienten ó más que saben los que las contemplan. Cada poema de ESPRONCEDA es una revelación; cada estrofa un cuadro en que se retrata á la naturaleza con tanta verdad, que la vemos allí fecunda, viva y en movimiento, tal cual en el mundo ideal ó el físico la sentimos; descubriendo, además, bajo el pincel del artista, nuevas formas, y hermosuras, y armonías nuevas, que por nosotros mismos jamás hubiéramos echado de ver. Todos los vivientes somos susceptibles de impresiones, y en nuestro pecho, es cierto, yacen los gérmenes de la inspiración; pero el libro del poeta es el mágico espejo donde se descubren los arcanos y misterios profundos de la beatitud, que á veces dulcifica el alma, del dolor que con mayor frecuencia la inunda. Profundo psicólogo nuestro autor, tomó las formas de la mística belleza del orbe; arrancó sus secretos al más puro y recóndito sentir del espíritu humano; y en una lengua castiza, armoniosa, fácil, digna del alto asunto que explicaba, describió los raptos del corazón, el vuelo de la fantasía, arrebatándonos consigo, ya hasta el zenit dorado desde donde apostrafa al sol...

Vívido lanzas de tu frente el día;
Y alma y vida del mundo,
Tu disco, en paz, majestuoso envía
Plácido ardor fecundo;
Y te elevas triunfante,
Corona de los orbes centellante;

ya á las remotas playas desde donde dirige á su patria el melancólico y tierno cantar que comienza así, y cuya inimitable unción crece en cada estrofa:

¡Cuán solitaria la nación que un día
Poblara inmensa gente!
¡La nación cuyo imperio se extendía
Del ocaso al Oriente!

Permítasenos, antes de concluir esta brevísima introducción, tributar el homenaje de nuestra gratitud al hombre cuyo profundo saber, delicado gusto y complaciente benevolencia han contribuido tanto á cultivar el alto ingenio de nuestro amigo. El Sr. D. ALBERTO LISTA cuenta á ESPRONCEDA como á uno de sus más aventajados alumnos; y entre las octavas del *Ensayo épico* que se publican, hay algunas de aquel eminente profesor, á quien la mano de la política puede separar momentáneamente del trato, pero no del corazón, de los que le debemos atenciones ó enseñanza.

Madrid, Junio de 1839.

JOSÉ GARCÍA DE VILLALTA.

BIOGRAFIA

DE

DON JOSE DE ESPRONCEDA

Triste, muy triste es ver al cristalino y murmurante arroyo trasformado en impetuoso torrente, que cae y se quebranta de peña en peña hasta arrastrarse en el llano, cuyas arenas lo absorben antes de convertirse en espaciosa laguna para retratar en su diáfana superficie todas las bellezas que la creación hacina en sus márgenes privilegiadas. Triste, muy triste es ver cómo desciende al sepulcro en la flor de sus años el hombre que se eleva en alas del genio y de la poesía á excelsas regiones y habita mundos desconocidos, á que da animación su mente y donde le sustenta su imaginación de fuego; así cede el robusto roble al soplo de los vendavales y se derrumba con hórrido estruendo; no de otro modo se sumerge deshecho por las tormentas el empavesado buque, gala y orgullo de los mares.

Tal es en bosquejo la vida del cantor de *El Diablo Mundo:* pasaremos con la celeridad posible por los sucesos que más la caracterizan, temerosos de que se apodere de nuestra alma la amargura, y de que el llanto anuble la luz de nuestros ojos.

A uno de esos acasos de la guerra debe la gloria de contar entre sus ilustres hijos á D. José de Espronceda

la patria de Francisco Pizarro y de Diego Paredes. Seguía su padre la honrosa profesión de la milicia, se hallaba empeñado en la memorable campaña de la Independencia como coronel de un regimiento de caballería en la provincia de Extremadura; acompañábale su esposa, ya encinta, y en una de las continuas y penosas marchas de la tropa, hubo de quedarse oprimida por vivísimos dolores en la villa de Almendralejo, donde dió á luz al que más tarde habia de ser honra y prez de la poesía castellana: corría á la sazón el año de 1810 y era la estación de los céfiros y las flores.

Acabada la guerra, se establecía en Madrid la familia de Espronceda, y ya tenía éste algunos rudimentos de enseñanza al abrirse el colegio de San Mateo. Discípulo de Lista, y tempranamente afecto al cultivo de las musas, su primera oda se dirigía á celebrar la jornada del 7 de Julio; enseñósela á su buen maestro: á cada verso que constaba, á cada imágen medianamente descrita, exclamaba Lista regocijado: — Oyes, ¡esto es magnífico! A cada locución trivial, á cada frase impropia é incoherente, decía sin fruncir el ceño: — Mira, esto es de mal gusto. Ponderaba las bellezas, corregía los defectos y animaba el naciente numen del vate: así, para llevar por un sendero á sus alumnos, nunca empleaba la rígida autoridad de maestro, pues sabía granjearse su infantil cariño, y las blandas insinuaciones hacían el oficio de expresos mandatos. Espronceda estudiaba privadamente con Lista después de cerrado el colegio: también figuraba entre los que, aplicándose poco, lucían mucho: miembro de la academia del *Mirto*, progresaba en la poesía: con vocación á la política y liberal por el convencimiento de que es capaz un joven de catorce años, pertenecía á la sociedad de los

Numantinos, en clase de tribuno. Preso como Vega y otros compañeros suyos al recaer en aquella causa el fallo de los tribunales de justicia, salía de Madrid con destino á un convento de Guadalajara, ciudad donde residía á la sazón su padre.

Allí en la soledad del claustro se enaltecía su mente juvenil y lozana por las regiones de la epopeya. Alentado por su inspiración vigorosa, no se detenía á indagar si los sonidos de la trompa épica hallarían eco en la sociedad de nuestro siglo. Recorriendo la historia de España y fijándose en el adalid de Covadonga, le parecía asunto grande, sublime y capaz de interesar á un pueblo, la restauración de la monarquía de los godos en pugna con la civilización floreciente y el guerrero empuje de los sectarios de Mahoma. Ofrecía este magnífico cuadro el contraste de dos creencias, de dos civilizaciones, de dos enseñas, la cruz y la media luna: cabían excelentes episodios en que alternaran las rudas costumbres de los esforzados montañeses luchando por su independencia, y la muelle vida de los orientales soñando amores en sus gabinetes embalsamados con olorosas esencias y enriquecidos con sedería y oro, ó arrojándose á las lides para propagar la ley de su profeta á sangre y fuego. Acertado anduvo Espronceda en elegir á *Pelayo* por héroe de su poema, argumento tan digno y grandioso como la *Conquista de Granada* y el *Descubrimiento del Nuevo Mundo*. Si hubiéramos de calificar el mérito de su epopeya por los cantos insertos en la colección de sus poesías, nuestro voto le sería favorable: pues hay allí pasajes que admiran por la verdad y atrevimiento de sus pinturas, como el *Cuadro del hambre* y el fatídico *Sueño del rey don Rodrigo*. A Don Alberto Lista le agradó sobremanera el pensamiento,

y aun son suyas algunas octavas en los fragmentos contenidos. No había renunciado Espronceda á terminar *el Pelayo*, y constantemente poseído de la belleza del asunto, es probable que al darle cima hubiera variado de metros á fin de amenizar más el conjunto de la obra.

Cumplida su condena vino á la Corte: bajo la recelosa mirada de la policía le amagaban persecuciones, y ansioso de sacudir tan cruel desasosiego, no menos que de correr mundo, determinó salir de España, y encaminándose á Gibraltar puso su planta en el primer país extranjero sin apartarse de nuestro territorio. Cómo se trasladó desde allí á Lisboa, nos lo ha referido con jovial tono y fácil gracejo, distante ya de los peligros y miserias que le acosaran entónces. Por no eclipsar la brillantez de su relato reduciéndolo á más estrechos límites de los que ocupa en *El Pensamiento*, nos basta deducir de aquel artículo un dato importante. Después de echar el ancla en el puerto de Lisboa el desmantelado falucho que conducía al joven emigrado, lo abordó la falúa de sanidad: exigieron á los pasajeros el pago de una gabela: cuando á Espronceda le llegó su turno, sacó del bolsillo un duro, única moneda que componía todo su erario; le devolvieron dos pesetas y las arrojó desenfadadamente al agua, porque *no quiso entrar en tan gran capital con tan poco dinero.*

Para el que al anochecer de un día nebuloso ó sereno vaga por las calles de una ciudad extraña, sin pan que le sustente, ni techo que le abrigue, ni amigo que le tienda una mano, no son todas penas y angustias como acaso imaginan los que en sedentaria vida vegetan, ó con la comodidad de la opulencia viajan. Un espíritu henchido de fuego y ávido de aventuras, un corazón

resuelto y una voluntad firme triunfan siempre de este trance, congojoso y amargo para los que se anegan en poca agua. No pertenecía Espronceda á esta clase: pobre como Homero, desembarcaba en el país del cantor de Vasco de Gama: allí entre privaciones y escaseces tuvo orígen esa pasión amorosa, violenta, vehemente y profunda, pasión embellecida por su imaginación ardorosa, y que con sus goces y penalidades, sus dichas y contratiempos absorbe gran parte de su existencia. Propio de una novela sería narrar las diversas alternativas de tan ardientes amores: omitiríamoslas nosotros aun cuando se adaptasen á la índole de esta obra, porque acaecen lances en la vida de los hombres que deben envolverse en el sudario del olvido, y hay secretos de amistad sobre los cuales cae de repente y á perpetuidad la losa del silencio.

Eran por aquella época los emigrados la continua pesadilla de los consejeros del rey de España, y no los consentían á la puerta de casa: por eso Espronceda y otros se vieron en la necesidad de trasladarse á Londres, cuyo suelo fué para todos más hospitalario. Dividía el poeta extremeño las horas entre sus desvaríos amorosos y sus estudios: leía á Shakspeare, á Milton y á Byron, y si consultamos sus inclinaciones, sus costumbres, sus poesías, no sería difícil demostrar que Espronceda se propuso por modelo al último de estos tres escritores: entonaba cánticos de apasionada ternura á su dama y dedicaba á su país acentos, no lánguidos y pobres de valentía como los de Martínez de la Rosa en ocasión semejante, sino bien sentidos y expresados á estilo del profeta de las Lamentaciones, deplorando el abatimiento de la nación que había dictado leyes al mundo, y en cuyas posesiones nunca descendía el sol á su ocaso.

Tal vez en Londres gozaba Espronceda el período más feliz de su vida aun cuando no abundase en recursos. Cruzaba despues el Canal de la Mancha, fijando en París su residencia: entusiasta por la libertad de los pueblos, se batía en el puente de las Artes y detrás de las barricadas durante los tres días de Julio. Venía más tarde entre aquel puñado de españoles que más acá del Pirineo dieran estériles señales de bizarría, asistiendo á la infeliz jornada en que sucumbiera heróicamente D. Joaquin de Pablo. Vuelto á París, se inscribía en la gloriosa cruzada que espíritus nobles imaginaron por salvar á la oprimida Polonia, sublime y heróica empresa contrariada por Luis Felipe con la voluntad inflexible de un soberano bien quisto de su pueblo. A la mágica voz de amnistía regresaba Espronceda al suelo patrio, y dirigiendo ya los negocios el ministro Cea, entraba en el Cuerpo de Guardias de la Real persona. Amado de sus compañeros y querido de sus jefes, sin duda hubiera sido uno de los más pomposos vástagos de aquel rico plantel de la milicia española, si un imprevisto suceso no viniera á cortar en flor sus esperanzas. Hubo de escribir unos versos alusivos á la política militante, y aplaudidos en un banquete, deslizándose de mano en mano es fama que llegaron á las del primer ministro, quien no se descuidó en mostrárselos al monarca: llamó éste al capitan del Cuerpo, y aunque al principio abogó con energía por su subordinado, apoyándose en su puntualidad para el servicio y en sus felices disposiciones para la milicia, doblóse al fin á las exigencias ministeriales, y el poeta dejó de ser guardia. Desterrado á la villa de Cuéllar, reunió materiales y compuso una colección de bellos cuadros, á que dió el nombre de novela: si corresponde al título

que tiene, dista mucho de figurar *El Sancho de Saldaña* en primera línea entre esa clase de producciones.

Apenas apuntó en España la aurora de libertad con la promulgación del Estatuto, se hizo Espronceda periodista; su altivo pensamiento no podía soportar el yugo de la previa censura. Contábase entre los redactores de *El Siglo*, de que era director D. Bernardino Núñez Arenas, propietario el Sr. Faura y censor el Sr. González Allende. Prohibidos por éste los materiales destinados al número 14 del periódico más caliente de entonces, no sabían los redactores cómo salir de aquel apuro. Espronceda tuvo la oportuna idea de proponer que se publicara *El Siglo* en blanco: asintieron todos sin dificultad á la propuesta, y al día siguiente se repartía su diario con los epígrafes de: *La amnistía. — Política interior. — Carta de D. Miguel y D. Manuel María Hazaña en defensa de su honor y patriotismo.—Sobre Cortes.— Canción á la muerte de D. Joaquín de Pablo (Chapalangarra).* De resultas fué vedada la publicación de *El Siglo,* y sus redactores tuvieron que andar á salto de mata para desorientar á los que de órden del gobernador civil iban en su busca.

Tuvo Espronceda gran parte en los movimientos de los años de 1835 y 1836, haciendo barricadas en la Plaza Mayor de esta Corte, y pronunciando fogosas arengas. Como en ambas ocasiones pudo la autoridad militar contener por pocas horas el fuego que había cundido de provincia en provincia, se vió obligado á esconderse el poeta revolucionario. Hallábase en los baños de Santa Engracia cuando el Ayuntamiento de Madrid dió en 1840 el grito de Setiembre, que forzosamente había de prevalecer secundándolo el caudillo de los ejércitos nacionales á la cabeza de cien mil comba-

tientes. Luégo que lo supo tomó la posta y vino á incorporarse á la octava compañía de cazadores, de que era teniente. Sonaba su voz en el Jurado, defendiendo un artículo de *El Huracán*, denunciado por aquellos días. Del modo más explícito hizo alarde de sus opiniones republicanas; temía que del pronunciamiento no se obtuviesen grandes resultados, y exclamaba: «Yo bien » sé que despues de violentas borrascas quedan insec- » tos sobre la tierra que corrompen la atmósfera con » su fétido aliento.» Justificando aquel trastorno y recalcando la precisión que había de variar de rumbo, decía: « Hasta ahora ha visto la nación que sus repre- » sentantes se han arrojado sobre ella para devorarla » como una horda de cosacos.» Creía que si todos se persuadieran de la excelencia del gobierno republicano y se tratara luégo de imponer castigos á sus defensores, habría que *fusilar á la humanidad entera*. Abundaba su discurso en frases de esta especie: obtuvo diversos aplausos, y el artículo de *El Huracán* fué absuelto.

Por el mes de Diciembre de 1841 se dirigía á El Haya á desempeñar la secretaría de la legación española: regresaba poco después á Madrid como representante de Almería en el Congreso. Ya decaída su salud en gran manera por lo azaroso y desordenado de su vida, había sufrido doble quebranto con el viaje hecho á la fría Holanda en lo más crudo del invierno.

Bien conocían sus admiradores que no cubrirían canas aquella erguida frente, y sus temores se realizaron mucho antes de lo que imaginaban. Atacado de una inflamación en la garganta, espiró á los cuatro días de enfermedad, á las nueve de la mañana del 23 de Mayo de 1842, en los brazos de sus predilectos

amigos. Profunda sensación causó tan temprana muerte: numeroso cortejo seguía el ataud del poeta acompañándolo hasta el cementerio de la puerta de Atocha; y nuestro amigo D. Enrique Gil conmovía á todos los concurrentes con la lectura de una tierna elegía recitada entre sollozos.

Poeta de esplendorosa fantasía, de númen potente, de entonación robusta, osado en las formas, elegante en las locuciones, daba lujo, facilidad y elocuencia á su nervioso estilo. Dotado de singular arrojo, capaz del más férvido entusiasmo, amaba los peligros y se esparcía su ánimo imaginando temerarias empresas. En la edad antigua y en la patria de Sócrates hubiera sido rival de Alcibiades ó hubiera muerto en las Termópilas con Leonidas: en la Edad media hubiera merecido la ínclita gloria de que se leyesen sus hazañas en el poema del Tasso: al principio de la Edad moderna le hubiera visto Cristóbal Colón á bordo de su carabela. Mas no simbolizan por cierto la virtud sublime y la fe religiosa en el siglo de Espronceda, siglo en que de todo se hace mercancía, en que todo se reduce á guarismos y se pesa y se quilata; siglo, en fin, de mezquindad y prosa. Impetuoso el cantor de Pelayo y sin cauce natural á su inmenso raudal de vida, se desbordó con furia gastando su ardor bizarro en desenfrenados placeres y crapulosos festines: á haber poseído inmensos caudales, fuera el *Don Juan Tenorio* del siglo XIX.

Una de las canciones más celebradas de Espronceda, es *El Pirata,* donde pinta admirablemente al hombre que tiene el *mar por patria*. Nosotros hemos hecho largas navegaciones: bella es la perspectiva del sol brotando en chispas de oro del seno de las aguas, ó escondiéndose al término de su triunfal carrera entre

grupos de caprichosas nubes que semejan la mole de almenado castillo ó el contorno de pirámide gigantesca, ó la arcada de macizo puente, ó el muro de ciudad antigua. Magnífica de encantos desciende la noche, ya se ostente tranquila con su fúlgida cohorte de estrellas, ya aparezca entre nubes de negro celaje, que desvanece la primera luz del alba ó rasga á deshora el resplandor de la luna, surgiendo roja de las tinieblas y mostrando su disco como el cráter de un volcan preñado de ardiente lava. Recrean al navegante el fosfórico brillo de las ondas estrellándose en el costado del buque, la luminosa estela que se dilata por la popa, y el ruido de la quilla hendiendo las aguas, semejante al fragor de umbroso bosque agitado por el viento, ó al soberbio hervir de majestuosa catarata quebrantándose de roca en roca. Todos esos goces los habíamos concebido antes de surcar los mares: nos lo revelaba la canción de Espronceda: muchas veces la hemos repetido sobre cubierta á tiempo de rielar en el Océano la luna y de gemir en la lona fresca brisa alzando olas de plata y azul en blando movimiento: ni nos ha faltado ocasión de recitarla teniendo por música los huracanes y el estrépito y temblor de los cables sacudidos. Espronceda blasona de su amor á los peligros en la canción de *El Pirata*. Su espíritu belicoso se halla patente en el *Canto del Cosaco;* lo acrisolado de su patriotismo en la *Despedida del jóven griego de la hija del apóstata:* sus delirios de socialista en *El Mendigo* y en *El Verdugo:* en el *Himno al sol* su elevación de ideas: cuanda canta *A un Lucero* llora la pérdida de sus ilusiones: cuando en una *orgía* se dirige á *Jarifa,* el hastío le devora: cuando compone *El Estudiante de Salamanca,* dibuja en D. Félix de Montemar su propio retrato. Con leer ese precioso tomo de

poesías publicado en 1840, estudia uno al poeta y se familiariza con el hombre: sus versos vienen á ser un exacto compendio de su historia.

Existen en los periódicos algunas de sus poesías sueltas: en *El Español* dos fragmentos de una leyenda *El Templario:* en *El Pensamiento* un romance *á Laura:* en *El Iris* estrofas de una oda á la *traslación de las cenizas de Napoleón* y un fragmento de *El Diablo Mundo* titulado *El ángel y el poeta:* en *El Labriego* una composición al *Dos de Mayo*. De esta parece oportuno indicar alguna cosa.

Desde que el general en jefe de las tropas de Isabel II escribió su célebre manifiesto sobre la cureña de un cañón en el Mas de las Matas, no se avenían los hombres del progreso á agitarse sin fruto entre el polvo de la derrota, y no desperdiciaban momento de maquinar contra sus triunfantes adversarios. Abiertas las Cortes de 1840, eligieron por campo de batalla la discusión de actas electorales impugnándolas una por una con prolijidad enfadosa, y repitiendo hasta la saciedad unos mismos cargos, como para dar tiempo á que madurase algún proyecto de trastorno. Ya muy avanzada la sesión del 23 de Febrero hervía la multitud á las puertas del Congreso; descansaba sobre las armas un piquete de infantería en el solar de las monjas de Pinto: pedía la palabra D. Joaquín María López, y al decir en el exordio de su arenga incendiaria, que iba á *arrancar muchas máscaras* y á *llamar las cosas por sus verdaderos nombres,* estallaba en las galerías y en las tribunas ruidoso y universal aplauso: percibíase dentro la gritería de las gentes agrupadas en torno de la parte exterior del edificio: se refugiaba el jefe político de Madrid al salón de columnas. Continuando la sesión

aseguraba el Gabinete que había adoptado las medidas convenientes para restablecer el público sosiego; algún diputado replicaba: *todavía no oigo el estampido de los cañones;* uno de los alcaldes constitucionales se sonreía con calma sin moverse de su escaño, y se hacía de nuevas tal individuo que había intervenido en los preliminares del alboroto. Mientras se representaba en el salón de las sesiones tan pobre farsa, ocurrían escenas más tristes en la calle: en medio de infinitos grupos la segunda autoridad militar de esta Corte les invitaba al orden hablándoles afectuosamente y con el sombrero en la mano. — Respetad la ley, hijos. — usted es el que ha de respetar al pueblo, — le decía alguno. — Orden, señores, repetía el gobernador de la plaza. — ¡Miren quién proclama el orden! reponía otro, el segundo de Bessieres. — Pálido como la cera y siguiendo sus amonestaciones, contestaba el general: — Sí, señores, he sido segundo de Bessieres; pero ahora sirvo á la causa de Isabel II y he derramado mi sangre por ella. — Con la misma lealtad servirá usted esta causa que la otra. — Tan escandaloso diálogo no se podía prolongar más tiempo. A la llegada del capitán general empezaban á llover piedras sobre la tropa: aquel jefe declaró á Madrid en estado de sitio al són de trompetas: como el pueblo no despejase la plazuela de Santa Catalina, mandó cargar á algunos caballos: lo hicieron á media rienda y lanza en ristre: salváronse con la fuga todos, menos un miliciano, que por lucir su serenidad ó por no haberse metido en nada, quiso aguardar á pie firme y cayó al suelo sin vida. Al día siguiente fué también la sesión borrascosa: hubo otras parecidas antes y después de constituirse el Congreso con motivo de las discusión de la ley sobre ayunta-

mientos y especialmente del artículo relativo al nombramiento de alcaldes. No perdonaba medio la minoría de concitar el descontento de las masas y de provocar disturbios: ofrecióle aquel Gobierno, poco previsor ó sobradamente temerario, una propicia coyuntura al designar para inspector de la milicia ciudadana al capitán general de Castilla la Nueva, y debía presentarse al frente de sus batallones, escuadrones y brigadas el día 2 de Mayo. Entonces iba á reventar la mina cargada de combustible hasta la boca, y para que la explosión fuera más terrible y espantosa, compuso Espronceda la poesía que hemos citado. Allí describía con mágica vehemencia el afrentoso espectáculo de la corte de Carlos IV vendida á los franceses, como se creía en 1808, y la heroicidad del pueblo madrileño, como la reconoce la historia. Para significar el esfuerzo de España en la lucha de la Independencia decía arrebatado por su inspiración vigorosa:

Del cetro de sus reyes los pedazos
Del suelo ensangrentados recogía,
Y un nuevo trono en sus robustos brazos
Levantando á su príncipe ofrecía.

Tronaba después fieramente indignado, por el triste galardón otorgado á tanto sacrificio y ardimiento, de este modo:

El trono que erigió vuestra bravura
Sobre huesos de héroes levantado,
Un rey ingrato de memoria impura
Con eterno baldón dejó manchado.

Aludía á la segunda época constitucional, y bramando de ira exclamaba con solemne acento:

¡ Ay ! Para hollar la libertad sagrada
El príncipe, borrón de nuestra historia,
Llamó en su auxilio la francesa espada
Que segase el laurel de vuestra gloria.

Ni perdonaba en sus violentos arranques al rey de los franceses: ni omitía señalar los enemigos á quienes era fuerza combatir para obtener el triunfo; sus palabras eran éstas:

Hoy esa raza degradada, espuria,
Pobre nación, que esclavizarte anhela,
Busca también por renovar tu injuria
De extranjeros monarcas la tutela.

Tras de la voz enérgicamente dolorosa al recordar las antiguas glorias y la supuesta servidumbre del momento, venía el apóstrofe desdeñoso y el tono de menosprecio para herir el amor propio y azuzar el coraje del pueblo impeliéndole al combate; así concluía su inspiración volcánica y tremebunda:

Verted, juntando las dolientes manos.
Lágrimas ¡ ay ! que escalden la mejilla;
Mares de eterno llanto, castellanos,
No bastan á borrar vuestra mancilla.
Llorad como mujeres, vuestra lengua
No osa lanzar el grito de venganza;
Apáticos vivís en tanta mengua
Y os cansa el brazo el peso de la lanza.
¡ Oh ! en el dolor inmenso que me inspira
El pueblo en torno avergonzado calle,
Y estallando las cuerdas de mi lira,
Roto también mi corazón estalle.

Esta composición, expresamente escrita para producir efecto, no lo alcanzó por la circunstancia de no haberse presentado en la formación el capitán general de

Castilla la Nueva como inspector de la milicia, y aun es fama que semejante conducta le costó su empleo. De estos incidentes hemos hablado no de oídas, sino como testigos presenciales.

Á la muerte de Espronceda nos quedaron seis cantos del *Diablo Mundo:* según el plan de este poema, elástico sin medida, aun cuando el cielo hubiera concedido largos años de vida al bizarro vate, nunca el fin coronara su obra, grandioso engendro de una imaginación fecunda y de un desgarrador escepticismo. De esta suerte exponía su pensamiento en el primer canto:

Nada menos te ofrezco que un poema
Con lances raros y revuelto asunto,
De nuestro mundo y sociedad emblema,
Que hemos de recorrer punto por punto.
Si logro yo desenvolver mi tema,
Fiel traslado ha de ser, cierto trasunto
De la vida del hombre, y la quimera
Tras de que va la humanidad entera.

Conociendo lo escabroso de tan triste senda, quería alfombrarla de flores, por eso prometía desenvolver su asunto:

En varias formas, con diverso estilo,
En diferentes géneros, calzando
Ora el coturno trágico de Esquilo,
Ora la trompa épica sonando,
Ora cantando plácido y tranquilo;
Ora en trivial lenguaje, ora burlando,
Conforme esté mi humor, porque á él me ajusto,
Y allá van versos donde va mi gusto.

Su héroe, con cuerpo de hombre y alma de niño, debía pasar por situaciones altamente originales entre las diversas jerarquías de vivientes. Preso al amanecer

rejuvenecido, cuidado con esmero en la cárcel por una mujer del pueblo bajo, instruído por su padre con máximas propias de un presidio, arrastrado sin saberlo á un robo y embelesado en contemplar la hermosura de una dama reclinada en su lecho, mientras sus camaradas saquean joyas en aquel palacio; fugitivo y oculto en una morada donde se compran placeres, y cuya dueña llora la muerte de una hija; ansioso por restituirla á la existencia, *Adan* es un personaje de interés sumo. Exactitud y tono conveniente resaltan en los diferentes cuadros de este poema, que por su índole no hubiera alcanzado popularidad sino en un país de filósofos y pensadores. Espronceda había intercalado un canto *Á Teresa;* según su expresión propia, puede saltarlo el que guste, pues es un desahogo de su corazón y nada tiene que ver con el poema; pero tiene que ver mucho con sus amarguras y con el desgarramiento de sus entrañas y con su desencanto y su hastío. Obra maestra es en el género fantástico el prólogo de *El Diablo Mundo.* Espronceda lo leía de una manera admirable y en tono de grata y solemne canturia.

Atribuyeron algunos á falta de costumbre su escasa brillantez oratoria en la tribuna del Parlamento. Verdad es que ya no tenía fuerzas físicas, y sólo su portentoso espíritu le alentaba; sin embargo, Espronceda no hubiera sobresalido en el curso de las discusiones; tal vez en momentos dados fascinara á sus oyentes mezclando agudezas y sarcasmos en su decir, de ordi nario balbuciente y mal seguro, y sólo por intervalos nervioso y prepotente: nunca hubiera sido paladín muy temible en la liza parlamentaria.

Gallardo de apostura, airoso de porte y dotado de varonil belleza, le hacía aún más interesante la tinta

melancólica que empañaba su rostro: cediendo á los impulsos de su corazón, centro de generosidad y nobleza; pudiera haber figurado como rey de la moda entre la juventud de toda ciudad donde fijara su residencia; mas abrumado por sus ideas de hastío y desengaño, pervertía á los que se doblaban á su vasallaje. Hacía gala de mofarse insolente de la sociedad en públicas reuniones, y á escondidas gozaba en aliviar los padecimientos de sus semejantes: renegaba en la mesa de un café de todo sentimiento caritativo, y al retirarse sólo, se quedaría sin un real por socorrer la miseria de un pobre. Cuando Madrid gemía desolado y afligido por el cólera morbo, se metía en casas ajenas á cuidar los enfermos y consolar los moribundos. Espronceda en su tiempo venía á ser una joya caída en un lodazal donde había perdido todo su esmalte y trocádose en escoria. Se hacía querer de cuantos le trataban y á todos sus vicios sabía poner cierto sello de grandeza: hace tres años y medio que le lloramos sus amigos; desde entonces luce de continuo sobre su sepulcro una guirnalda de siemprevivas.

ANTONIO FERRER DEL RÍO.

D. JOSÉ DE ESPRONCEDA

SU PERSONALIDAD POÉTICA Y SUS OBRAS

I

Quiso la Academia Española que aquel de sus individuos que estas líneas suscribe, fuese quien pronunciara en su sesión pública inaugural del año de 1870 el discurso de costumbre; y en efecto, escribió y leyó uno, largo y sentido, ya que no académico ni bueno, titulándole *Tres Poetas contemporáneos.*

D. Felipe Pardo, D. Ventura de la Vega y D. José de Espronceda, condiscípulos en casa de D. Alberto Lista, hará cosa de medio siglo, del autor del discurso, que á los tres les ha sobrevivido, fueron asunto de aquella disertación; y hoy, invitado el que la escribió á encabezar esta colección de las obras de su mejor amigo con un prólogo, cree que lo ménos malo que puede hacer en el asunto, es reproducir, con algunas variantes, escasas en número, y que sólo á la forma afectan, lo que hace cinco años dijo á la docta corporación de que es tan antiguo como insignificante individuo.

II

Pardo — y hablo de los bienaventurados tiempos en que fuí discípulo de Lista — Pardo, por su aplicación, por su formalidad relativa, por su aprovechamiento en absoluto, inspirábame casi respeto.

Vega, envidia, y á veces cólera, viéndole apoderarse por asalto, y sin estudiar casi, de conocimientos que á mi laboriosidad se resistían tenaces.

A Pardo y á Vega los quería muy sinceramente entónces, he seguido queriéndolos miéntras nuestro sublunar planeta habitaron, quiérolos con toda mi alma ahora que están ya en aquella *rueda*

Que huye más del suelo,

donde cada uno de ellos puede, con el maestro León, decir:

Quien rige las estrellas
Veré, y quien las enciende con hermosas
Y eficaces centellas;
Por qué están las dos Osas
De bañarse en la mar siempre medrosas.

Sí; yo amaba, amo y amaré siempre á mis dos tantas veces citados condiscípulos; pero el predilecto de mi corazón era Espronceda.

Y éralo en la temprana edad por instinto y simpatías; luégo más tarde, y lo es hoy, más aun que por la excepcional grandeza de su inmenso talento, por el profundo y tiernísimo dolor que sus desventuras y temprana muerte me inspiran.

Prevenido está el lector que yo no he sabido nunca,

no digo mentir, que es infamia, sino *disimular* siquiera, que puede ser prudencia. Prevenido está: no es el Aristarco severo, no es el juez imparcial siquiera quien va á hablar del autor de *El Diablo Mundo;* no es tampoco su panegirista, sino su amigo íntimo, su casi hermano, el que pretende llamar la atención sobre las bellezas de sus obras, y explicar, tal vez, la razón de ciertos lunares que en ellas se advierten.

Espronceda, á los quince años, no era un muchacho de esos inteligentes, aplicados y dóciles, que hacen con razón las delicias de sus maestros, para quienes, y no sin fundamento, las modestas dotes de la medianía sumisa y laboriosa valen más que los destellos del genio para la pedagogia siempre incomprensible.

Así, mientras ya Lista, y acaso también el mismo Hermosilla, adivinaban en el turbulento mozuelo al futuro poeta, los inspectores del colegio de San Mateo, en sus notas oficiales ven más las travesuras y la desaplicación de Espronceda que su poderosa inteligencia.

Una vez alumno libre (como si de hoy se tratara, diríamos), en la calle de Valverde [1], á consecuencia de la estúpida supresión del colegio [2], aquella precoz criatura descuida las matemáticas, no porque su dificultad le arredre, sino porque la regularidad le repugna, y entrégase á su sabor á los impulsos de la llama poética, que arde intensa en su mente, que de todo su sér es señora, y que, llevándole por desusados y escabrosos senderos á través de una breve y dolorosa vida, ha de conducirle prematuramente al sepulcro. ¡Ay me!

---

1 Donde vivía y enseñaba Lista.
2 Fué suprimido en 1823 ó 1824 de Real orden.

¿Cuándo? Precisamente en la época en que tal vez, calmada la impetuosidad primera de las pasiones, abiertos los ojos á la luz del desengaño, madura ya la razón á influjo de la experiencia, y jóven aun y entero de cuerpo y de espíritu, hubiera podido Espronceda gozar de cuanto bien cabe en esta vida transitoria, ser algunos años más gloria del Parnaso español, y dejar á la posteridad, juntamente con los que ya gozamos, otros muchos y quizá más sazonados frutos de su preclaro ingenio.

Dios, que de otro modo lo ha dispuesto en sus inescrutables designios, sabe sólo por qué así ha sucedido.

Buscarruidos era, en verdad, Espronceda en sus primeros años, como donosamente le ha llamado su, como yo, condiscípulo y amigo Pezuela, en el elogio fúnebre de Vega. — *Buscarruidos* era, y aquí he de confesar que algo lo era también cierto cadete de artillería, entonces compañero y hoy coronista de Espronceda.— La sangre hervía en las venas de entrambos mancebos con calor de sobra; la lectura de Calderon, al uno y al otro los estimulaba á imitar el ejemplo de aquellos galanes que estaban siempre con la espada en la mano para los hombres, y con la declaración de amor en los labios, dispuesta para la primera como para la última dama que al paso encontraban; y las circunstancias de su época contribuían, además, grandemente á fomentar aquel peleador instinto que en sus juveniles pechos alentaba.

Por ocuparse niños en la cosa pública, habían sido ya perseguidos; y en verdad, no por excepción, pues en los años á que me refiero, y mucho después todavía, no era menos peligroso hablar de política que pudo serlo en los buenos tiempos del Santo Oficio

tratar de teología, aun para varones tan santos y tan sabios como el maestro León.

En circunstancias tales la dignidad humana se reconcentra en sí misma; cada individuo de ánimo generoso busca la compensación de lo que, como ciudadano, siente que le falta en su propia entidad personal, en eso que se llama el *punto de honra*, y que si, llevado al exceso, constituye el crímen del duelista de profesión, dentro de ciertos límites, y en la mocedad sobre todo, no pasa de ser simpático pecado de hidalgos calaveras.

No he menester decir, ni del gran poeta, ni de su insignificante amigo, que, á Dios gracias, nunca fueron lo primero, aunque es verdad que en lo segundo incurrieron.

Susceptibles por naturaleza y circunstancias, provocativos á veces, ya porque lo ridículo hacía fácilmente saltar la frágil cuerda de su escasa prudencia, ya pura y simplemente por sobra de impetuosidad y falta de juicio, ni el uno ni el otro tuvieron que acusarse nunca, ni de reñir con ventaja, ni de buscar á sabiendas adversarios débiles, ni tampoco de retroceder ante los más fuertes.

Espronceda, más violento ó más enérgico, y no sujeto además, como yo lo estaba, por el uniforme, que ha de ser, Dios mediante, mi mortaja, y bajo el cual las calaveradas mismas tenían entonces, y espero que tendrán también ahora, que atenerse á los severos límites del quisquilloso decoro del cuerpo que Daoiz y Velarde honran con sus inmortales nombres; Espronceda, digo, más libre y más impetuoso que yo, nunca estuvo en olor de santidad con rondas y alcaldes, y como la Sala de éstos era la misma que por

Numantino le había sentenciado antes á reclusión en el convento de San Francisco de Guadalajara, tardó poco en llegar á punto de que la vida en Madrid le fuese imposible ó poco menos.

En consecuencia, y aunque por falta de positivos datos no me atrevo á afirmarlo, también acaso por complicidad en un alzamiento militar que por entonces ocurrió en Extremadura, si la memoria no me engaña, nuestro poeta emigró á Portugal, en mal hora por de pronto para su bienestar físico, y no muy tarde para el sosiego de su alma.

« Allí (dice elocuentemente nuestro caro colega y mi » particular amigo D. Antonio Ferrer del Río, en su » *Biografía de Espronceda,* á que en todo y con envidia » me remito); allí, entre privaciones y escaseces, tuvo » origen esa pasión amorosa, violenta, vehemente y » profunda; pasión embellecida por su imaginación » ardorosa, y que con sus goces y penalidades, sus di» chas y contratiempos, absorbe gran parte de su exis» tencia » ; y (permítame añadirlo el sabio biógrafo) explica sola, pero explica completamente, lo que, sin esa clave, serían inconcebibles aberraciones del genio de nuestro privilegiado poeta.

Y de esto no se me pregunte más: nada sé, ó nada debo decir; porque, como el Sr. Ferrer del Río lo dice tan discreta como honradamente:

« Hay lances en la vida de los hombres que deben » envolverse en el sudario del olvido, y hay secretos de » amistad sobre los cuales cae de repente y á perpetui» dad la losa del silencio. »

De los pontones anclados en el Tajo, que D. Miguel de Braganza convirtió en mazmorras, no solamente para muchos de sus bienaventurados súbditos, sino

además para los liberales españoles en Portugal emigrados, pasó Espronceda á Londres, donde, familiarizándose con el idioma de Shakespeare y de Milton, que ya en San Mateo había con aprovechamiento estudiado, contrajo grandísima afición á la lectura de Byron, el más grande y el más excéntrico de los poetas de la Inglaterra de nuestros días. Luégo veremos qué influencia ejerció su ejemplo en nuestro amigo, quien, dejando súbito la metrópoli del imperio británico hacia 1830, trasladóse á París, donde tomó parte, combatiendo valerosamente en las barricadas, en aquella revolución, llamada la de Julio, que le costó el trono á la rama primogénita de los Borbones.

Alentada, como era lógico, la emigración liberal española con aquel gran triunfo de sus principios, y creyendo encontrar en el nuevo Gobierno francés un apoyo, que le faltó pronto, quiso probar fortuna en su patria; y, entre otras, penetró en Navarra por Vera una pequeña columna á las órdenes del célebre *Chapalangarra,* D. Joaquín de Pablo, que, mal recibido por el país, y enérgicamente perseguido por las tropas del Rey, fué presto vencido y muerto. Espronceda, que formaba parte de la expedición, después de pelear en ella como bueno, cantóla en excelentes versos.

Proscrito hasta que la célebre amnistía de 1833 le permitió regresar á España, ingresó Espronceda, á poco de verificarlo, en el cuerpo de Guardias de Corps; pero su estro poético, por una ardiente pasión política inspirado, hízole cometer en cierto banquete una generosa imprudencia, que le costó la pérdida de su bandolera y un nuevo destierro á Castilla la Vieja.

Desde entonces, otra vez libre de todo yugo oficial— yugo de que, á mi juicio, era Espronceda absoluta-

mente incapaz todavía en aquella época; — desde entonces, sin más ley que su albedrío, periodista algunas veces, orador otras, según la ocasión lo requería, pero siempre liberal muy exaltado, liberal hasta el republicanismo, liberal á quien la anarquía misma no arredraba; aquel hombre de fuego tomó parte en todos los riesgos á sus opiniones consiguientes, y estuvo en primera línea en todos los pronunciamientos y tentativas de pronunciamiento que en España ocurrieron hasta el mes de Setiembre de 1840 inclusive.

Apenas aquél consumado y triunfante — nótese bien — apenas triunfante el pronunciamiento de que había sido fautor muy activo, Espronceda, defendiendo un artículo incendiario de cierto periódico de aquella época, se declara francamente republicano y anatematiza iracundo casi todo aquello que á fundar había contribuído.

La fiebre revolucionaria le abrasaba; el interés personal era tan ajeno á sus actos como la prudencia misma; y hablando como escribiendo, en política como en poesía, obedecía sólo, pero obedecía á ciegas, á la inspiración del momento.

Poco después, sin embargo, los ruegos de sus amigos, tal vez los de su familia, y acaso el interés de su hija única—entonces en la primera infancia, hoy, por afinidad, mi hermana—decidiéronle á aceptar una modestísima posición oficial, con que dudo yo que se contentara hoy ningún joven, no diré con los títulos y servicios de patriota y con el gran talento de Espronceda, sino con méritos infinitamente inferiores.

La secretaría de una legación de segundo ó tercer orden, desempeñada, no recuerdo si por un simple encargado de negocios, ó cuando más por un ministro

residente, bastó á que no se creyera desairado nuestro gran poeta.

¡Mucho cambian los tiempos en pocos años!

A fines del de 1841 salía Espronceda de España para Holanda, y á principios del siguiente, electo diputado por Almería, pasaba, de regreso á Madrid, por París, donde yo me hallaba á la sazón con mi familia, no en viaje de placer ó de estudio, sino emigrado como de costumbre.

Era el pronunciamiento de Setiembre la causa de mi emigración; y era el mismo pronunciamiento el que había hecho á Espronceda secretario de legación y diputado á Cortes.

¿Quiere saberse cuál fué la primera diligencia de mi ilustre malogrado condiscípulo, al llegar á París?

Fué inquirir y averiguar la morada de su proscrito amigo, acudir á ella y arrojarse en sus brazos con la misma efusión, con la misma juvenil alegría que en otras muchas ocasiones lo había hecho después de algún lance difícil ó de un triunfo literario para el uno ó para el otro.

Se engañará quien suponga que me sorprendió el noble proceder de mi amigo. No podía sorprenderme, conociéndole tan á fondo como le conocía; no podía sorprenderme, porque yo sabía de mí que, trocadas las posiciones, hubiera hecho otro tanto.

Fué aquella la vez postrera que mis brazos le estrecharon y mis ojos le vieron. Su hora suprema se acercaba veloz; el angel de la muerte tenía ya levantada sobre aquella hermosa cabeza, cuyo magnífico cabello todavía no matizaba una sola cana, la segur inexorable de que todos hemos de ser víctimas.

No diré, porque no lo creo, que aquel desdichado

presintiera ya su tan cercano como prematuro fin; pero es verdad que anublaba su varonil expresivo rostro, un velo de profunda, aunque ya resignada, melancolía, cuyo origen y fundamento no era para mí un misterio.

Paréceme, á pesar del transcurso de los treinta y tres años que de aquella postrera conversación con mi mayor amigo me separan, que le veo sentado, cabe el humilde y modesto, pero decente, hogar del emigrado, acariciando la rubia cabellera de la mayor de mis hijas, mientras otros dos, uno á los pies, y en el regazo la otra de su madre, le contemplaban á él con infantil intensa curiosidad; paréceme, digo, estarle viendo tenderme afectuoso la mano, con la sonrisa en los labios, pero con la sonrisa del cariño, con la que reservaba para los amigos, no con la estereotipada en sus labios por el dolor y el desengaño; y paréceme, en fin, que áun vibran en mi oído aquellas sonoras notas de su inimitable acento, diciéndome enternecido, después de oir la relación de las dificultades con que yo para vivir luchaba, y —¿por qué negarlo? — también de la nostalgia que iba de mí rápidamente apoderándose:—«A pesar de todo, Patricio mío, eres más feliz de lo que presumes: tienes casa, tienes mujer, tienes hijos, estás en las condiciones de todo el mundo... ¡Y yo!!»

Supe después que cuando así me hablaba encontrábase ya prendado Espronceda de una hermosa y discreta dama, que aun vive y aun es bella, y á quien probablemente, si la muerte entre ambos no se interpusiera, habría llamado su esposa.

¿Quién sabe la transformación que en Espronceda hubiera realizado ese entrar *en las condiciones de todo el mundo?* ¿Quién sabe si el matrimonio y la vida parla-

mentaria, aquél con sus prosaicas condiciones, ésta con sus políticas exigencias, hubieran, en fin, sujetado á compás y cadencia aquel espíritu hasta entonces indomable?

Estéril, y nunca de positiva solución capaz, sería la discusión de ese problema; pero lo que no parece dudoso es que, si mirada la cuestión desde el punto de vista del cariño, no hay consuelo en la temprana muerte de Espronceda, bajo otro aspecto puede considerársela como un favor insigne que la Providencia dispensó al gran poeta, y acaso también á sus admiradores.

Quizá, y sin quizá, expresó Quintana una gran verdad diciendo:

«Muera, más bien que envejecer, la hermosa.»

Eso que, á la luz del sentimiento, parece un paradójico cruel apotegma, es tal vez una verdad incontestable.

Figurémonos, si no, á D. Juan Tenorio, milagrosamente de manos de la iracunda estatua del comendador salvado, marido en paz y en haz de la Iglesia, padre, suegro, abuelo, tal vez veinticuatro de Sevilla, y en sus edilicias cuestiones empeñado, y dígaseme como en él se acertarían á conciliar el hombre nuevo con el antiguo, el anciano venerable con el mancebo que ni á Dios ni al diablo respetaba ni temía.

Pues, prolongándole también la vida, supongámosle obstinado en alargar desatentado la juventud más allá de sus naturales, y por desdicha muy reducidos límites; supongámosle con canas, echándola de seductor; con reumatismos, duelista; con asma, precoz en el lenguaje; y nos encontraremos, en vez del personaje satá-

nico que subyuga aunque horroriza, con el viejo ridículo que indigna y repugna.

Hay más lógica en esta vida de lo que pensamos: la juventud prepara la vejez; y tales juventudes se dan, que para ellas no puede ser la ancianidad más que señalado castigo.

Dispuso, pues, sabiamente la Providencia de Espronceda: mi razón me obliga á confesarlo, aunque mi corazón lastimado llore siempre su muerte, aunque mi dolor prorrumpiera de buena gana, si lo escaso del estro mío á su intensidad correspondiese:

> Y ¡qué! ¡Fortuna impía!
> ¿Ni su postrer adiós oir me dejas?
> . . . .
> ¿Ni el estéril consuelo
> De acompañar hasta el sepulcro helado
> Sus pálidos despojos?
> ¡Ay! ¡Derramen sin duelo,
> Sangre mi corazón, llanto mis ojos!
> (GALLEGO, *Elegía á la muerte de la Duquesa de Frías.*)

Háyale sido, como mi fe lo espera, benigno el Juez Supremo al espíritu generoso, noble y ardiente de Espronceda; séale á su cuerpo la tierra leve, eterna entre nosotros su memoria; y, enfrenando el llanto, y al dolor imponiendo silencio, hablemos ya de sus versos.

III

Son ellos, en cantidad tan pocos, y en fama tan levantados, como á la grey literaria y al vulgo mismo notorios: sería yo, pues, sin excusa, prolijo ó necia-

mente presuntuoso, si aquí pretendiera, ya recordarlos minuciosamente, ya, con ínfulas de supremo Aristarco, juzgarlos.

Debo decir, sin embargo, que, con ser tan contadas en número las poesías de Espronceda, hay, para no extraviarse lastimosamente al apreciarlas y formar juicio de su autor, que considerarlas divididas en dos grupos, entre sí muy diferentes. Se compone el primero de aquellas composiciones en que Espronceda se entrega entera y espontáneamente á su estro sublime, á su inspiración sin rival; mientras que en las del segundo se nos muestra, si bien siempre gran poeta, movido, ó mejor dicho, esclavizado por la pasión, buena ó mala, que en el momento le domina.

No se hable de épocas, ni de géneros, tratando de las poesías del autor de *El Diablo Mundo*; en sus obras todo es *personal,* todo producto directo del sentimiento, en cuanto al fondo, pues en lo que á la forma respecta, raras veces, y ésas visiblemente de propósito deliberado, por el placer sólo de infringir las reglas clásicas, se aparta de las que aprendió de labios como los del adusto Hermosilla y del angelical Lista, y que aprovechó mucho más de lo que algunos presumen ó pretenden.

Discordancias se advierten también en aquella sublime lira, inexplicables de no tomarse en cuenta la influencia que sobre la vigorosa y apasionada mano que la pulsaba diestra, ejerció la literatura inglesa, y muy señaladamente las obras, y quizá además la excéntrica personalidad de lord Byron.

Fenómeno es muy digno de atención y merecedor de estudio el que voy, no á revelar, sino á recordar aquí.

No hay país en el globo donde, con más amplia libertad religiosa y política, vivan las gentes tan sujetas al yugo de lo que me permitiré llamar las conveniencias sociales, como la Inglaterra.

Allí, sin ley escrita, todo está previsto y pautado por la costumbre, desde el número de golpes con que cada cual, según su categoría, ha de llamar á la puerta de la casa en que penetrar desea, hasta las fórmulas mismas con que la mano de la solicitada esposa ha de pedirse.

Aquellos libres hijos de la soberbia Albión son, en realidad, esclavos de la formalista ritualidad á que el hábito y la tradición los tienen atados; y ni en las acciones, ni en los escritos, estoy por decir que ni en los pensamientos mismos, le es á nadie lícito impunemente apartarse de la senda trillada para caminar por insólitas veredas.

De ahí procede muy lógicamente que una vez, por azar ó por imprudencia, salvada la valla, como no le queda al pecador esperanza de social rehabilitación, endurécese en la culpa y llévala á sus últimas y más lastimosas consecuencias.

Tan cierto es aquello del *summum jus, summa iniquitas*.

Tuvo la desdicha para él, aunque para su patria fué gloria, de nacer en aquel país, veintidós años antes que Espronceda en España, un hombre de ilustre linaje, preclaro ingenio y excepcional numen poético; pero de tan excéntrico carácter en todo, tan pródigo, tan sin miramientos sociales, y tan predispuesto á la oposición á todo, así en el cielo como en la tierra, que él mismo fué artífice de su desdicha, destructor de su fortuna, enemigo de su felicidad, y por último, logró morir escándalo de su época.

Ese hombre era un grandísimo poeta, el autor del *Sardanápalo* y de *Marino de Faliero,* del *Giaour* y de *La Desposada de Abydos,* del *Corsario,* de *Lara,* del *Don Juan* y de *La Peregrinación de Chil Harold.*

Ese hombre era lord Byron; y qué efecto producirían sus inspirados irresistibles versos, sus tan excéntricas como románticas aventuras, y su desarreglada existencia en el alma de fuego de Espronceda, no menos naturalmente á las reglas comunes de la vida rebelde que la del mismo prócer inglés que en Misolonghi murió en defensa de la independencia griega, déjolo á la consideración y buen juicio de mis lectores.

Si Byron seduce, si sus extravíos y hasta sus impiedades se le perdonan á veces, en gracia de su genio, leyéndole con ánimo desapasionado, en años de razón y con el juicio libre, ¿cómo no había de seducir, de arrastrar en pos de sí, de inspirarle el deseo de rivalizar con él en esa desesperada lucha contra todo aquello por la universalidad de las gentes respetado y creído, á un joven que, sintiéndose con fuerzas también para todo, estaba ya por revolucionario emigrado, luchaba con la proscripción y la miseria, y ardía en el fuego de una pasión abrasadora?

Cuando sabemos que de las gradas del trono mismo del Omnipotente bajó despeñado á los profundos abismos el primero y más grande de los ángeles de luz, sólo porque resistir no supo á la pasión del orgullo ni al amor de una imposible independencia, ¿seremos inexorables con el que, simple mortal, y en una atmósfera de desdichas y tentaciones, no hizo al cabo más que sucumbir momentáneamente á ellas? — Podrán algunos hombres ser tan duros; la humanidad no lo será seguramente.

Y ahora que, en cuanto pude, expliqué ya las diferentes circunstancias que, pesando poderosamente sobre el ánimo del gran poetá, modificaron algunas veces y alteraron otras profundamente su manera de sentir y de expresarse, tiempo es ya de que él mismo tome la palabra y se defienda con sus obras.

IV

¿Queréisle clásico, como de razón lo era al salir de la escuela?

Pues oidle en su fragmento del *Pelayo*, poema épico, que dejó por desdicha incompleto, y á que Lista contribuyó con algunas octavas [1].

Rodrigo, próxima ya la gran catástrofe del Guadalete, duerme en Toledo aún,

> Entre angustiosos sueños congojado,
> Triste presagio de su infausta suerte;
> Y luégo ante sus ojos vió la *Muerte*.
> La amarillenta mano descarnada,
> Blandiendo al aire la guadaña impía,
> La aterradora vista al Rey clavada,
> Su cetro y su corona recogía;
> Mientras en torno, extraña gente armada
> Sus despojos alegre dividía;
> Y oyó sus quejas, y escuchó sus voces,
> Y sus semblantes contempló feroces.
> . . . .

---

[1] En lugar oportuno insertamos las que de ellas, y escritas de puño y letra de nuestro venerable maestro, hemos hallado entre los papeles de Espronceda.

Y luégo oyó rumor de cien cadenas,
Crujir los huesos, rechinar los dientes,
Y abismos contempló, de eternas penas,
Inmensurables, lóbregos y ardientes:
Oyó voces de horror y espanto llenas;
Batieron palmas las precitas gentes;
Y oyó también, por mofa, en su agonía,
Bárbaras carcajadas de alegría.
Mas luégo el sueño se trocó en su mente,
Y amantes dichas disfrutar figura
En brazos de Florinda dulcemente,
Entre flores, aromas y frescura;
Y cuando más su corazón consiente
Que estrecha la deidad de la hermosura,
Se halla en los brazos de Julián, fornidos,
Ahogándole, á su cuello retorcidos.
Sobre él, enhiesto á su garganta, apunta
Fiero puñal, que el corazón le hiela;
Procura desasirse, y más le junta
Pecho á pecho Julián, que ahogarle anhela.
Así fiero dragón trilingüe punta
Vibra, y enlaza al animal que cela,
É hincando en él la ponzoñosa boca,
Le enrolla, anuda, oprime y le sofoca.

Pensaba no citar más de ese poema, porque el espacio me va faltando; pero ¿cómo resistir á la tentación de mostrar siquiera una mínima parte del magníficamente aterrador cuadro del *Hambre*? Véanse, pues, sus dos últimas octavas:

Cuál, al lanzar el postrimer aliento,
Ve feroz buitre que sobre él se arroja,
Y en la angustia del último momento,
Lucha con él en su mortal congoja:
Los dedos hinca con furor violento
En la entraña del pájaro, que, roja
La corva garra en sangre, aleteando
Va con su pico el pecho barrenando.

El moribundo, lívido el semblante,
Los ojos vuelve en blanco en su agonía,
Mientras tenaz el buitre devorante,
Ahonda el pico con mayor porfía:
Más el hombre le aprieta á cada instante,
El ave más profundizar ansía;
Hasta que así, y el uno al otro junto,
Muertos al fin quedaron en un punto.

Paréceme que no se me negará que el cantor sublime de Ugolino ha encontrado en el Parnaso español quien se le iguale.

Pues bien: el poeta mismo que con tal vigor hace sonar la trompa épica, y con acerado pincel describe tales horrores, sabe, sin embargo, con la suavidad y la ternura misma de Meléndez, decirnos:

Delio á las rejas de Elisa
Le canta en noche serena
Sus amores;
Raya la luna, y la brisa,
Al pasar, plácida suena
Por las flores.
Y al eco que va formando
El arroyuelo saltando
Tan sonoro,
Le dice Delio á su hermosa,
En cantilena amorosa:
Yo te adoro.

La contemplación de la naturaleza sabe también hacerle rival á veces del mismo León, como en estos versos á la Noche:

Todos süave reposo
En tu calma ¡oh noche! buscan;
Y áun las lágrimas, tus sueños
Al desventurado enjugan;

¡Oh qué silencio! ¡oh qué grata
Oscuridad y tristura!
¡Cómo el alma contemplaros,
En sí recogida, gusta!

. . . .

¡Oh, salve, amiga del triste,
Con blando bálsamo endulza
Los pesares de mi alma,
Que en ti su consuelo buscan!

¿Han leído estos versos, hanlos sentido los que pretenden hacer de Espronceda el poeta de la desesperación y del descreimiento?

¿Cómo había de serlo quien tan bien sentía y tan bien pintaba las maravillas de la naturaleza, que la omnipotencia de su Autor divino tan á las claras y con irresistible voz proclaman? ¿Cómo, quien con tanta ternura expresaba la pasión amorosa en estos inimitables versos?

La noche el cielo encubre,
Y calla el manso viento,
Y el mar, sin movimiento,
También en calma está.
A mi batel desciende
Mi dulce amada hermosa:
La noche tenebrosa
Tu faz alegrará.
Aquí, apartados, solos,
Sin otros pescadores,
Suavísimos amores
Felice te diré;
Y en esos dulces labios
De rosas y claveles,
El ámbar y las mieles
Que vierten, libaré.

Para dar idea, siquiera remota, del buen gusto, de

la delicadeza en el sentimiento, de la elevación del estilo, siempre sin perjuicio de la más ática sencillez, que brillan en todas las *Canciones* de Espronceda, seríame necesario trasladarlas aquí todas, desde la inimitable y justamente popular de *El Pirata,* hasta la de *El Verdugo* misma, que, á pesar de lo antipático de su título y asunto, encierra bellezas de primer orden.

¿Se quiere que hable del *Himno al Sol,* que bastara él solo para sentar á nuestro poeta en el Parnaso español, en el escaño mismo á Herrera y á Quintana exclusivamente hasta él reservado?

¿Para qué, si no hay nadie que si yo á decir comienzo:

Pára, y óyeme, ¡oh sol! Yo te saludo,

no se me anticipe en proseguir, diciendo:

Y estático ante ti, me atrevo á hablarte.
Ardiente como tú, mi fantasía,
Arrebatada en ansia de admirarte,
Intrépidas á ti sus alas guía?

Y ya que no recite esa magnífica composición, gloria de su autor y honra de la poesía castellana, ¿se exigirá, por ventura, que en su elogio me extienda?

Inútil fuera, cuando ya el juicio soberano de dos generaciones le ha decretado al poeta, por tantos títulos laureado, aquella *palma afortunada,* como el también laureado Batilo la llama:

Palma, que colocada
Al pie de la virtud y la belleza,
Quien, de divino genio conducido,
Consigue arrebatarla, á ser empieza
En fama claro, y libre ya de olvido.

(MELÉNDEZ, *Oda á las Artes.*)

Nuestro Espronceda en el *Pelayo*, émulo unas veces del Tasso, y otras del Dante; en el género amatorio suave como Tibulo, y más que Meléndez sentido; en las canciones, tan lírico como filósofo, es en el *Himno al Sol*,

Como el ave de Jove, que saliendo
Inexperta del nido, en la vacía
Región desplegar osa
Las alas voladoras, no sabiendo
La fuerza que la guía.

Pero no vaga, no, *ora atrevida, ora medrosa*, sino que desde luégo,

Sobre las altas cimas se levanta;
Tronar siente á sus pies la nube oscura,
Y el rayo abrasador ya no la espanta,
Al cielo remontándose segura.
El ojo audaz combate
Derecho el claro sol, le mira atento,
Y, en su heroico ardimiento,
La vista vuelve, á contemplar se pára
La baja tierra, y en acentos graves,
Su triunfo engrandeciendo, se declara
Reina del vago viento y de las aves.

Sólo esos magníficos versos del gran poeta del Tormes me han parecido digna alabanza del gran cantor del Sol, que nos ocupa.

V

Entre las poesías de Espronceda que sus editores han reunido bajo el epígrafe de *Asuntos históricos*, tras un buen soneto á la muerte de Torrijos, negro borrón

de nuestra historia contemporánea, cuyo recuerdo de buena gana y á costa de cualquier sacrificio borraríamos de sus anales, sigue una elegía *Á la muerte de Don Joaquín de Pablo en los campos de Vera;* muerte de que, como lo dije ya, fué testigo el joven vate y no partícipe, porque al destino plugo salvarle allí, no porque él valeroso no la afrontara.

Ya entonces comenzaba Espronceda, á cuyos ojos el amor sólo supo traer las lágrimas, á reemplazar el duelo con el anatema; y así, tanto en el soneto como en la elegía, hay más de vengativo espíritu que de dolor profundo.

Completan esa parte de sus obras las del mismo género, quiero decir, por la pasión política inspiradas, á saber: *La Despedida del patriota griego de la hija del Apóstata,* que es en realidad una tristemente conmovedora leyenda; *La Guerra,* improvisación de circunstancias; y la elegía *Á la Patria,* cuyos primeros versos:

¡Cuán solitaria, la nación que un día
Poblara inmensa gente!
¡La nación, cuyo imperio se extendía
Del ocaso al Oriente!

recuerdan estos otros de Quintana y no desmerecen de ellos:

¿Qué era, decidme, la nación que un día
Reina del mundo proclamó el destino,
La que á todas las zonas extendía
Su cetro de oro y su blasón divino?

En todas se siente el estro y campea el ingenio de su autor; pero á mí, al menos, me parecen preferibles aquellas en que le encuentro poeta, y no más que poeta.

¿Quiérese, sobre tantas, una muestra más de lo que era Espronceda, como poeta lírico, cuando sin mezcla ni aligación política? Pues oígase este soneto:

Fresca, lozana, pura y olorosa,
Gala y adorno del pensil florido,
Gallarda puesta sobre el ramo erguido,
Fragancia esparce la naciente rosa;
Mas, si el ardiente sol lumbre enojosa
Vibra, del can, en llamas encendido,
El dulce aroma y el color perdido,
Sus hojas lleva el aura presurosa.
Así brilló un momento mi ventura
En alas del ámor, y hermosa nube
Fingí tal vez de gloria y de alegría;
Mas ¡ay! que el bien trocóse en amargura,
Y deshojada por los aires sube
La dulce flor de la esperanza mía.

¿No suenan esos versos como un eco suavísimo de la lira en que, allá en el siglo de oro de la patria literatura, cantaba Mira de Amescua:

Ufano, alegre, altivo, enamorado,
Rompiendo el aire el pardo jilguerillo?

Espronceda — no erudito ciertamente, como él mismo lo confiesa, pero tampoco ignorante, ni menos de buena lectura desprovisto — Espronceda manejaba con frecuencia, con deleite, y con el rápido aprovechamiento, sólo á las inteligencias de primer orden dado, no menos que los italianos, los franceses, y sobre todo los británicos, nuestros grandes poetas; y poco será el conocimiento que de éstos tenga quien no advierta en cuanto el malogrado vate dejó escrito el marcadísimo rastro de sus estudios y los efectos de una excelente educación literaria.

Como su modelo en algunas ocasiones, lord Byron, en el romanticismo mismo, aun cuando más excéntrico y licencioso, deja conocer Espronceda la familiaridad en que pasó su infancia y juventud primera con los próceres de las letras.

Así acontece que, cuando vicios ó desdichas, extravíos ó crímenes, confunden al mortal de buena cuna y esmerada educación con los infelices que delinquieron, más por ignorancia estúpida que por maldad ingénita, raro es que, á pesar de su degradación, raro que en la crápula misma de la repugnante orgía, no revele en algo cuán distantes fueron sus orígenes del infame estado en que se le mira.

VI

Orgía he dicho, y no al acaso, porque de cuán exacta es la observación que acabo de hacer, da evidentísimo testimonio la última de las poesías líricas de Espronceda, contenidas en la colección impresa que me sirve de texto, y que se titula en efecto: *Á Jarifa en una orgía*.

Léanse atenta y reflexivamente esos versos, y se verá cómo en ellos se revelan, desde el primero hasta el último, dos verdades que, en realidad, una sola constituyen. Espronceda no se entregó nunca á los placeres desordenados, como otros muchos, porque tuviera natural propensión al libertinaje; Espronceda, aunque por su infeliz pasión, de la sociedad bandido, jamás olvidó que había nacido caballero y poeta.

¿Qué importa que comience con este, aunque bello, cínico apóstrofo á Jarifa:

Ven y junta con mis labios
Esos labios que me irritan,
Donde áun los besos palpitan
De tus amantes de ayer?

¿qué significa que exclame:

¿Qué la virtud, la pureza?
¿Qué la verdad y el cariño?
Mentida ilusión de niño,
Que halagó mi juventud.
Dadme vino: en él se ahoguen
Mis recuerdos: aturdida,
Sin sentir huya la vida;
Paz me traiga el ataud?

si, á renglón seguido, la conciencia y su hidalga sangre le hacen prorrumpir contra las meretrices, en cuyos brazos se siente envilecido, en este grito de justa ira:

¡Siempre igual! — ¡Necias mujeres,
Inventad otras caricias,
Otro mundo, otras delicias
O maldito sea el placer!
Yo quiero amor, quiero gloria,
Quiero un deleite divino,
Como en mi mente imagino,
Como en el mundo no hay!
Y es la luz de aquel lucero
Que engañó mi fantasía;
Fuego fatuo, falso guía,
Que errante y ciego me tray!

No, mi pobre amigo, no; no, mi moderno Prometeo, no era eso: en tu dolor confundías la ocasión con la causa; aquélla una desdicha procedente de ajena culpa, ésta el error de un noble pero insensato orgullo, el extravío de un espíritu rebelde á las condiciones en

que ha de vivir todo el mundo, sopena de hacer de la existencia un insoportable suplicio.

Tú mismo lo has dicho:

Que así castiga Dios al alma osada
Que aspira loca, en su delirio insano
De la verdad, para el mortal velada,
A descubrir el insondable arcano.

Quisiste robarle su fuego al cielo, y el buitre del desencanto royó tus entrañas.

Por ti y por los contados mortales que como tú son, dijo sin duda *Lamartine:*

«*L'homme est un Dieu tombé, qui se sourient des cieux.*»

VII

Volvamos á la tierra y hablemos de las poesías líricas de Espronceda no comprendidas en la edición de 1867, y que, por consiguiente, aparecen por vez primera en ésta, en familia, por decirlo así, con sus demás hermanas.

La más importante de todas ellas, á mi juicio, es la *Elegía al Dos de Mayo,* superior á la muy buena de Arriaza, y no inferior á la excelente y muy conocida de D. Juan Nicasio. Los periódicos políticos la han insertado, con más ó menos fidelidad, en sus columnas para celebrar el aniversario de aquel sangriento glorioso día; uníla yo como apéndice, en su integridad, á mi discurso en la Academia, el Sr. Laverde la reprodujo en sus *Páginas olvidadas*, y de las circunstancias

en que se produjo da curiosa noticia el Sr. Ferrer del Río en su biografía.

La que el Sr. Laverde titula *El Templario*, es un trozo no bien ordenado del *fragmento* autógrafo que su autor llamó *El Canto del Cruzado*, y nosotros insertamos íntegro en el lugar correspondiente de esta edición.

La Vuelta del Cruzado es una composición, de cuya autenticidad no nos da prueba alguna el Sr. Laverde, y tan pobre de pensamiento, y en la versificación tan floja, que no podemos admitirla como obra de Espronceda, de cuyo estilo y manera no nos ofrece el menor rastro, omitímosla, pues, y ni el lector ni la fama de su pretendido autor pierden nada en ello.

El Angel y el Poeta llevámoslo con los fragmentos del canto VII de *El Diablo Mundo*, publicados primero por D. Miguel de los Santos Alvarez, en su continuación de aquel poema, adonde lógicamente nos parece que deben colocarse, es decir, á continuación de los seis primeros cantos.

Claro está que eliminamos de entre las poesías líricas el cuadro de *La Maga y su hijo*, puesto que el lector ha de hallarlo íntegro en la *Blanca de Borbón*, á que pertenece como parte integrante de aquella tragedia.

Tenemos, por último, que omitir los flojos y desaliñados versos que bajo el epígrafe de *Improvisación* acogió la excesiva indulgencia del Sr. Laverde en las *Páginas perdidas*. Si aquello es de Espronceda, que imposible nos parece, no sólo dormitaba al escribirlo su grande ingenio, como dicen que al del mismo *Homero* acontecerle solía, sino que debía estar en profundísimo letargo sumido.

Por respecto al nombre de nuestro malogrado amigo omitimos, pues, el fragmento en cuestión.

Por lo demás, el Sr. Laverde puede lisonjearse de haber muy útilmente contribuído á completar en lo posible esta colección, y estar seguro de la profunda gratitud de los que en ella intervienen.

VIII

Nueve y no más son las composiciones lírico-poéticas, algunas de ellas incompletas, que, no sin trabajo, hemos podido entresacar de los desordenados y no siempre legibles manuscritos de Espronceda, para completar con ellos la colección de sus obras en aquel género. Todo lo que publicamos es indudablemente suyo; pero no todo tiene igual mérito, ni era posible que lo tuviese.

No siempre, á la verdad, son los poetas buenos críticos para sus propias obras: más de una vez, como á los padres acontece, prefieren al hijo que más les agrada y no al que más vale: pero generalmente hablando, y cuando no median circunstancias especiales, aquellas de sus composiciones que dejan en cartera al publicar otras, algo tienen en sí que la exclusión motiva.

No son, pues, las mejores de Espronceda hasta aquí inéditas, y en la sección á que nos referimos publicadas, las mejores de las que de su pluma salieron; confesámoslo francamente.

Las hay entre ellas, sin embargo, muy buenas, y alguna, como *El Canto del Cruzado*, por ejemplo, que de haberse concluído figuraría muy dignamente entre las más preciadas.

Y á propósito de ese *canto*, que debía ya de estar en gran parte escrito á mediados del año de 1833 (por lo

que á decir voy), permítaseme aprovechar la ocasión de declarar aquí, muy de mi grado, que á su lectura, ó más bien á su recuerdo, le debí la idea de escribir en su mismo metro un cuentecillo que, en efecto, compuse en Pamplona, hallándome allí de paso con el ejército del Norte en que servía, no recuerdo ahora en qué fecha de 1834, que publicó *El Artista* del mismo año con el título de *El Bulto vestido del negro capuz*, y que fué por el público mucho más benévolamente acogido de lo que mis pobres versos merecían y yo me atreví nunca á esperarlo.

El *Canto del Cruzado* es, á mi juicio, la mejor de las composiciones inéditas de Espronceda; mas no por eso dejan de ser dignas de estimación las que publicamos con los epígrafes de *A la degradación de Europa* y *Revoluciones del globo.*

La primera, que está completa, caracteriza vigorosamente la excéntrica manera de sentir política del gran poeta; y la segunda, que no es más que un fragmento, por desdicha, nos le muestra más filósofo quizá que ninguna otra de las suyas.

Los tercetos *Su propia pena* (incompletos), la *Soledad del alma*, y *El sueño* (incompleto), son composiciones enteramente *subjetivas*, como diría un crítico de la moderna escuela latino-germánica. El poeta se consagra á sí mismo, escudriña los más recónditos senos de su alma, y lanza gritos de dolor profundo, que inevitablemente al lector conmueven. La versificación conócese que no se ha limado, y nada tiene de extraño, porque parece probable que Espronceda, una vez *calamo-currente* escritos, no volviera á ocuparse en esos versos.

Debió escribir nuestro poeta su bella composición al *Acueducto de Segovia*, hasta ahora desconocida, y muy

sin merecerlo, por cierto, en su forzado viaje á Castilla la Vieja, cuando expulsado del Cuerpo de Guardias de Corps fué allá desterrado. De esa misma época data *El Castellano de Cuéllar*, escrito en el pueblo del mismo nombre, adonde le llamó el cariño de uno de nuestros más íntimos amigos de infancia y de juventud, D. Miguel Ortiz y Amor, á la sazón corregidor ó alcalde mayor de aquella villa. La poesía á que nos referimos, bella y sentida, como ya lo hemos dicho, pertenece ya al género romántico, que entonces comenzaba á florecer, ó más bien á renacer en nuestra España. No es oda, no es canción, no es nada con fórmula precisa, no lleva el uniforme de la escuela; pero en cambio es una expansión poética de la fantasía, y á veces una verdadera explosión de fuego sacro, que en la privilegiada mente del poeta constantemente ardía.

Una linda, aunque breve imitación de algunos versículos del *Cantar de los Cantares*, y dos romances de que consta una carta dirigida á D. José García Villalta, completan las obras inéditas de Espronceda.

¡Lástima grande que sean tan pocas!

IX

Brevemente hablaré de los dos poemas que siguen á las poesías líricas de Espronceda.

Son ambos, así *El Estudiante de Salamanca* como *El Diablo Mundo*, tan conocidos, tan populares; es el último, sobre todo, tan manoseado, traído y llevado, y, lo que es peor, tan lastimosamente imitado, cuando no parodiado, que verdaderamente no acierto á imaginar cosa nueva que decir en la materia.

Es *El Estudiante* una admirable leyenda, con pensamiento filosófico en el gusto germánico y formas romántico-españolas; versificado en diversidad de metros, siempre gallarda y castizamente, con frecuencia elevándose al más puro lirismo. Han creído muchos, y no sin aparente fundamento (cándido, lo confieso), que el poeta quiso ó no pudo menos de pintarse á sí mismo en *El Estudiante* D. Félix de Montemar,

> Segundo Don Juan Tenorio,
> Alma fiera é insolente,
> Irreligioso y valiente,
> Altanero y reñidor;
> Siempre el insulto en los ojos,
> En los labios la ironía,
> Nada teme, y todo fía
> En su espada y su valor.

Algo hay de verdad en la hipótesis á que aludo: algo, sí, pero no todo.

Hubo una época de su vida en que el desdichado Espronceda, porque en amor se había engañado, y á más de una *Jarifa* después trató acaso duramente, aunque no tan mal como todas ellas lo merecían, llegó, no diré á creerse, pero sí á desear que el mundo le creyese un *segundo Don Juan Tenorio;* pero yo debo aquí declarar en voz muy alta, porque así me consta, porque así lo creo en conciencia, porque así cumple á la justicia á los muertos debida; porque, en fin, así lo exige la honra de un nombre que me interesa mucho como literato, más como español, y más todavía que por todo eso, porque los nietos del autor de *El Estudiante* llevan, juntamente, y ántes que el apellido de *Espronceda*, el de *Escosura*. — Debo declarar, repito, que no conozco, que no hay, que es imposible citar en

la vida de mi caro amigo, una sola circunstancia que le haga capaz del dictado de *segundo Don Juan Tenorio*, excepción hecha de su varonil apostura y de las muchas dotes que para ser amado tenía. Caballero á toda ley con hombres y mujeres, buen hijo, tierno padre, entrañable amigo, ¿dónde están los varones por él engañados? ¿dónde las doncellas por él seducidas y burladas? ¿cuáles son sus sacrílegas tropelías?

No se confundan, no, porque son cosas muy distintas, las pasiones ardientes, las calaveradas excéntricas, las frases tan temerarias como se quiera, y hasta las inconveniencias mismas de un mozo, por comunes infortunios amorosos excepcionalmente conducido á un estado de febril exaltación, con las perfidias galantes y las no envidiables hazañas de *El Burlador de Sevilla.*

Espronceda fué, y no me cansaré de repetirlo, más hipócrita del vicio y de la impiedad, que impío y vicioso realmente.

En *El Estudiante de Salamanca* mismo abundan los testimonios de su ingénita ternura, de sus nobles afectos, por la pasión alguna vez extraviados, nunca extinguidos en aquel corazón inmenso. *Elvira* es una deliciosa criatura, cuyo retrato figuraría dignamente al lado de los de la *Justina* del *Mágico prodigioso* y de la *Margarita* de Goëthe. El *cuadro dramático* no desdeñaría Calderón mismo haberlo escrito; y en la cuarta y última parte no hubieran hecho acaso más, combinadas en aquella amalgama de lo fantástico con lo verdadero, las plumas de Byron y Shakespeare, en cuyo espíritu se inspiró allí Espronceda.

Y llegamos ya al *Diablo Mundo:* á la obra más popular de Espronceda, á la que el vulgo tributa más aplausos, á la que siempre va unida á su nombre.

¿Es en realidad la mejor de las suyas? Resueltamente, yo no lo creo. ¿Por qué así?—¿Carece ese poema de un gran pensamiento?—No, en verdad; tiénelo inmenso, excesivo, á mi juicio. Un viejo que rejuvenece, al parecer inmortal, y que va de nuevo á emprender la vida, entrando en ella sin conciencia ni recuerdo de la que antes tuvo, y por las puertas de lo maravilloso, para que, encontrándose así desde el primer instante en contradicción con las ordinarias condiciones de la existencia humana, sea la suya una perpetua lucha, que comienza en una cárcel entre bandidos, que le da por amante una ramera, y que, hasta donde con la obra llegó su autor, nos le muestra siendo inconsciente juguete de circunstancias fortuitas. Tales son, en compendio, el poema de Espronceda y su protagonista. Goëthe, en su *Fausto,* no va tan léjos. Con la experiencia de la ancianidad entra en la vida el seductor de Margarita: y dada esa condición esencial, ya el fin del poeta se comprende, ya al terminar la lectura de su singularísimo libro quédanle al lector un pensamiento y un sentimiento, entrambos claros y definidos. Se siente que no es menor temeridad, en el orden moral, querer el hombre enmendar á la Providencia, que pudo serlo en los Titanes la loca empresa de escalar el cielo. Se comprende que la juventud con experiencia, como la vejez sin desencantos, son entrambas quiméricos ensueños, que, si realizarse pudieran, no darían de sí más que seres tan antipáticos y perversos como el doctor Fausto lo es, para mí al menos, de viejo y de aparente joven.

Pero, ¿qué es, qué significa, qué prueba el *Adan* de Espronceda en *El Diablo Mundo?* Si ese hombre entra en su nueva vida sin recordar siquiera que otra tuvo,

¿de qué le sirve haberla tenido? ¿Por qué negarle lo que, próvida y lógica, la naturaleza concede, no sólo al hombre, sino á los animales todos: padres que los crien, y con su ejemplo, cuando menos, á vivir les enseñen? Si eso se hizo para buscar el contraste directo y brusco entre la naturaleza humana, en su estado más inculto, y la civilización, en su inmoralidad más profunda, sin acudir á prodigio alguno hubiera podido lograrse: un salvaje cualquiera, como el *Ingenuo* de Voltaire, por ejemplo, hubiera llenado los fines del autor. Pero, ¿qué fines? — Confieso que no los comprendo bien, que no acierto á definírmelos claramente.

Quizá sea incapacidad mía, porque en verdad refractaria es mi naturaleza á esas nebuloso-metafísicas creaciones de cierta escuela alemana, excelentes y deleitables, sin duda, para los privilegiados mortales que penetran su significación simbólica; y sin riesgo, en las más que frescas florestas de la Selva Negra, para cerebros á prueba de paradoja, como deben de serlo los que á tales lecturas resistan; pero que, á juzgar por lo que tengo observado, traídas á nuestro casi africano suelo, son como ciertas plantas europeas, que llevadas á los trópicos se arrebatan más que florecen, y ó no dan nunca sazonados frutos ó los producen nocivos.

Ni el título mismo de *El Diablo Mundo* está justificado en lo que de ese poema pudo escribir su autor insigno. Para explicarlo hay que suponer gratuitamente que Espronceda se proponía probar que el espíritu del mal prevalece en la tierra constante y normalmente sobre el del bien; que el diablo lo es en este mundo todo; lo cual, aunque á veces parezca de sobra cierto, sería tremendamente desconsolador, sobre soberanamente impío.

¿Por qué, pues, esa popularidad inmensa, y no transitoria; no efecto del espíritu de escuela ó de partido, sino ya, por decirlo así, tradicional y en autoridad de cosa juzgada, universalmente admitida?

No diré, aunque pueda ser verdad, que son infinitos más en número los que *El Diablo Mundo* ensalzan que los que le han leído; ni añadiré tampoco que, entre sus lectores mismos, contados serán los que hayan tratado de darse cuenta de lo que el célebre poema realmente significa.

Lo que hay es, que *El Diablo Mundo,* producción en su título pretenciosa y en su pensamiento metafísica con exceso, es en su ejecución y desarrollo un poema tan de veras poético, tan espontáneo, tan vario en estilo y en cuadros, tan rico en tesoros de versificación, tan pródigo en interesantes episodios — todo él no es en realidad más que una serie de episodios — que sólo quien esté dotado de un alma de hielo, de un corazón de mármol y de un entendimiento de pedante, podrá resistir á la poderosa magia con que los sentidos fascina.

Yo prefiero los fragmentos del *Pelayo*, y en general las *Poesías líricas*, y sobre todo *El Himno al Sol;* á mí me parece mucho más interesante, acabado y perfecto, como leyenda, *El Estudiante de Salamanca;* y no obstante, confieso que, sin participar de la opinión general respecto al *Diablo Mundo*, me explico fácil y lógicamente su razón de ser.

Su introducción ó prólogo es un desatado fantástico raudal, un viento redondo de espontánea poesía, que fascina y cautiva. La imaginación se pierde, la crítica no sabe á qué cabello asirse; el entendimiento tiene que arriar pabellón, sin combate, bajo el irresistible des-

lumbrante fuego de aquel buque pirata, que ha izado bandera negra contra toda regla, y sin misericordia tira contra toda conveniencia.

Verdaderamente no sé que se haya pintado nunca con tan espantosa verdad el desorden enérgico de una fantasía en el paroxismo del más fantástico delirio. No concibo, señores, que puedan ir más lejos las excentricidades ilógicas, y, sin embargo, para el que las padece, verdades crueles de esos angustiosos ensueños que se llaman pesadillas.

Y ¡qué versificación! ¡Qué versificación tan varia, tan fluida, tan caprichosa, tan seductora!

Citar una, diez, veinte estrofas, no sería bastante; es preciso leerlo todo una y cien veces para formarse idea, para sentir lo que bajo ese aspecto vale la introducción de *El Diablo Mundo.*

Renuncio, pues, á toda cita del prólogo, y sólo por vía de muestra, y para explicación del pensamiento del autor, voy á copiar aquí algunas de las octavas con que él mismo lo expresa en el canto primero. Dicen así:

Nada menos te ofrezco que un poema,
Con lances raros y diverso asunto,
De nuestro mundo y sociedad emblema,
Que hemos de recorrer punto por punto.
Si logro yo desenvolver mi tema,
Fiel traslado ha de ser, cierto trasunto
De la vida del hombre y la quimera,
Tras de que va la humanidad entera.

. . . .

En varias formas, con diverso estilo,
En diferentes géneros, calzando
Ora el coturno trágico de Esquilo,
Ora la trompa épica animando;

Ora cantando plácido y tranquilo,
Ora en trivial lenguaje, ora burlando,
Conforme esté mi humor—porque á él me ajusto—
Y allá van versos donde va mi gusto.

Y, en efecto, fiel á su propósito, cantó Espronceda en el resto de su poema conforme á su gusto, sin más ley que la de su capricho, y obedeciendo á veces—con dolor lo confieso—á sentimientos indignos de su noble índole.

Apenas, en gracia de las circunstancias políticas de su época, y tomando en cuenta lo que en él podía el espíritu fanático de partido, puede perdonársele la notoria injusticia é inmerecido desprecio con que trata á uno de los hombres de Estado más importantes de España en nuestro siglo; personaje de quien nunca fuí amigo ni enemigo; cuyo trato excusé, porque nuestros dos caracteres no eran entre sí afines ni fácilmente conciliables; pero á quien, no por eso puedo ni quiero negar los grandes servicios que hizo á la patria, ni que nuestra literatura le debe un libro de relevante mérito.

Seguro estoy de que, si Dios concediera á Espronceda más larga vida, y con ella espacio para dirigir una segunda edición de sus obras, hubiera con su propia mano borrado de ellas la octava en que, tan sin necesidad como sin razón ultraja al Conde de Toreno, recordando y poniendo en práctica aquella máxima de honradez política que consignó Cienfuegos — gran poeta también — en estos versos de su *Zoraida:*

Si el Rey de mi facción es enemigo,
Yo lo soy de la suya, y no por eso
Dejaré de cumplirle los oficios
Que por justicia y por honor le debo.

Otro canto, el segundo, y cuando menos su epígrafe,

debiera no haber figurado nunca, ni en *El Diablo Mundo*, ni en obra, fuese la que fuere, de Espronceda.

¡Desahogo de su corazón le llama él! No lo es, no, de su corazón, sino de su rencor, quizá justo, pero que, por mucho que lo fuera, no debió traspasar los límites de la tumba.

Tendamos el velo del olvido sobre esa lamentable flaqueza de un gran corazón, y recordemos, de paso, que el sol mismo, ese astro de luz soberana, tan sublimemente cantado por nuestro vate, manchas tiene que, si una parte de su esplendor anublan, á eclipsarlo no bastan.

He procurado, hasta aquí, mostrar á Espronceda tal como yo le conocía y amaba: hombre en el fondo de excelentes dotes, si bien por efecto de las circunstancias aparece en nuestra época, ó quieren algunos que aparezca, como un personaje semidivino y semisatánico, como una nueva encarnación de ese tipo, exclusivamente español, que combina el libertinaje con el amor, la impiedad con la fe, el valor indómito con la deslealtad más insigne, la poesía en el lenguaje con la perfidia en el pensamiento; de ese tipo que todas las literaturas del mundo copian de la nuestra, sin que ninguna á disputárnoslo se atreva; y tipo, en fin, que, como el de *El Ingenioso Hidalgo*, español tambien, no sólo tiene un nombre, de polo á polo .conocido, *Don Juan Tenorio*, sino que pasa por persona real y efectiva, tanto ó más que infinitos personajes históricos. ¿Habrán sido vanos mis esfuerzos, ó habré logrado, como ardientemente lo deseo, y lo procuré en conciencia, arrancar á Espronceda de esa picota del escándalo en que afrentosamente le exponen, creyendo hacer su

apoteosis, muchos de sus tan ciegos como indiscretos adoradores?

Así me atrevo á esperarlo, y tanto de ello me persuado, que no vacilo en decir lo que del gran poeta, de cuyas bellísimas producciones apenas si he presentado tal cual muestra, siento y pienso: á mi juicio, Espronceda no tiene en el género lírico, en España, más rivales ni predecesores que *Herrera* en el siglo de oro y *Quintana* en el nuestro.

PATRICIO DE LA ESCOSURA.

EL ENTIERRO DE ESPRONCEDA [1]

«Según ayer anunciamos, á la hora de las cuatro y media de la tarde se reunió en la iglesia de San Sebastián, donde se hallaba depositado el cadáver del malogrado joven, un concurso numerosísimo, que sin duda pasarían de mil personas, con el objeto piadoso de tributar al distinguido literato y diputado los últimos honores. Hallábanse allí casi todas las notabilidades literarias de la capital, inmensa mayoría de los diputados á Cortes, algunos senadores, oficiales de la Milicia nacional, los principales actores de ambos teatros, y otra porción de personas de todas las clases del pueblo. En el concurso distinguimos al apreciable escritor francés Mr. Viardot, esposo de la célebre Paulina García, el cual, amante siempre de las glorias españolas, quiso mostrar, sin duda, que así como para el verdadero mérito no hay distinción de partidos, tampoco hay diferencia de naciones.

»A las cinco se puso en marcha el cortejo funeral, compuesto de dos largas filas de los referidos asistentes, y presidido por los señores Presidente del Congreso y Patriarca de las Indias, tío del difunto, á quienes llevaba en medio, el Sr. Conde de las Navas y otros cercanos amigos de aquél.

1 Artículo publicado en *El Eco del Comercio* el 25 de Mayo de 1842.

»Cerraba las filas la banda de música del tercer batallón de nacionales, que fué todo el tránsito tocando una marcha patética, y seguía una larguísima fila de coches de respeto.

»El cadáver iba en un ataud cerrado, colocado sobre un carro fúnebre con cuatro caballos enlutados. Sobre el féretro se veían esparcidas algunas flores arrojadas de los balcones de la carrera.

»La cual fué por la plazuela del Angel, calles del Prado, Príncipe, Carrera de San Jerónimo y todo el Prado, hasta la puerta de Atocha, desde donde se dirigió al cementerio de la sacramental de San Sebastián.

»Descendido el ataud en medio del gentío que llenaba el recinto, y depositado en el sitio en que ha de reposar para siempre, se cantó el responso, y en seguida el Sr. Gil (D. Enrique), íntimo amigo del difunto, lleno de profunda emoción; que apenas le permitía articular, leyó la siguiente composición, oída con religioso silencio y aplaudida vivamente por el concurso.»

A ESPRONCEDA

¿Y tú también, lucero milagroso,
Roto y sin luz bajaste
Del firmamento azul y esplendoroso,
Donde en alas del genio te ensalzaste?
Gloria, entusiasmo, juventud, belleza,
De tu gallardo pecho la hidalguía,
¿Cómo no defendieron tu cabeza
De la guadaña impía?
¿Cómo, cómo en el alba de la gloria,
En la feliz mañana de la vida,

Cuando radiantes páginas la historia,
Con solícita mano preparaba,
Súbito deshojó tormenta brava
Esta flor de los céfiros querida?

. . . .

Aguila hermosa que hasta el sol subías,
Que los torrentes de su luz bebías,
Y luégo en raudo vuelo
Rastros de luz é inspiración traías
Al enlutado suelo:
¿Quién llevará las glorias españolas
Por los tendidos ámbitos del mundo?
¿Quién las hambrientas olas
Del olvido y su piélago profundo
Bastará á detener? Tus claros ojos
No lanzan ya celestes resplandores:
Fríos yacen tus ínclitos despojos:
Faltó el impulso al corazón y al alma:
En las ramas del sauce de tu tumba
El arpa enmudeció de los amores,
Y de tu noche en el silencio y calma
Trémula y dolorida el aura zumba.

. . . .

¿Y yo te canto, pájaro perdido,
Yo, á quien tu amor en sus potentes alas
Sacó de las tinieblas del desierto,
Que ornar quisiste con tus ricas galas,
Que gozó alegre en tu encumbrado nido
De tus cantos divinos el concierto?
¿Qué tengo yo para adornar tu losa?
Flores de soledad, llanto del alma,
Flores ¡ay! sin fragancia deleitosa,
Yedra que sube oscura y silenciosa

Por el gallardo tronco de la palma.
¡Oh mi Espronceda! ¡oh generosa sombra!
¿Por qué mi voz se anuda en mi garganta
Cuando el labio te nombra?
¿Por qué cuando tu planta
Campos huella de luz y de alegría,
Y tornas á la patria que perdiste,
Torna doliente á la memoria mía,
A mi memoria triste,
De tu voz la suavísima armonía?
¡Ay! si el velo cayera
Con que cubre el dolor mis yertos ojos,
Menos triste de ti me despidiera;
Blanca luz templaría mis enojos
Cuando siguiese tu sereno vuelo
Hasta el confín del azulado cielo.
¡Adiós, adiós! La angélica morada
De par en par sus puertas rutilantes
Te ofrece, sombra amada;
Ve á gozar extasiada
La gloria inmaculada
De Calderón, de Lope y de Cervantes.

Terminada la lectura de esta composición, el Sr. D. Joaquín María López pronunció el siguiente discurso:

«¡Qué triste es, señores, el destino del hombre sobre la tierra! Apenas hace seis meses que la voz de Espronceda resonó sobre las tumbas en versos melancólicos para celebrar el valor y la gloria del infortunado Guardia.

»Entonces mi palabra se unió á la suya en honor del héroe, y hoy tengo que dirigirla al malogrado compañero. No es extraño; porque si es triste la suerte del hombre, más triste es, sin duda, la suerte del genio. Este destello de la divinidad aparece de vez en cuando como una antorcha para alumbrar al mundo; pero atraviesa rápidamente el espacio, como una exhalación luminosa, sin dejar en pos de sí sino una miserable pavesa y el doloroso recuerdo de su pasado resplandor.

»Amarga es, por cierto, la prueba de esta verdad que hoy tenemos á la vista. Buscamos ansiosos al amigo y compañero, que ayer se sentaba á nuestro lado, que compartía nuestras tareas parlamentarias, y no encontramos otra cosa que sus fríos restos que nos guarda en enlutado ataud. Cuarenta y ocho horas han bastado para segar en flor nuestras esperanzas y las del país; cuarenta y ocho horas han bastado para poner entre él y nosotros nada menos que un mundo entero y el mar sin límites de la eternidad.

»Espronceda no había nacido, ciertamente, para vivir mucho. Su extrema sensibilidad debía hacer que sus impresiones fuesen más continuas y más profundas. Y las cosas que pasan por el alma de los hombres comunes, rozándose apenas, y como resbalándose sobre su tosca superficie, hacían en el alma del que lloramos una ancha herida, que ni el tiempo mismo podía cerrar, porque se alimentaba siempre viva con el culto misterioso que daba á los recuerdos. Su imaginación era un volcan, y su corazón un abismo. Él estaba fuera de su centro, porque ni el mundo le comprendía, ni acaso él se hallaba bien en el mundo, en la forma en que por su desgracia lo había comprendido.

»Ya al fin no existe, y hé aquí, señores, otra idea

bien desconsoladora. Sobre esa cabeza, por la cual han cruzado tantas ideas atrevidas, tantas imágenes felices, y tantos rasgos de una profundidad, tal vez inconmensurable, reposa ahora la muerte, como haciendo alarde de su triunfo, pareciéndose á una divinidad maléfica y vengativa, ó á un verdugo enemigo y sangriento que se sonríe y goza á la vista de la víctima á quien acaba de inmolar.

»¿Y qué podré yo decir en merecido elogio de nuestro perdido amigo? Como poeta sublime, él ha colocado su pluma al lado de la de Homero y de tantos otros escritores, justamente célebres en el género épico, pero con la notable ventaja de que Espronceda, después de arrebatarnos con los vuelos de su ardiente fantasía, se plegaba con una facilidad admirable á todas las otras clases de composiciones, pintándonos del modo más feliz las gracias de la belleza, los placeres y dulces arrullos del amor, y los goces inefables de la naturaleza en los momentos en que ésta se muestra amiga del hombre y hace alarde de su poder y de su gala en la serenidad de los cielos y en la apacible quietud del mundo, satisfecha y feliz. Esa alma que ha volado de entre nosotros, tenía su tipo de creación, á ningún otro parecido; sus obras llevan un sello que las distingue de todas las otras concepciones del entendimiento humano. Los fragmentos que conservamos del *Pelayo,* que sirvieron de entretenimiento á sus años juveniles, y *El Diablo Mundo,* empezado á escribir en edad más adulta, pasarán á la posteridad entre la admiración y el aplauso, y ciertamente las generaciones venideras harán más justicia al mérito del autor que la que le han hecho sus contemporáneos.

»Como patriota, la espada y la lengua de Espronceda

marcharon siempre unidas en defensa de los intereses y de los derechos del pueblo.

»Como particular, amigo sincero, siempre franco y siempre generoso, cautivaba las voluntades, y bastaba acercársele para quererlo con entusiasmo. Esta especie de adoración se aumentaba en las almas sensibles al notar ese barniz, ese opaco colorido de melancolía que traspasaba por todas sus acciones y todas sus palabas, se conocía que el mundo le había despedazado el corazón y que no encontraba en la historia de su vida sino punzantes recuerdos. La naturaleza se había mostrado pródiga con él, concediéndole todos sus dones; pero la desgracia, que se había apresurado á tomar posesión de su existencia, le ha perseguido hasta el último momento, pues hasta su muerte ha sido extremadamente dolorosa. El pintaba ese vacío del corazón, esa esterilidad del alma, ese abandono que hace creerse al hombre extranjero y solo en medio del mundo, en aquellos tristísimos versos.

Para mí los amores se acabaron;
Todo en el mundo para mí acabó;
Los lazos que á la tierra me ligaron
El cielo para siempre desató.

»Tal era la vida de nuestro amigo. Feliz él que ha encontrado en el sepulcro la paz y el sosiego que en vano buscara sobre la tierra.

»Como diputado, apenas empezaba á pisar la arena parlamentaria, cuando lo ha interceptado en su carrera el destino, arrancándolo de nuestro lado. Había emprendido una senda peligrosa y la seguía con gloria. La muerte le ha sustraído al tormento de perder un

día todas las esperanzas y las ilusiones. Morir con ellas es siempre una ventaja y un consuelo.

»Duerme, pues, en paz, joven desgraciado, en tu último asilo, seguro de que te acompañarán constantemente en él nuestros recuerdos y nuestras lágrimas. De ti podemos decir, como ha dicho Châteaubriand, cuya brillante imaginación puede llamarse hermana de la tuya: «Su sepulcro está en su patria.» Con el sol puesto, con los llantos de sus amigos, y con los encantos de la religión, los que te lloramos acaso no debemos esperar esa dicha, y acaso la mano cariñosa de la amistad ó del amor no venga á cerrar nuestros ojos. Vela, pues, desde la región afortunada en que ya existes, sobre el destino de esta pobre patria, de la cual, mientras vivías, has sido uno de los más firmes apoyos y uno de los más leales y decididos defensores.»

Varias veces fué interrumpido el orador con las cordiales muestras de aprobacion de los oyentes, y al final del discurso que acabamos de copiar, redoblaron los aplausos y las muestras de conmoción del auditorio.

No menos buena acogida tuvieron las pocas palabras que en honor del difunto pronunciaron mezcladas con sollozos los Sres. Navas y Brabo, cuyas amistosas relaciones con Espronceda se sabe cuán estrechas eran; y del mismo modo fué oído un soneto del Sr. Romero Larrañaga, del cual no hemos podido obtener copia, y sobre todo un excelente fragmento, el último que ha escrito el difunto, leído por el Sr. Romea (D. Julián). Creemos que este bello trozo debía formar parte del celebrado poema *El Diablo Mundo,* que ha quedado desgraciadamente sin concluir.

Ya cerca del anochecer se terminó la fiesta fúnebre, de cuyas tristes impresiones nos hallamos aún poseidos al trazar estas pocas líneas.

En medio de este doloroso efecto, sentimos la satisfaccion de reconocer que la ilustre memoria del señor Espronceda recibió ayer acaso las mayores honras que se hayan hecho hasta el día en Madrid á particular alguno; porque si no tuvo su entierro, como indicó el Sr. López, ni el lujo ni el acompañamiento aristocrático, fué el más brillante en la esencia que se puede hacer por el pueblo á un hombre del pueblo.

———

OBRAS POÉTICAS

DE

DON JOSÉ DE ESPRONCEDA

A.....

DEDICÁNDOLE ESTAS POESÍAS

SONETO[1]

Marchitas ya las juveniles flores,
Nublado el sol de la esperanza mía,
Hora tras hora cuento, y mi agonía
Crece con mi ansiedad y mis dolores.
Sobre terso cristal ricos colores,
Pinta alegre tal vez mi fantasía,
Cuando la triste realidad sombría
Mancha el cristal y empaña sus fulgores.
Los ojos vuelvo en incesante anhelo,
Y gira en torno indiferente el mundo,
Y en torno gira indiferente el cielo.
A ti las quejas de mi amor profundo,
Hermosa sin ventura, yo te envío:
Mis versos son tu corazón y el mío.

---

1 Salió á luz en la primera edición de las Poesías de Espronceda. Ignoramos la causa de su omisión en las posteriores.

ENSAYO ÉPICO

FRAGMENTOS DE UN POEMA

TITULADO

EL PELAYO [1]

FRAGMENTO PRIMERO

I

De los pasados siglos la memoria
Trae á mi alma inspiracion divina,
Que las tinieblas de la antigua historia
Con sus fulgentes rayos ilumina:
Virtud contemplo, libertad y gloria,
Crímenes, sangre, asolacion, rüina,
Rasgando el velo de la edad mi mente,
Que osada vuela á la remota gente.

---

1 Este poema, comenzado muchos años há, estaba ya muy cerca de su término; pero los trastornos y vicisitudes que el autor ha sufrido, han extraviado la mayor parte de los manuscritos, y sólo le es dado ofrecer al público, como muestra, estos fragmentos. Sin embargo, prendado de la belleza del asunto, no desconfía de dar cumplido remate á una obra que ha ocupado los primeros años de su vida. Su prematura muerte no le dió tiempo á Espronceda para cumplir tan buen propósito.

II

Tornan los siglos á emprender su giro
De la sublime eternidad saliendo,
Y antiguas gentes y ciudades miro
Súbito ante mi vista apareciendo:
De ellos á par en mi ilusión respiro,
Oigo del pueblo el bullicioso estruendo,
Y lleno el pecho de agradable susto,
Contemplo el brillo del palacio augusto.

III

Al blando són de la armoniosa lira
Oigo la voz de alegres trovadores,
El aura siento que fragancia espira,
Y al eco escucho murmurando amores;
Al sol contemplo que á Occidente gira
Reverberando fúlgidos colores,
Do la corte del godo poderío
Se alza orgullosa sobre el áureo río.

IV

Toledo, que de mágicos jardines
Cercada, eleva su muralla altiva
No guardada de fuertes paladines,
Ornada sí de juventud festiva:
Allí entregado á espléndidos festines,
Rodrigo alegre y descuidado liba
Copás de néctar de fragancia pura,
Al deleite brindando y la hermosura.

V

Allí con ojos lánguidos respira
Dulce placer beldad voluptuosa,
Y aroma exhala, si feliz suspira,
Del puro labio de encarnada rosa:
Rodrigo en ella codicioso mira
La que á su amor se muestra desdeñosa,
Que más que todas es cándida y linda,
La dulce, bella, celestial Florinda.

VI

El ruido crece del festin en tanto,
Y el grato néctar al deleite llama;
Su pecho inunda deleitoso encanto,
Y el fuego impuro del amor le inflama:
Ebrio Rodrigo, desceñido el manto
Alza la mano trémula, derrama
El áureo vaso, y atrevido sella
Dulce beso en el rostro á la doncella.

VII

Todo es placer: de su mansión de rosa
La primavera cándida desciende,
Y en el regazo de la tierra ansiosa
El fuego animador de vida enciende.
Templa del mar la furia procelosa,
El viento en calma plácido suspende,
Y derrama la aurora en sus albores
Luz regalada y regaladas flores.

VIII [1]

Abre la flor naciente el lindo seno,
Y recibiendo el encendido rayo,
En la esmeralda del otero ameno
Vierte su dulce olor, gloria del mayo:
Pasa el arroyo plácido y sereno,
Solícito besándola al soslayo;
Ella en vivos colores se ilumina
Y al dulce beso la cabeza inclina.

IX

Y en el pensil do con rosada frente
El halagüeño abril pasa riendo,
A la sombra de un árbol eminente
Está la juventud danzas tejiendo;
Cual á la márgen de la hervosa fuente
Canta, blando laud diestro tañendo,
Y cual del baile y del cantor se aleja,
Y á su dulce beldad tierno se queja.

X

Allí Rodrigo con incierta huella
Lascivo sigue á la fatal Florinda;
Ciego, arrastrado de ominosa estrella,
Intenta audaz que á su furor se rinda.
No oye ¡infeliz! su mísera querella;
La ve humilde á sus pies, la ve mas linda,
Y con lascivos ojos, con desdoro
Mancha la hermosa flor de su decoro.

---

1 Esta octava es la de Lista marcada con la letra K.

XI

En tanto encubre pavorosa nube
El cielo enantes trasparente y terso,
Y relumbra la espada del querube,
Ministro del Señor del universo;
Que ya la voz de la inocencia sube
Que en llanto el gozo trocará al perverso;
Y á la luz del relámpago se muestra
Del rayo armada la divina diestra.

XII

Súbito un trueno retumbar se siente:
«¡Himnos, vivas al rey! la danza siga,
Y nuestra dicha y júbilo acreciente
El mutuo amor que nuestras almas liga.»
Tal grita aquella juventud demente,
Y al rey ensalza que Jehová castiga.
«¡Himnos, vivas al rey!» Súbito un rayo
Heló sus pechos con mortal desmayo.

XIII

Envuelto en noche tenebrosa el mundo,
Las densas nubes agitando, ondean
Con sus olas los genios del profundo,
Que con cárdeno surco centellean;
Y al ronco trueno, al eco tremebundo
De los opuestos vientos que pelean,
se oye la voz de la celeste saña:
«¡Ay Rodrigo infeliz! ¡ay triste España!»

XIV

Todo desapareció: lóbrego luto
Reina y silencio do el placer ardía,
Do el mísero monarca disoluto
En vil torpeza y embriaguez yacía.
Guerra y desolación el triste fruto
Al fin será de su lascivia impía,
Y horrenda esclavitud: Rodrigo en tanto
Verterá entre sus hembras débil llanto.

XV

¡Maldición, maldición! Yertas las flores,
Del huracán violento arrebatadas,
El alegre pensil de los amores
Verá sus hojas por doquier sembradas;
La música, el banquete, los favores
Dulces de amor, las danzas animadas,
El canto de las damas y galanes
Trocados miro en lágrimas y afanes.

XVI

Tal otro tiempo en la soberbia cena
Donde mofaba de Jehová el impío,
Ya la medida al sufrimiento llena,
Rebosó de ira caudaloso río;
Y el rey asirio con amarga pena
Vió en el muro de mármol con sombrío
Fuego animarse escrito sobrehumano,
Trazado allí por invisible mano.

FRAGMENTO SEGUNDO

. . . .
. . . .

I

Era la hora en que el mundano ruido
Calma, en silencio el orbe sepultado;
Yacía el rey, apena interrumpido
Del dulce sueño su mortal cuidado,
Cuando un fúnebre oyó largo alarido
Entre angustiosos sueños congojado,
Triste presagio de su infausta suerte,
Y luégo ante sus ojos vió la muerte.

II

La amarillenta mano descarnada,
Blandiendo al aire la guadaña impía,
La aterradora vista al rey clavada,
Su cetro y su corona recogía,
Mientras en torno extraña gente armada
Sus despojos alegre dividía:
Y oyó sus quejas, y escuchó sus voces,
Y sus semblantes contempló feroces.

III

Y al ángel de tinieblas levantarse
Súbito vió, como la inmensa cumbre
Del alto Chimborazo, y al llegarse
Lanzando rayos de ominosa lumbre;
Y su mano sintió, que al acercarse
En su frente cargó su pesadumbre,
Grabando allí tremendo sobrescrito
Que le marcara por de Dios maldito.

IV

Y luégo oyó rumor de cien cadenas,
Crujir los huesos, rechinar los dientes,
Y abismos contempló de eternas penas
Inmensurables, lóbregos y ardientes:
Oyó voces de horror y espanto llenas,
Batieron palmas las precitas gentes,
Y oyó también, por mofa en su agonía,
Bárbaras carcajadas de alegría.

V

Mas luégo el sueño se trocó en su mente,
Y amantes dichas disfrutar figura
En brazos de Florinda dulcemente
Entre flores, aromas y frescura;
Y cuando más su corazon consiente
Que estrecha la deidad de la hermosura,
Se halla en los brazos de Julián fornidos
Ahogándole, á su cuello retorcidos.

VI

Sobre él enhiesto á su garganta apunta
Fiero puñal que el corazon le hiela:
Procura desasirse y más le junta
Pecho á pecho Julián, que ahogarle anhela.
Así fiero dragón trilingüe punta
Vibra y se enlaza al animal que cela,
É hincando en él la ponzoñosa boca,
Le enrolla, anuda, oprime y le sufoca.

VII

Los brazos alza y lleva á su garganta,
Del bárbaro enemigo á desprenderse:
Cuanto con más ahinco los levanta,
Los ve volver sin ánimo á caerse:
Crecen sus bascas, y en angustia tanta
Falto de aliento, sin poder valerse,
Yerto, rendido y con mortal congoja,
Ya con lívida faz espuma arroja.

VIII

En medio á su delirio y agonía
Trémulo y fatigoso se despierta;
Un helado sudor su cuerpo enfría
Su carne toda horripilada y yerta:
Siente el robusto brazo que porfía
Aun por ahogarle; á desprender no acierta
El lienzo que á su cuello él mismo liga,
Y él cree el brazo tenaz que le fatiga.

. . . .

FRAGMENTO TERCERO

BATALLA DEL GUADALETE[1]

I

En vano con prodigios espantosos
El justo cielo le anunció su ruina,
Y fúnebres ensueños milagrosos
Le intimaron la cólera divina:
Ronco trueno á los pueblos temerosos,
A deshora estallando, vaticina
Desventuras sin fin; y el Rey en tanto
Derrama entre sus hembras débil llanto[2].

II

Orgulloso torrente de guerreros,
Pueblos, montañas y ciudades hunde;
Tintos en sangre brillan sus aceros,
Y el estrago y terror doquiera cunde:
Así al impulso de aquilones fieros
Llama voraz por selvas se difunde,
Consume antiguos troncos, arde el suelo
Y amenaza abrasar al mismo cielo.

---

1 Según el plan de Lista, que en su lugar copiamos, este fragmento debía pertenecer al canto segundo del poema.

2 Este pareado y el de la octava XIV del fragmento primero son casi iguales.

III

Rompe el alarbe y fiero desbarata
Cuanto encuentra, y los campos raudo asuela;
Al labrador sus mieses arrebata;
Pavoroso terror las gentes hiela;
La virgen triste al vencedor acata,
Y hondo suspiro de su pecho vuela
Al trono de Rodrigo descuidado,
Que en infame placer yace embriagado.

IV

Mas al fin despertó: lució ya el día
En que á tan grandes crímenes el cielo
El merecido premio disponía:
Nublóse el sol, encapotóse el velo
Del ancha esfera: el trueno estremecía
La amedrentada tierra, y con anhelo
Rodrigo entonces, respirando apenas,
Quiere romper las bárbaras cadenas.

V

Al deleite se arranca, el hierro viste,
Cálase el yelmo, el tresdoblado escudo
Con fatiga tal vez débil resiste,
De esfuerzo el corazón y ardor desnudo;
Pálido el rostro, acongojado y triste,
Parte á lidiar contra el alarbe ruido;
Vierten sus ojos lágrimas, suspira,
Y por última vez su alcázar mira.

. . . .

VI

El grito escucha de venganza y guerra
Gozoso de su estruendo el mahometano,
Y ansioso aguarda en la vandalia tierra
Do baña el Lete el muro jerezano.
¡Ay! á la lid del ocio se destierra,
¡Oh cara patria! y se prepara en vano
Rodrigo de su ejército á la frente,
Que los vicios de un rey vician su gente.

VII

Despareció del godo la osadía
Y el antiguo valor: las armas, ora
Noble ejercicio de su esfuerzo un día,
Cansado blande y los deleites llora,
Mientras la enseña de la luna impía
Tremolan á los aires vencedora
Los que el mundo, belígeros varones,
Turbaron con sus bárbaras legiones.

VIII

Rodrigo en carro de marfil ostenta
Corona de oro y perlas en su frente:
La regia pompa y galas aparenta
Que en los banquetes le adornó luciente.
¡Mísero, en vano el corazon alienta;
No ve sobre él, ¡oh Dios omnipotente!
Tu diestra levantada; arder no mira
Tu rayo á la palabra de tu ira.

IX

Llegamos [1] ya del Lete á la ribera,
Y en su fértil llanura el campamento
Fijamos frente á la morisma fiera:
Resuena el campo en pavoroso acento,
Al aire va tendida la bandera,
La trompa agita el sonoroso viento,
Armas y carros resonantes giran,
Y ambas huestes atónitas se miran.

X

La noche el cielo en su sombroso manto
Lóbrega encapotó: tal vez brillaba
Relámpago sombrío, que el espanto
Y el horror de la noche acrecentaba;
Lúgubre, sola y temerosa en tanto
La voz de los vigías se escuchaba,
Y en torno de los campos tenebrosos
Volaban mil espectros espantosos.

XI

El sol temprano cual rubí encendido
Dejaba el golfo del rosado Oriente,
Y el rayo, de su disco despedido
Doraba de Jerez la alzada frente:
Quiebra entre tanto morrïon bruñido,
Dardo mortal y arnés resplandeciente
Su luz, y cada raudo movimiento
De ominoso esplendor inunda el viento.

1 Confírmase aquí que la narración la hace Pelayo.

XII

La extensa vega de Jerez coronan
El uno y otro ejército fronteros:
Guerra las trompas hórridas pregonan,
Y al ruido late el pecho á los guerreros.
Armas, carros, caballos se amontonan,
Zumba el viento al rumor y estruendo fieros,
Los ríos su curso con pavor reprimen,
Y los montes al són medrosos gimen.

XIII

Triste Rodrigo su carroza guía
Ligera entre sus fuertes escuadrones:
Radiante en vano su corona envía
El antiguo esplendor. ¡Ah! sus bridones
¡Cuán otro rige ya de aquel que un día
Toledo vió entre nobles campeones,
Augusto vencedor en los torneos,
Coronada su frente de trofeos!

XIV

Hoy al peligro puesto el pecho esquivo,
El corazón anima, y su flaqueza
Esconde ante su ejército, y altivo
Muestra en su acento bélica fiereza.
Sancho, su hijo, el hierro vengativo
Blande á su lado y rige la aspereza
De un gallardo trotón con diestra mano,
Mancebo hermoso, intrépido y lozano.

XV

Por vez primera la robusta lanza
Blande su brazo juvenil, y ansioso
Hiérvele el pecho en bélica esperanza,
Ceñir pensando el lauro victorioso:
Probar de solo á solo su pujanza
Con el mismo Tarif ansia animoso:
Párase en tanto el Rey, alza la frente,
Y así en guerrera voz grita á su gente.
. . . .

XVI

Entretanto el clarín súbito suena
En nuestro campo, y fiera corresponde
Con trompas y atabales la agarena
Hueste, que al ruido en ronco son responde.
Tarif su gente á arremeter ordena;
La nuestra se adelanta; el cielo esconde
Densa nube de polvo, el viento inflama,
Y el suelo á nuestros pies retiembla y brama.

XVII

Sus caballos, los moros recogiendo,
Rápidos se aperciben á lanzarse;
Súbito á un tiempo en alarido horrendo
Arrancan con nosotros á encontrarse;
El ímpetu, las voces, el estruendo
Tornan en són confuso á redoblarse;
El acero saltando centellea;
La sangre hirviendo en derredor humea.

XVIII

Retumba el valle: al golpe repetido
Sobre las armas de la hendiente espada,
Salta el arnés al suelo sacudido,
La cimera gentil gime abollada:
No más veloz, cuando el metal ardido
Labra el martillo en la caverna ahumada,
Sobre el fornido yunque horrendo bate,
Y forja el fiero rayo del combate.

XIX

Hombres con hombres con furor se estrellan
Con golpes reciamente redoblados,
Lo arrasan todo y todo lo atropellan,
Hienden, rajan, destrozan irritados;
Armas, muertos, caballos, carros huellan
Con espantoso estruendo derribados:
Yelmos, picas, turbantes, sangre ardiente
Envuelve el Guadalete juntamente.

XX

Así en recio rumor, bramando el viento
En las hondas cavernas de la tierra,
A deshora con ímpetu violento
Rompe la cárcel que su furia encierra;
Retiembla al choque el duradero asiento
En que el orbe firmísimo se aferra,
Abre su abismo el mar, su estrago cunde,
É imperios al no ser súbito hunde.

XXI

En confusa revuelta la batalla,
Todos ardiendo en ira se encarnizan,
Vuela en pedazos la rompida malla,
Crudos golpes los cuerpos martirizan;
No hay ceder, no bay calmar; inmoble valla
Cruzados hierros mil contino erizan:
Hiérense, á herirse tornan y desprecian
La muerte, hirviendo en cólera, y arrecian.

XXII

En tanto el sol en su carroza de oro
Vibrando del zenit vívida lumbre,
Padre y monarca del luciente coro,
Mediaba el día en la celeste cumbre.
Dura incierto el combate: altivo un moro
De entre la espesa, envuelta muchedumbre,
Aguija su bridón, la lanza agita,
Y en nosotros audaz se precipita.

XXIII

Arrolla á Atanagildo; la pujanza
Del fiero Teudis á sus plantas yace,
Rinde de Ervigio la terrible lanza,
Y su cólera en sangre satisface;
Sobre vencidos muertos se abalanza,
Opuestos hierros su furor deshace;
Pavor, desolación, muerte, rüina
Su alfanje en alto aterrador fulmina.

XXIV

Sancho, Sancho le ve: su pecho late
Venturoso en hallar digna contienda;
Tercia su lanza, las hijadas bate,
Y al fogoso bridón suelta la rienda;
Parte á do el moro intrépido combate;
Llámale en alta voz á lid tremenda:
Vuelve el árabe á Sancho, el trotón pára,
Responde al grito y su furor prepara.

XXV

La lanza en ristre, al pecho el fuerte escudo,
Sobre el arzón el cuerpo amenazante,
Al héroe amaga el bárbaro sañudo,
Fijos los ojos, lívido el semblante;
Sereno el rostro, en ademán forzudo
Blande el mancebo el hierro centellante,
Y envueltos entre el polvo que levantan,
La tierra en torno al embestirse espantan.

XXV

No más pronto entre humo y fuego y trueno
Rayo veloz del cielo se desata;
Ni así fiero en la mar de su hondo seno
Las turbias olas Bóreas arrebata;
Ni montaraz torrente al valle ameno,
Ni súbito huracán, ni catarata
De ondisonante río, ni lava ardiente
Su arranque asemejaran impaciente.

XXVII

Al encuentro fatal con ruido infando
Las lanzas saltan; la áspera coraza
El rechinante hierro penetrando,
La robusta armadura despedaza;
La mitad de la lanza retemblando
El pecho al musulman fiero ataraza;
A torrentes la sangre humeante brota
Por la abertura de la hirviente cota.

XXVIII

«¡Maldición sobre ti!» grítale el moro,
Y ya su alfanje en alto resplandece;
Desploma el golpe en el metal sonoro,
Parte á Sancho el arnés y en furia crece.
No así mugiendo fiero andaluz toro
El circo en torno horrísono estremece;
Ni iracundo león, ni tigre hircano
Iguala en ira al bárbaro africano.

XXIX

Presto otra vez al héroe se adelanta,
Suelto el veloz caballo en la carrera,
El roto escudo impávido levanta
Sancho, y el golpe poderoso espera;
Descarga el musulmán, rompe y quebranta
Adarga y yelmo y barras y cimera;
Sancho vacila, y de la herida frente
La sangre mana en hervorosa fuente.

XXX

Y audaz tirando de la cruda espada,
Que cual cometa cuando deja el lecho
Del mar, resplandeció desenvainada,
La esconde toda en el alarbe pecho.
De los disueltos miembros huye airada,
Dando un gemido de mortal despecho,
Aquel alma feroz, y vuela impía
Del negro averno á la region sombría.

XXXI

Crece entonces el ímpetu; el rüido
Dóblase en ambas huestes: Sancho grita;
Su acento deja al moro estremecido,
Y ansia de gloria en el hispano excita.
¿Quién dirá tu valor, ni el encendido
Ardor dirá que el corazón te agita?
¡Oh Sancho! yo si dividí tu gloria,
Tuyo fué el lauro y tuya la victoria.

XXXII

En medio la morisma enfierecida
Revuelve el héroe su tajante acero:
Cada golpe una herida, cada herida
Una muerte: y brioso, audaz, ligero,
Mil muertes lanza en cada arremetida;
Cede á su esfuerzo el árabe altanero,
Redobla el choque el animoso hispano,
Y gime el moro y lidia y lucha en vano.

XXXIII

Apenas con fatiga ronca alientan,
Yertos los fuertes brazos, los guerreros,
Y en vano el bruto que animar intentan
Siéntese hincar los acicates fieros;
Ora si aun con altivez sustentan
En las cansadas manos los aceros,
No es ya valor ni esfuerzo ni osadía,
Mas requemada furia y rabia impía.

. . . .
. . . .

XXXIV

Héroe del español, alta memoria
Allí alcanzaste, ¡oh hijo de Rodrigo!
Y altivo yo las palmas de victoria
Me esforcé en vano á dividir contigo;
Astro menor, siguiéndole en su gloria
Fuí de su esfuerzo y su valor testigo.—
Al eco torna del clarín que siente,
Y tardo sigue el último á su gente.

XXXV

Cual rojo alano á las batallas hecho,
Si hubo al toro sujeto entre sus dientes,
De la fiera arrancado, su despecho
Muestra con ademanes impacientes;
Y ora pára tal vez de trecho en trecho,
Ora en torno los ojos vuelve ardientes,
O lento sigue al conocido dueño
Con oscuro murmullo y torvo ceño;

XXXVI

Así el héroe se aparta desdeñoso,
Rotas las armas y el almete hundido,
Y descubre, marchando perezoso,
Con palabras su ardor mal reprimido.
No es ya el diestro y galán joven hermoso,
De plumas, oro y perlas revestido;
Ora guerrero intrépido le muestra
La ajena y propia sangre y faz siniestra.

XXXVII

De monte en monte retumbando atruena
El fragor lejos del pasado estruendo:
El campo en són confuso en torno suena,
Lamentos moribundos repitiendo;
El Guadalete férvido resuena,
Su curso entre cadáveres rompiendo,
Y entrambas huestes á la lid preparan
Las rotas armas, y el vigor reparan.
. . . .
. . . .

EL CONSEJO

XXXVIII

Habló apenas y presto del asiento
Cercano á la del Rey la augusta silla
Sancho, su hijo, con brioso aliento
En pie y armado reluciente brilla.
«Con esta, dijo en varonil acento,
Y de la vaina alzó media cuchilla;
Al punto aquí castigaré al medroso
Que vil demande hasta triunfar reposo.

XXXIX

»¿Tregua? ¡Jamás! ó vencimiento ó muerte;
Que nunca fatigó, ni impuso miedo
Continua guerra al corazon del fuerte,
Ni abatió de su espíritu el denuedo.
Quien ora intente abandonar la suerte,
Que ofrece á nuestras armas rostro ledo,
Es un cobarde y vil, y de ahora digo
Que ya me cuente á mí por su enemigo.»

XL

Dijo, y fuego su vista derramada
En torno de nosotros despedía:
La mano en el recazo de su espada,
Ministra de la muerte, sostenía;
Y en su ademán y vívida mirada
Al genio de la noche parecía
Sobre la tempestad, cuando destina
El mundo todo á funeral rüina.

XLI

«¡O triunfo ó muerte!» en grito altisonante
Clamé en pos de él, y á un tiempo resonaron
Los jóvenes mi voz, y en arrogante
Aspecto las espadas empuñaron:
Con muestra humilde y plácido semblante,
Cuando á la voz del Rey todos callaron,
Opas, el labio de dulzura lleno
Abrió, exhalando su infernal veneno.

XLII

«¡Con cuánto gozo, dijo, oh capitanes,
Miro en vosotros, de la patria escudo,
El noble ardor que vence los afanes
Y el pecho incita á combatir sañudo!
Tímidas ven las huestes musulmanes
Vuestro hierro fatal brillar desnudo,
Y oyendo vuestra voz que rauda vuela,
Mortal temor sus corazones hiela.

XLIII

»Y tú, augusto Monarca, el pecho inflama
Y el lauro ciñe de inmortal victoria;
Goza, heredada al contemplar la llama
Que hará á tu hijo fatigar la historia;
Por cuanto ardiente el sol su luz derrama
Himnos alzando en tu alabanza y gloria,
De siglo en siglo esparcirá tu nombre
La fama en voz que al universo asombre.

XLIV

»Mas si alcanzaste nombre de esforzado,
No marchite tu honor puro y radiante
Volver acaso al riesgo aventurado
Cual bisoño adalid, si fué triunfante.
Muéstrate á par de intrépido soldado
Jefe sagaz, y el ánimo arrogante
De tus ínclitos jóvenes serena,
Y su ardimiento generoso enfrena.»

XLV

Llegaba aquí, cuando en redor se extiende
Sordo murmullo que al malvado espanta
É interrumpe su voz; que el pecho enciende
En fiera indignación audacia tanta:
El Rey, que el ruido amenazante entiende,
En la alta silla adusto se levanta,
Y acallado el tumulto y todo atento
Opas siguió con simulado aliento.

XLVI

»No, guerreros ilustres, ora pido
Largo reposo, ni penséis siquiera
Que, menos que vosotros encendido,
Al viento dé mi espada la postrera;
Que aun no mi corazón gime abatido,
Ni tanto helado de los años fuera,
Que el alta llama que en vosotros arde
Yo desconozca mísero y cobarde.

XLVII

»Mas ¿qué vale triunfar, qué el ardimiento,
Ni qué vale el esfuerzo y la osadía,
Si ciegos y con loco pensamiento
A cierto daño su imprudencia guía?
Cansado el brazo, el pecho sin aliento,
¿Qué al español valdrá su valentía,
Si ni el hierro mellar podrá su espada
De tan continuos golpes fatigada?

XLVIII

»Volved la vista ¡oh nobles campeones!
A ese campo de gloria, y ved tendidos
Tintos en sangre intrépidos varones
En medio de los árabes caídos;
Hollados ved del moro los pendones,
Los pendones jamás antes vencidos;
Luego decid si galardon merecen
Pechos que tanta hazaña al mundo ofrecen.

XLIX

»Descanso os pide el esforzado ibero,
Si á moveros mi voz sola no alcanza;
Descanso sí, para despues mas fiero
Blandir su brazo la robusta lanza:
Sus acentos oid, ved al guerrero
Cansado ya de sangre y de matanza;
Os pide sólo de reposo un día,
Y os promete después nueva osadía.

L

»Un día solo, y cuando ya mañana
El orbe el sol con su esplendor encienda,
La voz de guerra elévese inhumana
Y el sonoro clarín los aires hienda:
Gózate en tanto, ¡oh Rey! gócese ufana
Tu heroica hueste y su furor suspenda,
Y vosotros, ¡oh nobles compañeros!
Dad á la vaina un punto los aceros.»

LI

Así, robando á la virtud su acento,
Dijo el inicuo, y de su labio impuro
Encubierto espiró letal aliento,
De infausta muerte precursor seguro.
Llamas, guerras, horror, males sin cuento.
Cesó de hablar, y de su centro oscuro
Lanzó tronido horrísono el averno,
Y el rayo asolador vibró el Eterno.

LII

Mostró Rodrigo á su lisonja agrado
Y en daño suyo consintió gozoso:
Tembló al traidor el corazón malvado,
Cumplido al ver su intento criminoso.
Todos también con pecho confiado,
(Que nunca recelara el generoso)
Crédito noble á sus razones dimos,
Y el hierro en nuestra contra convertimos.

LA PROCESIÓN

LIII

Abierta entonces de Jerez ofrece
La altiva puerta el pueblo en su contento,
Y marchando magnífico aparece
Sacro concurso en tardo movimiento.
El aura en ondas el incienso mece,
Y humildes gracias al empíreo asiento
Un virgen coro armónico levanta,
Y «hosanna, hosanna,» sonoroso canta.

LIV

Inmenso pueblo, el simulacro santo
Atiende en pos del Salvador del mundo:
Resuena sólo reverente el canto,
Reina silencio en derredor profundo.
Sublima el pecho religioso encanto,
Y en paz trocado el ánimo iracundo,
La hueste sigue en muestra respetosa,
Y desnuda la frente y humildosa.

LV

Preceden la alta pompa los pastores,
Sacros ministros de Jesús divino,
Parte su estola auríferos colores
Sobre la veste cándida de lino:
Orlas de lauro y de vistosas flores
Penden al asta del cruzado sino,
Y allí Rodrigo respetuoso guía
En pos la augusta ceremonia pía.

LVI

Las tiendas cercan y el glorios acento
Se siente al eco resonar süave,
Calma su ruido misterioso el viento,
Suspende el canto embebecida el ave,
Bendice el campo de la lid sangriento
El sacerdote en aparato grave,
Tornan y al muro majestuoso giran
¡Míseros! ¡ay! y júbilo respiran.

LVII

El campo todo venturoso ríe:
Allí la virgen tímida y atenta
La vista esparce, y el mancebo engríe
Su noble pecho y animarla intenta.
El Padre anciano con placer sonríe
Si el ternezuelo infante, cuando ostenta
A sus ojos las armas, temeroso
Se abriga al seno de su madre ansioso.

LVIII

Tremolan desplegadas las banderas
Guerreros nuestros en el campo moro,
Y relumbran gallardas las cimeras
Y armas y petos enmoldados de oro;
Suenan confusas voces placenteras,
Himnos alza tal vez juvenil coro,
Y fiesta, y triunfo, y algazara y canto
Presagios son de esclavitud y llanto.

FRAGMENTO CUARTO

. . . .
. . . .

I

Un alcázar de pórfido luciente
Junto al famoso Betis se levanta,
Do la riqueza y esplendor de Oriente
Los muros y artesones abrillanta;
Las puertas son de bronce refulgente,
Y con soberbia y aparato espanta
Fuerte escuadrón en torno de guerreros
Con sendas lanzas y semblantes fieros.

II

Allí entre el oro y seda que atavía
Arómatica estancia y opulenta,
Trono de bullidora pedrería
Al moro Rey con majestad sustenta:
Torvos los ojos y la faz sombría
Ora el Monarca pensativo ostenta;
Que arde su pecho en bárbaro coraje
Del Rey de Murcia al temerario ultraje.

III

En torno de él respetüosa imita
La corte toda su silencio triste,
Y de la sombra que su faz marchita
Su rostro cada cual cubre y reviste;
La saña misma que al Monarca irrita,
En muchos nobles con furor asiste,
Y oculta á otros la cristiana injuria,
Del airado Aldaimón tiemblan la furia.

IV

Con ceño adusto un árabe altanero
Y de estatura y miembros de gigante,
Junto á la silla del monarca fiero
Fija en él su mirada centellante;
El silencio fatal rompe el primero
Con formidable muestra y arrogante,
Y sin respeto y con acento airado
Al fin prorrumpe, de callar cansado.

V

«Aldaimón, Aldaimón, ¿adónde el brío
Del musulmán está? ¿dónde la guerra
Y del Profeta santo el poderío
Que á las naciones míseras aterra?
¡Maldiga Alá la paz que da al impío
Segura vida y júbilo en la tierra!
Hunda su reino el Dios de las venganzas,
Y adornen sus cabezas nuestras lanzas.

VI

»Arma tus fuertes, junta tus varones,
Que yo á su frente por Alá te juro
En un lago de sangre las legiones
Y el odio ahogar del Nazareno impuro;
Del Profeta los cándidos pendones
Brillen de Murcia en el vencido muro,
Y en aquel de su Dios altar maldito
La espada eleve nuestro santo rito.»

VII

Dijo, y rugando la ceñuda frente...

. . . .

. . . .

VIII

«Mas no tú solo, intrépido mancebo,
Irás á dar á mi furor templanza,
Que yo cual tú también el ansia apruebo
De gloria y de combate y de matanza;
Sienta ese rey, que con insulto nuevo
Mi corazón excita la venganza,
Que si perdono al mísero enemigo,
Del rebelde también doblo el castigo.

IX

»Vé, Solimán: las huestes agarenas
Manda aprestar, y la trompeta al viento
De Córdoba publique en las almenas
A España mi terrible mandamiento.»
Dijo, y le escucha el musulmán apenas,
Cuando por medio en ademán violento
Rompe y á obedecerle se retira,
Y celoso del rey se abrasa en ira.

X

Con grata muestra entonces del tirano
Todos humildes el intento aprueban,
Y sobre el pecho al uso mahometano
Inclinando la faz, las manos llevan:

Luégo un murmullo con semblante ufano
Unos con otros razonando elevan;
Mas ya Aldaimón á hablarles se prepara,
Y el sordo ruido de repente pára.

XI

«Campeones de Dios, ¡descendientes
Del ínclito Ismael! la luz primera
Verá de nuestras glorias esplendentes
Al aire tremolada la bandera.
Ella guió el valor de los creyentes,
Cuando del Guadalete en la ribera
En manos de Tarif brilló aquel día,
Que extendió la agarena monarquía.

XII

»Ella miró vencidos desplomarse
Los altos muros de la gran Toledo,
Y la altivez de Mérida humillarse;
Y al cántabro feroz impuso miedo.
Torne al viento mañana á desplegarse,
Y al alma infunda el celestial denuedo,
Que intimida al infiel: Dios le condena
A eterna muerte ó á servil cadena.»

XIII

Dijo, y del trono aurífero desciende
Con lento paso y ceño majestuoso,
Y á un lado y otro del salón se extiende
Y ante él se postra el séquito humlidoso.

Tal si en ignota soledad sorprende
Oscura noche al labrador medroso,
Si de repente ve fada divina,
En mudo pasmo la rodilla inclina.

. . . .
. . . .

FRAGMENTO QUINTO

DESCRIPCIÓN DE UN SERRALLO

. . . .

I

De mágicos jardines rodeado
Se alza un rico salón, donde descansa
El moro rey, cuando el fatal cuidado
Y cortesano estrépito le cansa:
En él ahora al júbilo entregado,
Del fiero pecho la crueldad amansa
Plácido canto que deleite inspira
Al son de blanda, regalada lira.

II

Allí cercado del amable coro
Que el de las houris célicas no iguala,
Quemada en pipa de ámbar y de oro,
Planta aromosa el gusto le regala;

Y mientra en hombros de su amada el moro
La sien reclina, de su labio exhala
Humo süave, que en fragante nube
En leves ondas á perderse sube.

III

Cien lámparas de plata el opulento
Soberbio harem con su esplendor encienden
Y, en partes horadado el pavimento,
Aromas mil á derramarse ascienden:
Las luces multiplica ciento á ciento
El oro y alabastro en que resplenden,
Y de cristal y azogue relucientes
En jaspe bullen imitadas fuentes.

IV

Lánguida acaso mora peregrina
En blando lecho de damasco y flores
Allí voluptüosa se reclina,
Y en sus ojos amor prende de amores;
En tanto que otra de beldad divina
Con aguas de riquísimos olores
Baña la negra cabellera riza,
Que por la airosa espalda se desliza.

V

Otra de silfas mil tropa lasciva
Con diademas de oro y de esmeralda
Saltando en danzas ágiles, festiva
Gira y se enlaza entre gentil guirnalda:

Y, deshaciendo el lazo fugitiva,
Desnudo el pecho y la gallarda espalda,
La leve seda al movimiento vuela
Y sus formas bellísimas revela.

VI

El ojo en vano penetrar desea
La en torno casi trasparente gasa,
Y aunque nada tal vez entre ella vea,
Rápido el pensamiento la traspasa;
Y en tanto en vueltas fáciles ondea
La bella tropa y por las orlas pasa,
Al son süave de las arpas de oro
Resuena el canto en armonioso coro.

VII

Sonríe acaso y su aspereza olvida
Viéndolas Aldaimón, y tierno lazo
Téjele en tanto su beldad querida
Con dulce beso y con amante abrazo;
A grata calma y á placer convida
Y á deleite suavísimo el regazo
Donde reposa, y por mayor delicia
Blanca y hermosa mano le acaricia.
. . . .
. . . .

CUADRO DEL HAMBRE

VIII

. . . .

Mas todo en vano fué: bárbaro estrago
Mientras el hambre en la ciudad hacía,
La muerte ya con silencioso amago
Señalaba sus víctimas impía:
Busca en la madre cariñoso halago
El tierno infante que en su amor confía,
Seco el pecho encontrando: ella le mira,
Y, horrorizada, el rostro de él retira.

IX

Gime el anciano en lecho de tormento,
Y, ya sintiendo la cercana muerte,
Al hijo tiende el brazo amarillento,
Y árido llanto al abrazarlo vierte.
Quién con hórridas muestras de contento,
Feliz creyendo su infelice suerte,
A su padre su misma sangre lleva
Para que de ella se alimente y beba.

X

Viérase allí grabada en los semblantes
La desesperación: triste suspira
Y eleva aquél las manos suplicantes;
Cuál mordiendo en sí mismo en ansia espira;

Tal, clavados los ojos penetrantes,
Morir sus hijos y su esposa mira
Con risa horrible, y muere recrujiendo
Los dientes, y las manos retorciendo.

XI

Pálido, y flaco, y lánguido, con lento
Paso camina el moribundo hispano;
Sobre su lanza carga el macilento
Cuerpo y se apoya en la derecha mano;
Los ojos con horror, sin movimiento,
Avidos fija sobre el muerto hermano,
Y hambriento goza y lo devora, en donde
Avaro crê que á los demás se esconde.

XII

Las calles en silencio sepultadas
Sólo ocupan algunos moribundos,
Las manos reciamente enclavijadas,
Despidiendo tal vez ayes profundos:
Laten en torno entrañas destrozadas
Y miembros de cadáveres inmundos,
Que forzado del hambre asoladora,
Cual como grato pasto los devora.

XIII

Para mayor martirio les presenta
Con recuerdo fatal su fantasía
Los manjares tal vez de la opulenta
Mesa que desdeñaron algún día:

Ora las aves de rapiña ahuyenta
Ávido el moribundo en su agonía
Disputando el festín, y sus gemidos
Se mezclan con los fúnebres graznidos.

XIV

Cuál, al lanzar el postrimer aliento,
Ve feroz buitre que sobre él se arroja
Y en la angustia del último momento
Lucha con él en su mortal congoja:
Los dedos hinca con furor violento
En la entraña del pájaro, que, roja
La corva garra en sangre, aleteando;
Va con su pico el pecho barrenando.

XV

El moribundo, lívido el semblante,
Los ojos vuelve en blanco en su agonía,
Mientras tenaz el buitre devorante
Ahonda el pico con mayor porfía;
Más el hombre le aprieta á cada instante;
El ave más profundizar ansía,
Hasta que así, y el uno al otro junto,
Muertos al fin quedaron en un punto.

. . . .
. . . .

FRAGMENTO SEXTO

—

I

Era la noche: el trueno pavoroso
Ronco estallando en torno retumbaba,
Y en mar inmenso el cielo tenebroso
Con violento turbión se desgajaba:
El rápido relámpago lumbroso
Al aire desprendido serpeaba,
Y ardiendo el rayo en la tiniebla umbría,
Del orbe la onda base estremecía.

II

Todo era horror, y en la común tristeza
Único asilo el templo sacrosanto;
El muro abandonaba en su flaqueza
El guerrero español bañado en llanto;
El tardo incierto paso allí endereza
Inmensa turba con horror y espanto,
Y ante la imagen de Jesús postrados,
No osan alzar sus ojos aterrados.

III

Lejos de todos solitario gime,
Cerrado en una lóbrega capilla,
Y negra pena el corazón le oprime,
El noble jefe de la gran Sevilla;

Ya no alienta su ejército; no esgrime
Ya triunfador la intrépida cuchilla,
Que embebecido en su pensar doliente
Apenas mis cercanos pasos siente.

IV

Yelmo y escudo aparte descuidados,
El anciano á sus pies tendidos tiene,
Y los ojos de lágrimas cargados,
Su diestra el rostro lánguido sostiene;
Sus exánimes miembros fatigados
Contra un altar inmóviles mantiene,
Y tan sólo los ojos á mi acento
Tornó hacia mí con leve movimiento.

V

«Noble anciano, exclamé, dura es la muerte
Cuando se acerca inevitable y lenta,
Y no sirve el valor contra la suerte,
Y antes mas bien el infortunio aumenta;
Mas ¿quién resistirá si un pecho fuerte,
Como es el tuyo, desmayado alienta?»
Dije, y en tanto el mísero gemía,
Y con endeble voz me respondía:

VI

« Triste en verdad estoy: mas ¡ay! no es leve
La causa de mis lágrimas: ¡dichoso
Tú mil veces, oh joven, que harto breve
Será tu padecer y harto glorioso,

Por más que en ti con ímpetu se cebe
La cólera del hado rigoroso!
Tú no conoces mi dolor ¡ay triste!
Tú nunca el hijo de tu amor perdiste.

VII

»Mísero y solo en tanta desventura,
Su dulcísima voz no oiré espirando,
Ni con trémula mano en su tristura
Me cerrará los párpados llorando;
Inútil viejo, de la muerte dura
En mi amargo dolor el golpe ansiando,
Sólo y en bien de mi ciudad confío,
¡Oh gran Pelayo! en tu prudencia y brío.»

VIII

Mi corazón de lástima llagado,
Mi rostro algunas lágrimas cubrieron
El noble anciano al ver acongojado,
Que tantas lides animoso vieron:
Su grave rostro del dolor marcado
Do á par las penas que á la edad pusieron
La mano que su frente encanecía,
Pálido aun con majestad lucía.

IX

—Teudis, le dije, el ánimo sustenta:
Álzate y viste la luciente malla,
Y el último respiro que te alienta
Esfuércese á la voz de la batalla.—

—¡Oh joven! respondió: dime, ¿qué intenta
Tu inextinguible ardor? ¿qué medios halla
De salvación tu esfuerzo? ¡Ah! ya te sigo:
Tu voz me reanimó; parto contigo.—

X

Y esforzándose el héroe á levantarse
Sostenido de mí marchó tardío,
Y en sus lánguidos ojos inflamarse
Se vió la llama de su antiguo brío:
Como suelen de lumbre colorarse
Las nubes de tormenta en el estío,
El fuego que su espíritu animaba
En su pálido rostro reflejaba.

. . . .
. . . .

XI

Entretanto en el templo amontonados
Hombres, mujeres, niños se veían,
Y flaco el rostro pálido, aterrados,
Espantosos espectros parecían:
A la luz de los rayos apagados
De las ondeantes lámparas lucían:
A par del trueno el huracán bramaba,
Y del templo en las bóvedas zumbaba.

XII

Los dos entonces tristes, contemplando
Aquellos fuertes, míseros varones,
El llanto de mis ojos enjugando
Por alentar sus fuertes corazones:

—¡Noble esperanza del cristiano bando,
Exclamé, generosos campeones!
Alzad el pecho á contrastar la suerte.
Muramos, sí; pero con digna muerte.—

XIII

—Si es fuerza perecer como valientes,
Perezcamos al pie del patrio muro:
No es tiempo, amigos, ya de ser prudentes;
La paz, la sumisión nada hay seguro;
Ora mandan los hados inclementes
Morir. ¿Preferiréis al trance duro,
Que á cierta gloria y á venganza guía,
Tan dilatada y mísera agonía?—

XIV

Dije, y aquellos héroes á mi acento
El yerto fuego renacer sentían,
Que aun no apagado el generoso aliento
Ni el entusiasmo bélico tenían:
Todos al punto luégo en movimiento
Mi voz en derredor sólo atendían.
—Guiad, dijeron; á morir marchemos
Ansia de perecer todos tenemos.—

XV

—Alto, dije, á la lid: la noche oscura
Protege ¡oh bravos! el intento mío:
O de una vez muramos con bravura,
O camino nos abra nuestro brío;

Tal vez nuestro valor logre ventura,
Tal vez venganza del alarbe impío.—
Dije, y al punto un escuadrón formaron
Y en medio á los inermes encerraron.

XVI

Con tardo paso, con silencio y calma
A la luz del relámpago partimos,
Llena de angustia y de zozobra el alma,
Y el ánimo á la muerte apercibimos.
Del martirio á alcanzar la ilustre palma
A campo abierto impávidos salimos:
En torno todo de tinieblas lleno,
Rugen tan sólo el huracán y el trueno.

XVII

Entre las densas sombras temerosos
En cieno y agua hundidos avanzamos,
Y con ansia y fatiga, cuidadosos
Cerca del campo musulmán llegamos,
Dobláse la zozobra, y silenciosos
Ante sus tiendas lóbregas paramos;
Prestas las armas, próximo el combate
De miedo el pecho y de esperanza late.
. . . .

XVIII

Mas á su voz, por otra repetida,
Pronta su hueste se presenta armada,
Y con bárbaro ardor y arremetida
Fulmínase á nosotros agolpada:

En las cristianas lanzas recibida
Fué su improvisa cólera estrellada.
Torna al asalto y dobla la pelea:
El tercio ibero resistiendo ondea.

XIX

Sigue el rumor, la confusión se aumenta;
Cuál hunde en las entrañas del amigo,
Que apartado de él lidiando cuenta,
El arma destinada al enemigo;
Este, si descargar el golpe intenta,
Por alto precipicio da consigo;
Tal piensa allí que á su escuadrón se junta,
Y halla en el pecho la imprevista punta.

XX

Cuál allí solo contra mil pelea,
Y al frente y al redor hiere y maltrata;
Y en tanto que la maza aquél rodea,
Otro le oprime el brazo y la arrebata.
Ya un escuadrón cejando titubea,
Y otra vez vuelve, y carga y desbarata:
Ora cedemos ya; ya paso abrimos;
Ya tórnanlo á cerrar, ya al fin rompimos.
. . . .
. . . .

APÉNDICE AL PELAYO

Entre los papeles de Espronceda, hallamos en deplorable estado un autógrafo borrador del Sr. Don Alberto Lista, que contiene, con varias octavas destinadas á este poema, el sumario plan del mismo.

Difícil de leer era siempre la letra de nuestro sabio maestro; pero en el borrador en cuestión, escrito en letra microscópica, cincuenta años hace, en malísimo papel y lleno de enmiendas y borrones, aparece verdaderamente indescifrable. A continuación copiamos lo que nos ha sido posible entender; porque de tan gran poeta, nada es para la posteridad insignificante. — P. E.

PELAYO

PLAN DEL POEMA

según nota autógrafa del Sr. D. Alberto Lista, encontrada entre los papeles de Espronceda.

CANTO PRIMERO

Pelayo va á Murcia á buscar auxilio para la guerra, en Teodomiro. — Recibimiento. — Convite. — Descripción del territorio del Segura. — Adelinda, hija de Teodomiro.

CANTO SEGUNDO [1]

Narración de la batalla de Xeréz [2], hecha por Pelayo, y de su navegación por las costas de Portugal.

CANTO TERCERO

Consejo de los Demonios. — Adelinda enamorada... [3] declarar su amor... noble... — Consejos de Ramiro.

CANTO CUARTO

Dios envía á Uriel, ángel de España, para que saque á Pelayo de su letargo. — Noticia de lo que hacía García en Navarra.

---

1 Indudablemente estaban destinadas á este canto segundo las octavas de Espronceda que constituyen el fragmento tercero de los que publicamos.

2 Generalmente se la llama del *Guadalete*. Conservamos la ortografía del original.

3 Sustituimos con puntos las palabras y frases ininteligibles en el original.

CANTO QUINTO

Despedida de Pelayo y desesperación de Adelinda...

CANTO SEXTO

Asunto de Aldaimón. — Navegación. — Tempestad. — Arribo á la Armórica. — Guerra de aquella República contra el Duque de Bretaña.

CANTO SÉPTIMO

Hazañas de Pelayo. — Fin de la guerra y triunfo. — Aldaimón... casarle con Adelinda.

CANTO OCTAVO

...incite los españoles al Moncayo. — El diablo de la luxuria apoderado de Munuza. — Violación de Hormesinda.

CANTO NOVENO

Pelayo vuelve: incita á sus paisanos: muerte de Munuza.

CANTO DÉCIMO

Expedición de los moros contra los sublevados de Asturias. — Combate de Alfonso con Hil...derín y narración de su vida.

CANTO UNDÉCIMO

Batalla de Covadonga.

CANTO DUODÉCIMO

Toma de Gijón. — Fundación de la Monarquía.

OCTAVAS AUTÓGRAFAS

DEL SEÑOR DON ALBERTO LISTA

PARA EL PELAYO

FRAGMENTO PRIMERO

Estado de España después de la batalla del Guadalete.

IX [1]

La orgullosa morisma, qual [2] torrente
De la empinada sierra desatado,
Corrió desde los golfos de Occidente
Hasta las cumbres del Pirene helado.
Ni el Betis, ni la aurífera corriente
Del Tajo, ni el Oróspeda [3] elevado,
Ni el Duero undoso, ni el Moncayo frío,
Contener pueden su impaciente brío.

---

1 El epígrafe es nuestro: la numeración de las octavas del Sr. Lista.

2 Así lo escribe el autor.

3 Ese nombre da Estrabón á la sierra que, comenzando en Almansa, sigue por Segura á Alcaraz, donde se divide en dos ramales: la Sierra Morena, y las Alpujarras, y la de Ronda.

X

Yace esclava la Iberia: en vano pudo
Tres años resistir la gran Sevilla
Del repetido asalto el golpe rudo,
Y el terror de la alárabe cuchilla.
Mérida, en vano opuso firme escudo,
Y *fembra* armada en sus murallas brilla;
En vano impuso á los infieles miedo
El defendido muro de Toledo.

XI

Sobre las altas torres fiera ondea
La infiel y aborrecida media luna,
Queriendo el cielo que la *cruz* se vea
Ultrajada á merced de la fortuna.
Mil esquadras y mil, á la pelea
Vierte en España el Africa importuna,
Que quitan al cristiano la esperanza
De lograr, aun muriendo, una venganza.

XII

Cayó el excelso trono que fundaron
Aquellos héroes de inmortal memoria,
Que á la orgullosa Roma le arrancaron
El eterno laurel de la victoria.
De tantos reyes, que en la lid postraron
Al hunno, al galo, se eclipsó la gloria;
Y sólo quedan, de tan faustos días,
Recuerdos tristes y cenizas frías.

XIII

El fiero musulmán las tumbas huella
De Wamba y Recisundo; ya [1] indignada
Tu sombra, Leovigildo, se querella
Viendo en sus manos tu temible espada.
De Recaredo la ceniza bella
Es por el vago viento disipada,
Y esquivando el furor del impio moro
El sagrado cadáver de Isidoro [2].

XIV

Yace el pueblo cautivo: el pudor santo
De las castas doncellas, combatido,
Víctima del terror y del espanto,
Va al harem de un alarbe enfurecido.
Baña el ibero de sudor y llanto
El triste pan que alzar le es permitido;
Y al labrador, por premio á su fatiga,
Roban, en mies, la rutilante [3] espiga.

XV

Levanta al cielo la aherrojada mano,
Implorando perdón, el sacerdote;
De su Dios reconoce, Soberano,
No la crueldad, el merecido azote.

---

1 El original dice: *ve* indignada; pero con esa locución la frase no tendría sentido.

2 Así en el autógrafo, aunque con evidencia equivocadamente, pues queda incompleto el pensamiento. Adivínase que se quiso decir que el cadáver de San Isidoro se salvó milagrosamente de aquella universal profanación.

3 Así está escrito, pero se me figura error, y que debería leerse *rubicunda*.

Del templo augusto que adoró [1] el hispano,
La humillación y angustia es ya la dote;
Y reclaman del Dios de la clemencia,
Si no remedio, al menos la paciencia.

XVI

Gime cautiva la nación hispana,
El baldón de su patria lamentando,
Mientras, ya vencedor, con fiesta insana,
Celebra el triunfo el descreído bando.
Damasco arde en festines, y lozana
Celebra, altiva, su extendido mando,
Mientras el español, con lloro ardiente,
Baja, indignado, la abatida frente.

XVII

El feroz Aldaimón, con cetro duro,
Rige el hispano pueblo, sometido;
Y aunque vasallo del califa impuro,
Reina en España, libre, obedecido.
Cien mil lanzas alarbes, bien seguro
Hacen el triste imperio aborrecido;
Y siguen sus pestíferos pendones
Del Africa los fuertes campeones.

---

1 Como en el *templo* se adora, pero no es el templo el adorado, parece que debiera leerse:

«El templo augusto *en que* adoró el hispano.»

XVIII

El alto asiento á su dominio, encierra
Córdoba en su alto muro: allí la saña,
Allí el rayo temido de la guerra,
Nace, á aterrar la miserable España;
Allí el alcázar, que la ibera tierra
Reverencia infeliz, el Betis baña;
Y en breve tiempo, el templo soberano
Visitó el peregrino mahometano.

XIX

Allí gime la mísera Egilona,
En apariencia libre, ilustre esclava,
Desceñida á sus sienes la corona
Y el esplendor que su infortunio agrava [1].
El hijo de Witiza allí blasona
Que con Rodrigo y con la patria acaba [2];
Allí el Obispo infiel, traidor, cobarde,
De sus viles riquezas hace alarde.

XX

Aquellos grandes héroes, timbre y gloria
De la goda nación, que en Occidente
Alzaron el pendón de la victoria,
Sin prole devoró la espada ardiente.

---

1 Pocos versos están más claros en el original, y sin embargo no se entiende bien.

2 Para hablar con propiedad, debiera decirse que blasonaba de acabar con Rodrigo y con la patria.

Los vicios de Witiza, la memoria
De Rodrigo, es tu infamia, ibera gente;
Y de tu horrible destrucción funesta,
El valiente Pelayo sólo resta.

XXI

Pelayo, hijo del ínclito Favila [1];
Aquel héroe, aquel rayo de la guerra,
Que, de Witiza á crueldad tranquila,
Vertió su sangre en la galaica tierra;
De Chindasvinto, al corazón le oscila
La noble sangre; y en su pecho encierra
Aquel invicto aliento, sin segundo,
Que hizo inmortal al grande Recisundo.

XXII

La primer vez que su valiente mano
Blandió la lanza al enemigo pecho,
La primer vez que vió, del inhumano
Marte, el furor y el funeral despecho,

---

1 Si el Sr. Lista hubiera vuelto á leer estas octavas, una vez siquiera, seguramente no dejara en ellas, ni el mal verso que esta nota motiva, ni otros que el lector ha visto. Nuestro oficio aquí de meros copiantes, nos obliga á respetar escrupulosamente el original; pero ha de permitírsenos que recordemos al público que Lista escribió en borrador, indescifrable por cierto, para un discípulo querido, y que apenas leídas las primeras octavas de Espronceda, ordenó terminantemente que las suyas se destruyeran. Por lo demás, poco trabajo le costara aparecer aquí tan correcto en la versificación como en todas sus obras se le admira.

Fué en el trance del campo xerezano,
Triste padrón de los cristianos hecho;
Y si el valor que allí mostró imitara,
No el reino de los godos se arruinara [1].

XXIII

Después de aquella funeral rüina,
Buscando, con sus cántabros valientes,
Un asilo en los montes que termina
El mar del Norte en ondas inclementes;
Hasta que vió en la astúrica marina
Brillar las medias lunas insolentes,
É impávido se entrega al Oceano,
Buscando guerra al nombre mahometano.

XXIV

En cinco naves solas, encerrado
Iba el valor de España y la esperanza:
Allí Ramiro de Toledo, armado
De la siempre temida, heroica lanza;
Y Alfonso de Setúbal, que, esforzado,
Detuvo en Tuy la bárbara pujanza;
Los Laras, y Favila, aquel valiente
Que ennobleció del Betis la corriente.

---

1 No está claro; pero se comprende que lo que se quiso decir fué que «si el reino de los godos imitara el valor de Pelayo, no fuera vencido.»

XXV

Apenas las riberas escarpadas
Del cantábrico Océano *dejaron*,
Y en alta mar, las velas entregadas
A los nacientes céfiros *dejaron* [1],
Quando á una nave de las aliadas,
Que en el justo perfil la alinearon [2],
Pelayo á los valientes capitanes
Llama á empezar los ásperos afanes.

XXVI

Entran por la anchurosa capitana
Aquellos dignos héroes: callados,
Contemplan desde el puente la mar cana,
Que corren al arbitrio de los hados.
Pelayo los recibe en la cercana
Cámara; y en los bancos ya sentados,
Desñudos, cual su suerte es infelice,
Con exaltada voz así les dice:

XXVII

—«¡Somos, pues, libres!—Y al poder del hado
» Entregados, al viento y á los mares,
» Gozamos libertad, que no fué dado
» En el seno gozar de nuestros lares.

1 Esta repetición de la palabra *dejaron*, que termina también el segundo verso de la octava, prueba con evidencia que el Sr. Lista no volvió á leer lo que había escrito.

2 Verso incomprensible; pero así está en el original.

» Los breves leños, que del golfo airado
» Separan nuestra vida y sus pesares,
» Encierran, libres de morisca saña,
» La esperanza y valor de nuestra España.

XXVIII

—» ¡De nuestra patria huímos[1]! —Mas es sólo
» Para buscar remedio á su destino,
» Por cuantos pueblos esclarece Apolo
» Desde el eterno carro diamantino.
» Busquemos, desde el uno al otro polo,
» A nuestra libertad noble camino;
» Y cualquier pueblo, que enemigo sea
» Del musulmán, en su favor nos vea. »

Hasta aquí las octavas en el autógrafo numeradas y correlativas; las que á continuación vamos á copiar carecen de numeración, y, aunque se siguen unas á otras en el orden en que las transcribimos, rara vez entre sí aparecen relacionadas. Por eso las denominamos octavas sueltas; y para evitar toda confusión las señalamos con letras en vez de números.

1 *¡Nos patriam fugimus!* — No es esta la única reminiscencia de *La Eneida* que se advierte en estas octavas. El Sr. Lista era entusiasta admirador del poema de Virgilio, que sabía todo de memoria.

OCTAVAS SUELTAS

A

Y qual sagaz lebrel, por la montaña,
A perseguir las fieras avezado,
Si ve correr la falda la [1] alimaña,
Camina astuto por opuesto lado;
El rastro del olor, que el aura baña,
Parece que desprecia, ya olvidado:
Mas quando ya pasó de las vertientes,
Sale al paso y la coge entre sus dientes.

B

Era su hermoso rostro como el cielo,
Tal vez, en la templada primavera,
Quando llueve, y el sol, por entre el velo
De sonrosadas nubes, reverbera.
Y cual baña en el límpido arroyuelo
Su penacho la alondra placentera,
Así el Amor sus alas vagarosas
Lava alegre en sus lágrimas hermosas.

1 Parece que debiera decir: á la alimaña.

C [1]

Y de sus ojos en la luz enciende
La flecha de oro; en el raudal la apaga
Que entre los lirios cándidos desciende,
Y por las rosas virginales vaga.
El arco poderoso luégo extiende,
Y al campeón el duro pecho amaga:
Que, de pecho feroz, le trocó en blando,
La hermosura gentil que está llorando [2].

D [3]

No se eleva más bella y más graciosa,
En la dulce estación de los amores,
Sobre el ramo gentil, la linda rosa,
Reina de la pradera y de las flores.
El aura la acaricia, deliciosa,
Los céfiros la mecen, gemidores,
Y su belleza rozagante y pura,
Es cuidado y honor de la natura.

E

Qual gama tierna ó cabra pequeñuela,
Que... [4] del encinal natío,
Vió al tigre, de la madre ternezuela,
Beber la sangre en espumante río;

1 Esta octava parece continuación del sentido de la anterior (B).

2 Los dos últimos versos de esta octava, los hemos, á duras penas, conjeturado: descifrarlos parece imposible.

3 Creemos probable que esta octava (D) tenga relación con las dos anteriores (B y C).

4 Indescifrable. El verso constaría, leyendo:

« Que *en el verdor* del encinal natío. »

Temerosa, de selva en selva vuela,
En pos de sí sintiendo el monstruo impío,
Y á cada planta que pisando toca,
Se cree cogida en la dentuda boca.

F

¿Quién es aquel ¡oh Espíritu sagrado!
De noble gesto y ademán altivo,
Mas torvo el rostro y pálido y airado,
Sangriento el brazo, el cuerpo semi-vivo?
Tal vez... [1] monarca coronado;
Mira, tal vez, con el semblante esquivo;
Y sólo, á veces, su dolor contiene
La beldad *triste* [2] que á su lado tiene.

G [3]

El ángel *respondió* [4]: —«Saber no quieras
» De la España *infeliz* el grave duelo,
» Que en ese sólo... [5] vieras
» Quánto bien, quánta gloria le dió el cielo.
» ¡Oh piedad! ¡Oh valor! Tú solo fueras
» De la perdida libertad consuelo;
» Y el dulce amor y la hermosura *mía* [6]
» Contigo al santo trono subiría.

---

1 Indescifrable.
2 Así parece decir: pero no está claro.
3 Esta octava (G) parece respuesta á la pregunta hecha en la anterior (F).
4 Sobre ese verso y los tres siguientes hay un borrón que cubre las palabras subrayadas.
5 Absolutamente indescifrable.
6 Así puede conjeturarse; y no más.

H [1]

»¡Oh mancebo infeliz!—Si el cruel destino
» Logras romper; los celos infernales
» Del corazón paterno diamantino
» Y del amor las flechas funerales:
» Tú serás *Carlos* [2] —Lamentad contino
» Pueblos iberos, sus acerbos males:
» Llorad su amor, y de su esposa amada,
» La infelice belleza malograda.»

I [3]

El sol temprano, qual rubí encendido,
Dejaba el golfo del rosado Oriente,
Y el rayo, de su disco despedido,
Doraba de Jerez la alzada frente:
Quiebra entre tanto morrïon bruñido,
Dardo mortal, arnés resplandeciente,
Su luz; y cada raudo movimiento
De ominoso esplendor inunda el viento.

J [4]

De la mansión del Aries, deliciosa,
La bella Primavera descendía,
Y en el regazo de la tierra ansiosa,
Vivificantes fuegos encendía.

1 Continuación de la anterior (G).

2 Alusión, á lo que parece, á la desdichada historia del Príncipe de Viana.

3 Insertó Espronceda esta octava entre las suyas, y se encuentra señalada con el número XI en el fragmento tercero del *Pelayo* de nuestra colección.

4 Si la batalla del Guadalete ó de Jerez se supone en primavera, cabe que esta octava sea continuación de la anterior.

Templaba el mar; la furia procelosa
Al encendido viento suspendía;
Y el alba derramaba en sus albores
Luz regalada, y plácidos amores.

K [1]

Abre la flor naciente el lindo seno,
Y recibiendo el encendido rayo,
En la esmeralda del otero ameno
Vierte su dulce olor, gloria del Mayo:
Pasa el arroyo, plácido y sereno,
Solícito regándola al soslayo;
Ella en vivos colores se ilumina,
Y al dulce beso la cabeza inclina.

L

Será un tiempo, que, el límite pasando,
Audaz ibero, del valiente Alcides,
Los extendidos mares dominando
Lleven á nuevo mundo nuevas lides:
Someterán á su imperioso mando
Aquellos valerosos adalides,
Desde la cuna donde nace el día,
Hasta do muere en la tiniebla fría.

---

1 Esta bellísima octava la ha conservado Espronceda, con el número VIII, en su primer fragmento del *Pelayo*.

M [1]

Ni el elevado Cáncer, ni el ardiente
Estación [2] donde igual su luz derrama
A los polos el sol resplandeciente,
Igualando las sombras con su llama;
Ni el Capricornio opuesto, donde siente
Febo morir la fuerza que le inflama;
Ni do se enciende el mar, ni do se enfría,
Aterrarán su indómita osadía.

N

Atraviesan el mar do el ardimiento
De Icaro yace en la llanura Egea;
Las islas ven huir de ciento en ciento,
Y el peligroso cabo de Malea,
Con siempre igual y bonancible viento,
Esconder las riberas de Morea;
Dejan á diestra la Sicilia hermosa,
Y del sardo la playa borrascosa.

O [3]

No tan seguro, *intrépido* marino
Por los naufragios... carrera;
Ni como al Bóreas el *robusto* pino,
Que cien veces mudó su cabellera

---

1 Continuación de la anterior (L).

2 *Estación* se emplea aquí como equivalente de *lugar*, ó más bien de *zona*.

3 Las palabras subrayadas en esta octava, en el original embrolladísima y emborronada, las conjeturamos. Las líneas de puntos señalan las frases y versos ininteligibles.

. . . .
. . . .
Como al llanto, al suspiro y al gemido,
Pelayo opone el pecho empedernido.

P

No así sobre el nevado Guadarrama,
De contrapuestos vientos sacudido,
Alto peñasco y escarpado, brama,
En su misma firmeza defendido.
Gime Aquilón, el Noto se derrama
Y arranca el fresno duro y pino erguido:
Yacen por tierra el bosque y el aprisco,
Y sólo lucha el invencible risco.

Q

Al grito horrendo, el áspero Idubeda [1]
Tembló, hasta sus raíces *conmovido* [2];
El Ebro y Duero, hasta do el galo hospeda
Llevaron los horrísonos *sonidos;*
La oyó del Tajo ameno la arboleda;
Dejan las *fieras* [3] tímidas sus *nidos*;
Y las vandalias lo escucharon
Y á los senos sus hijos estrecharon.

---

1 Sierra ó monte de Oca.

2 La palabra *conmovido* está en singular; las que debieran ser sus consonantes en los versos 4.º y 6.º en plural. Si el Sr. Lista leyera la octava, fácilmente remediara ese defecto.

Las *fieras* no tienen *nidos:* con decir *aves* se obviara ese yerro.

R

Hiere y destroza en la cristiana gente,
Tan veloz qual quemada, estrecha mina,
Por el sulco del nitro, el fuego ardiente,
Da al fuerte muro súbita rüina;
O en alta sierra, tempestad rugiente,
Que al bosque umbrío ó al verjel se inclina,
Y deja *aquélla* [1] y la campiña ilesas,
Y sólo por do va quedan pavesas.

S

Blasfemó contra cielo y tierra el crudo
Pagano, al ver que intrépido pelea:
Pelayo, que pensó romper su escudo,
Por los airados ojos centellea:
El acero fatal brilla desnudo,
Y sobre entrambas armas martillea;
Ya á los guerreros su defensa es vana,
Y por heridas mil su sangre mana.

T [2]

Terrible qual jamás, en ira ardiendo,
El héroe de la cruz va á responderle;
Y, alta la espada, con furor horrendo,
La cimera gentil baja á romperle.
Saltan mil chispas con sonoro estruendo,
Y el filo agudo, cuando ya morderle
Pudo el casco, en la frente desdeñosa
Abrió á la sangre fuente caudalosa.

---

1 Así parece que dice el original.

2 Esta octava (T) pudiera muy bien referirse al mismo singular combate que se describe en la anterior (S).

U

Este someterá la hermosa tierra
Que, en su largura, parte el Apenino,
Que el Alpe altivo y el Tirreno encierra
Y el Adria, temeroso al peregrino.
Quando—¡oh *Córdoba*[2] ilustre!—en cruda guerra
La falsa paz trocando el fiel destino,
La antigua enseña, ilustre y española,
Tremoles, vencedor, en Ceriñola.

V

Qual nieve endurecida en la alta cumbre,
Si sopla el regalado Mediodía
Con templado calor, su pesadumbre
Se desmorona, y corre en onda fría:
Rómpese, al rayo de la viva lumbre,
La prision que el torrente contenía,
Y anuncia en la montaña y la ribera,
Su presencia la amable Primavera.

W[3]

Así el lobo que... su guarida
... prisa va cazado,
Quando seguro piensa que se anida,
Ve al can y al cazador por otro lado:

2 Gonzalo Fernández de Córdoba, el Gran Capitán.

3 Toda esta octava está cubierta por grandes borrones, y son tantas sus enmiendas y subenmiendas, que nos parece un milagro haber descifrado lo que de ella copiamos.

Deja la carga, y en veloz huída
Penetra en las malezas, espantado
... atraviesa y la montaña,
Y en la más negra selva se enmaraña.

X

Fuerte adalid, cuya inmortal memoria
Dejará ningún siglo oscurecida,
A partir el peligro y la victoria,
Llega [1] contigo mi nación temida.
La fama, Gran Pelayo, de tu gloria,
En tan *crïentas lides* [2] adquirida,
Ya en el confín asturo [3] no se encierra:
Mas corre el mar, y ocupará la tierra.

Y

Así en el mar, quando Aquilón se ensaña,
El agua bate el mísero navío:
Ya amenaza la popa alta montaña,
Ya hiere en el costado undoso río.
Gime el piloto y teme; altivo baña
Las rotas velas el raudal impío:
Una onda viene, al fin, que ocupa el puente,
Y, embravecido, síguela el torrente.

1 Esa palabra la suponemos.
2 Conjeturamos que así debe leerse.
3 Parece que debe ser eso, lo que claro á leer no acertamos.

z

Podrá, tal vez, mellar con débil lima,
Arte industrioso, el sólido diamante;
Podrá volver del Alpe á la alta cima
El turbio arroyo, rápido y sonante;
El morador del caledonio clima
Ver podrá, en su cenit, el sol radiante:
Mas no el poder del hado, ni el infierno,
Tu imagen borrarán del pecho tierno.

z'

Así, después del trueno, hórrido viento
Súbito sigue; el piélago anchuroso
Revuelve; eleva al cielo, en un momento,
Por los aires, nublado polvoroso;
Las fieras huyen, el florido asiento
Deja el rebaño, y el pastor medroso;
Cúbrese el aire de granizo helado,
Y el campo baña, en lluvia desatado.

Hasta aquí el autógrafo.

P. E.

POESÍAS LÍRICAS

SERENATA

Delio á las rejas de Elisa
Le canta en noche serena
Sus amores,

Raya la luna, y la brisa
Al pasar plácida suena
Por las flores.

Y al eco que va formando
El arroyuelo saltando
Tan sonoro,

Le dice Delio á su hermosa
En cantilena amorosa:
« Yo te adoro. »

En el regazo adormida
Del blando sueño, presentes
Mil delicias,

En tu ilusión embebida,
Feliz te finges, y sientes
Mis caricias.

Y en la noche silenciosa
Por la pradera espaciosa
Blando coro
Forman, diciendo á mi acento,
El arroyuelo y el viento:
« Yo te adoro. »

En derredor de tu frente
Leve soplo vuela apenas
Muy callado,
Y allí esparcido se siente
Dulce aroma de azucenas
Regalado.

Que en fragancia deleitosa
Vuela también á la diosa
Que enamoro,
El eco grato que suena
Oyendo mi cantilena:
« Yo te adoro. »

Del fondo del pecho mío
Vuela á ti suspiro tierno
Con mi acento:
En él, mi Elisa, te envío
El fuego de amor eterno
Que yo siento.

Por él, mi adorada hermosa,
Por esos labios de rosa
De ti imploro
Que le escuches con ternura,
Y le oirás cómo murmura:
« Yo te adoro. »

Despierta y el lecho deja:
No prive el sueño tirano
De tu risa

A Delio, que está á tu reja
Y espera ansioso tu mano,
Bella Elisa.

Despierta, que ya pasaron
Las horas que nos costaron
Tanto lloro;

Sal, que gentil enramada
Dice á tu puerta enlazada:
« Yo te adoro. »

Londres, 1828.

A UNA DAMA BURLADA

Dueña de rubios cabellos,
Tan altiva,
Que creéis que basta el vellos
Para que un amante viva
Preso en ellos
El tiempo que vos queréis;
Si tanto ingenio tenéis
Que entretenéis tres galanes,
¿Cómo salieron mal hora,
Mi señora,
Tus afanes?

Pusiste gesto amoroso
Al primero:
Al segundo el rostro hermoso
Le volviste placentero,
Y con doloso
Sortilegio, en tu prisión
Entró un tercer corazón:
Viste á tus pies tres galanes,
Y diste, al verlos rendidos,
Por cumplidos
Tus afanes.

¡De cuántas mañas usabas
Diligente!
Ya tu voz al viento dabas,
Ya mirabas dulcemente,
O ya hablabas
De amor, ó dabas enojos;
Y en tus engañosos ojos
A un tiempo los tres galanes,
Sin saberlo tú, leían
Que mentían
Tus afanes.

Ellos de ti se burlaban;
Tú reías;
Ellos á ti te engañaban,
Y tú, mintiendo, creías
Que te amaban:
Decid, ¿quién aquí engañó?
¿Quién aquí ganó ó perdió?
Sus deseos tus galanes
Al fin miraron cumplidos,
Tú fallidos
Tus afanes [1].

---

1 Estos versos componen una canción que el autor puso en boca del paje Jimeno en la novela histórica titulada *Sancho Saldaña, ó El Castellano de Cuéllar*.

A LA NOCHE

ROMANCE

Salve, oh tú, noche serena,
Que el mundo velas augusta,
Y los pesares de un triste
Con tu oscuridad endulzas.

El arroyuelo á lo lejos
Más acallado murmura,
Y entre las ramas el aura
Eco armonioso susurra.

Se cubre el monte de sombras
Que las praderas anublan,
Y las estrellas apenas
Con trémula luz alumbran.

Melancólico rüido
Del mar las olas murmuran,
Y fatuos, rápidos fuegos
Entre sus aguas fluctúan.

El majestüoso río
Sus claras ondas enluta,
Y los colores del campo
Se ven en sombra confusa.

Al aprisco sus ovejas
Lleva el pastor con presura,
Y el labrador impaciente
Los pesados bueyes punza.

En sus hogueras le esperan
Su esposa y prole robusta,
Parca cena preparada
Sin sobresalto ni angustia.

Todos süave reposo
En tu calma ¡oh noche! buscan,
Y aun las lágrimas tus sueños
Al desventurado enjugan.

¡Oh qué silencio! ¡oh qué grata
Oscuridad y tristura!
¡Cómo el alma contemplaros
En sí recogida gusta!

Del mustio agorero buho
El ronco graznar se escucha,
Que el magnífico reposo
Interrumpe de las tumbas.

Allá en la elevada torre
Lánguida lámpara alumbra,
Y en derredor negras sombras,
Agitándose, circulan.

Mas ya el pértigo de plata
Muestra naciente la luna,
Y las cimas del otero
De cándida luz inunda.

Con majestad se adelanta
Y las estrellas ofusca,
Y el azul del alto cielo
Reverbera en lumbre pura.

Deslízase manso el río,
Y su luz trémula ondula
En sus aguas retratada,
Que, terso espejo, relumbran.

Al blando batir del remo
Dulces cantares se escuchan
Del pescador, y su barco
Al plácido rayo cruza.

El ruiseñor á su esposa
Con vario cántico arrulla,
Y en la calma de los bosques
Dice él solo sus ternuras.

Tal vez de algún caserío
Se ve subir en confusas
Ondas el humo, y por ellas
Entreclarear la luna.

Por el espeso ramaje
Penetrar sus rayos dudan,
Y las hojas que los quiebran
Hacen que tímidos luzcan.

Ora la brisa süave
Entre las flores susurra,
Y de sus gratos aromas
El ancho campo perfuma.

Ora acaso en la montaña
Eco sonoro modula
Algún lánguido sonido,
Que otro á imitar se apresura.

Silencio, plácida calma
A algún murmullo se juntan
Tal vez, haciendo más grata
La faz de la noche oscura.

¡Oh! salve, amiga del triste,
Con blando bálsamo endulza
Los pesares de mi pecho,
Que en ti su consuelo buscan.

EL PESCADOR

Pescadorcita mía,
Desciende á la ribera,
Y escucha placentera
Mi cántico de amor;
Sentado en su barquilla,
Te canta su cuidado,
Cual nunca enamorado
Tu tierno pescador.

La noche el cielo encubre
Y calla manso el viento,
Y el mar sin movimiento
También en calma está:
A mi batel desciende,
Mi dulce amada hermosa:
La noche tenebrosa
Tu faz alegrará.

Aquí apartados, solos,
Sin otros pescadores,
Suavísimos amores
Felice te diré,
Y en esos dulces labios
De rosas y claveles
El ámbar y las mieles
Que vierten libaré.

La mar adentro iremos
En mi batel cantando,
Al són del viento blando,
Amores y placer;
Regalaréte entonces
Mil varios pececillos
Que al verte, simplecillos,
De ti se harán prender.

De conchas y corales
Y nácar, á tu frente,
Guirnalda reluciente,
Mi bien, te ceñiré;
Y eterno amor mil veces
Jurándote, cumplida
En ti, mi dulce vida,
Mi dicha encontraré.

No el hondo mar te espante,
Ni el viento proceloso,
Que al ver tu rostro hermoso
Sus iras calmarán;
Y sílfidas y ondinas
Por reina de los mares
Con plácidos cantares
A par te aclamarán.

Ven ¡ay! á mi barquilla:
Completa mi fortuna:
Naciente ya la luna
Refleja al ancho mar:
Sus mansas olas bate
Süave, leve brisa;
Ven ¡ay! mi dulce Elisa,
Mi pecho á consolar.

OSCAR Y MALVINA

IMITACIÓN DEL ESTILO DE OSIAN

(A tale of the times of oid).

LA DESPEDIDA

Magnífico Morven, se alza tu frente
De sempiterna nieve coronada:
Al hondo valle bramador torrente
De tu cumbre enriscada
Se derrumba con ímpetu sonante,
Y zumba allá distante.
La lira de Osïan resonó un día
En tu breñosa cumbre:
Tierna melancolía
Vertió en la soledad, y repetiste
Sn acento de dolor, lánguido y dulce
Como el recuerdo del amante triste
De su amada en la tumba.
El eco de su voz clamando «guerra,»
Al rumor del torrente parecía,
Que en silencio retumba.

Aun figuro tal vez que las montañas
De nuevo esperan resonar su acento,
Cual, muda la ribera,
De las olas que tornan;
El ronco estruendo y el embate espera.
¿Dónde estás, Osïan? ¿En los palacios
De las nubes agitas la tormenta,
O en el collado gira allá en la noche
Vagorosa tu sombra macilenta?
Siento tierno quejido,
Y oigo el nombre de Oscar y de Malvina
Del aura entre el rüido,
Si el alta copa del ciprés inclina,
Y al resonar el hijo de la roca,
Cuando su voz se pierde
Cual la luz de la luna entre la niebla,
Mi mente se figura
Que escucho tus acentos de dulzura.
Miro el alcázar de Fingal, cubierto
De innoble musgo y yerba,
Y en silencio profundo sepultado
Como la noche el mar, el viento en calma.
¿Dó las armas están? ¿Dónde el sonido
Del escudo batido?
¿Dó de Carril la lira delicada,
Las fiestas de las conchas y tu llanto,
Moina desconsolada?
Blando el eco repite
Segunda vez el nombre de Malvina
Y el de su dulce Oscar: tiernos se amaron:
Gime en su losa de la noche el viento,
Y repite sus nombres que pasaron.
Oscar, de negros ojos: en las paces

Dulce su corazón como los rayos
Del astro bello precursor del día;
Y fiero en la batalla, de la lanza
A la suya seguía
La muerte que vibraba su pujanza.
  Llamó al héroe la guerra
Que el tirano Cairvar fiero traía,
Y su Malvina hermosa,
Tierno llanto vertiendo, le decía:
—¿Dónde marchas, Oscar?—Sobre las rocas,
Donde braman los vientos,
Me mirarán llorar mis compañeras:
No más fatigaré, vibrando el arco,
Por el monte las fieras,
Ni á ti cansado de la ardiente caza
Te esperaré cuidosa,
Ni oiré ya más la voz de tus amores.
Ni mi alma estará nunca gozosa.
—¿En dónde está mi Oscar?— á los guerreros
Preguntaré anhelante;
Y ellos pasando junto á mí ligeros
Responderán: —¡Murió!— Dice, y espira
En sollozos su acento más süave
Que del arpa el sonido,
Al vislumbrar la luna
En solitario bosque y escondido.
  —Destierra ese temor, Malvina mía,—
Oscar responde con fingido aliento,
—Muchos los héroes son que Fingal manda:
Caiga el fiero Cairvar y yo perezca,
Si es forzoso también; más tú, Malvina,
Bella como la edad de la inocencia,
Vive, que ya destina

Himnos el bardo á eternizar mi gloria.
Mis hazañas oirás, y entre las nubes
Yo sonreiré feliz, y vagaroso
Allá en la noche fría
Bajaré á tu mansión; verás mi sombra
Al triste rayo de la luna umbría.—
Y dice, y se desprende de los brazos
De su infeliz Malvina;
A pasos rapidísimos avanza,
Y á la llama oscilante
De las hogueras del extenso campo
Brillar se ven sus armas cual radiente,
Rápida exhalación. Yace en silencio
El campamento todo,
Y sólo al eco repetir se siente
El crujir al andar de su armadura
Y el blando susurrar del manso ambiente.
Cual por nubes la luna silenciosa
Su luz quebrada envía
Trémula sobre el mar que la retrata,
Que ora se ve brillar, ora perdida,
Pardo vellón de nube la arrebata,
Cielo y tierra en tinieblas sepultando;
Así á veces Oscar brilla y se pierde,
La selva atravesando.

EL COMBATE

Cairvar yace adormido
Y tiene junto á sí lanza y escudo,
Y relumbra su yelmo
Claro á la llamarada reluciente
De un tronco carcomido,
Casi despojo de la llama ardiente,
Mitad de él á cenizas reducido.
—Levántate, Cairvar — Oscar le grita; —
Cual hórrida tormenta
Eres tú de temer; mas yo no tiemblo:
Desprecio tu arrogancia y osadía:
La lanza presta y el escudo embraza;
Alzate pues, que Oscar te desafía.—
Cual en noche serena
Súbito amenazante, inmensa nube
La turbulenta mar de espanto llena,
Se levanta Cairvar, alto cual roca
De endurecido hielo.
—¿Quién osa del valiente—
En voz tronante grita —
Ora turbar el sueño? ¿y quién irrita
La cólera á Cairvar armipotente?—
—Vigoroso es tu brazo en la pelea,
Rey de la mar de aurirrolladas olas,—

Oscar de negros ojos le responde,
. . . .
. . . .
— Hará ceder tu indómita pujanza. —
Como el furor del viento proceloso
Ondas con ondas con bramido horrendo
Estrella impetüoso,
Los guerreros ardiendo se arremeten
Y fieros se acometen.
Chispea el hierro, la armadura suena:
Al rumor de los golpes gime el viento,
Y su són dilatándose violento,
Al ronco monte atruena.
Cayó Cairvar como robusto tronco
Que tumba el leñador al golpe rudo
De hendiente hacha pesada,
Y cayó derribada
Su soberbia fiereza
Y su insolente orgullo y aspereza.
Más ¡ay! que moribundo
Oscar yace también: ¡triste Malvina!
Aun no los bellos ojos apartaste
Del bosque aquel que le ocultó á tu vista,
Y del último adiós aun no enjugaste
Las lágrimas hermosas,
Auras de la mañana.
Siempre sola estarás: si entre las selvas
Pirámide de hielo
Reverbera á la luna,
En tu ilusión dichosa
Figurarás tu amante,
Pensando ver su cota fulgorosa:
Pasará tu delirio,

Y verterás el llanto de amargura
Sola y desconsolada...
—¡Ay! Oscar pereció!— gemirá el viento
Al romper la alborada,
Y al ocultar el sol la sombra oscura
De la noche callada.

AL SOL

HIMNO

Pára y óyeme ¡oh sol! yo te saludo
Y extático ante ti me atrevo á hablarte:
Ardiente como tú mi fantasía,
Arrebatada en ansia de admirarte.
Intrépidas á ti sus alas guía.
¡Ojalá que mi acento poderoso,
Sublime resonando,
Del trueno pavoroso
La temerosa voz sobrepujando,
¡Oh sol! á ti llegara
Y en medio de tu curso te parara!
¡Ah! si la llama que mi mente alumbra
Diera también su ardor á mis sentidos;
Al rayo vencedor que los deslumbra,
Los anhelantes ojos alzaría,
Y en tu semblante fúlgido, atrevidos,
Mirando sin cesar, los fijaría.

¡Cuanto siempre te amé, sol refulgente!
¡Con qué sencillo anhelo,
Siendo niño inocente,
Seguirte ansiaba en el tendido cielo,
Y extático te vía
Y en contemplar tu luz me embebecía!
De los dorados límites de Oriente
Que ciñe el rico en perlas Oceano,
Al término sombroso de Occidente,
Las orlas de tu ardiente vestidura
Tiendes en pompa, augusto soberano,
Y el mundo bañas en tu lumbre pura,
Vívido lanzas de tu frente el día,
Y, alma y vida del mundo,
Tu disco en paz majestüoso envía
Plácido ardor fecundo,
Y te elevas triunfante,
Corona de los orbes centellante.
Tranquilo subes del zenit dorado
Al regio trono en la mitad del cielo,
De vivas llamas y esplendor ornado,
Y reprimes tu vuelo:
Y desde allí tu fúlgida carrera
Rápido precipitas,
Y tu rica encendida cabellera
En el seno del mar trémula agitas,
Y tu esplendor se oculta:
Y el ya pasado día
Con otros mil la eternidad sepulta.
¡Cuántos siglos sin fin, cuántos has visto
En su abismo insondable desplomarse!
¡Cuánta pompa, grandeza y poderío
De imperios populosos disiparse!

¿Qué fueron ante ti? Del bosque umbrío
Secas y leves hojas desprendidas,
Que en círculos se mecen
Y al furor de Aquilón desaparecen.
Libre tú de la cólera divina,
Viste anegarse el universo entero,
Cuando las aguas por Jehová lanzadas,
Impelidas del brazo justiciero
Y á mares por los vientos despeñadas,
Bramó la tempestad: retumbó en torno
El ronco trueno y con temblor crujieron
Los ejes de diamante de la tierra:
Montes y campos fueron
Alborotado mar, tumba del hombre.
Se estremeció el profundo;
Y entonces tú, como señor del mundo,
Sobre la tempestad tu trono alzabas,
Vestido de tinieblas,
Y tu faz engreías,
Y á otros mundos en paz resplandecías.
Y otra vez nuevos siglos
Viste llegar, huir, desvanecerse
En remolino eterno, cual las olas
Llegan, se agolpan y huyen de Oceano,
Y tornan otra vez á sucederse;
Mientra inmutable tú, solo y radiante
¡Oh sol! siempre te elevas,
Y edades mil y mil huellas triunfante.
¿Y habrás de ser eterno, inextinguible,
Sin que nunca jamás tu inmensa hoguera
Pierda su resplandor, siempre incansable,
Audaz siguiendo tu inmortal carrera,
Hundirse las edades contemplando

Y solo, eterno, perenal, sublime,
Monarca poderoso, dominando?
No; que también la muerte,
Si de lejos te sigue,
No menos anhelante te persigue.
¿Quién sabe si tal vez pobre destello
Eres tú de otro sol que otro universo
Mayor que el nuestro un día
Con doble resplandor esclarecía!!!
Goza tu juventud y tu hermosura,
¡Oh sol! que cuando el pavoroso día
Llegue que el orbe estalle y se desprenda
De la potente mano
Del Padre soberano,
Y allá á la eternidad también descienda,
Deshecho en mil pedazos, destrozado
Y en piélagos de fuego
Envuelto para siempre y sepultado,
De cien tormentas al horrible estruendo,
En tinieblas sin fin tu llama pura
Entonces morirá: noche sombría
Cubrirá eterna la celeste cumbre:
¡Ni aun quedará reliquia de tu lumbre!!!

CANCIONES

—

LA CAUTIVA

Ya el sol esconde sus rayos,
El mundo en sombras se vela,
El ave á su nido vuela,
Busca asilo el trovador.
Todo calla: en pobre cama
Duerme el pastor venturoso:
En su lecho suntüoso
Se agita insomne el señor.

Se agita; mas ¡ay! reposa
Al fin en su patrio suelo;
No llora en mísero duelo
La libertad que perdió:
Los campos ve que á su infancia
Horas dieron de contento;
Su oído halaga el acento
Del país donde nació.

No gime ilustre cautivo
Entre doradas cadenas,
Que si bien de encanto llenas,
Al cabo cadenas son.

Si acaso triste lamenta,
En torno ve á sus amigos,
Que, de su pena testigos,
Consuelan su corazón.

La arrogante erguida palma
Que en el desierto florece,
Al viajero sombra ofrece,
Descanso y grato manjar.
Y, aunque sola, allí es querida
Del árabe errante y fiero,
Que siempre va placentero
A su sombra á reposar.

Mas ¡ay triste! yo cautiva,
Huérfana y sola suspiro,
En clima extraño respiro,
Y amo á un extraño también.
No hallan mis ojos mi patria,
Humo han sido mis amores;
Nadie calma mis dolores,
Y en celos me siento arder.

¡Ah! ¿Llorar? ¿llorar?... no puedo
Ni ceder á mi tristura,
Ni consuelo en mi amargura
Podré jamás encontrar.
Supe amar como ninguna,
Supe amar correspondida;
Despreciada, aborrecida,
¿No sabré también odiar?

¡Adiós, patria! ¡adiós, amores!
La infeliz Zoraida ahora
Sólo venganzas implora,
Ya condenada á morir.
No soy ya del castellano
La sumisa enamorada:
Soy la cautiva cansada
Ya de dejarse oprimir [1].

CANCION DEL PIRATA

Con diez cañones por banda,
Viento en popa á toda vela,
No corta el mar, sino vuela
Un velero bergantín:
Bajel pirata que llaman
Por su bravura el *Temido*,
En todo mar conocido
Del uno al otro confín.

La luna en el mar rïela,
En la lona gime el viento,
Y alza en blando movimiento
Olas de plata y azul;

---

1 Esta canción también se insertó en la citada novela *Sancho Saldaña*.

Y ve el capitán pirata,
Cantando alegre en la popa,
Asia á un lado, al otro Europa
Y allá á su frente Stambul [1].

«Navega, velero mío,
Sin temor,
Que mi enemigo navío,
Ni tormenta, ni bonanza
Tu rumbo á torcer alcanza,
Ni á sujetar tu valor.

»Veinte presas
Hemos hecho
A despecho
Del inglés,
Y han rendido
Sus pendones
Cien naciones
A mis pies.

»*Que es mi barco mi tesoro,*
Que es mi Dios la libertad,
Mi ley la fuerza y el viento,
Mi única patria la mar.

»Allá muevan feroz guerra
Ciegos reyes
Por un palmo más de tierra:
Que yo tengo aquí por mío
Cuanto abarca el mar bravío,
A quien nadie impuso leyes.

1 Nombre que dan los turcos á Constantinopla.

»Y no hay playa,
Sea cualquiera,
Ni bandera
De esplendor,
Que no sienta
Mi derecho,
Y dé pecho
A mi valor.

» *Que es mi barco mi tesoro...*

»A la voz de «¡barco viene!»
Es de ver
Cómo vira y se previene
A todo trapo á escapar:
Que yo soy el rey del mar,
Y mi furia es de temer.

»En las presas
Yo divido
Lo cogido
Por igual:
Sólo quiero
Por riqueza
La belleza
Sin rival.

» *Que es mi barco mi tesoro...*

»¡Sentenciado estoy á muerte!
Yo me río:
No me abandone la suerte,
Y al mismo que me condena
Colgaré de alguna entena,
Quizá en su propio navío.

»Y si caigo
¿Qué es la vida?
Por perdida
Ya la di,
Cuando el yugo
Del esclavo,
Como un bravo,
Sacudí.

»*Que es mi barco mi tesoro..*

»Son mi música mejor
Aquilones;
El estrépito y temblor
De los cables sacudidos;
Del negro mar los bramidos
Y el rugir de mis cañones.

»Y del trueno
Al son violento,
Y del viento
Al rebramar,
Yo me duermo
Sosegado,
Arrullado
Por el mar.

»*Que es mi barco mi tesoro,*
Que es mi Dios la libertad,
Mi ley la fuerza y el viento,
Mi única patria la mar.»

EL CANTO DEL COSACO

Donde sienta mi caballo los pies
no vuelve á nacer hierba.
(Palabras de Atila.)

CORO

¡Hurra, cosacos del desierto! ¡Hurra!
La Europa os brinda espléndido botín:
Sangrienta charca sus campiñas sean,
De los grajos su ejército festín.

¡Hurra, á caballo, hijos de la niebla!
Suelta la rienda, á combatir volad:
¿Veis esas tierras fértiles? las puebla
Gente opulenta, afeminada ya.
Casas, palacios, campos y jardines,
Todo es hermoso y refulgente allí:
Son sus hembras celestes serafines,
Su sol alumbra un cielo de zafir.

¡Hurra, cosacos del desierto...

Nuestros sean su oro y sus placeres,
Gocemos de ese campo y de ese sol;
Son sus soldados menos que mujeres,
Sus reyes, viles mercaderes son.

Vedlos huir para esconder su oro,
Vedlos cobardes lágrimas verter...
¡Hurra! volad: sus cuerpos, su tesoro
Huellen nuestros caballos con sus pies.

¡Hurra, cosacos del desierto...

Dictará allí nuestro capricho leyes,
Nuestras casas alcázares serán,
Los cetros y coronas de los reyes
Cual juguetes de niños rodarán.
¡Hurra! volad á hartar nuestros deseos:
Las más hermosas nos darán su amor,
Y no hallarán nuestros semblantes feos,
Que siempre brilla hermoso el vencedor.

¡Hurra, cosacos del desierto...

Desgarraremos la vencida Europa
Cual tigres que devoran su ración;
En sangre empaparemos nuestra ropa
Cual rojo manto de imperial señor.
Nuestros nobles caballos relinchando
Regias habitaciones morarán;
Cien esclavos, sus frentes inclinando,
Al mover nuestros ojos temblarán.

¡Hurra, cosacos del desierto...

Venid, volad, guereros del desierto,
Como nubes en negra confusión,
Todos suelto el bridón, el ojo incierto,
Todos atropellándose en montón.

Id, en la espesa niebla confundidos,
Cual tromba que arrebata el huracán,
Cual témpanos de hielo endurecidos
Por entre rocas despeñados van.

¡Hurra, cosacos del desierto...

Nuestros padres un tiempo caminaron
Hasta llegar á una imperial ciudad;
Un sol más puro es fama que encontraron,
Y palacios de oro y de cristal.
Vadearon el Tibre sus bridones,
Yerta á sus pies la tierra enmudeció;
Su sueño con fantásticas canciones
La fada de los triunfos arrulló.

¡Hurra, cosacos del desierto...

¡Qué! ¿No sentís la lanza estremecerse,
Hambrienta en vuestras manos de matar?
¿No veis entre la niebla aparecerse
Visiones mil que el parabién nos dan?
Escudo de esas míseras naciones
Era ese muro que abatido fué;
La gloria de Polonia y sus blasones
En humo y sangre convertidos ved.

¡Hurra, cosacos del desierto...

¿Quién en dolor trocó sus alegrías?
¿Quién sus hijos triunfante encadenó?
¿Quién puso fin á sus gloriosos días?
¿Quién en su propia sangre los ahogó?

¡Hurra, cosacos! ¡gloria al más valiente!
Esos hombres de Europa nos verán:
¡Hurra! nuestros caballos en su frente
Hondas sus herraduras marcarán.

¡Hurra, cosacos del desierto...

A cada bote de la lanza ruda,
A cada escape en la abrasada lid,
La sangrienta ración de carne cruda
Bajo la silla sentiréis hervir.
Y allá después en templos suntuosos,
Sirviéndonos de mesa algún altar,
Nuestra sed calmarán vinos sabrosos,
Hartará nuestra hambre blanco pan.

¡Hurra, cosacos del desierto...

Y nuestras madres nos verán triunfantes,
Y á esa caduca Europa á nuestros pies,
Y acudirán de gozo palpitantes,
En cada hijo á contemplar un rey.
Nuestros hijos sabrán nuestras acciones,
Las coronas de Europa heredarán,
Y á conquistar también otras regiones
El caballo y la lanza aprestarán.

¡Hurra, cosacos del desierto! ¡hurra!
La Europa os brinda espléndido botín:
Sangrienta charca sus campiñas sean,
De los grajos su ejército festín.

EL MENDIGO

—

Mío es el mundo: como el aire libre,
Otros trabajan porque coma yo:
Todos se ablandan si doliente pido
Una limosna por amor de Dios.

El palacio, la cabaña
Son mi asilo,
Si del ábrego el furor
Troncha el roble en la montaña,
O que inunda la campaña
El torrente asolador.

Y á la hoguera
Me hacen lado
Los pastores
Con amor,
Y sin pena
Y descuidado
De su cena
Ceno yo,
O en la rica
Chimenea,
Que recrea
Con su olor,

Me regalo
Codicioso
Del banquete
Suntüoso
Con las sobras
De un señor.

Y me digo: el viento brama,
Caiga furioso turbión;
Que al són que cruje de la seca leña,
Libre me duermo sin rencor ni amor.

Mío es el mundo: como el aire libre...

Todos son mis bienhechores,
Y por todos
A Dios ruego con fervor;
De villanos y señores
Yo recibo los favores
Sin estima y sin amor.

Ni pregunto
Quiénes sean,
Ni me obligo
A agradecer;
Que mis rezos
Si desean,
Dar limosna
Es un deber.
Y es pecado
La riqueza;
La pobreza
Santidad:

Dios á veces
Es mendigo;
Y al avaro
Da castigo,
Que le niegue
Caridad.

Yo soy pobre y se lastiman
Todos al verme plañir,
Sin ver son mías sus riquezas todas,
Que mina inagotable es el pedir.

Mío es el mundo: como el aire libre...

Mal revuelto y andrajoso,
Entre harapos
Del lujo sátira soy,
Y con mi aspecto asqueroso
Me vengo del poderoso,
Y adonde va, tras él voy.

Y á la hermosa
Que respira
Cien perfumes,
Gala, amor,
La persigo
Hasta que mira,
Y me gozo
Cuando aspira
Mi punzante
Mal olor.
Y las fiestas
Y el contento
Con mi acento
Turbo yo,

Y en la bulla
Y la alegría
Interrumpen
La armonía
Mis harapos
Y mi voz:

Mostrando cuán cerca habitan
El gozo y el padecer,
Que no hay placer sin lágrimas, ni pena
Que no traspire en medio del placer.

Mío es el mundo: como el aire libre...

Y para mí no hay *mañana*,
Ni hay *ayer;*
Olvido el bien como el mal,
Nada me aflige ni afana;
Me es igual para mañana
Un palacio, un hospital.

Vivo ajeno
De memorias,
De cuidados
Libre estoy;
Busquen otros
Oro y glorias,
Yo no pienso
Sino en hoy.
Y doquiera
Vayan leyes,
Quiten reyes,
Reyes den;

Yo soy pobre,
Y al mendigo,
Por el miedo
Del castigo,
Todos hacen
Siempre bien.

Y un asilo donde quiera
Y un lecho en el hospital
Siempre hallaré, y un hoyo donde caiga
Mi cuerpo miserable al espirar.

Mio es el mundo: como el aire libre,
Otros trabajan porque coma yo:
Todos se ablandan si doliente pido
Una limosna por amor de Dios.

EL REO DE MUERTE

¡Para hacer bien por el alma
Del que van á ajusticiar!!!

I

Reclinado sobre el suelo
Con lenta amarga agonía,
Pensando en el triste día
Que pronto amanecerá;
En silencio gime el reo
Y el fatal momento espera
En que el sol por vez postrera
En su frente lucirá.

Un altar y un Crucifijo
Y la enlutada capilla,
Lánguida vela amarilla
Tiñe en su luz funeral;
Y junto al mísero reo,
Medio encubierto el semblante,
Se oye al fraile agonizante
En són confuso rezar.

El rostro levanta el triste
Y alza los ojos al cielo;
Tal vez eleva en su duelo
La súplica de piedad.

¡Una lágrima! ¿es acaso
De temor ó de amargura?
¡Ay! ¡á aumentar su tristura
Vino un recuerdo quizá!!!

Es un joven, y la vida
Llena de sueños de oro,
Pasó ya cuando aún el lloro
De la niñez no enjugó:
El recuerdo es de la infancia,
¡Y su madre que le llora,
Para morir así ahora
Con tanto amor le crió!!!

Y á par que sin esperanza
Ve ya la muerte en acecho,
Su corazón en su pecho
Siente con fuerza latir;
Al tiempo que mira al fraile
Que en paz ya duerme á su lado,
Y que, ya viejo, postrado,
Le habrá de sobrevivir.

Mas ¿qué rumor á deshora
Rompe el silencio? resuena
Una alegre cantilena
Y una guitarra á la par,
Y gritos y de botellas
Que se chocan el sonido,
Y el amoroso estallido
De los besos y el danzar.
Y también pronto en són triste
Lúgubre voz sonará:

¡Para hacer bien por el alma
Del que van á ajusticiar!

Y la voz de los borrachos,
Y sus brindis, sus quimeras,
Y el cantar de las rameras,
Y el desorden bacanal,
En la lúgubre capilla
Penetran, y carcajadas,
Cual de lejos arrojadas
De la mansión infernal.
Y también pronto en són triste
Lúgubre voz sonará:

¡Para hacer bien por el alma
Del que van á ajusticiar!

¡Maldición! al eco infausto,
El sentenciado maldijo
La madre que como á hijo
A sus pechos le crió;
Y maldijo el mundo todo,
Maldijo su suerte impía,
Maldijo el aciago día
Y la hora en que nació.

II

Serena la luna
Alumbra en el cielo,
Domina en el suelo
Profunda quietud;
Ni voces se escuchan,
Ni ronco ladrido,
Ni tierno quejido
De amante laúd.

Madrid yace envuelto en sueño,
Todo al silencio convida,
Y el hombre duerme y no cuida
Del hombre que va á espirar;
Si tal vez piensa en mañana,
Ni una vez piensa siquiera
En el mísero que espera,
Para morir, despertar:
Que sin pena ni cuidado
Los hombres oyen gritar:

¡Para hacer bien por el alma
Del que van á ajusticiar!

¡Y el juez también en su lecho
Duerme en paz!! ¡y su dinero
El verdugo, placentero,
Entre sueños cuenta ya!!
Tan sólo rompe el silencio
En la sangrienta plazuela
El hombre del mal que vela
Un cadalso á levantar.

Loca y confusa la encendida mente,
Sueños de angustia y fiebre y devaneo,
El alma envuelven del confuso reo,
Que inclina el pecho la abatida frente.

Y en sueños
Confunde
La muerte,
La vida:
Recuerda
Y olvida,
Suspira,
Respira
Con hórrido afán.

Y en un mundo de tinieblas
Vaga y siente miedo y frío,
Y en su horrible desvarío
Palpa en su cuello el dogal:
Y cuanto más forcejea,
Cuanto más lucha y porfía,
Tanto más en su agonía
Aprieta el nudo fatal.
Y oye ruido, voces, gentes,
Y aquella voz que dirá:

¡Para hacer bien por el alma
Del que van á ajusticiar!

O ya libre se contempla,
Y el aire puro respira,
Y oye de amor que suspira
La mujer que á un tiempo amó,
Bella y dulce cual solía,
Tierna flor de primavera,
El amor de la pradera
Que el Abril galán mimó.

Y gozoso á verla vuela,
Y alcanzarla intenta en vano,
Que al tender la ansiosa mano
Su esperanza á realizar,
Su ilusión la desvanece
De repente el sueñe impío,
Y halla un cuerpo mudo y frío
Y un cadalso en su lugar:
Y oye á su lado en són triste
Lúgubre voz resonar:
¡Para hacer bien por el alma
Del que van á ajusticiar!

EL VERDUGO

De los hombres lanzado al desprecio,
De su crimen la víctima fuí,
Y se evitan de odiarse á sí mismos,
Fulminando sus odios en mí.
Y su rencor
Al poner en mi mano, me hicieron
Su vengador;
Y se dijeron:
«Que nuestra vergüenza común caiga en él;
Se marque en su frente nuestra maldición;
Su pan amasado con sangre y con hiel,
Su escudo con armas de eterno baldón

Sean la herencia
Que legue al hijo,
El que maldijo
La sociedad.»
¡Y de mí huyeron,
De sus culpas el manto me echaron,
Y mi llanto y mi voz escucharon
Sin piedad!!!

Al que á muerte condena le ensalzan...
¿Quién al hombre del hombre hizo juez?
¿Que no es hombre ni siente el verdugo
Imaginan los hombres tal vez?
¡Y ellos no ven
Que yo soy de la imágen divina
Copia también!
Y cual dañina
Fiera á que arrojan un triste animal!
Que ya entre sus dientes se siente crujir,
Así á mí, instrumento del genio del mal,
Me arrojan el hombre que traen á morir.
Y ellos son justos,
Yo soy maldito;
Yo sin delito
Soy criminal:
Mirad al hombre
Que me paga una muerte; el dinero
Me echa al suelo con rostro altanero,
¡A mí, su igual!

El tormento que quiebra los huesos
Y del reo el histérico *¡ay!*

Y el crujir de los nervios rompidos
Bajo el golpe del hacha que cae,
Son mi placer.
Y al rumor que en las piedras rodando
Hace, al caer,
Del triste saltando
La hirviente cabeza de sangre en un mar,
Allí entre el bullicio del pueblo feroz
Mi frente serena contemplan brillar,
Tremenda, radiante con júbilo atroz.
Que de los hombres
En mí respira
Toda la ira,
Todo el rencor:
Que á mí pasaron
La crueldad de sus almas impía,
Y al cumplir su venganza y la mía,
Gozo en mi horror.

Ya más alto que el grande que altivo
Con sus plantas hollara la ley
Al verdugo los pueblos miraron,
Y mecido en los hombros de un rey:
Y en él se hartó.
Embriagado de gozo aquel día
Cuando espiró;
Y su alegría
Su esposa y sus hijos pudieron notar;
Que en vez de la densa tiniebla de horror,
Miraron la risa su labio amargar,
Lanzando sus ojos fatal resplandor.
Que el verdugo
Con su encono

Sobre el trono
Se asentó:
Y aquel pueblo
Que tan alto le alzara bramando,
Otro rey de venganzas, temblando,
En él miró.

En mí vive la historia del mundo
que el destino con sangre escribió,
Y en sus páginas rojas Dios mismo
Mi figura imponente grabó.
La eternidad
Ha tragado cien siglos y ciento,
Y la maldad
Su monumento
En mí todavía contempla existir;
Y en vano es que el hombre do brota la luz
Con viento de orgullo pretenda subir:
¡Preside el verdugo los siglos aún!
Y cada gota
Que me ensangrienta,
Del hombre ostenta
Un crimen más.
Y yo aun existo,
Fiel recuerdo de edades pasadas,
A quien siguen cien sombras airadas
Siempre detrás.

¡Oh! ¿por qué te ha entregado el verdugo,
Tú, hijo mío, tan puro y gentil?
En tu boca la gracia de un ángel
Presta gracia á tu risa infantil.

¡Ay! tu candor,
Tu inocencia, tu dulce hermosura
Me inspira horror.
¡Oh! ¿tu ternura,
Mujer, á qué gastas con ese infeliz?
¡Oh! muéstrate madre piadosa con él;
Ahógale y piensa será así feliz.
¿Qué importa que el mundo te llame crüel?
¿Mi vil oficio
Querrás que siga,
Que te maldiga
Tal vez querrás?
Piensa que un día
Al que hoy miras jugar inocente,
Maldecido cual yo y delincuente
También verás!!!

ASUNTOS HISTÓRICOS

Á LA MUERTE

DE

TORRIJOS Y SUS COMPAÑEROS

SONETO

Helos allí: junto á la mar bravía
Cadáveres están ¡ay! los que fueron
Honra del libre, y con su muerte dieron
Almas al cielo, á España nombradía.

Ansia de patria y libertad henchía
Sus nobles pechos que jamás temieron,
Y las costas de Málaga los vieron
Cual sol de gloria en desdichado día.

Españoles, llorad, mas vuestro llanto
Lágrimas de dolor y sangre sean,
Sangre que ahogue á siervos y opresores,

Y los viles tiranos, con espanto,
Siempre delante amenazando vean
Alzarse sus espectros vengadores.

Á LA MUERTE

DE

DON JOAQUÍN DE PABLO

(CHAPALANGARRA)

Desde la elevada cumbre
Do el gran Pirene levanta
Término y muro soberbio
Que cerca y defiende á España,
Un joven proscrito de ella
Tristes lágrimas derrama,
Y acaso tiende la vista
Por ver desde allí su patria,
Desde allí do á su despecho,
Llorando deja las armas
Con que del Sena al Pirene
Se lanzó por libertarla;
Y al ver la turba de esclavos
Que sus hierros afianzan,
De infame triunfo orgullosos,
Alejarse en algazara;
Solo entonces, contemplando
El suelo que ellos pisaran
Y que aun torrentes de sangre
Recién derramada bañan,
En su rápida carrera
Volcando cuerpos y almas;

Se sienta en la alzada cima,
A un lado la rota espada,
Y al rumor de los torrentes
Y del huracán que brama;
Negra cítara pulsando,
Endechas lúgubres canta.

Llorad, vírgenes tristes de Iberia,
Nuestros héroes en fúnebre lloro;
Dad al viento las trenzas de oro
Y los cantos de muerte entonad:
Y vosotros ¡oh nobles guerreros,
De la patria sostén y esperanza!
Abrasados en sed de venganza,
Odio eterno al tirano jurad.

CORO DE VÍRGENES

Danos, noche, tu lóbrego manto,
Nuestras frentes enlute el ciprés;
El robusto cayó: su sepulcro
Del inicuo mancharan los pies.

Enrojece ¡oh Pirene! tus cumbres
Pura sangre del libre animoso,
Y el tropel de los siervos odioso
En su lago su sed abrevó.
Cayó en ellas la gloria de España,
Cayó en ellas De Pablo valiente,
Y la patria, inclinada la frente,
Su gemido al del héroe juntó.

Sus cadenas la patria arrastrando,
Y su manto con sangre teñido,
Tardamente y con hondo gemido
Va á la tumba del fuerte varón.
Y el ajado laurel de su frente
Al sepulcro circunda llorosa,
Mientras ruge en la fúnebre losa,
Aherrojado á sus pies, el león.

CORO DE MANCEBOS

Traición solo ha vencido al valiente;
Sénos astro de triunfo y de honor,
Tú, que siempre á los déspotas fuiste
Como á negras tormentas el sol.

DESPEDIDA

DEL PATRIOTA GRIEGO

DE LA

HIJA DEL APÓSTATA

Era la noche: en la mitad del cielo
Su luz rayaba la argentada luna,
Y otra luz más amable destellaba
De sus llorosos ojos la hermosura.

Allí en la triste soledad se hallaron
Su amante y ella con mortal angustia,
Y su voz en amarga despedida
Por vez postrera la infeliz escucha.

«Determinado está; sí, mi sentencia
Para siempre selló la suerte injusta,
Y cuando allá la eternidad sombría
Este momento en sus abismos hunda,

»¡Ojalá para siempre que el olvido,
Suavizando el rigor de la fortuna,
La imagen ¡ay! de las pasadas glorias
Bajo sus alas lóbregas encubra!

»¿Por qué al nacer crüeles me arrancaron
Del seno de mi madre moribunda,
Y salvo he sido de mortales riesgos
Para vivir penando en amargura?

»¿Por qué yo fuí por mi fatal destino
Unido á ti desde la tierna cuna?
¿Por qué nos hizo iguales en riqueza
Y en linaje también mi desventura?

»¿Por qué mi infancia en inocentes juegos
Brilló contigo, y con delicia mutua
Ambos tejimos el infausto lazo
Que nuestras almas míseras anuda?

»¡Ah! para siempre adiós: vano es ahora
Acariciar memorias de ventura;
Voló ya la ilusión de la esperanza,
Y es vano amar sin esperanza alguna.

»¿Qué puede el infeliz contra el destino?
¿Qué ruegos moverán, qué desventuras
El bajo pecho de tu infame padre?
Infame, sí, que al despotismo jura

»Vil sumisión, y en sórdida avaricia
Vende su patria á las riquezas turcas.
Él apellida sacrosantas leyes
El capricho de un déspota; él nos juzga

»De rebeldes doquier: su voz comprada
Culpa á su patria y al tirano adula:
El nos ordena ante el sultán odioso
Humilde miedo y obediencia muda.

»Mas no, que el alma de la Grecia existe;
Santo furor su corazón circunda,
Que ávido se hartará de sangre hirviente,
Que nuevo ardor le infundirá y bravura.

»No ya el tirano mandará en nosotros:
Tristes rüinas, áridas llanuras,
Cadáveres no más serán su imperio;
Será solo el señor de nuestras tumbas.

«Ya osan ser libres los armados brazos,
Y ya rompen la bárbara coyunda;
Y con júbilo á ti, todos ¡oh muerte!
Y á ti, divina libertad, saludan.

»Gritos de triunfo, sacudido el viento
Hará que al éter resonando suban,
O eterna muerte cubrirá á la Grecia
En noche infanda y soledad profunda.

»Ese altivo monarca, que embriagado
Yace en perfumes y lascivia impura,
Despechado sabrá que no hay cadena
Que la mano de un libre no destruya.

»Con rabia oirá de libertad el grito
Sonar tremendo en la obstinada lucha,
Y con miedo y horror su sed de sangre
Torrentes hartarán de sangre turca.

»Y tu padre también, si ora impudente
So el poder del islam su patria insulta,
Pronto verá cuán formidable espada
Blande en la lid la libertad sañuda.

»Marcha y dile por mí quehay mil valientes,
Y yo uno de ellos, que animosos juran
Morir cual héroes ó romper el cetro
A cuya sombra el pérfido se escuda.

»Que aunque marcados con la vil cadena,
No han sido esclavas nuestras almas nunca,
Que el heredado ardor de nuestros padres
Las hace hervir aún: que nuestra furia

»Nos labrará, lidiando, en cada golpe
Triunfo seguro ó noble sepultura.
Dile que sólo en baja servidumbre
Puede vivir un alma cual la suya,

»El alma de un apóstata que indigno
Llega sus labios á la mano impura,
Que de caliente sangre reteñida,
Nuevos destrozos á su patria anuncia.

»Perdóname, infeliz, si mis palabras
Rudas ofenden tu filial ternura.
Es verdad, es verdad: tu padre un tiempo
Mi amigo se llamó, y ¡ojalá nunca

»Pasado hubieran tan dichosos días!
¡Yo no llamara injusta á la fortuna!
¡Cómo entonces mi mano enjugaría
Las lágrimas que viertes de amargura!

»Tu padre ¡oh Dios! como engañoso amigo
Cuando la Grecia la servil coyunda
Intrépida rompió, cuando mi pecho
Respiraba gozoso el aura pura

»De la alma libertad, pensó el inicuo
Seducirme tal vez con tu hermosura,
Y en premio vil me prometió tu mano
Si ser secuaz de su traición inmunda

» Y desolar mi patria le ofrecía.
¡Esclavo yo de la insolente turba
De esclavos del sultán!!! Antes el cielo
Mis yertos miembros insepultos cubra,

» Que goce yo de ignominiosa vida
Ni en el seno feliz de tu dulzura.
¡Ah! para siempre adiós: la infausta suerte
Que el lazo rompe que las almas junta,

» Y va á arrancar tu corazon del mío,
Tan sólo ahora una esperanza endulza.
Yo te hallaré donde perpetuas dichas
Las almas de los ángeles disfrutan.

»¡Ah! para siempre adiós... tente... un momento...
Un beso nada más... es de amargura...
Es el último ¡oh Dios!... mi sangre hiela...
¡Ah! los martirios del infierno nunca

» Igualaron mi pena y mi agonía.
¡Terminara la muerte aquí mi angustia,
Y aun muriera feliz! ¡Mis ojos quema
Una lágrima ¡oh Dios! y tú la enjugas!

»¡ Quién resistir podrá! — Basta, la hora
Se acerca ya que mi partida anuncia.
¡Ojalá para siempre que el olvido,
Suavizando el rigor de la fortuna,

» La imagen ¡ay! de las pasadas glorias
Bajo sus alas lóbregas encubra! »

Dice, y se alejan: á esperar consuelo
La hija del Apóstata en la tumba;
Él, batallando, pereció en las lides,
Y ella víctima fué de su amargura.

¡GUERRA!

¿Oís? es el cañón. Mi pecho hirviendo
El cántico de guerra entonará,
Y al eco ronco del cañón venciendo,
La lira del poeta sonará.

El pueblo ved que la orgullosa frente
Levanta ya del polvo en que yacía,
Arrogante en valor, omnipotente,
Terror de la insolente tiranía.
Rumor de voces siento,
Y al aire miro deslumbrar espadas,
Y desplegar banderas;
Y retumban al són las escarpadas
Rocas del Pirineo;
Y retiemblan los muros
De la opulenta Cádiz, y el deseo
Crece en los pechos de vencer lidiando;
Brilla en los pechos el marcial contento,
Y donde quiera generoso acento
Se alza de PATRIA y LIBERTAD tronando.

Al grito de la patria
Volemos, compañeros,
Blandamos los aceros
Que intrépida nos da.

A par en nuestros brazos
Ufanos la ensalcemos
Y al mundo proclamemos:
« España es libre ya. »

¡Mirad, mirad en sangre
Y lágrimas teñidos
Reir los foragidos,
Gozar en su dolor!
¡Oh! fin tan sólo ponga
Su muerte á la contienda,
Y cada golpe encienda
Aún más nuestro rencor.

¡Oh siempre dulce patria
Al alma generosa!
¡Oh siempre portentosa
Magia de libertad!
Tus ínclitos pendones
Que el español tremola,
Un rayo tornasola
Del iris de la paz.

En medio del estruendo
Del bronce pavoroso,
Tu grito prodigioso
Se escucha resonar.
Tu grito que las almas
Inunda de alegría,
Tu nombre que á esa impía
Caterva hace temblar.

¿Quién hay ¡oh compañeros!
Que al bélico redoble
No sienta el pecho noble
Con júbilo latir?

Mirad centelleantes,
Cual nuncios ya de gloria,
Reflejos de victoria
Las armas despedir.

¡Al arma! ¡al arma! ¡mueran los carlistas!
Y al mar se lancen con bramido horrendo
De la infiel sangre caudalosos ríos,
Y atónito contemple el Oceano
Sus olas combatidas
Con la traidora sangre enrojecidas.
Truene el cañón: el cántico de guerra,
Pueblos, ya libres, con placer alzad:
Ved, ya desciende á la oprimida tierra,
Los hierros á romper, la libertad [1].

---

1 Estos versos se leyeron en una función patriótica, celebrada en el teatro de la Cruz, en 22 de Octubre de 1835.

Á LA PATRIA

ELEGÍA

¡Cuán solitaria la nación que un día
Poblara inmensa gente!
¡La nación cuyo imperio se extendía
Del ocaso al oriente!
Lágrimas viertes, infeliz ahora,
Soberana del mundo,
¡Y nadie de tu faz encantadora
Borra el dolor profundo!
Oscuridad y luto tenebroso
En ti vertió la muerte,
Y en su furor el déspota sañoso
Se complació en tu suerte.
No perdonó lo hermoso, patria mía;
Cayó el joven guerrero,
Cayó el anciano, y la segur impía
Manejó placentero.
So la rabia cayó la virgen pura
Del déspota sombrío,
Como eclipsa la rosa su hermosura
En el sol del estío.
¡Oh vosotros, del mundo habitadores!
Contemplad mi tormento:
¿Igualarse podrán ¡ah! qué dolores
Al dolor que yo siento?

Yo, desterrado de la patria mía,
De una patria que adoro,
Perdida miro su primer valía,
Y sus desgracias lloro.
Hijos espúreos y el fatal tirano
Sus hijos han perdido,
Y en campo de dolor su fértil llano
Tienen ¡ay! convertido.
Tendió sus brazos la agitada España,
Sus hijos implorando;
Sus hijos fueron, mas traidora saña
Desbarató su bando.
¿Qué se hicieron tus muros torreados?
¡Oh mi patria querida!
¿Dónde fueron tus héroes esforzados,
Tu espada no vencida?
¡Ay! de tus hijos en la humilde frente
Está el rubor grabado:
A sus ojos caído tristemente
El llanto está agolpado.
Un tiempo España fué: cien héroes fueron
En tiempos de ventura,
Y las naciones tímidas la vieron
Vistosa en hermosura.
Cual cetro que en el Líbano se ostenta,
Su frente se elevaba;
Como el trueno á la virgen amedrenta,
Su voz las aterraba.
Mas ora, como piedra en el desierto,
Yaces desamparada,
Y el justo desgraciado vaga incierto
Allá en tierra apartada.
Cubren su antigua pompa y poderío

Pobre hierba y arena,
Y el enemigo que tembló á su brío
Burla y goza en su pena.

Vírgenes, destrenzad la cabellera
Y dadla al vago viento:
Acompañad con arpa lastimera
Mi lúgubre lamento.

Desterrados ¡oh Dios! de nuestros lares,
Lloremos duelo tanto:
¿Quién calmará ¡oh España! tus pesares?
¿Quién secará tu llanto?

Londres, 1829.

Á UNA ROSA

SONETO

Fresca, lozana, pura y olorosa,
Gala y adorno del pensil florido,
Gallarda, puesta sobre el ramo erguido,
Fragancia esparce la naciente rosa;

Mas si el ardiente sol lumbre enojosa
Vibra del can en llamas encendido,
El dulce aroma y el color perdido,
Sus hojas lleva el aura presurosa.

Así brilló un momento mi ventura
En alas del amor, y hermosa nube
Fingí tal vez de gloria y de alegría;

Mas ¡ay! que el bien trocóse en amargura,
Y deshojada por los aires sube
La dulce flor de la esperanza mía.

Á UNA ESTRELLA

¿Quien eres tú, lucero misterioso,
Tímido y triste entre luceros mil,
Que cuando miro tu esplendor dudoso,
Turbado siento el corazón latir?

¿Es acaso tu luz recuerdo triste
De otro antiguo perdido resplandor,
Cuando engañado como yo creíste
Eterna tu ventura que pasó?

Tal vez con sueños de oro la esperanza
Acarició tu pura juventud,
Y gloria y paz y amor y venturanza
Vertió en el mundo tu primera luz.

Y al primer triunfo del amor primero
Que embalsamó en aromas el Edén,
Luciste acaso, mágico lucero,
Protector del misterio y del placer.

Y era tu luz voluptüosa y tierna
La que entre flores resbalando allí,
Inspiraba en el alma una ansia eterna
De amor perpetuo y de placer sin fin.

Mas ¡ay! que luégo el bien y la alegría
En llanto y desventura se trocó:
Tu esplendor empañó niebla sombría;
Sólo un recuerdo al corazón quedó.

Y ahora melancólico me miras
Y tu rayo es un dardo del pesar:
Si amor aún al corazón inspiras,
Es un amor sin esperanza ya.

¡Ay lucero! yo te vi
Resplandecer en mi frente,
Cuando palpitar sentí
Mi corazón dulcemente
Con amante frenesí.

Tu faz entonces lucía
Con más brillante fulgor,
Mientras yo me prometía
Que jamás se apagaría
Para mí tu resplandor.

¿Quién aquel brillo radiante
¡Oh lucero! te robó,
Que oscureció tu semblante,
Y á mi pecho arrebató
La dicha en aquel instante?

¿O acaso tú siempre así
Brillaste, y en mi ilusión
Yo aquel esplendor te dí
Que amaba mi corazón,
Lucero, cuando te ví?

Una mujer adoré
Que imaginara yo un cielo;
Mi gloria en ella cifré,
Y de un luminoso velo
En mi ilusión la adorné.

Y tú fuiste la aureola
Que iluminaba su frente,
Cual los aires arrebola
El fúlgido sol naciente,
Y el puro azul tornasola.

Y astro de dicha y amores,
Se deslizaba mi vida
A la luz de tus fulgores,
Por fácil senda florida,
Bajo un cielo de colores.

Tantas dulces alegrías,
Tantos mágicos ensueños
¿Dónde fueron?
Tan alegres fantasías,
Deleites tan halagüeños,
¿Qué se hicieron?

Huyeron con mi ilusión
Para nunca más tornar,
Y pasaron,
Y sólo en mi corazón
Recuerdos, llanto y pesar
¡Ay! dejaron.

¡Ah lucero! tú perdiste
También tu puro fulgor,
Y lloraste;
También como yo sufriste,
Y el crudo arpón del dolor
¡Ay! probaste.

¡Infeliz! ¿por qué volví
De mis sueños de ventura
Para hallar

Luto y tinieblas en ti,
Y lágrimas de amargura
Que enjugar?

Pero tú conmigo lloras,
Que eres el ángel caído
Del dolor,
Y piedad llorando imploras,
Y recuerdas tu perdido
Resplandor.

Lucero, si mi quebranto
Oyes, y sufres cual yo,
¡Ay! juntemos
Nuestras quejas, nuestro llanto:
Pues nuestra gloria pasó,
Juntos lloremos.

Mas hoy miro tu luz casi apagada,
Y un vago padecer mi pecho siente:
Que está mi alma de sufrir cansada,
Seca ya de las lágrimas la fuente.

¡Quién sabe!... tú recobrarás acaso
Otra vez tu pasado resplandor,
A ti tal vez te anunciará tu ocaso
Un oriente más puro que el del sol.

A mí tan sólo penas y amargura
Me quedan en el valle de la vida;
Como un sueño pasó mi infancia pura,
Se agosta ya mi juventud florida.

Astro sé tú de candidez y amores
Para el que luz te preste en su ilusión,
Y ornado el porvenir de blancas flores,
Sienta latir de amor su corazón.

Yo indiferente sigo mi camino
A merced de los vientos y la mar,
Y entregado en los brazos del destino,
Ni me importa salvarme ó zozobrar.

Á JARIFA EN UNA ORGÍA

Trae, Jarifa, trae tu mano,
Ven y pósala en mi frente,
Que en un mar de lava hirviente
Mi cabeza siento arder.
Ven y junta con mis labios
Esos labios que me irritan,
Donde aún los besos palpitan
De tus amantes de ayer.

¿Qué la virtud, la pureza?
¿Qué la verdad y el cariño?
Mentida ilusión de niño
Que halagó mi juventud.
Dadme vino: en él se ahoguen
Mis recuerdos; aturdida
Sin sentir huya la vida;
Paz me traiga el ataúd.

El sudor mi rostro quema,
Y en ardiente sangre rojos
Brillan inciertos mis ojos,
Se me salta el corazón.

Huye, mujer; te detesto,
Siento tu mano en la mía,
Y tu mano siento fría,
Y tus besos hielo son.

¡Siempre igual! Necias mujeres,
Inventad otras caricias,
Otro mundo, otras delicias,
O maldito sea el placer.
Vuestros besos son mentira,
Mentira vuestra ternura,
Es fealdad vuestra hermosura,
Vuestro gozo es padecer.

Yo quiero amor, quiero gloria,
Quiero un deleite divino,
Como en mi mente imagino,
Como en el mundo no hay;
Y es la luz de aquel lucero
Que engañó mi fantasía,
Fuego fatuo, falso guía
Que errante y ciego me tray.

¿Porqué murio para el placer mi alma,
Y vive aún para el dolor impío?
¿Por qué si yazgo en indolente calma,
Siento, en lugar de paz, árido hastío?

¿Por qué este inquieto, abrasador deseo?
¿Por qué este sentimiento extraño y vago,
Que yo mismo conozco un devaneo,
Y busco aún su seductor halago?

¿Por qué aún fingirme amores y placeres
Que cierto estoy de que serán mentira?

¿Por qué en pos de fantásticas mujeres
Necio tal vez mi corazón delira,

Si luégo, en vez de prados y de flores,
Halla desiertos áridos y abrojos,
Y en sus sandios ó lúbricos amores
Fastidio sólo encontrará y enojos?

Yo me arrojé, cual rápido cometa,
En alas de mi ardiente fantasía:
Doquier mi arrebatada mente inquieta
Dichas y triunfos encontrar creía.

Yo me lanzé con atrevido vuelo
Fuera del mundo en la región etérea,
Y hallé la duda, y el radiante cielo
Vi convertirse en ilusión aérea.

Luégo en la tierra la virtud, la gloria,
Busqué con ansia y delirante amor,
Y hediondo polvo y deleznable escoria
Mi fatigado espíritu encontró.

Mujeres vi de virginal limpieza
Entre albas nubes de celeste lumbre;
Yo las toqué, y en humo su pureza
Trocarse ví, y en lodo y podredumbre.

Y encontré mi ilusión desvanecida
Y eterno é insaciable mi deseo:
Palpé la realidad y odié la vida;
Sólo en la paz de los sepulcros creo.

Y busco aún y busco codicioso,
Y aún deleites el alma finge y quiere:
Pregunto y un acento pavoroso
«¡Ay! me responde, desespera y muere.

«Muere, infeliz: la vida es un tormento,
Un engaño el placer; no hay en la tierra
Paz para ti, ni dicha, ni contento,
Sino eterna ambición y eterna guerra.

«Que así castiga Dios el alma osada,
Que aspira loca, en su delirio insano,
De la verdad para el mortal velada
A descubrir el insondable arcano.»

¡Oh! cesa: no, yo no quiero
Ver más, ni saber ya nada:
Harta mi alma y postrada,
Sólo anhela descansar.
En mí muera el sentimiento,
Pues ya murió mi ventura,
Ni el placer ni la tristura
Vuelvan mi pecho á turbar.

Pasad, pasad en óptica ilusoria
Y otras jóvenes almas engañad:
Nacaradas imágenes de gloria,
Coronas de oro y de laurel, pasad.

Pasad, pasad, mujeres voluptuosas,
Con danza y algazara en confusión;
Pasad como visiones vaporosas,
Sin conmover ni herir mi corazón.

Y aturdan mi revuelta fantasía
Los brindis y el estruendo del festín,
Y huya la noche y me sorprenda el día
En un letargo estúpido y sin fin.

Ven, Jarifa; tú has sufrido
Como yo; tú nunca lloras;
Mas ¡ay triste! que no ignoras
Cuán amarga es mi aflicción.
Una misma es nuestra pena,
En vano el llanto contienes...
Tú también, como yo, tienes
Desgarrado el corazón.

DE LAS PÁGINAS PERDIDAS

Á DON DIEGO DE ALVEAR

sobre la muerte de su amado padre.

ELEGÍA.

¿Qué es la vida? ¡gran Dios! Plácida aurora;
Cándida ríe entre arreboles cuando
Brillante apenas esclarece un hora;

Pálida luz y trémula oscilando,
Baja al silencio de la tumba fría,
Del pasado esplendor nada quedando:

Allí la palma del valor sombría
Marchítase, y allí la rosa pura
Pierde el color y fresca lozanía;

No alcanza allí jamás de la ternura
El mísero gemido ni el lamento,
Ni poder, ni riqueza, ni hermosura.

Sobre yertos cadáveres su asiento
Erige, y huella la implacable muerte
Armas, arados, púrpuras sin cuento.

Mísero Albino, doloroso vierte
Lágrimas de amargura: á par contigo
Yo gemiré también tu infausta suerte.

Y si el nombre dulcísimo de amigo,
Si un tierno corazón alcanza tanto,
Tus penas ¡ay! consolarás conmigo.

El tormento, el dolor, la pena, el llanto
Debidos son de un hijo cariñoso
Al triste padre de quien fué el encanto.

Mas no siempre con lluvias caudaloso
El valle anega montaraz torrente,
Ni encrespa el mar sus olas borrascoso:

No siempre el labrador tímido siente
El trueno aterrador, ni al aire mira
Desprenderse veloz rayo luciente.

Ahora lamenta, sí, tierno suspira,
Desahogo que dió naturaleza;
Que el pecho al suspirar tal vez respira.

Lágrimas sólo el áspera dureza
Calman del infortunio: ellas la herida
Bálsamo son que cura y su crudeza.

¡Cuánto sería mísera la vida
Si, envuelta con el llanto, la amargura
No brotara del alma dolorida!

Trocada en melancólica dulzura,
Sólo queda después tierna memoria,
Y aun halla el pecho gozo en su tristura.

Tú así lo probarás: ya la alta gloria
De tu padre recuerdes, coronada
Su frente del laurel de la victoria;

Ó ya vibrando la terrible espada,
En medio al ancho piélago, triunfante,
Miedo y terror de la francesa armada;

Ó el arnés desceñido de diamante,
En oliva pacífica trocando
El hierro en las batallas centellante.

Aún hoy miro á los vientos flamëando
Las ricas apresadas banderolas,
Augusta insignia del francés infando;

Y aún hoy resuenan las medrosas olas,
Al azotar de Cádiz la alta almena,
De sus glorias á par las españolas.

Tintas en propia sangre y sangre ajena,
En la sañuda lid siempre miraron
Brillar su frente impávida y serena;

Y en torno amedrentadas rebramaron
Cuando, al morir sus prendas más amadas,
Impávido también le contemplaron.

Cayeron á su vista, y casi ahogadas
Las vió tenderle los ansiosos brazos,
Y súbito al profundo sepultadas;

Y en desigual combate hecho pedazos,
Aún su corazón altivo y fuerte
Del anglo esquiva los indignos lazos.

Busca con ansia entre la lid la muerte,
Y huye la muerte de él, y ¿quién, quién pudo
Penetrar los secretos de la suerte?

Nuevo y dulce placer, más dulce nudo
Grata le guarda su feliz ventura
Cuando más de favor se cree desnudo.

¡Cuánto gozo sin fin! ¡cuánta ternura
Probó en los brazos de su nueva esposa
El beso al recibir de su dulzura!

Ya agradable á su prole numerosa,
Vuelto otra vez á los paternos lares,
Daba lecciones de virtud piadosa.

Ya calmaba del triste los pesares
Con labio afable y generosa mano,
Ya llevaba la paz á sus hogares.

Y en tanta dicha, el corazón ufano
De lágrimas colmado y bendiciones,
Tornaba alegre el venerable anciano

Los timbres á aumentar de sus blasones:
Á vosotros sus hijos animaba
Recordando sus ínclitas acciones.

Y en todos juntos renacer miraba,
De nombre á par, su antigua lozanía,
Y tierno en contemplaros se gozaba.

¿Por qué tú, ¡oh muerte! arrebataste impía
Al que de tantos tristes la ventura
Y el noble orgullo de la patria hacía?

Fuente á eterno llorar abrió tu dura
Mano, y tu saña y cólera cebaste
Á un tiempo en la inocencia y la hermosura.

Y ¿qué cítara triste habrá que baste
Lúgubre á resonar en sordo acento
Cual de su dulce esposa le arrancaste?

La noble faz serena, el pecho exento
De tormento roedor, dulce y tranquilo
Dió entre sus hijos su postrer aliento.

Y ya cayendo de la parca al filo,
Cual se oscurece el sol en Occidente,
Va del sepulcro al sosegado asilo.

Gemidos oigo y lamentar doliente,
Y el ronco son de parches destemplados
Y el crujir de las armas juntamente.

Marchan en pos del féretro soldados
Con tardo paso y armas funerales
Al eco de los bronces disparados.

Y entre fúnebres pompas y marciales,
En la morada de la muerte augusta
Las bóvedas retumban sepulcrales.

¡Ay! Para siempre ya la losa adusta,
¡Oh caro Albino! le escondió á tus ojos;
Mas no el bueno murió: la parca injusta

Roba tan sólo efímeros despojos,
Y alta y triunfante la alcanzada gloria
Guarda en eternos mármoles la historia.

Á LA SEÑORA DE TORRIJOS

ROMANCE [1].

Yo sé que estás enojada,
Y sé la razón, señora,
Que de cortés caballero
Falté á la palabra honrosa.

No trato de disculparme,
Si es mi falta mucha ó poca:
Sólo sé que no he cumplido
Con mi deber, y esto sobra:

Mas yo sé que en perdonar
Amables ojos se gozan,
Que si antes bellos parecen,
Más bellos son si perdonan.

Tú en mí perdona un culpado,
Que harto es mi culpa penosa;
Lleve en mi falta el castigo,
Que él iba en mi falta propia.

1 Se debe al eminente literato señor de Cueto la copia que de este romance le facilitó la misma señora Condesa de Torrijos. A continuación de él escribió Espronceda las siguientes líneas: — «Muy señora »mía: Sírvase V. admitir este pequeño obsequio en cumplimiento de »las ofertas que no cumplí. He venido á despedirme de V. para Burdeos; »y, con el sentimiento de no haberla visto, me ofrezco á sus pies como »su más respetuoso servidor. — JOSÉ DE ESPRONCEDA.»

Perdóname; así en tus brazos
Ojalá estreches gozosa
Al que, terror del tirano,
El libre pendón tremola;

Al que, en los mares de Alcides [1],
El astro sigue de gloria
Con el ánimo invencible
Que ningún peligro doma.

¡Ojalá pronto le abraces,
Y le ciñas las coronas
Que de laurel á los héroes
Tejen Minerva y Belona!

Y en tanto que sus hazañas
La fama al mundo pregona,
Tú con plácida sonrisa
Admite mi humilde trova;

Y espera que pronto el día
Llegará de la victoria,
Y oirás más altas canciones,
A par con él venturosa.

París, 1830.

1 El general Torrijos se hallaba á la sazón emigrado en Gibraltar preparando la desgraciada empresa de Málaga contra el gobierno absoluto de Fernando VII.

OCTAVA REAL [1]

El estandarte ved que en Cerinola
El gran Gonzalo desplegó triunfante,
La noble enseña ilustre y española
Que al indio domeñó y al mar de Atlante;
Regio pendón que al aire se tremola,
Dón de CRISTINA, enseña relumbrante,
Verla podremos en la lid reñida
Rasgada sí, pero jamás vencida.

A MATILDE

Aromosa blanca viola,
Pura y sola en el pensil,
Embalsama regalada
La alborada del Abril.

---

1 Improvisada en un banquete que se celebró el 10 de Octubre de 1881 con motivo de haber S. M. la Reina Doña María Cristina distribuído las banderas á los diferentes cuerpos de la guarnición de Madrid, y entre ellos al de Guardias de la real persona, del cual era individuo Espronceda por aquel entonces.

Junto al margen florecido
De escondido manantial,
Sólo avisa de su estancia
Su fragancia virginal.

Allí el aura sosegada,
Con callada timidez,
Hiere apenas cariñosa
Su donosa candidez.

Silencioso el arroyuelo,
Con recelo besa el pie,
Y no dice su ternura
Ni murmura su desdén.

Y su imagen mira en ella
La doncella con rubor,
Que es la viola pudorosa
Flor hermosa del candor.

Tal, Matilde, brilla pura
Tu hermosura celestial,
Y es más plácida tu risa
Que la brisa matinal.

Nunca turbe con enojos
Los tus ojos el amor;
Siempre añada tu alegría
Lozanía á tu esplendor.

Y el que brilla refulgente
Claro oriente de tu edad,
Nube impura no mancille,
Siempre brille tu beldad.

Mas si gala al bosque umbrío
El rocío suele dar,
Porque aumente así tu encanto,
Vierte el llanto de piedad.

Y, venida tú del cielo
Por consuelo al infeliz,
Brillarás modesta y sola
Cual la viola del Abril.

Londres, 1832.

Á...

MADRIGAL.

Son tus labios un rubí
Partido por gala en dos,
Arrancado para tí
De la corona de un Dios.

Á UN RUISEÑOR

Canta en la noche, canta en la mañana,
Ruiseñor, en el bosque tus amores;
Canta, que llorará cuando tú llores
El alba perlas en la flor temprana.

Teñido el cielo de amaranto y grana,
La brisa de la tarde entre las flores
Suspirará también á los rigores
De tu amor triste y tu esperanza vana.
Y en la noche serena, al puro rayo
De la callada luna, tus cantares
Los ecos sonarán del bosque umbrío.
Y vertiendo dulcísimo desmayo,
Cual bálsamo süave en mis pesares,
Endulzará tu acento el labio mío.

ROMANCE

Raya la naciente luna
En la cumbre del Oreb,
Y armado un fuerte guerrero
En la campiña se ve.
Al melancólico rayo
Brilla una cruz en su arnés;
Paladín es que defiende
La santa Jerusalén.
Del Jordán camina al paso,
Siguiendo el curso tal vez,
Ricamente enjaezado
Su gallardo palafrén.

En tanto á su encuentro sale
Un árabe en su corcel,
Con lanza corta y alfange
Y reluciente pavés.
Al trotar crujen sus armas,
Y el paladín, que le ve,
Suelta al caballo la rienda
Y arranca contra el infiel.
Pronto el árabe se apresta,
Ganoso de gloria y prez,
Y, el diestro brazo á la espalda,
Tira gallardo á ofender.
La lanza vuela silbando,
Y del cristiano á los pies,
Perdido el tiro, penetra,
La tierra haciendo tremer.
«Ríndete, moro, le grita,
Tu recio furor detén,
Yo soy Ricardo.»—«¿Qué importa,
Si yo soy Abenamet?»
Y un bárbaro golpe fiero
Le descarga al responder,
Y su alfange damasquino
El yelmo taja á cercén.
Ya un hacha tremenda agita
Sañudo el monarco inglés,
Que hiende el turbante, y hiende
La cabeza del infiel:
Hacha grave que ninguno
De cuantos visten arnés,
Ni aun puestas emtrambas manos,
Pudiera apenas mover.

Á CAROLINA CORONADO

DESPUÉS DE LEÍDA SU COMPOSICIÓN «Á LA PALMA.»

Dicen que tienes trece primaveras
Y eres portento de hermosura ya,
Y que en tus grandes ojos reverberas
La lumbre de los astros inmortal.
Juro á tus plantas que insensato he sido
De placer en placer corriendo en pos,
Cuando en el mismo valle hemos nacido,
Niña gentil, para adorarnos, dos.
Torrentes brota de armonía el alma;
Huyamos á los bosques á cantar;
Dénos la sombra tu inocente *palma,*
Y reposo tu virgen *Soledad*[1].
Mas ¡ay! perdona, virginal capullo;
Cierra tu cáliz á mi loco amor;
Que nacimos de un aura al mismo arrullo,
Para ser, yo el insecto, tú la flor.

1 Otra poesía de la señorita Coronado.

LA VUELTA DEL CRUZADO

—

El que ansioso de alta gloria
Joven dejó sus hogares
Y, lanzándose á los mares,
Voló á buscar la victoria;

Vencedor del turco fiero,
Vuelve el valiente cruzado,
Del sol el rostro tostado
Y tinto en sangre el acero.

Allí, su lanza en la lid
Dió á su renombre esplendor,
Y le cantó el trovador
Como á impávido adalid:

Ora vuelve, en su semblante
Con cicatrices de heridas
En honra y pro recibidas
De la que adora constante.

Tal vez al verle á su reja
Le desconozca la hermosa
Que sensible y cuidadosa
Oyó otro tiempo su queja:

Mas si no vuelve de Oriente,
Cual ántes joven hermoso,
Vuelve intrépito y brioso
Y ornada en lauros la frente.

Y las lunas abatidas
De los árabes altivos,
Cien caballos, cien cautivos,
Cien cimitarras vencidas.

El soldado de Sión
Rendirá ante su hermosura,
Y con humilde ternura
Su constante corazón.

Que por la cruz y en su honor
Ha alcanzado la victoria,
Y su nombre y su memoria
Realzó en la lid su valor,

Y buscando donde ir
Á hacer su nombre famoso,
Vuelve á sus pies venturoso
Sus laureles á rendir.

SERENATA

Despierta, hermosa señora,
Señora del alma mía:
Den luz á la noche umbría
Tus ojos que soles son.
Despierta, y si acaso sientes
Tu corazón conmovido,
Es que responde al latido
De mi amante corazon.
Oye mi voz.

La flor más pura y galana
Que el Abril fecundo adora,
Al despuntar de la aurora
Perfuma el primer albor:
Pero es mil veces más puro
De tu boca el blando aliento
Si perfuma en torno el viento
Tierno suspiro de amor.
Oye mi voz.
Adiós, mis dulces amores,
Que, envidiosa el alba fría,
Ya raya en Oriente el día
Por turbar nuestro placer:
Adiós, señora: mi alma
Dejo, al partirme, contigo:
Amante triste, maldigo,
Aurora, tu rosicler.
Guárdame fe.

CANCIÓN BÁQUICA

¡Oh! ¡caiga el que caiga! ¡más vino! ¡brindemos!
Á aquel que más beba loores sin fin:
Con pámpanos ricos su frente adornemos,
Aplausos cantemos al rey del festín.

Alegres los ojos,
Borracho el semblante,
La copa espumante
En alto á brindar:
Rebosen los labios
En risas y vino,
Y al néctar divino
Dé fuerza el azahar.

CORO. — *¡Oh! ¡caiga el que caiga! etc.*

Volcanes requeman
Mi frente encendida;
Más alma, más vida
Crecer siento en mí:
Torrentes de vino
Las mesas esmalten,
En mil piezas salten
Cien copas y mil.

CORO. — *¡Oh! ¡caiga el que caiga! etc.*

Fosfórico el globo
En torno á mí gira,
Su asiento retira
La tierra á mis pies:
Y al aire en confuso
Rumor me levantan
Furiosos qne cantan
Al Chipre y Jerez.

CORO. — *¡Oh! ¡caiga el que caiga! etc.*

FRAGMENTO[1]

Y á la luz del crepúsculo serena,
Solos vagar por la desierta playa,
Cuando allá, mar adentro, en su faena
Cantos de amor el marinero ensaya,
Y besa blandamente el mar la arena,
La luna en calma al horizonte raya,
Y la brisa que tímida suspira,
Dulces aromas y frescor respira.
Y húmedos ver sus ojos de ternura,
Que abren al alma enamorada un cielo,
Extáticos de amor y de dulzura
Con blando, vago y doloroso anhelo;
Magia el amor prestando á su hermosura,
Y el pensamiento detenido el vuelo
Allí donde encontró la fantasía
Ciertas las dichas que soñó algún día.
Y respirar su perfumado aliento,
Y al rumor palpitar de sus vestidos,
Penetrar su amoroso pensamiento
Y contar de su pecho los latidos,
Exhalar de infinito sentimiento
Tiernos suspiros, lánguidos gemidos,
Mientra á libar sus néctares provoca
Blanda sonrisa en la entreabierta boca.

1 Tomamos estas bellas octavas y las tres composiciones precedentes, publicadas con el pseudónimo de *Luis Senra y Palomares*, de un tomo manuscrito de poesías que tuvo la curiosidad de ir formando, para salvarlas del olvido, el erudito literato y bibliófilo salmantino D. José Bonilla y Ruiz, ya difunto.

Á LA DEGRADACIÓN DE EUROPA[1]

Miseria y avidez, dinero y prosa,
En vil mercado convertido el mundo,
Los arranques del alma generosa
Poniendo á precio inmundo,
Cuando tu suerte y tu esplendor preside
Un mercader que con su vara mide
El genio y la virtud, mísera Enropa,
Y entre el lienzo vulgar que bordó de oro,
Muerto tu antiguo lustre y tu decoro,
Como á un cadáver fétido te arropa.

Cuando á los ojos blanqueada tumba
Centro es tu corazón de podredumbre,
Cuando la voz en ti ya no retumba,
Vieja Europa, del héroe ni el profeta,
Ni en ti refleja su encantada lumbre
Del audaz entusiasmo del poeta,
Yerta tu alma y sordos tus oídos,
Con prosaico afanar en tu miseria,

1 Publicada en las páginas olvidadas de Espronceda con el título de *A la traslación de las cenizas de Napoleón.*

Arrastrando en el lodo tu materia,
Sólo abiertos al lucro tus sentidos,
¿Quién te despertará? ¿Qué nuevo acento,
Cual la trompeta del extremo día,
Dará á tu inerte cuerpo movimiento
Y entusiasmo á tu alma y lozanía?
¡Ah! ¿solitario entre cenizas frías
Mudas rüinas, aras profanadas
Y antiguos derrüidos monumentos,
Me sentaré, segundo Jeremías,
Mis mejillas con lágrimas bañadas,
Y romperé en estériles lamentos?
No, que la inútil soledad dejando,
La ciudad populosa
Con férrea voz recorreré cantando
Y agitará la gente temerosa,
Como el bramido de huracán los mares
El són de mis fatídicos cantares.
No; yo alzaré la voz de los profetas;
Tras mí la alborotada muchedumbre,
Sonarán en mi acento las trompetas
Que derriben la inmensa pesadumbre
Del regio torreón que al vicio esconde,
Y el mundo me dirá en dónde
El precio vil de infame mercancía
Del agiotista en la podrida boca
Avaricioso oía.
¿Qué importa, si provoca
Mi voz la befa de las almas viles,
Morir qué importa en tan gloriosa lucha,
Qué importa, envidia, que tu diente afiles?
Yo cantaré: la humanidad me escucha;
Yo volaré donde la tumba oculta

La antigua gloria y esplendor del mundo;
Yo con mi mano arrancaré la losa,
Removeré la tierra que sepulta
Semilla de virtud, polvo fecundo,
La ceniza de un héroe generosa,
Y en medio el mundo, en la anchurosa plaza
De la gran capital, ante los ojos
De su dormida, degradada raza
Arrojando sus pálidos despojos,
¡Oh, avergonzados! gritaré á la gente.
¡Oh, de los hombres despreciable escoria,
Venid, doblad la envilecida frente,
Un cadáver no más es vuestra gloria!

A UNA CIEGA [1]

Sobre inmensa montaña de vapores
Hay, hermosa, un gigante bienhechor,
Que rige mundos y que inspira amores,
Y pisa estrellas, de la luz Señor.

Cíñele un cielo la encendida frente,
Nubes le dan espléndido festín,
Y en él, dormido entre fulgor candente,
Gozase Dios. . . . .

1 Esta composición improvisada vió la luz pública, en concepto de inédita, en *La Ilustración*, el año de 1853.

Campos colora al derramarse en oro,
Oro del manto del excelso Dios,
Ó al inundar de aljofarado lloro
Mar por la tierra dividido en dos.

¡El mar! ¡El mar! tendido sobre el mundo
Cual faja movediza del cristal,
Sube á los cielos, lánzase al profundo,
Ó manso brilla como azul cendal.

Se aíra al verse de color sangriento
Teñido el manto por el sol cruel;
Llega la noche, sórbelo sediento,
Véngase así del enemigo aquel.

Y cuando silba el áquilón bravío,
Tirando el guante de discordia atroz,
Muge rabioso, acepta el desafío,
Llama á sus ondas, álzase feroz.

El espacio es palenque, ellos guerreros,
El orbe concurrencia, Dios el Juez;
Suena el clarín, empuñan los aceros,
Y avánzase á alcanzar victoria y prez.

. . . .
. . . .
. . . .
. . . .

No llores, no, hermosa mía,
Porque no ves ora el día,
Ni con sus olas de plata
El mar que el cielo retrata:

No llores, no, mujer, ángel del cielo,
Mientras pueda mi lira hacerse oir,
Porque cubra á tus ojos denso velo
De negras sombras su oriental zafir.

Yo sobre el mundo, sobre el mar y el viento,
Sobre los cielos y la tierra estoy,
Mundos y cielos sin cesar invento
Porque hacia el mundo de los vates voy.

¿Quieres ver, al fulgor de ardiente rayo,
Lucir el sol, dormir la tempestad,
Zumbar el trueno y florecer á Mayo,
Todo á un tiempo radiante de verdad?

¿Ó quieres ver en el dormido espacio,
Sólo, deidad, para servirte á tí,
De cristal y de mármol un palacio
Coronado de záfiros por mí?

¡Todo á tus pies!; y en tanto, ¿qué te importan
Esos seres que vagan en montón,
Y entre el placer y entre el festín acortan
Su torpe vida en torpe confusión?

Hermosa ciega, con tu fiel poeta
Ven en valle magnífico á habitar;
Valle que el gozo y el dolor respeta,
¡Donde puedes reir!.... ¡puedes llorar!....

Yo te diré cuándo al nacer la aurora
Derrama por el campo su fulgor;
Yo te diré cuándo la noche llora
Lágrimas de tinieblas y de horror.

Mas descúbrese el velo de escarlata
Que á tus ojos de amor tirano fué:
¿Lloras? ¿Lloras? El gozo te arrabata:
¡Gracias! ¡gracias, gran Dios! ¡mi amada ve!

¿Me dices que estoy pálido? No, hermosa,
No te contriste mi amarilla faz;

Tus ojos, tú, la teñiréis de rosa,
Color de vida, de placer y paz.

Llamas bello al jardín: está bien, vélo;
Bello será, pero se olvida al fin,
Si no está allí con tu hermosura el cielo,
Si tú no estás, oh flor, en el jardín.

LAS QUEJAS DE SU AMOR [1]

Bellísima parece
Al vástago prendida,
Gallarda y encendida
De Abril la linda flor;
Empero muy más bella
La virgen ruborosa
Se muestra, al dar llorosa
Las quejas de su amor.

Süave es el acento
De dulce amante lira,
Si al blando son suspira
De noche el trovador;
Pero aún es más süave
La voz de la hermosura
Si dice con ternura
Las quejas de su amor.

1 *La América* publicó como inédita esta breve composición en su número de 12 de Mayo de 1866.

Grato es en noche umbría
Al triste caminante
Del alba radiante
Mirar el resplandor;
Empero es aún más grato
Al alma enamorada
Oir de su adorada
Las quejas de su amor.

A GUARDIA [1]

SONETO.

Astro de libertad brilla en el cielo
Y aumenta el lustre á la española gloria,
Tú que de esta morada transitoria
Á morada mejor alzaste el vuelo,
Los ojos vuelve á nuestro amargo duelo,
Tributo merecido á tu memoria,
Tú, cuyo nombre vivirá en la hisioria,
Timbre y honor del madrileño suelo.
Descansa, ¡oh Guardia! en paz; la tiranía
Cayó vencida en la inmortal refriega,
É imitar tu valor ansiamos fieles;
Descansa, y tiemble la caterva impía,
Que en los sagrados túmulos que riega
El llanto popular, crecen laureles.

1 En el movimiento antirrevolucionario de 1841, que costó la vida al General León y á otros militares, fué herido de muerte el Sr. Guardia, Fiscal de la Milicia Nacional de Madrid.

INÉDITAS HASTA EL DÍA

AL DOS DE MAYO [1]

¡Oh! ¡Es el pueblo! ¡Es el pueblo! Cual las olas
Del hondo mar alborotado brama;
Las esplendentes glorias españolas,
Su antigua prez, su independencia aclama.

Hombres, mujeres vuelan al combate;
El volcán de sus iras estalló:
Sin armas van; pero en sus pechos late
Un corazón colérico español.

La frente coronada de laureles,
Con el botín de la vencida Europa,
Con sangre hasta las cinchas los corceles,
En cien campañas veterana tropa;

Los que el rápido Volga ensangrentaron,
Los que humillaron á sus pies naciones,
Y sobre las pirámides pasaron
Al galope veloz de sus bridones;

Á eterna lucha, á sin igual batalla,
Madrid provoca en su encendida ira;
Su pueblo inerme allí, entre la metralla
Y entre los sables, reluchando gira.

1 Aunque esta composición no es realmente inédita, porque se ha publicado en periódicos, y en las *Páginas perdidas*, la colocamos aquí, porque en el discurso leído á la Academia se dió tal como fué encontrada entre los papeles de Espronceda.

Graba en su frente luminosa huella
La lumbre que destella el corazón;
Y á parar con sus pechos se atropella
El rayo del mortífero cañón.

¡Oh de sangre y valor glorioso día!
Mis padres cuando niño me contaron
Sus hechos, ¡ay! y en la memoria mía
Santos recuerdos de virtud quedaron.

—«Entonces — indignados me decían —
Cayó el trono[1] español, pedazos hecho;
Por precio vil á extraños nos vendían
Desde el de Carlos profanado lecho.

»La corte del monarca disoluta,
Prosternada á las plantas de un Privado,
Sobre el seno de impura prostituta
Al trono de los reyes ensalzado.

»Sobre coronas, tronos y tiaras
Su orgullo sólo y su capricho ley;
Hordas de sangre y de conquista avaras,
Cada soldado un absoluto rey.

»Fijo en España el ojo centellante,
El Pirene á salvar pronto el bridón,
Al Rey de reyes, al audaz gigante
Ciegos ensalzan, siguen en montón.»

Y vosotros, ¿qué hicisteis entre tanto,
Los de espíritu flaco y alta cuna?
Derramar como hembras débil llanto,
Ó adular bajamente á la fortuna.

---

1 *Cetro*, dice Laverde en las *Páginas perdidas*.

Buscar tras la extranjera bayoneta,
Seguro á vuestras vidas y muralla,
Y siervos viles á la plebe inquieta
Con baja lengua apellidar *canalla.*

¡*Canalla!* sí, ¡vosotros los traidores,
Los que negáis al entusiasmo ardiente
Su gloria, y nunca visteis los fulgores
Con que ilumina la inspirada frente!

¡*Canalla!* sí, ¡los que en la lid alarde
Hicieron de su infame villanía,
Disfrazando su espíritu cobarde
Con la sana razón segura y fría!

¡Oh! la *canalla,* la *canalla* en tanto
Arrojó el grito de venganza y guerra,
Y arrebatada en su entusiasmo santo,
Quebrantó las cadenas de la tierra.

Del cetro de sus reyes los pedazos
Del suelo ensangrentados recogía,
Y un nuevo trono, en sus robustos brazos
Levantando, á su príncipe ofrecía.

Brilla el puñal en la irritada mano,
Huye el cobarde, y el traidor se esconde;
Truena el cañón, y el grito castellano
De *Independencia* y *Libertad* responde.

Héroes de Mayo, levantad las frentes;
Sonó la hora, y la venganza espera [1];
Id, hartad vuestra sed en los torrentes
De sangre de Bailén y Talavera.

---

1 *Id y hartad.* etc. — Laverde, *Páginas perdidas.*

Id, saludad los héroes de Gerona,
Alzad con ellos el radiante vuelo,
Y á los de Zaragoza alta corona
Ceñid, que aumente el esplendor del cielo.

Mas ¡ay! ¿por qué, cuando los ojos brotan
Lágrimas de entusiasmo y alegría,
Y el alma, atropellados, alborotan
Tantos recuerdos de honra y valentía,

Negra nube en el alma se levanta,
Que turba y oscurece los sentidos;
Fiero dolor el corazón quebranta,
Y se ahoga la voz entre gemidos?

¡Oh! ¡Levantad la frente carcomida,
Mártires de la gloria,
Que aún arde en ella con eterna vida
La luz de la victoria!

¡Oh! ¡Levantadla del eterno sueño,
Y con los huecos de los ojos fijos,
Contemplad una vez con torvo ceño
La vergüenza y baldón de vuestros hijos!

Quizá en vosotros, donde el fuego arde
Del castellano honor, aún sobre vida
Para alentar el corazón cobarde,
Y abrasar esta tierra envilecida.

¡Ay! ¿Cuál fué el galardón de vuestro celo,
De tanta sangre y bárbaro quebranto,
De tan heroica lucha y tanto anhelo,
Tanta virtud y sacrificio tanto?

El trono que erigió vuestra bravura,
Sobre huesos de héroes cimentado [1],

1 *Levantado.* — Laverde. ibidem.

Un rey ingrato, de memoria impura,
Con eterno baldón dejó manchado.
¡Ay! para herir [1] la libertad sagrada,
El Príncipe, borrón de nuestra historia,
Llamó en su ayuda [2] la francesa espada,
Que segase el laurel de vuestra gloria.
Y vuestros hijos de la muerte huyeron,
Y esa sagrada tumba abandonaron;
Hollarla ¡oh Dios! á los franceses vieron,
Y hollarla á los franceses les dejaron.
Como la mar tempestüosa, ruge
La losa al choque de los cráneos duros:
Tronó y se alzó con indignado empuje,
Del galo audaz bajo los pies impuros.
Y aún hoy hélos allí que su semblante
Con hipócrita máscara cubrieron,
Y á Luis Felipe, en muestra suplicante,
Ambos brazos ¡imbéciles! tendieron.
La vil palabra *¡Intervención!* gritaron,
Y del Rey mercader la reclamaban,
De nuestros timbres sin honor mofaron,
Mientras en su impudor se encenagaban.
Hoy esa raza degradada, espuria,
Pobre nación, que esclavizarte anhela,
Busca también, por renovar tu injuria,
De extranjeros monarcas la tutela.
Tumba vosotros sois de nuestra gloria,
De la antigua hidalguía,
Del castellano honor, que en la memoria
Sólo nos queda hoy día.

---

1 *Hollar.* — Laverde, ibidem.
2 *Auxilio.* — Laverde, ibidem.

Verted, juntando las dolientes manos,
Lágrimas ¡ay! que escalden la mejilla;
Mares de eterno llanto, castellanos,
No bastan á borrar vuestra mancilla.

Llorad como mujeres; vuestra lengua
No osa lanzar el grito de venganza;
Apáticos vivís en tanta mengua,
Y os cansa el brazo el peso de la lanza.

¡Oh! En el dolor eterno que me inspira,
El pueblo en torno avergonzado calle,
Y estallando las cuerdas de mi lira,
Roto también mi corazón estalle.

CANTO DEL CRUZADO[1]

(SIN CONCLUIR.)

Ya tarde en la noche la luna escondía,
Cercana á Occidente, su lívida faz,
Y al Norte entre nubes relámpago ardía
Que el cielo inundaba de lumbre fugaz.

El Tajo sus ondas con ronco bramido
Despeña, y el eco redobla el fragor,
El bosque se mece con sordo rüido,
De negras tormentas fatal precursor.

Al fuego que el raudo relámpago extiende,
Que el monte y la selva parece abrasar,
Un hombre á caballo la margen desciende
Y al trote se sienten sus armas sonar.

Tal vez á su paso con viva . . . . .
La cruz en su escudo radiante brilló;
Mas luégo en tinieblas la rápida lumbre
Al hombre y caballo consigo ocultó.

De un monte en la altura levanta su frente
Soberbio castillo de ilustre señor;
Brillantes antorchas le adornan luciente
Y de arpas y fiestas se escucha el rumor.

1 Incompleto, porque el autor no quiso ó no pudo terminarlo; pero lo que hay es bueno y hace sentido, aunque faltan algunas palabras que van suplidas con puntos.

Abiertas las rejas, las luces se agitan,
Y alegre banquete se deja entrever;
Los néctares dulces al júbilo excitan
Y á cien caballeros cantando á beber.

Del arpa sonora los dulces concentos
Aplauden con bravos y vivas sin fin;
Y en coro resuenan alegres acentos,
En alto las copas á honor del festín.

Mas luégo en silencio la mágica lira,
Vibrada süave, se torna á escuchar,
Y sigue á su acento, que plácido inspira,
La voz regalada de aqueste cantar.

Cual negra fantasma que en forma medrosa
Que tímida virgen de noche aterró,
Así en la alta cumbre del monte escabrosa
El hombre á caballo veloz pareció.

Al pie del castillo llegando el guerrero,
Alegre relincha su noble trotón;
La rienda recoge, desmonta ligero
Y pára y escucha sonar la canción.

Era la noche, y la luna
Melancólica brillaba
Con pálida luz süave
En el jardín de la Alhambra.

En su soledad se goza
La hermosísima Zoraida,
La más bella de las moras,
La adorada de Abenámar.

Tan solo rompe el silencio
Entre las flores el aura

Que dulcemente las . . . . .
Y sus perfumes exhala.
 Allí, vagando en silencio,
Sus pensamientos halagan
Mil imágenes sabrosas,
Mil cumplidas esperanzas.
 Mas ¿qué estruendo de trompetas
Toca á rebato en Granada,
Y entre el confuso alboroto
Retumba el grito de alarma?
 Zoraida escucha y suspira,
Que al són de guerra, Abenámar,
El más bravo de los moros,
Es el primero que marcha.
 Ya cerca escucha las trompas
De las huestes castellanas,
Y relinchos, y carreras,
Y el batir de las espadas.
 Precipitada á una reja,
Sube la mora al alcázar,
Y por la vega anchurosa
Tiende la vista agitada.
 Inquieta, atento el oído,
Tiembla al crujir de las armas,
Cual tímido cervatillo
Si el viento agita las ramas.
 En su ventana la noche
Toda lo espera azorada;
Ya el estruendo y voces crecen,
Ya poco á poco se callan.
 Era el rumor: los guerreros
Vuelven en triunfo á Granada.

Gallardo en las lides,
Cayó el vencedor;
¡Ay! llora, Zoraida,
Tu triste amador.
Su voz moribunda
Tu nombre exhaló,
Y al pecho espirante
Tu banda estrechó.
Ya el bardo á su gloria
Levanta la voz;
Eterno su nombre
Dirá el trovador.
Gallardo en las lides
Cayó el vencedor;
¡Ay! llora, Zoraida,
Tu triste amador.

El arpa acompaña, callado ya el canto,
Con lánguidos trinos la trova gentil,
Cual dulce en la selva, con plácido encanto,
El eco modulan las auras de Abril.

Y luégo cien arpas resuenan, y el coro
Los nobles entonan cantando á la vez,
Y el fin malogrado del ínclito moro
Envidian, y ensalzan su amor y su prez.

En tanto, el viajero que el cántico oía,
Con fuerza en las puertas la lanza chocó,
Y allá en las almenas al punto el vijía:
—¿Quién llama á estos muros?—falaz respondió.

—Asilo en la noche demanda un guerrero
Que errante camina — gritó el paladín.
—Abridle—de adentro sonó un caballero—
Y encuentre acogida y asiento al festín.—

Las gruesas cadenas que el puente suspenden,
Con ronco sonido se sienten crujir,
Y bajan el puente, y algunos descienden,
Armados guerreros las puertas á abrir.

—El nombre—le dicen—nos muestra el soldado.
—Mi nombre—responde—me es fuerza ocultar;
Saber es bastante que soy un cruzado
Que vuelve de tierras allende del mar.—

So un manto sencillo de cándido lino,
Do roja aparece la espléndida cruz,
Su rostro y sus armas cubrió el paladino,
Sus ojos tan sólo dejando á la luz.

En ellos ostenta con pura altiveza,
Fijándolos firme, intrépido ardor;
Mas luégo se apaga con fría tristeza
. . . . . descuido su vivo fulgor.

En tanto, dos pajes, sirviendo de guía,
Conducen al huésped adentro el salón,
Y sale á su encuentro con faz de alegría,
Dejando el convite, gallardo infanzón.

La mano, por muestra de dar bienvenida,
Tendiéndole, dice:—Llegado aquí en paz,
Os dé mi castillo sabrosa acogida
Y halléis con nosotros placer y solaz.—

El huésped, en tanto que el noble le hablaba,
Mantiene los ojos clavados en él,
Así que en su rostro semblanza encontraba
Que antiguos recuerdos preséntanle fiel.

—¿Sois vos—le pregunta,—gentil castellano,
De aquesta comarca tal vez el señor?
¿Sois vos el que llaman el Conde Lozano,
Honor de Castilla, del moro terror?—

El noble, modesto, responde al guerrero:
—Yo soy el que llaman cual vos me decís,
Empero la fama de mi nombre . . . . .
Más alto que nunca tal vez merecí.

Entrad con nosotros, partid el contentc,
Heroico soldado de la alta Sión;
Dirás de tus viajes el plácido cuento,
Y oiremos tus hechos con paz y atención.

—Mi vida y mis hechos—el huésped responde—
Ansiara yo mismo por siempre olvidar;—
Y dice, y su rostro moreno se esconde
La nube sombría de negro pesar.

Del sol de la Libia quemado el semblante,
Sus ojos un punto flamantes se ven;
Mas luégo se apaga su brillo al instante,
Y al fuego que lanzan sucede el desdén.

Con hondo suspiro prosigue el cruzado,
Bajando los ojos con triste mirar:
—Delante el sepulcro de Dios he jurado
Mi historia y mi nombre jamás confiar.

Así he prometido robarme el consuelo
Que acaso los hombres al mísero dan;
Así hasta que quiera por último el cielo,
Que baje á la tumba conmigo mi afán.—

Su voz, su mirada, su rostro turbado
Profundo misterio parece encubrir;
El Conde en silencio le asienta á su lado
Sin más sus desdichas forzarle á decir.

Alguno le mira fijándole atento,
Que piensan su pecho tal vez sondear;
Mas sólo su vista le da el pensamiento
Que es hombre que el riesgo no duda arrostrar.

En tanto que el huésped, así indiferente,
Se vuelve á su estado de triste inacción,
El Conde Lozano anima su gente
Mandando que entonen alegre canción.

Las copas henchidas del néctar sabroso
Se vieron al punto volar al redor;
Y el arpa vibrando con eco armonioso
Así dulcemente cantó el trovador:

LA VUELTA DEL CRUZADO

El soldado de Sión,
Vencedor del turco fiero,
Vuelve, valiente cruzado,
Del sol el rostro tostado
Y en sangre tinto su acero.

El que ansïoso de gloria,
Joven dejó sus hogares,
Y, lanzándose á los mares,
Voló á buscar la victoria.

Allí su lanza en la lid
Dió á su renombre esplendor,
Y le cantó el trovador
Cual intrépido adalid.

Y aun en su noble semblante
Muestra señales heridas
En honra y pro recibidas
De la que adora constante.

Tal vez al verle á sus rejas
Le desconozca la hermosa
Que sensible y cuidadosa
Oyó otro tiempo sus quejas.

Mas si no vuelve de Oriente,
Cual antes, joven hermoso,
Vuelve, cual siempre, amoroso,
Y ornada en lauros la frente.
Y las lunas abatidas
De los árabes altivos
. . . . . caballos los cautivos,
Las cimitarras vencidas.
El soldado de Sión
Rendirá ante su hermosura,
Y con humilde ternura,
Su constante corazón.
Y si amorosa un momento
. . . . . con dulzura,
Tendrá completa ventura
Su más alto pensamiento.
Y tendrá por muy dichosa
De su destino la estrella
Si le devuelve su bella
Siempre tierna y cariñosa.
Que por la cruz y en su honor
Ha alcanzado la victoria,
Y su amor y su memoria
. . . . . en la lid su valor.
Y buscando donde ir
A hacer su nombre famoso,
Vuelve á sus pies venturoso
Sus laureles á rendir.

— A fé — dijo un noble, yá el canto acabado —
Que son muy leales esclavos de amor
Los bravos guerreros del templo sagrado,
Según en sus versos pintó el trovador.

Que dicen hermosas que son las mujeres
Que adornan las tierras do se alza Lalén,
Y ofrece el Oriente gustosos placeres,
Y todos los miran con tibio desdén.

—No brillan mujeres allá en Palestina—
Responde un guerrero—cual brillan aquí;
Yo pongo que nunca mujer más divina
Se vió, que la hermosa que adora el Zegrí.

—Ximena es más bella—repuso un mancebo,
Moviendo los ojos con fiero mirar;—
Yo rompo una lanza por ella y lo pruebo,
Cualquiera en su contra se muestre á lidiar.—

El Conde al momento:—Más bella es mi esposa,
La reina en las justas de amor y beldad;
Yo pongo que es ella más noble y hermosa,
Y acepto en la arena probar la verdad.

—Cualquiera que venza será venturoso—
Repuso un anciano—. . . . .
Empero el semblante hará más hermoso
De aquella que adora su noble valor.

Que allá cuando hervía mi pecho valiente
Con ansia amorosa y ardor juvenil,
Recuerdo con pena que anubla mi frente,
Y aun hace á mi pecho turbado latir,

Que así por mi dama vibrando mi espada
En negra contienda de honrar la beldad,
Tendido á mis plantas de fiera estocada,
Mi amigo más caro probó mi crueldad.

Vosotros, hermanos en armas, y amigos,
De España esperanza, mancebos de pro,
¡Oh! no querrá el cielo lidiéis enemigos
Por causa tan leve presente aquí yo.

Penosos recuerdos, eterno tormento
Quien hiera á su amigo por pago tendrá,
Y siempre turbado doquier su contento
La sombra del muerto delante hallará.

Allá vuestra espada . . . . .
Se cruce al alfanje que en sangre crüel
Regó el desolado campo castellano,
Y arranque á su frente antiguo laurel.

Volved por las armas si algún caballero
Con lengua villana se atreve á su honor,
Ó bien si el osado moteja altanero
Sus mismos galanes de poco valor.

Que entonces la honra exige que muerto,
Ó quede el que el duelo audaz provocó,
Ó que ante testigos confiese el entuerto
Que con sus palabras ó acciones causó.

Tomad mi consejo y usad de prudencia;
Al noble extranjero nombrad vuestro juez;
Mostradle las damas y dadle sentencia;
Ninguno . . . . . contienda otra vez.

Llegado de climas y tierras lejanas,
Do ha visto las bellas de cada país,
A un lado dejando pretensiones vanas,
No dudo que todos en él convenís.

Y aquel que aún sostenga tenaz su porfía,
Y dude á esta prueba tan fácil ceder,
Por cierto en su dama muy poco confía,
Y no por muy bella la debe tener.

REVOLUCIONES DEL GLOBO

FRAGMENTO LÍRICO[1]

Mil siglos han rodado
En columnas de fuego sobre el mundo,
Y el mundo amedrentado
Ha visto, presagiando su caída,
De la nada en el piélago profundo
Media creación hundida.

Cimbráronse los polos
Bajo la inmensa mano
Del gigante huracán, y el peregrino
Entre el betún volcánico, ya en vano
El escombro del *Etna* pulveriza
Para hallar entre pálida ceniza
El mosaico fulgente de Herculano.
¿Dónde estuvo la Atlántida?—Buscadla
En el fondo del férvido Oceano,
Sin norte los navíos
Que en sus playas recónditas surgieron,
Las férreas anclas á la mar botaron
Y entre escombros de Atlántida se hundieron
Y en las torres de Atlántida clavaron.

1 Incompleto.

SOLEDAD DEL ALMA

Mi alma yace en soledad profunda,
Árida, ardiente, en inquietud continua,
Cual la abrasada arena del desierto
Que el seco viento de la Libia agita.
Eterno sol sus encendidas llamas
Doquier sin sombra fatigoso vibra;
Y aire de fuego en el quemado yermo
Bebe mi pecho y con afán respira.
Cual si compuesto de inflamadas ascuas
Mi corazón hirviéndome palpita,
Y mi sangre agolpada por mis venas
Con seco ardor calenturienta gira.
En vano busco la floresta umbrosa
Ó el manantial del agua cristalina;
El bosque umbrío, la apacible fuente
Lejos de mí, burlando mi fatiga,
Huyen y aumentan mi fatal tormento
Falaces presentándose á mi vista.
¡Triste de mí! de regalada sombra,
De dulces aguas, de templada brisa,
En fértil campo de verdura y flores
Con grata calma disfruté yo un día;
Cual abre el cáliz de fragancia lleno
Cándida rosa en la estación florida,
Fresco rocío regaló mi alma
Abierta á la esperanza y las delicias.

IMITACIÓN DEL CANTAR DE LOS CANTARES

Aunque mi zagal pulido
Es rey grande y yo pastora,
Él allá en su corte mora,
Y yo en el campo florido;
Supuesto que quiso amarme
Y consigo desposarme,
Yo soy de casta real.
Tal para cual
Somos yo y el mi zagal.

Si él es lirio, yo soy rosa,
Yo su nardo, él mi azucena,
Mi blanco él, yo su morena,
Él mi hermoso, yo su hermosa,
Él es bello y yo soy bella,
Él mi sol, yo soy su estrella,
Él cielo y yo celestial.
Tal para cual
Somos yo y el mi zagal.

Él es rey, y yo soy reina,
Si do pisa nacen flores,
Mi huella produce olores,
Y oro peino si oro peina:
Él es mío y suya soy,
Dame el alma y se la doy
Pagándole por igual.
Tal para cual
Somos yo y el mi zagal.

Ego dilecto meo et dilectus meus mihi.

ROMANCES [1]

—

Ya al férvido trono
Del cénit subía,
En la refulgente
Carroza divina,
El claro monarca
Del alegre día,
De las emboscadas
Aguas cristalinas,
Do en grutas sombrosas,
Repuestas y frías
En plácido sueño
Reposan las ninfas,

---

1 Estos dos romances son de una carta á Don José García de Villalta: pero faltan algunos versos, y otros están incompletos.

Al son de las hojas,
Del aura mecidas,
Y rumor sonoro
De la clara linfa,
En lecho de césped
Huyendo la estiva
Sazón calurosa
De grata fatiga
En tranquila calma
. . . . . . delicia
. . . .
Entonces con dulces
Imágenes vivas
Y mágicos cuadros,
Mi mente se agita
Y vuela arrobada
. . . .
Y pienso que en otros
Apartados climas,
Moradas felices
De perpetua dicha,
En ricas mansiones
De variada vista,
Que allá entre jardines
Nacaradas brillan,
Corriendo discurro
Con planta atrevida,
Y pienso que cruzo
Florestas umbrías,
Do luz regalada
Por siempre ilumina;
Absorto contemplo,
Surcada de ninfas,

Gentil en belleza,
La amable poesía,
De rosas y lauros
La frente ceñida;
Allí á engalanarla
Las ciencias caminan;
Relumbra en su mano
La antorcha de vida
Que antiguas hazañas
Y yertas cenizas,
Y mundos, y soles
Las ciencias se humillan;
Y pienso que lejos,
Allá en gruta umbría,
Resuenan süaves
Mil voces divinas,
Al par que con arpas,
Con dulce armonía
Y plácidos trinos,
Las almas hechizan:
  Y en grata esperanza,
Feliz, á mí mismo
Me digo yo absorto:
—¡Dichoso, si unido
Mi dulce Villalta,
Gozara conmigo!
  ¡Ay! ven al campestre
Pacífico asilo;
Y allá entre las nubes
Gozoso imagino
Divisar las sombras
De heroicos caudillos
Que en nobles combates

Vieran otros siglos,
Blasón de la patria,
Terror de enemigos,
Que hueste sangrienta
De Pelayo mismo,
Triunfante arrullando
Pendones moriscos,
Y también del fiero
Guzmán, el cuchillo
Brillar sobre el cuello
Del mísero niño,
Y aquellos valientes,
De Gerona invictos,
Los de Zaragoza
Sobre escombros miro,
El águila hollando
Del galo temido,
Y en Bailén ¡oh patria!
Y en tantos conflictos,
Heroicos por siempre,
Tus ínclitos hijos.
¡Oh, no! jamás piensen
Los siervos indignos
Que sufran cadenas
Los íberos mismos
Que el timbre alcanzaron
De honor y heroísmo.
¡Ay! ven al campestre
Pacífico asilo,
¡Oh tú! de las musas
Alumno querido,
Y al orbe arrebate
Tu canto divino

Y anime á los pueblos
A llevar el grito
De patria y de gloria,
De súbito heridos
De noble entusiasmo
Que inflama tus himnos;
Tal vez de tu lira
Los mágicos trinos
Harán que yo eleve,
Cantando contigo,
De empresa tan noble
Acentos más dignos;
Y entonces si al lauro
Poético ciño
Y allá en los verjeles
Del frondoso Pindo
Mi nombre entallado
En troncos floridos
Veré por las ninfas
Del plácido río,
Y tuya mi gloria,
Será mi destino
Dichoso por siempre
Viviendo contigo.

LEYENDAS

EL ESTUDIANTE DE SALAMANCA

PARTE PRIMERA

Sus fueros, sus brios;
sus premáticas, su voluntad.
QUIJOTE.—*Parte primera.*

Era más de media noche.
Antiguas historias cuentan,
Cuando en sueño y en silencio
Lóbrega envuelta la tierra,
Los vivos muertos parecen,
Los muertos la tumba dejan.
Era la hora en que acaso
Temerosas voces suenan
Informes, en que se escuchan
Tácitas pisadas huecas,
Y pavorosas fantasmas
Entre las densas tinieblas
Vagan, y aúllan los perros
Amedrentados al verlas:
En que tal vez la campana

De alguna arruinada iglesia
Da misteriosos sonidos
De maldición y anatema,
Que los sábados convoca
A las brujas á su fiesta.
El cielo estaba sombrío,
No vislumbraba una estrella,
Silbaba lúgubre el viento,
Y allá en el aire, cual negras
Fantasmas, se dibujaban
Las torres de las iglesias,
Y del gótico castillo
Las altísimas almenas,
Donde canta ó reza acaso
Temeroso el centinela.
Todo, en fin, á media noche
Reposaba, y tumba era
De sus dormidos vivientes
La antigua ciudad que riega
El Tormes, fecundo río,
Nombrado de los poetas,
La famosa Salamanca,
Insigne en armas y letras,
Patria de ilustres varones,
Noble archivo de las ciencias.
Súbito rumor de espadas
Cruje y un ¡ay! se escuchó;
Un ay moribundo, un ay
Que penetra el corazón,
Que hasta los tuétanos hiela
Y da al que lo oyó temblor.
Un ¡ay! de alguno que al mundo
Pronuncia el último adiós.

El ruido
Cesó,
Un hombre
Pasó
Embozado,
Y el sombrero
Recatado
A los ojos
Se caló.
Se desliza
Y atraviesa
Junto al muro
De una iglesia,
Y en la sombra
Se perdió.

Una calle estrecha y alta,
La calle del Ataúd,
Cual si de negro crespón
Lóbrego eterno capuz
La vistiera, siempre oscura,
Y de noche sin mas luz
Que la lámpara que alumbra
Una imagen de Jesús,
Atraviesa el embozado,
La espada en la mano aún,
Que lanzó vivo reflejo
Al pasar frente á la cruz.

Cual suele la luna tras lóbrega nube
Con franjas de plata bordarla en redor,
Y luégo si el viento la agita, la sube
Disuelta á los aires en blanco vapor:

Así vaga sombra de luz y de nieblas,
Mística y aérea dudosa visión,
Ya brilla, ó la esconden las densas tinieblas
Cual dulce esperanza, cual vana ilusión.

La calle sombría, la noche ya entrada,
La lámpara triste ya pronta á espirar,
Que á veces alumbra la imagen sagrada
Y á veces se esconde la sombra á aumentar.

El vago fantasma que acaso aparece,
Y acaso se acerca con rápido pie,
Y acaso en las sombras tal vez desparece,
Cual ánima en pena del hombre que fué,

Al más temerario corazón de acero
Recelo inspirara, pusiera pavor;
Al más maldiciente feroz bandolero
El rezo á los labios trajera el temor.

Mas no al embozado, que aún sangre su espada
Destila, el fantasma terror infundió,
Y, el arma en la mano con fuerza empuñada,
Osado á su encuentro despacio avanzó.

Segundo Don Juan Tenorio,
Alma fiera é insolente,
Irreligioso y valiente,
Altanero y reñidor:
Siempre el insulto en los ojos,
En los labios la ironía,
Nada teme y todo fía
De su espada y su valor.

Corazón gastado, mofa
De la mujer que corteja,

Y hoy, despreciándola, deja
La que ayer se le rindió.
  Ni el porvenir temió nunca,
Ni recuerda en lo pasado
La mujer que ha abandonado,
Ni el dinero que perdió.

  Ni vió el fantasma entre sueños
Del que mató en desafío,
Ni turbó jamás su brío
Recelosa previsión.
  Siempre en lances y en amores,
Siempre en báquicas orgías,
Mezcla en palabras impías
Un chiste á una maldición.

  En Salamanca famoso
Por su vida y buen talante,
Al atrevido estudiante
Le señalan entre mil;
  Fueros le da su osadía,
Le disculpa su riqueza,
Su generosa nobleza,
Su hermosura varonil.

  Que su arrogancia y sus vicios,
Caballeresca apostura,
Agilidad y bravura
Ninguno alcanza á igualar:
  Que hasta en sus crímenes mismos,
En su impiedad y altiveza,
Pone un sello de grandeza
Don Félix de Montemar.

Bella y más pura que el azul del cielo,
Con dulces ojos lánguidos y hermosos,
Donde acaso el amor brilló entre el velo
Del pudor que los cubre candorosos;
Tímida estrella que refleja al suelo
Rayos de luz brillantes y dudosos,
Angel puro de amor que amor inspira,
Fué la inocente y desdichada Elvira.

Elvira, amor del estudiante un día,
Tierna y feliz y de su amante ufana,
Cuando al placer su corazón se abría,
Como al rayo del sol rosa temprana:
Del fingido amador que la mentía,
La miel falaz que de sus labios mana
Bebe en su ardiente sed, el pecho ajeno
De que oculto en la miel hierve el veneno.

Que no descansa de su madre en brazos
Más descuidado el candoroso infante,
Que ella en los falsos lisonjeros lazos
Que teje astuto el seductor amante:
Dulces caricias, lánguidos abrazos,
Placeres ¡ay! que duran un instante,
Que habrán de ser eternos imagina
La triste Elvira en su ilusión divina.

Que el alma virgen que halagó un encanto
Con nacarado sueño en su pureza,
Todo lo juzga verdadero y santo,
Presta á todo virtud, presta belleza.
Del cielo azul al tachonado manto,
Del sol radiante á la inmortal riqueza,
Al aire, al campo, á las fragantes flores,
Ella añade esplendor, vida y colores.

Cifró en Don Félix la infeliz doncella
Toda su dicha, de su amor perdida;
Fueron sus ojos á los ojos de ella
Astros de gloria, manantial de vida.
Cuando sus labios con sus labios sella,
Cuando su voz escucha embebecida,
Embriagada del dios que la enamora,
Dulce le mira, extática le adora.

PARTE SEGUNDA

—

.....Except the hollow sea's,
Mourn o'er the beauty of the Cyclades.

BYRON. — *Don Juan*, canto IV.

Está la noche serena
De luceros coronada,
Terso el azul de los cielos
Como trasparente gasa.

Melancólica la luna
Va trasmontando la espalda
Del otero: su alba frente
Tímida apenas levanta.

Y el horizonte ilumina,
Pura virgen solitaria,
Y en su blanca luz süave
El cielo y la tierra baña.

Deslízase el arroyuelo,
Fúlgida cinta de plata,
Al resplandor de la luna,
Entre franjas de esmeralda.

Argentadas chispas brillan
Entre las espesas ramas,
Y en el seno de las flores
Tal vez aduermen las auras.

Tal vez despiertas susurran,
Y al desplegarse sus alas,
Mecen el blanco azahar,
Mueven la aromosa acacia,

Y agitan ramas y flores
Y en perfumes se embalsaman:
Tal era pura esta noche
Como aquella en que sus alas

Los ángeles desplegaron
Sobre la primera llama
Que amor encendió en el mundo,
Del Edén en la morada.

¡Una mujer! ¿Es acaso
Blanca silfa solitaria,
Que entre el rayo de la luna
Tal vez misteriosa vaga?

Blanco es su vestido, ondea
Suelto el cabello á la espalda,
Hoja tras hoja las flores
Que lleva en su mano, arranca.

Es su paso incierto y tardo,
Inquietas son sus miradas,
Mágico ensueño parece
Que halaga engañosa el alma.

Ora, vedla, mira al cielo,
Ora suspira, y se pára:
Una lágrima sus ojos
Brotan acaso y abrasa

Su mejilla; es una ola
Del mar que en fiera borrasca

El viento de las pasiones
Ha alborotado en su alma.

Tal vez se sienta, tal vez
Azorada se levanta;
El jardín recorre ansiosa,
Tal vez á escuchar se pára.

Es el susurro del viento,
Es el murmullo del agua,
No es su voz, no es el sonido
Melancólico del arpa.

Son ilusiones que fueron:
Recuerdos ¡ay! que te engañan,
Sombras del bien que pasó...
Ya te olvidó el que tú amas.

Esa noche y esa luna
Las mismas son que miraran
Indiferentes tu dicha,
Cual ora ven tu desgracia.

¡Ah! llora, sí, ¡pobre Elvira!
¡Triste amante abandonada!
Esas hojas de esas flores
Que distraída tú arrancas,

¿Sabes adónde, infeliz,
El viento las arrebata?
Donde fueron tus amores,
Tu ilusión y tu esperanza.

Deshojadas y marchitas,
¡Pobres flores de tu alma!

Blanca nube de la aurora,
Teñida de ópalo y grana,
Naciente luz te colora,
Refulgente precursora
De la cándida mañana.

Mas ¡ay! que se disipó
Tu pureza virginal,
Tu encanto el aire llevó
Cual la ventura ideal
Que el amor te prometió.

Hojas del árbol caídas
Juguetes del viento son:
Las ilusiones perdidas
¡Ay! son hojas desprendidas
Del árbol del corazón!

¡El corazón sin amor!
Triste páramo cubierto
Con la lava del dolor,
Oscuro, inmenso desierto
Donde no nace una flor!

Distante un bosque sombrío,
El sol cayendo en la mar,
En la playa un aduar,
Y á lo lejos un navío
Viento en popa navegar;

Óptico vidrio presenta
En fantástica ilusión,
Y al ojo encantado ostenta
Gratas visiones, que aumenta
Rica la imaginación.

Tú eres, mujer, un fanal
Trasparente de hermosura:
¡Ay de ti, si por tu mal
Rompe el hombre en su locura
Tu misterioso cristal!

Mas ¡ay! dichosa tú, Elvira,
En tu misma desventura,
Que aún deleites te procura,
Cuando tu pecho suspira,
Tu misteriosa locura:

Que es la razón un tormento,
Y vale más delirar
Sin juicio, que el sentimiento
Cuerdamente analizar,
Fijo en él el pensamiento.

Vedla, allí va, que sueña en su locura
Presente el bien que para siempre huyó;
Dulces palabras con amor murmura:
Piensa que escucha al pérfido que amó.

Vedla, postrada su piedad implora
Cual si presente le mirara allí:
Vedla, que sola se contempla y llora,
Miradla delirante sonreir.

Y su frente en revuelto remolino
Ha enturbiado su loco pensamiento,
Como nublo que en negro torbellino
Encubre el cielo y amontona el viento.

Y vedla cuidadosa escoger flores,
Y las lleva mezcladas en la falda,
Y, corona nupcial de sus amores,
Se entretiene en tejer una guirnalda.

Y en medio de su dulce desvarío,
Triste recuerdo el alma le importuna,
Y al margen va del argentado río,
Y allí las flores echa de una en una.

Y las sigue su vista en la corriente,
Una tras otras rápidas pasar,
Y confusos sus ojos y su mente,
Se siente con sus lágrimas ahogar:

Y de amor canta, y en su tierna queja
Entona melancólica canción,
Canción que el alma desgarrada deja,
Lamento ¡ay! que llaga el corazón.

¿Qué me valen tu calma y tu terneza,
Tranquila noche, solitaria luna,
Si no calmáis del hado la crudeza,
Ni me dais esperanza de fortuna?
¿Qué me valen la gracia y la belleza,
Y amar como jamás amó ninguna,
Si la pasión que el alma me devora,
La desconoce aquel que me enamora.

Lágrimas interrumpen su lamento,
Inclina sobre el pecho su semblante,
Y de ella en derredor susurra el viento
Sus últimas palabras, sollozante.

. . . .
. . . .
. . . .
. . . .

Murió de amor la desdichada Elvira,
Cándida rosa que agostó el dolor,
Süave aroma que el viajero aspira
Y en sus alas el aura arrebató.

Vaso de bendición, ricos colores
Reflejó en su cristal la luz del día,
Mas la tierra empañó sus resplandores,
Y el hombre lo rompió con mano impía.

Una ilusión acarició su mente:
Alma celeste para amar nacida,
Era el amor de su vivir la fuente,
Estaba junta á su ilusión su vida.

Amada del Señor, flor venturosa,
Llena de amor murió y de juventud:
Despertó alegre una alborada hermosa,
Y á la tarde durmió en el ataúd.

Mas despertó también de su locura
Al término postrero de su vida,
Y al abrirse á sus pies la sepultura,
Volvió á su mente la razón perdida.

¡La razón fría! ¡la verdad amarga!
¡El bien pasado y el dolor presente!...

¡Ella feliz! ¡que de tan dura carga
Sintió el peso al morir únicamente!

Y conociendo ya su fin cercano,
Su mejilla una lágrima abrasó;
Y así al infiel con temblorosa mano,
Moribunda su víctima escribió:

« Voy á morir: perdona si mi acento
Vuela importuno á molestar tu oído:
Él es, Don Félix, el postrer lamento
De la mujer que tanto te ha querido.
La mano helada de la muerte siento...
Adiós: ni amor ni compasión te pido...
Oye y perdona si al dejar el mundo,
Arranca un ¡ay! su angustia al moribundo.

« ¡Ah! para siempre adiós. Por ti mi vida
Dichosa un tiempo resbalar sentí,
Y la palabra de tu boca oída,
Éxtasis celestial fué para mí.
Mi mente aún goza en la ilusión querida
Que para siempre ¡mísera! perdí...
¡Ya todo huyó, desapareció contigo!
¡Dulces horas de amor, yo las bendigo!

« Yo las bendigo, sí, felices horas,
Presentes siempre en la memoria mía,
Imágenes de amor encantadoras
Que aún vienen á halagarme en mi agonía.
Mas ¡ay! volad, huid, engañadoras
Sombras, por siempre; mi postrero día
Ha llegado: perdón, perdón, ¡Dios mío!
Si aún gozo en recordar mi desvarío.

«Y tú, Don Félix, si te causa enojos
Que te recuerde yo mi desventura,
Piensa están hartos de llorar mis ojos
Lágrimas silenciosas de amargura,
Y hoy, al tragar la tumba mis despojos,
Concede este consuelo á mi tristura:
Estos renglones compasivo mira;
Y olvida luégo para siempre á Elvira.

«Y jamás turbe mi infeliz memoria
Con amargos recuerdos tus placeres;
Goces te dé el vivir, triunfos la gloria,
Dichas el mundo, amor otras mujeres:
Y si tal vez mi lamentable historia
A tu memoria con dolor trajeres,
Llórame, sí; pero palpite exento
Tu pecho de roedor remordimiento.

«Adiós, por siempre adiós: un breve instante
Siento de vida, y en mi pecho el fuego
Aún arde de mi amor; mi vista errante
Vaga desvanecida... ¡calma luégo,
Oh muerte, mi inquietud!... ¡Sola... espirante!..
Ámame: no, perdona: ¡inútil ruego!
Adiós, adiós: ¡tu corazón perdí!
¡Todo acabó en el mundo para mí!»

Así escribió su triste despedida
Momentos antes de morir, y al pecho
Se estrechó de su madre dolorida,
Que en tanto inunda en lágrimas su lecho.

Y exhaló luégo su postrer aliento,
Y á su madre sus brazos se apretaron

Con nervioso y convulso movimiento,
Y sus labios un nombre murmuraron.

Y huyó su alma á la mansión dichosa
Do los ángeles moran... Tristes flores
Brota la tierra en torno de su losa;
El céfiro lamenta sus amores.

Sobre ella un sauce su ramaje inclina,
Sombra le presta en lánguido desmayo,
Y allá en la tarde, cuando el sol declina,
Baña su tumba en paz su último rayo...

PARTE TERCERA

CUADRO DRAMÁTICO

Sarg. ¿Tenéis más que parar?
Franco. Paro los ojos.
....
Los ojos, sí, los ojos: que descreo
Del que los hizo para tal empleo.
MORETO. — *San Franco de Sena.*

PERSONAS

DON FELIX DE MONTEMAR.
DON DIEGO DE PASTRANA.
SEIS JUGADORES.

En derredor de una mesa
Hasta seis hombres están,
Fija la vista en los naipes,
Mientras juegan al parar;

Y en sus semblantes se pintan
El despecho y el afán:
Por perder desesperados,
Avarientos por ganar.

Reina profundo silencio,
Sin que lo rompa jamás
Otro ruido que el del oro,
O una voz para jurar.

Pálida lámpara alumbra
Con trémula claridad
Negras de humo las paredes
De aquella estancia infernal.

Y el misterioso bramido
Se escucha del huracán,
Que azota los vidrios frágiles
Con sus alas al pasar.

ESCENA I

JUGADOR PRIMERO.

El caballo aún no ha salido.

JUGADOR SEGUNDO.

¿Qué carta vino?

JUGADOR PRIMERO.

La sota.

JUGADOR SEGUNDO.

Pues por poco se alborota.

JUGADOR PRIMERO.

Un caudal llevo perdido.
¡Voto á Cristo!

JUGADOR SEGUNDO.

No juréis,
Que aún no estáis en la agonía.

JUGADOR PRIMERO.

No hay suerte como la mía.

JUGADOR SEGUNDO.

¿Y como cuánto perdéis?

JUGADOR PRIMERO.

Mil escudos y el dinero
Que Don Félix me entregó.

JUGADOR SEGUNDO.

¿Dónde anda?

JUGADOR PRIMERO.

¡Qué se yo!
No tardará.

JUGADOR TERCERO.

Envido.

JUGADOR PRIMERO.

Quiero.

ESCENA II

Galán de talle gentil,
La mano izquierda apoyada
En el pomo de la espada,
Y el aspecto varonil:
Alta el ala del sombrero
Porque descubra la frente,
Con airoso continente
Entró luégo un caballero.

JUGADOR PRIMERO.

(Al que entra.)

Don Félix, á buena hora
Habéis llegado.

D. FÉLIX.

¿Perdisteis?

JUGADOR PRIMERO

El dinero que me disteis
Y esta bolsa pecadora.

JUGADOR SEGUNDO.

Don Félix de Montemar
Debe perder. El amor
Le negara su favor
Cuando le viera ganar.

D. FÉLIX *(con desdén)*.

Necesito ahora dinero
Y estoy hastiado de amores.

(Al corro con altivez.)

Dos mil ducados, señores,
Por esta cadena quiero.

(Quítase una cadena que lleva al pecho.)

JUGADOR TERCERO.

Alta ponéis la tarifa.

D. FÉLIX *(con altivez)*.

La pongo en lo que merece.
Si otra duda se os ofrece,
Decid.

(Al corro.)

Se vende y se rifa.

JUGADOR CUARTO *(aparte).*

¿Y hay quien sufra tal afrenta?

D. FÉLIX.

Entre cinco están hallados.
A cuatrocientos ducados
Os toca, según mi cuenta.
Al as de oros. Allá va.

(Va echando cartas que toman los jugadores en silencio.)

Uno, dos...

(Al perdidoso.)

Con vos no cuento.

JUGADOR PRIMERO.

Por el motivo lo siento.

JUGADOR TERCERO.

¡El as! ¡el as! aquí está.

JUGADOR PRIMERO.

Ya ganó.

D. FÉLIX.

Suerte tenéis.
A un solo golpe de dados
Tiro los dos mil ducados.

JUGADOR TERCERO.

¿En un golpe?

JUGADOR PRIMERO *(á Don Félix).*

Los perdéis.

D. FÉLIX.

Perdida tengo yo el alma,
Y no me importa un ardite.

JUGADOR TERCERO.

Tirad.

D. FÉLIX.

Al primer envite.

JUGADOR TERCERO.

Tirad pronto.

D. FÉLIX.

Tened calma,
Que os juego más todavía,
Y en cien onzas hago el trato,
Y os lleváis este retrato
Con marco de pedrería.

JUGADOR TERCERO.

¿En cien onzas?

D. FÉLIX.

¿Que dudáis?

JUGADOR PRIMERO *(tomando el retrato)*.

¡Hermosa mujer!

JUGADOR CUARTO.

No es caro.

D. FÉLIX.

¿Queréis pararlas?

JUGADOR TERCERO.

Las paro,
Mas ganaré.

D. FÉLIX.

Si ganáis *(se registra todo)*
No tengo otra joya aquí.

JUGADOR PRIMERO *(mirando el retrato)*

Si esta imagen respirara...

D. FÉLIX.

A estar aquí, la jugara
A ella, al retrato y á mí.

JUGADOR TERCERO.

Vengan los dados.

D. FÉLIX.

Tirad.

JUGADOR SEGUNDO.

Por Don Félix cien ducados.

JUGADOR CUARTO.

En contra van apostados.

JUGADOR QUINTO.

Cincuenta más. Esperad,
No tiréis.

JUGADOR SEGUNDO.

Van los cincuenta.

JUGADOR PRIMERO.

Yo, sin blanca, á Dios le ruego
Por Don Félix.

JUGADOR QUINTO.

Hecho el juego.

JUGADOR TERCERO.

¿Tiro?

D. FÉLIX.

Tirad con sesenta
De á caballo.

(Todos se agrupan con ansiedad al rededor de la mesa. El tercer jugador tira los dados.)

JUGADOR CUARTO.

¿Qué ha salido?

JUGADOR SEGUNDO.

¡Mil demonios, que á los dos
Nos lleven!

D. FÉLIX (*con calma al* PRIMERO).

¡Bien, vive Dios,
Vuestros ruegos me han valido!
Encomendadme otra vez,
Don Juan, al diablo; no sea
Que si os oye Dios, me vea
Cautivo y esclavo en Fez.

JUGADOR TERCERO.

Don Félix, habéis perdido
Sólo el marco, no el retrato,
Que entrar la dama en el trato
Vuestra intención no habrá sido.

D. FÉLIX.

¿Cuánto dierais por la dama?

JUGADOR TERCERO.

Yo, la vida.

D. FÉLIX.

No la quiero.
Mirad si me dais dinero,
Y os la lleváis.

JUGADOR TERCERO.

¡Buena fama
Lograréis entre las bellas

Cuando descubran altivas
Que vos las hacéis cautivas,
Para en seguida vendellas!

D. FÉLIX.

Eso á vos no importa nada.
¿Queréis la dama? Os la vendo.

JUGADOR TERCERO.

Yo de pinturas no entiendo.

D. FÉLIX *(con cólera)*.

Vos habláis con demasiada
Altivez é irreverencia
De una mujer... ¡y si no!...

JUGADOR TERCERO.

De la pintura hablé yo.

TODOS.

Vamos, paz; no haya pendencia.

D. FÉLIX *(sosegado)*.

Sobre mi palabra os juego
Mil escudos.

JUGADOR TERCERO.

Van tirados.

D. FÉLIX.

A otra suerte de esos dados;
Y el diablo les prenda fuego.

ESCENA III

Pálido el rostro, cejijundo el ceño,
Y torva la mirada, aunque afligida,
Y en ella un firme y decidido empeño
De dar la muerte ó de perder la vida,
Un hombre entró embozado hasta los ojos,
Sobre las juntas cejas el sombrero:
Víbrale al rostro el corazón enojos,
El paso firme, el ánimo altanero.
Encubierta fatídica figura.—
Sed de sangre su espíritu secó,
Emponzoñó su alma la amargura,
La venganza irritó su corazón.
Junto á Don Félix llega... y desatento,
No habla á ninguno, ni áun la frente inclina;
Y en pie y delante de él y el ojo atento,
Con iracundo rostro le examina.
Miró también Don Félix al sombrío
Huésped que en él los ojos enclavó,
Y con sarcasmo desdeñoso y frío
Fijos en él los suyos, sonrió.

D. FÉLIX.

Buen hombre, ¿de qué tapiz
Se ha escapado — el que se tapa —
Que entre el sombrero y la capa
Se os ve apenas la nariz?

D. DIEGO.

Bien, Don Félix, cuadra en vos
Esa insolencia importuna.

D. FÉLIX.

(Al tercer jugador sin hacer caso de Don Diego.)
Perdisteis.

JUGADOR TERCERO.

Sí. La fortuna
Se trocó: tiro y van dos.
(Vuelven á tirar.)

D. FÉLIX.

Gané otra vez.
(Al embozado.) No he entendido
Qué dijisteis, ni hice aprecio
De si hablasteis blando ó recio
Cuando me habéis respondido.

D. DIEGO.

A solas hablar querría.

D. FÉLIX.

Podéis, si os place, empezar,
Que por vos no he de dejar
Tan honrosa compañía.
Y si Dios aquí os envía
Para hacer mi conversión,
No despreciéis la ocasión
De convertir tanta gente,
Mientras que yo humildemente
Aguardo mi absolución.

D. DIEGO *(desembozándose con ira).*

Don Félix, ¿no conocéis
A Don Diego de Pastrana?

D. FÉLIX.

A vos no, mas sí á una hermana
Que imagino que tenéis.

D. DIEGO.

¿Y no sabéis que murió?

D. FÉLIX.

Téngala Dios en su gloria.

D. DIEGO.

Pienso que sabéis su historia,
Y quién fué quien la mató.

D. FÉLIX (*con sarcasmo*).

¡Quizá alguna calentura!

D. DIEGO.

¡Mentís vos!

D. FÉLIX.

Calma, Don Diego,
Que si vos os morís luégo,
Es tanta mi desventura,
Que aun me lo habrán de achacar,
Y es en vano ese despecho.
Si se murió, á lo hecho, pecho.
Ya no ha de resucitar.

D. DIEGO.

Os estoy mirando y dudo
Si habré de manchar mi espada
Con esa sangre malvada,
O echaros al cuello un nudo
Con mis manos, y con mengua,
En vez de desafiaros,

El corazón arrancaros
Y patearos la lengua.
Que un alma, una vida, es
Satisfacción muy ligera,
Y os diera mil si pudiera
Y os las quitara después.
Jugo á mi labio han de dar
Abiertas todas tus venas,
Que toda tu sangre apenas
Basta mi sed á calmar.
¡Villano!

(Tira de la espada: todos los jugadores se interponen.)

TODOS.

Fuera de aquí
A armar quimera.

D. FÉLIX *(con calma levantándose).*

Tened,
Don Diego, la espada, y ved
Que estoy yo muy sobre mí,
Y que me contengo mucho,
No sé por qué, pues tan frío,
En mi colérico brío,
Vuestras injurias escucho.

D. DIEGO.

(Con furor reconcentrado y con la espada desnuda.)

Salid de aquí; que á fe mía,
Que estoy resuelto á mataros,
Y no alcanzara á libraros
La misma Vírgen María.
Y es tan cierta mi intención,

Tan resuelta está mi alma,
Que hasta mi cólera calma
Mi firme resolución.
Venid conmigo.

D. FÉLIX.

Allá voy;
Pero si os mato, Don Diego,
Que no me venga otro luégo
A pedirme cuenta. Soy
Con vos al punto. Esperad
Cuente el dinero... *uno... dos...*

(A Don Diego.)

Son mis ganancias; por vos
Pierdo aquí una cantidad
Considerable de oro
Que iba á ganar... ¿y por qué?
Diez... quince... por no sé qué
Cuento de amor... ¡Un tesoro
Perdido!... Voy al momento.
Es un puro disparate
Empeñarse en que yo os mate:
Lo digo como lo siento.

D. DIEGO.

Remiso andáis y cobarde
Y hablador en demasía.

D. FÉLIX.

Don Diego, más sangre fría:
Para reñir nunca es tarde.
Y si aún fuera otro el asunto,

Yo os perdonara la prisa:
Pidierais vos una misa
Por la difunta, y al punto...

D. DIEGO.

¡Mal caballero!...

D. FÉLIX.

Don Diego,
Mi delito no es gran cosa.
Era vuestra hermana hermosa,
La ví, me amó, creció el fuego,
Se murió, no es culpa mía;
Y admiro vuestro candor,
Que no se mueren de amor
Las mujeres hoy en día.

D. DIEGO.

¿Estáis pronto?

D. FÉLIX.

Están contados.
Vamos andando.

D. DIEGO.

¿Os reís?

(Con voz solemne.)

Pensad que á morir venís.

D. FÉLIX. *(Sale tras de él embolsándose el dinero con indiferencia.)*

Son mil trescientos ducados.

ESCENA IV

Los jugadores.

JUGADOR PRIMERO.

Este Don Diego Pastrana
Es un hombre decidido.
Desde Flandes ha venido
Solo á vengar á su hermana.

JUGADOR SEGUNDO.

¡Pues no ha hecho mal disparate!
Me da el corazón su muerte.

JUGADOR TERCERO.

¿Quién sabe? acaso la suerte.....

JUGADOR CUARTO.

Me alegraré que lo mate.

———

PARTE CUARTA

Salió, en fin, de aquel estado, para caer en el dolor más sombrío, en la más desalentada desesperación y en la mayor amargura y desconsuelo que pueden apoderarse de este pobre corazón humano, que tan positivamente choca y se quebranta con los males, como con vaguedad aspira en algunos momentos, casi siempre sin conseguirlo, á tocar los bienes ligeramente y de pasada.

(*La protección de un sastre*, novela original por D. Miguel de los Santos Alvarez.)

SPIRITUS QUIDEM PROMPTUS EST; CARO VERO INFIRMA.

(S. Marc. Evang.)

Vedle, Don Félix es, espada en mano,
Sereno el rostro, firme el corazón,
También de Elvira el vengativo hermano
Sin piedad á sus pies muerto cayó.

Y con tranquila audacia se adelanta
Por la calle fatal del Ataúd;
Y ni medrosa aparición le espanta,
Ni le turba la imagen de Jesús.

La moribunda lámparaque ardía,
Trémula lanza su postrer fulgor,
Y en honda oscuridad, noche sombría,
La misteriosa calle encapotó.

Mueve los pies el Montemar osado
En las tinieblas con incierto giro,
Cuando ya un trecho de la calle andado,
Súbito junto á él oye un suspiro.

Resbalar por su faz sintió el aliento,
Y á su pesar sus nervios se crisparon;
Mas pasado el primero movimiento,
A su primera rigidez tornaron.

«¿Quién va?» pregunta con la voz serena,
Que ni finge valor, ni muestra miedo,
El alma de invencible vigor llena,
Fiado en su tajante de Toledo.

Palpa en torno de sí, y el impío jura.
Y á mover vuelve la atrevida planta,
Cuando hacia él fatídica figura
Envuelta en blancas ropas se adelanta.

Flotante y vaga, las espesas nieblas
Ya disipa, y se anima, y va creciendo
Con apagada luz, ya en las tinieblas
Su argentino blancor va apareciendo.

Ya leve punto de luciente plata,
Astro de clara lumbre sin mancilla,
El horizonte lóbrego dilata
Y allá en la sombra en lontananza brilla.

Los ojos Montemar fijos en ella,
Con más asombro que temor la mira;
Tal vez la juzga vagorosa estrella
Que en el espacio de los cielos gira.

Tal vez engaño de sus propios ojos,
Forma falaz que en su ilusión creó,
Ó del vino ridículos antojos
Que al fin su juicio á alborotar subió.

Mas el vapor del néctar jerezano
Nunca su mente á trastornar bastara,

Que ya mil veces embriagarse en vano
En frenéticas orgias intentara.

«Dios presume asustarme: ¡ojalá fuera,
Dijo entre sí riendo, el diablo mismo!
Que entonces, vive Dios, quién soy supiera
El cornudo monarca del abismo.»

Al pronunciar tan insolente ultraje
La lámpara del Cristo se encendió;
Y una mujer, velada en blanco traje,
Ante la imagen de rodillas vió.

«Bien venida la luz, dijo el impío;
Gracias á Dios ó al diablo;» y con osada,
Firme intención y temerario brío,
El paso vuelve á la mujer tapada.

Mientras él anda, al parecer se alejan
La luz, la imagen, la devota dama,
Mas si él se pára, de moverse dejan:
Y lágrima tras lágrima derrama

De sus ojos inmóviles la imagen.
Mas sin que el miedo ni el dolor que inspira
Su planta audaz, ni su impiedad atajen,
Rostro á rostro á Jesús Montemar mira.

La calle parece se mueve y camina,
Faltarle la tierra sintió bajo el pie;
Sus ojos la muerta mirada fascina
Del Cristo, que intensa clavada está en él.

Y en medio el delirio que embarga su mente,
Y achaca él al vino que al fin le embriagó,
La lámpara alcanza con mano insolente
Del ara do alumbra la imagen de Dios.

Y al rostro la acerca, que el cándido lino
Encubre, con ánimo asaz descortés;
Mas la luz apaga viento repentino,
Y la blanca dama se puso de pie.

Empero un momento creyó que veía
Un rostro que vagos recuerdos quizá
Y alegres memorias confusas traía
De tiempos mejores que pasaron ya.

Un rostro de un ángel que vió en un ensueño,
Como un sentimiento que el alma halagó,
Que anubla la frente con rígido ceño,
Sin que lo comprenda jamás la razón.

Su forma gallarda dibuja en las sombras
El blanco ropaje que ondeante se ve,
Y cual si pisara mullidas alfombras,
Deslízase leve sin ruido su pie.

Tal vimos al rayo de la luna llena
Fugitiva vela de lejos cruzar,
Que ya la hinche en popa la brisa serena,
Que ya la confunde la espuma del mar.

También la esperanza blanca y vaporosa
Así entre nosotros pasa en ilusión,
Y el alma conmueve con ansia medrosa
Mientras la rechaza la adusta razón.

D. FÉLIX.

«¡Qué! ¿sin respuesta me deja?
¿No admitís mi compañía?
¿Será quizá alguna vieja
Devota?... ¡Chasco sería!

En vano, dueña, es callar,
Ni hacerme señas que no:
He resuelto que sí yo,
Y os tengo de acompañar.

Y he de saber dónde vais
Y si sois hermosa ó fea,
Quién sois y cómo os llamáis,
Y aun cuando imposible sea,

Y fuerais vos Satanás
Con sus llamas y sus cuernos,
Hasta en los mismos infiernos,
Vos delante y yo detrás,

Hemos de entrar, ¡vive Dios!
Y aunque lo estorbara el cielo,
Que yo he de cumplir mi anhelo
Aun á despecho de vos:

Y perdonadme, señora,
Si hay en mi empeño osadía,
Más fuera descortesía
Dejaros sola á esta hora:

Y me va en ello mi fama,
Que juro á Dios no quisiera
Que por temor se creyera
Que no he seguido á una dama.»

Del hondo del pecho profundo gemido,
Crujido del vaso que estalla al dolor,
Que apenas medroso lastima el oído,
Pero que punzante rasga el corazón;

Gemido de amargo recuerdo pasado,
De pena presente, de incierto pesar,

Mortífero aliento, veneno exhalado
Del que encubre el alma ponzoñoso mar;

Gemido de muerte lanzó y silenciosa
La blanca figura su pie resbaló,
Cual mueve sus alas sílfide amorosa
Que apenas las aguas del lago rizó.

¡Ay! el que vió acaso perdida en un día
La dicha que eterna creyó el corazón,
Y en noche de nieblas, y en honda agonía
En un mar sin playas muriendo quedó!...

Y solo y llevando consigo en su pecho,
Compañero eterno su dolor crüel,
El mágico encanto del alma deshecho,
Su pena, su amigo y su amante más fiel;

Miró sus suspiros llevarlos el viento,
Sus lágrimas tristes perderse en el mar,
Sin nadie que acuda ni entienda su acento,
Insensible el cielo y el mundo á su mal...

Y ha visto la luna brillar en el cielo
Serena y en calma mientras él lloró,
Y ha visto los hombres pasar en el suelo,
Y nadie á sus quejas los ojos volvió.

Y él mismo, la befa del mundo temblando,
Su pena en su pecho profunda escondió,
Y dentro en su alma su llanto tragando
Con falsa sonrisa su labio vistió...

¡Ay! quien ha contado las horas que fueron,
Horas otro tiempo que abrevió el placer,
Y hoy sólo y llorando piensa cómo huyeron
Con ellas por siempre las dichas de ayer.

Y aquellos placeres, que el triste ha perdido,
No huyeron del mundo, que en el mundo están,
Y él vive en el mundo do siempre ha vivido,
Y aquellos placeres para él no son ya.

¡Ay! el que descubre por fin la mentira,
¡Ay! el que la triste realidad palpó,
El que el esqueléto de este mundo mira,
Y sus falsas galas loco le arrancó...

¡Ay! aquel que vive solo en lo pasado...
¡Ay! el que su alma nutre en su pesar,
Las horas que huyeron llamara angustiado,
Las horas que huyeron y no tornarán...

Quien haya sufrido tan bárbaro duelo,
Quien noches enteras contó sin dormir
En lecho de espinas, maldiciendo al cielo,
Horas sempiternas de ansiedad sin fin...

Quien haya sentido quererse del pecho
Saltar á pedazos roto el corazón;
Crecer su delirio, crecer su despecho;
Al cuello cien nudos echarle el dolor;

Ponzoñoso lago de punzante hielo,
Sus lágrimas tristes que cuajó el pesar,
Reventando ahogarle, sin hallar consuelo,
Ni esperanza nunca, ni tregua en su afán...

Aquel, de la blanca fantasma el gemido,
Única respuesta que á Don Félix dió,
Hubiera, y su inmenso dolor, comprendido,
Hubiera pesado su inmenso valor.

D. FÉLIX.

«Si buscáis algún ingrato,
Yo me ofrezco agradecido;

Pero ó miente ese recato,
O vos sufrís el mal trato
De algún celoso marido.

»¿Acerté? ¡Necia manía!
Es para volverme loco,
Si insistís en tal porfía;
Con los mudos, reina mía,
Yo hago mucho y hablo poco.»

Segunda vez importunada en tanto,
Una voz de süave melodía
El estudiante oyó que parecía
Eco lejano de armonioso canto:

De amante pecho lánguido latido,
Sentimiento inefable de ternura,
Suspiro fiel de amor correspondido,
El primer sí de la mujer aún pura.

«Para mí los amores acabaron:
Todo en el mundo para mí acabó:
Los lazos que á la tierra me ligaron,
El cielo para siempre desató.»

Dijo su acento misterioso y tierno,
Que de otros mundos la ilusión traía,
Eco de los que ya reposo eterno
Gozan en paz bajo la tumba fría.

Montemar, atento sólo á su aventura,
Que es bella la dama y aun fácil juzgó,
Y la hora, la calle y la noche oscura
Nuevos incentivos á su pecho son.

—Hay riesgo en seguirme. —Mirad ¡qué reparo!
—Quizá luégo os pese. —Puede que por vos.

— Ofendéis al cielo. — Del diablo me amparo.
— Idos, caballero, no tentéis á Dios.

— Siento me enamora más vuestro despego,
Y si Dìos se enoja, pardiez que hará mal:
Véame en vuestros brazos y máteme luégo.
— ¡Vuestra última hora quizá esta será!...

Dejad ya, Don Félix, delirios mundanos.
— ¡Hola, me conoce! — ¡Ay! ¡temblad por vos!
¡Temblad no se truequen deleites livianos
En penas eternas! — Basta de sermón.

Que yo para oirlos la cuaresma espero;
Y hablemos de amores, que es más dulce hablar;
Dejad ese tono solemne y severo,
Que os juro, señora, que os sienta muy mal.

La vida es la vida: cuando ella se acaba,
Acaba con ella también el placer.
¿De inciertos pesares por qué hacerla esclava?
Para mí no hay nunca mañana ni ayer.

Si mañana muero, que sea en mal hora
Ó en buena, cual dicen, ¿qué me importa á mí?
Goce yo el presente, disfrute yo ahora,
Y el diablo me lleve siquiera al morir.

— ¡Cúmplase en fin tu voluntad, Dios mío! —
La figura fatídica exclamó:
Y en tanto al pecho redoblar su brío
Siente Don Félix y camina en pos.

Cruzan tristes calles,
Plazas solitarias,
Arruinados muros,
Donde sus plegarias

Y falsos conjuros,
En la misteriosa
Noche borrascosa,
Maldecida bruja
Con ronca voz canta,
Y de los sepulcros
Los muertos levanta,
Y suenan los ecos
De sus pasos huecos
En la soledad;
Mientras en silencio
Yace la ciudad,
Y en lúgubre són
Arrulla su sueño
Bramando Aquilón.

Y una calle y otra cruzan,
Y más allá y más allá:
Ni tiene término el viaje,
Ni nunca dejan de andar.
Y atraviesan, pasan, vuelven,
Cien calles quedando atrás,
Y paso tras paso siguen,
Y siempre adelante van:
Y á confundirse ya empieza
Y á perderse Montemar,
Que ni sabe á dó camina,
Ni acierta ya dónde está:
Y otras calles, otras plazas
Recorre, y otra ciudad,
Y ve fantásticas torres
De su eterno pedestal
Arrancarse, y sus macizas,

Negras masas caminar,
Apoyándose en sus ángulos
Que en la tierra, en desigual,
Perezoso tranco fijan;
Y á su monótono andar,
Las campanas sacudidas
Misteriosos dobles dan;
Mientras en danzas grotescas,
Y al estruendo funeral,
En derredor cien espectros
Danzan con torpe compás:
Y las veletas sus frentes
Bajan ante él al pasar,
Los espectros le saludan,
Y en cien lenguas de metal
Oye su nombre en los ecos
De las campanas sonar.
Mas luégo cesa el estrépito,
Y en silencio, en muda paz
Todo queda, y desparece
De súbito la ciudad:
Palacios, templos, se cambian
En campos de soledad,
Y en un yermo y silencioso,
Melancólico arenal,
Sin luz, sin aire, sin cielo,
Perdido en la inmensidad.
Tal vez piensa que camina,
Sin poder parar jamás,
De extraño empuje llevado
Con precipitado afán;
Entre tanto que su guía,
Delante de él sin hablar,

Sigue misterioso, y sigue
Con paso rápido, y ya
Se remonta ante sus ojos
En alas del huracán,
Visión sublime, y su frente
Ve fosfórica brillar
Entre lívidos relámpagos
En la densa oscuridad,
Sierpes de luz, luminosos
Engendros del vendaval:
Y cuando duda si duerme,
Si tal vez sueña ó está
Loco, si es tanto prodigio,
Tanto delirio verdad,
Otra vez en Salamanca
Súbito vuélvese á hallar,
Distingue los edificios,
Reconoce en dónde está,
Y en su delirante vértigo
Al vino vuelve á culpar,
Y jura, y siguen andando
Ella delante, él detrás.

«¡Vive Dios! dice entre sí,
Ó Satanás se chancea,
Ó no debo estar en mí,
Ó el Málaga que bebí
En mi cabeza aún humea.

»Sombras, fantasmas, visiones...
Dale con tocar á muerto,
Y en revueltas confusiones,
Danzando estos torreones
Al compás de tal concierto.

»Y el juicio voy á perder
Entre tantas maravillas,
Que estas torres llegué á ver,
Como mulas de alquiler,
Andando con campanillas.

»Y esta mujer ¿quién será?
Mas si es el diablo en persona,
¿A mí qué diantre me da?
Y mas que el traje en que va
En esta ocasión, le abona.

»Noble señora, imagino
Que sois nueva en el lugar:
Andar así es desatino:
Ó habéis perdido el camino,
Ó esto es andar por andar.

»Ha dado en no responder,
Que es la más rara locura
Que puede hallarse en mujer,
Y en que yo la he de querer
Por su paso de andadura.»

En tanto Don Félix á tientas seguía,
Delante camina la blanca visión,
Triplica su espanto la noche sombría,
Sus hórridos gritos redobla Aquilón.

Rechinan girando las férreas veletas,
Crujir de cadenas se escucha sonar,
Las altas campanas, por el viento inquietas,
Pausados sonidos en las torres dan.

Rüido de pasos de gente que viene,
A compás marchando con sordo rumor,

Y de tiempo en tiempo su marcha detiene,
Y rezar parece en confuso són,

Llegó de Don Félix luégo á los oídos,
Y luégo cien luces á lo lejos vió,
Y luégo, en hileras largas divididos,
Vió que murmurando con lúgubre voz,

Enlutados bultos andando venían;
Y luégo más cerca con asombro ve
Que un féretro en medio y en hombros traían
Y dos cuerpos muertos tendidos en él.

Las luces, la hora, la noche, profundo,
Infernal arcano parece encubrir.
Cuando en hondo sueño yace muerto el mundo
Cuando todo anuncia que habrá de morir,

Al hombre, que loco la recia tormenta
Corrió de la vida, del viento á merced,
Cuando una voz triste las horas le cuenta,
Y en lodo sus pompas convertidas ve,

Forzoso es que tenga de diamante el alma
Quien no sienta el pecho de horror palpitar,
Quien, como Don Félix, con serena calma
Ni en Dios ni en el diablo se ponga á pensar.

Así en tardos pasos, todos murmurando,
El lúgubre entierro ya cerca llegó,
Y la blanca dama devota rezando,
Entrambas rodillas en tierra dobló.

Calado el sombrero y en pie, indiferente
El féretro mira Don Félix pasar,
Y al paso pregunta con su aire insolente
Los nombres de aquellos que al sepulcro van.

Mas ¡cuál su sorpresa, su asombro cual fuera,
Cuando horrorizado con espanto ve
Que el uno Don Diego de Pastrana era,
Y el otro ¡Dios santo! y el otro era él!...

Él mismo, su imagen, su misma figura,
Su mismo semblante, que él mismo era en fin:
Y duda, y se palpa, y fría pavura
Un punto en sus venas sintió discurrir.

Al fin era hombre, y un punto temblaron
Los nervios del hombre, y un punto temió;
Mas pronto su antiguo vigor recobraron,
Pronto su fiereza volvió al corazón.

«Lo que es, dijo, por Pastrana,
Bien pensado está el entierro;
Mas es diligencia vana
Enterrarme á mí, y mañana
Me he de quejar de este yerro.

»Diga, señor enlutado,
¿A quién llevan á enterrar?
— Al estudiante endiablado
Don Félix de Montemar, —
Respondió el encapuchado.

—»Mientes, truhán. — No por cierto. —
Pues decidme á mí quién soy,
Si gustáis, porque no acierto
Cómo á un mismo tiempo estoy
Aquí vivo y allí muerto.

—»Yo no os conozco. — Pardiez,
Que si me llego á enojar,
Tus burlas te haga llorar

De tal modo, que otra vez
Conozcas ya á Montemar.

»¡Villano!... mas esto es
Ilusión de los sentidos,
El mundo que anda al revés,
Los diablos entretenidos
En hacerme dar traspiés.

»¡El fanfarrón de Don Diego!
De sus mentiras reniego,
Que cuando muerto cayó,
Al infierno se fué luégo
Contando que me mató.»

Diciendo así, soltó una carcajada,
Y las espaldas con desdén volvió:
Se hizo el bigote, requirió la espada,
Y á la devota dama se acercó.

«Conque, en fin, ¿dónde vivís?
Que se hace tarde, señora,
—Tarde aún no; de aquí á una hora
Lo será.—Verdad decís,
Será más tarde que ahora.

»Esa voz con que hacéis miedo
De vos me enamora más:
Yo me he echado el alma atrás;
Juzgad si me dará un bledo
De Dios ni de Satanás.

—»Cada paso que avanzáis
Lo adelantáis á la muerte,
Don Félix. ¿Y no tembláis,
Y el corazón no os advierte
Que á la muerte camináis?»

Con eco melancólico y sombrío
Dijo así la mujer, y el sordo acento,
Sonando en torno del mancebo impío,
Rugió en la voz del proceloso viento.

Las piedras con las piedras se golpearon,
Bajo sus pies la tierra retembló,
Las aves de la noche se juntaron,
Y sus alas crujir sobre él sintió:

Y en la sombra unos ojos fulgurantes
Vió en el aire vagar que espanto inspiran,
Siempre sobre él saltándose anhelantes:
Ojos de horror que sin cesar le miran.

Y los vió y no tembló: mano á la espada
Puso y la sombra intrépido embistió,
Y ni sombra encontró ni encontró nada;
Sólo fijos en él los ojos vió.

Y alzó los suyos impaciente al cielo,
Y rechinó los dientes y maldijo,
Y en él creciendo el infernal anhelo,
Con voz de enojo blasfemando dijo:

«Seguid, señora, y adelante vamos:
Tanto mejor si sois el diablo mismo,
Y Dios y el diablo y yo nos conozcamos,
Y acábese por fin tanto embolismo.

»Que de tanto sermón, de farsa tanta,
Juro, pardiez, que fatigado estoy:
Nada mi firme voluntad quebranta:
Sabed, en fin, que donde vayáis voy.

»Un término no más tiene la vida:
Término fijo; un paradero el alma:

Ahora adelante.» Dijo, y en seguida
Camina en pos con decidida calma.

Y la dama á una puerta se paró,
Y era una puerta altísima, y se abrieron
Sus hojas en el punto en que llamó,
Que á un misterioso impulso obedecieron,
Y tras la dama el estudiante entró:
Ni pajes ni doncellas acudieron:
Y cruzan á la luz de unas bujías
Fantásticas, desiertas galerías.

Y la visión, como engañoso encanto,
Por las losas deslízase sin ruido,
Toda encubierta bajo el blanco manto
Que barre el suelo en pliegues desprendido.
Y por el largo corredor en tanto
Sigue adelante y síguela atrevido,
Y su temeridad raya en locura,
Resuelto Montemar á su aventura.

Las luces, como antorchas funerales,
Lánguida luz y cárdena esparcían,
Y en torno en movimientos desiguales
Las sombras se alejaban ó venían:
Arcos aquí ruinosos, sepulcrales,
Urnas allí y estatuas se veían,
Rotas columnas, patios mal seguros,
Yerbosos, tristes, húmedos y oscuros.

Todo vago, quimérico y sombrío,
Edificio sin base ni cimiento
Ondula cual fantástico navío
Que anclado mueve borrascoso viento.
En un silencio aterrador y frío

Yace allí todo: ni rumor, ni aliento
Humano nunca se escuchó: callado,
Corre allí el tiempo, en sueño sepultado.

Las muertas horas á las muertas horas
Siguen en el reloj de aquella vida,
Sombras de horror girando aterradoras,
Que allá aparecen en medrosa huída;
Ellas solas y tristes moradoras
De aquella negra, funeral guarida,
Cual soñada fantástica quimera,
Vienen á ver al que su paz altera.

Y en él enclavan los hundidos ojos
Del fondo de la larga galería,
Que brillan lejos cual carbones rojos,
Y espantaran la misma valentía:
Y muestran en su rostro sus enojos
Al ver hollada su mansión sombría,
Y ora en grupos delante se aparecen,
Ora en la sombra allá se desvanecen.

Grandïosa, satánica figura,
Alta la frente, Montemar camina,
Espíritu sublime en su locura,
Provocando la cólera divina:
Fábrica frágil de materia impura,
El alma que la alienta y la ilumina
Con Dios le iguala, y con osado vuelo
Se alza á su trono y le provoca á duelo.

Segundo Lucifer que se levanta
Del rayo vengador la frente herida,
Alma rebelde que el temor no espanta,
Hollada sí, pero jamás vencida:

El hombre, en fin, que en su ansiedad quebranta
Su límite á la cárcel de la vida,
Y á Dios llama ante él á darle cuenta,
Y descubrir su inmensidad intenta.

Y un báquico cantar tarareando,
Cruza aquella quimérica morada,
Con atrevida indiferencia andando,
Mofa en los labios, y la vista osada:
Y el rumor que sus pasos van formando,
Y el golpe que al andar le da la espada,
Tristes ecos, siguiéndole detrás,
Repiten con monótono compás.

Y aquel extraño y único rüido
Que de aquella mansión los ecos llena,
En el suelo y los techos repetido,
En su profunda soledad resuena:
Y espira allá cual funeral gemido
Que lanza en su dolor la ánima en pena,
Que al fin del corredor largo y oscuro
Salir parece de entre el roto muro.

Y en aquel otro mundo y otra vida,
Mundo de sombras, vida que es un sueño,
Vida, que con la muerte confundida,
Ciñe sus sienes con letal beleño;
Mundo, vaga ilusión descolorida
De nuestro mundo y vaporoso ensueño,
Son aquel ruido y su locura insana
La sola imagen de la vida humana.

Que allá su blanca misteriosa guía
De la alma dicha la ilusión parece,
Que ora acaricia la esperanza impía,
Ora al tocarla ya se desvanece:

Blanca, flotante nube, que en la umbría
Noche, en alas del céfiro se mece,
Su airosa ropa, desplegada al viento,
Semeja en su callado movimiento:

Humo süave de quemado aroma
Que el aire en ondas á perderse asciende,
Rayo de luna que en la parda loma,
Cual un broche su cima al éter prende;
Silfa que con el alba envuelta asoma
Y al nebuloso azul sus alas tiende,
De negras sombras y de luz teñidas,
Entre el alba y la noche confundidas.

Y ágil, veloz, aérea y vaporosa,
Que apenas toca con los pies al suelo,
Cruza aquella morada tenebrosa
La mágica visión del blanco velo:
Imagen fiel de la ilusión dichosa
Que acaso el hombre encontrará en el cielo,
Pensamiento sin fórmula y sin nombre
Que hace rezar y blasfemar al hombre.

Y al fin del largo corredor llegando,
Montemar sigue su callada guía,
Y una de mármol negro va bajando
De caracol torcida gradería,
Larga, estrecha y revuelta, y que girando
En torno de él y sin cesar veía
Suspendida en el aire y con violento,
Veloz, vertiginoso movimiento.

Y en eterna espiral y en remolino,
Infinito prolóngase y se extiende,
Y el juicio pone en loco desatino
A Montemar que en tumbos mil desciende,

Y envuelto en el violento torbellino
Al aire se imagina, y se desprende,
Y sin que el raudo movimiento ceda,
Mil vueltas dando, á los abismos rueda:

Y de escalón en escalón cayendo,
Blasfema y jura con lenguaje inmundo,
Y su furioso vértigo creciendo,
Y despeñado rápido al profundo,
Los silbos ya del huracán oyendo,
Ya ante él pasando en confusión el mundo,
Ya oyendo gritos, voces y palmadas,
Y aplausos y brutales carcajadas;

Llantos y ayes, quejas y gemidos,
Mofas, sarcasmos, risas y denuestos,
Y en mil grupos acá y allá reunidos,
Viendo debajo de él, sobre él enhiestos,
Hombres, mujeres, todos confundidos,
Con sandia pena, con alegres gestos,
Que con asombro estúpido le miran
Y en el perputuo remolino giran:

Siente por fin que de repente pára,
Y un punto sin sentido se quedó;
Mas luégo valeroso se repara,
Abrió los ojos y de pie se alzó:
Y fué el primer objeto en que pensara
La blanca dama, y al redor miró,
Y al pie de un triste monumento hallóla
Sentada en medio de la estancia, sola.

Era un negro solemne monumento
Que en medio de la estancia se elevaba,
Y á un tiempo á Montemar ¡raro portento!
Una tumba y un lecho semejaba:

Ya imaginó su loco pensamiento
Que abierta aquella tumba le aguardaba;
Ya imaginó también que el lecho era
Tálamo blando que al esposo espera.

Y pronto, recobrada su osadía,
Y á terminar resuelto su aventura,
Al cielo y al infierno desafía
Con firme pecho y decisión segura:
A la blanca visión su planta guía,
Y á descubrirse el rostro la conjura,
Y á sus pies Montemar tomando asiento,
Así la habló con animoso acento.

« Diablo, mujer ó visión,
Que á juzgar por el camino
Que conduce á esta mansión,
Eres puro desatino
Ó diabólica invención:

» Siquier de parte de Dios,
Siquier de parte del diablo,
¿Quién nos trajo aquí á los dos?
Decidme, en fin, ¿quién sois vos?
Y sepa yo con quién hablo:

» Que mas que nunca palpita
Resuelto mi corazón,
Cuando en tanta confusión,
Y en tanto arcano que irrita,
Me descubre mi razón

» Que un poder aquí supremo,
Invisible se ha mezclado,
Poder que siento y no temo,

A llevar determinado
Esta aventura al extremo.»

Fúnebre
Llanto
De amor,
Óyese
En tanto
En son

Flébil, blando,
Cual quejido
Dolorido
Que del alma
Se arrancó:
Cual profundo
¡Ay! que exhala
Moribundo
Corazón.

Música triste,
Lánguida y vaga,
Que á par lastima
Y el alma halaga;
Dulce armonía
Que inspira al pecho
Melancolía,
Como el murmullo
De algún recuerdo
De antiguo amor,
A un tiempo arrullo
Y amarga pena
Del corazón.

Mágico embeleso,
Cántico ideal,
Que en los aires vaga
Y en sonoras ráfagas
Aumentado va:
Sublime y oscuro,
Rumor prodigioso,
Sordo acento lúgubre,
Eco sepulcral,
Músicas lejanas,
De enlutado parche
Redoble monótono,
Cercano huracán,
Que apenas la copa
Del árbol menea
Y bramando está:
Olas alteradas
De la mar bravía,
En noche sombría
Los vientos en paz,
Y cuyo rugido
Se mezcla al gemido
Del muro que trémulo
Las siente llegar:
Pavoroso estrépito,
Infalible présago
De la tempestad.

Y en rápido *crescendo,*
Los lúgubres sonidos
Más cerca vanse oyendo
Y en ronco rebramar;

Cual trueno en las montañas
Que retumbando va,
Cual rugen las entrañas
De horrísono volcán.

Y algazara y gritería,
Crujir de afilados huesos,
Rechinamiento de dientes
Y retemblar los cimientos;
Y en pavoroso estallido,
Las losas del pavimento,
Separando sus junturas,
Irse poco á poco abriendo,
Siente Montemar, y el ruido
Más cerca crece, y á un tiempo
Escucha chocarse cráneos,
Ya descarnados y secos,
Temblar en torno la tierra,
Bramar combatidos vientos,
Rugir las airadas olas,
Estallar el ronco trueno,
Exhalar tristes quejidos
Y prorrumpir en lamentos:
Todo en furiosa armonía,
Todo en frenético estruendo,
Todo en confuso trastorno,
Todo mezclado y diverso.

Y luégo el estrépito crece
Confuso y mezclado en un són,
Que ronco en las bóvedas hondas
Tronando furioso zumbó;

Y un eco que agudo parece
Del ángel del juicio la voz,
En tiple, punzante alarido
Medroso y sonoro se alzó;
Sintió, removidas las tumbas,
Crujir á sus pies con fragor,
Chocar en las piedras los cráneos
Con rabia y ahinco feroz,
Romper intentando la losa,
Y huir de su eterna mansión,
Los muertos, de súbito oyendo
El alto mandato de Dios.

Y de pronto en horrendo estampido
Desquiciarse la estancia sintió,
Y al tremendo tartáreo rüido
Cien espectros alzarse miró:
De sus ojos los huecos fijaron
Y sus dedos enjutos en él;
Y después entre sí se miraron,
Y á mostrarle tornaron después;
Y enlazadas las manos siniestras,
Con dudoso, espantado ademán
Contemplando, y tendidas sus diestras
Con asombro al osado mortal,
Se acercaron despacio, y la seca
Calavera, mostrando temor,
Con inmóvil, irónica mueca
Inclinaron, formando en redor.

Y entonces la visión del blanco velo
Al fiero Montemar tendió una mano,
Y era su tacto de crispante hielo,
Y resistirlo audaz intentó en vano:

Galvánica, crüel, nerviosa y fría,
Histérica y horrible sensación,
Toda la sangre coagulada envía
Agolpada y helada al corazón...

Y á su despecho y maldiciendo al cielo,
De ella apartó su mano Montemar,
Y temerario alzándola á su velo,
Tirando de él la descubrió la faz.

¡*Es su esposo!!* los ecos retumbaron;
¡*La esposa al fin que su consorte halló!!*
Los espectros con júbilo gritaron:
¡*Es el esposo de su eterno amor!!*

Y ella entonces gritó: ¡*Mi esposo!* ¡Y era
(¡Desengaño fatal! ¡triste verdad!)
Una sórdida, horrible calavera,
La blanca dama del gallardo andar!...

Luégo un caballero de espuela dorada,
Airoso, aunque el rostro con mortal color,
Traspasado el pecho de fiera estocada,
Aún brotando sangre de su corazón,

Se acerca y le dice, su diestra tendida,
Que impávido estrecha también Montemar:
—«Al fin, la palabra que disteis cumplida,
Doña Elvira, vedla, vuestra esposa es ya:

»Mi muerte os perdono.—Por cierto, Don Diego,
Repuso Don Félix tranquilo á su vez,
Me alegro de veros con tanto sosiego,
Que á fe no esperaba volveros á ver.

»En cuanto á ese espectro que decís mi esposa,
Raro casamiento venísme á ofrecer:

Su faz no es por cierto ni amable ni hermosa;
Mas no se os figure que os quiera ofender.

» Por mujer la tomo, porque es cosa cierta,
Y espero no salga fallido mi plan,
Que en caso tan raro y mi esposa muerta,
Tanto como viva no me cansará.

» Mas antes decidme si Dios ó el demonio
Me trajo á este sitio, que quisiera ver
Al uno ó al otro, y en mi matrimonio
Tener por padrino siquiera á Luzbel:

« Cualquiera ó entrambos con su corte toda,
Estando estos nobles espectros aquí,
No perdiera mucho viniendo á mi boda...
Hermano Don Diego, ¿no pensáis así? »

Tal dijo Don Félix con fruncido ceño,
En torno arrojando con fiero ademán
Miradas audaces de altivo desdeño,
Al Dios por quien jura capaz de arrostrar.

El cariado, lívido esqueleto,
Los fríos, largos y asquerosos brazos,
Le enreda en tanto en apretados lazos,
Y ávido le acaricia en su ansiedad:
Y con su boca cavernosa busca
La boca á Montemar, y á su mejilla
La árida, descarnada y amarilla
Junta y refriega repugnante faz.

Y él, envuelto en sus secas coyunturas,
Aún mas sus nudos que se aprietan siente,
Baña un mar de sudor su ardida frente
Y crece en su impotencia su furor.

Pugna con ansia á desasirse en vano,
Y cuanto más airado forcejea,
Tanto más se le junta y le desea
El rudo espectro que le inspira horror.

Y en furioso, veloz remolino,
Y en aérea fantástica danza,
Que la mente del hombre no alcanza
En su rápido curso á seguir,
Los espectros su ronda empezaron,
Cual en círculos raudos el viento
Remolinos de polvo violento
Y hojas secas agita sin fin.

Y elevando sus áridas manos,
Resonando cual lúgubre eco,
Levantóse en su cóncavo hueco
Semejante á un aullido una voz
Pavorosa, monótona, informe,
Que pronuncia sin lengua su boca,
Cual la voz que del áspera roca
En los senos el viento formó.

«Cantemos, dijeron sus gritos,
La gloria, el amor de la esposa,
Que enlaza en sus brazos dichosa,
Por siempre al esposo que amó:
Su boca á su boca se junte,
Y selle su eterna delicia,
Süave, amorosa caricia
Y lánguido beso de amor.

»Y en mútuos abrazos unidos,
Y en blando y eterno reposo,

La esposa enlazada al esposo
Por siempre descansen en paz:
Y en fúnebre luz ilumine
Sus bodas fatídica tea,
Les brinde deleites, y sea
La tumba su lecho nupcial.»

Mientras, la ronda frenética
Que en raudo giro se agita,
Más cada vez precipita
Su vértigo sin ceder;
Más cada vez se atropella,
Más cada vez se arrebata,
Y en círculos se desata
Violentos más cada vez:

Y escapa en rueda quimérica;
Y negro punto parece
Que en torno se desvanece
A la fantástica luz,
Y sus lúgubres aullidos
Que pavorosos se extienden,
Los aires rápidos hienden
Más prolongados aún.

Y á tan continuo vértigo,
A tan funesto encanto,
A tan horrible canto,
A tan tremenda lid;
Entre los brazos lúbricos
Que apremiánle sujeto,
Del hórrido esqueleto,
Entre caricias mil:

Jamás vencido el ánimo,
Su cuerpo ya rendido,
Sintió desfallecido
Faltarle, Montemar;
Y á par que más su espíritu
Desmiente su miseria,
La flaca, vil materia
Comienza á desmayar.

Y siente un confuso,
Loco devaneo,
Languidez, mareo
Y angustioso afán:
Y sombras y luces,
La estancia que gira,
Y espíritus mira
Que vienen y van.

Y luégo á lo lejos,
Flébil en su oído,
Eco dolorido
Lánguido sonó,
Cual la melodía
Que el aura amorosa,
Y el aura armoniosa
De noche formó:

Y siente luégo
Su pecho ahogado
Y desmayado,
Turbios sus ojos,
Sus graves párpados
Flojos caer:
La frente inclina

Sobre su pecho,
Y á su despecho,
Siente sus brazos
Lánguidos, débiles
Desfallecer.

Y vió luégo
Una llama
Que se inflama
Y murió;
Y perdido,
Oyó el eco
De un gemido
Que espiró.

Tal, dulce
Suspira
La lira
Que hirió
En blando
Concento
Del viento
La voz,

Leve,
Breve
Són.

En tanto en nubes de carmín y grana
Su luz el alba arrebolada envía,
Y alegre regocija y engalana
Las altas torres el naciente día:

Sereno el cielo, calma la mañana,
Blanda la brisa, trasparente y fría,
Vierte á la tierra el sol con su hermosura
Rayos de paz y celestial ventura.

Y huyó la noche y con la noche huían
Sus sombras y quiméricas mujeres,
Y á su silencio y calma sucedían
El bullicio y rumor de los talleres:
Y á su trabajo y á su afán volvían
Los hombres y á sus frívolos placeres,
Algunos hoy volviendo á su faena
De zozobra y temor el alma llena:

¡Que era pública voz, que llanto arranca
Del pecho pecador y empedernido,
Que en forma de mujer y en una blanca
Túnica misteriosa revestido,
Aquella noche el diablo á Salamanca
Había, en fin, por Montemar venido!...
Y si, lector, dijerdes ser comento,
Como me lo contaron, te lo cuento.

POEMAS

EL DIABLO MUNDO

PRÓLOGO

La humanidad entra en los periodos de su existencia por iguales trámites que el hombre en los de la vida; infancia, virilidad y madurez; admiracion y contento en la primera edad: entusiasmo y fuerza en la segunda: reflexión y examen en la tercera; y en tanto el poeta es en el orden moral el jefe de la humanidad de su tiempo y de aquellas generaciones que vendrán, hasta donde el dedo de la Providencia trace un círculo sobre el campo de la duda, y allí ya, para el poeta y sus coetáneos, se levanta un muro de ignorancia que es la frontera del saber posible, y donde una inteligencia nueva se prepara á empezar con nuevas gentes y con un nuevo poeta que, semejante al focus de la lente, en sí reuna todos los rayos luminosos que partan de la circunferencia.

La sociedad naciente cantó sin duda los fenómenos de la naturaleza; cantó la luz, cantó las sombras, el amor instintivo, la amistad sencilla, las flores, los torrentes y las aves.

De esta poesía oral, que, obrada la época de transición, debió perderse naturalmente, nos quedan los libros de la Biblia, llenos de sencilla sublimidad; y

luégo después una civilización más adelantada formuló la égloga, el idilio y el himno, que no son, en nuestro sentir, otra cosa que reminiscencias cultivadas de aquella poesía patriarcal y campestre natural á los primeros tiempos.

Tras el periodo inocente pastoril, entró el mundo de la edad heroica, y Homero, trocando el caramillo por la trompa, se anunció cantando los dioses, las pasiones, el valor, las venganzas y la guerra.

La poesía *épica* quedó escrita; el pensamiento de aquellas generaciones formulado; Homero pasó á la posteridad junto con sus obras; el genio de Smirna fué inmediatamente admirado como un semidiós, y su libro cual un espejo mágico, donde vieron reflejarse lo pasado, lo que no existía, con todas sus fases y colores.

Homero es la pirámide que arranca de los tiempos heroicos, monumento eminentísimo, desde cuya cumbre se domina toda la Grecia de Ulises, y en su centro se guardan los nombres de los héroes todos, todas las hazañas, todo el saber, las creencias, los vicios y virtudes en conjunto de una época grande.

El síntoma de desvirtuación se apoderó de la sociedad aquella, y la Grecia conquistadora fué sojuzgada á su vez.

La civilización, la creencia, el entusiasmo y la fuerza pasaron á Italia; pero la Era romana fué ya heterogénea hasta cierto punto, y de transición hacia el cristianismo.

Quiso Virgilio ponerse al frente de su época; pero no consiguió ciertamente más que colocarse á espaldas de Homero.

Roma, en primer lugar, sabía más que Virgilio, y la

Eneida, hecha esclava voluntaria de la *Odisea,* se afana en su seguimiento, sin advertirse el poeta de que canta un nuevo pueblo, una filosofía distinta, y de que el genio, en su independencia, prescribe una regla donde quiera que estampa la huella.

Es la *Eneida,* sin embargo, un poema, artísticamente hablando, más meditado, un libro más correcto, y aunque siempre sobre la pauta del poeta griego, es el amor de Dido más espiritual, un sentimiento mil veces más justo y elevado que el amor que Homero pinta, resultado de una época más adelantada en cultura.

Radió por fin el cristianismo revolucionando la sociedad, y de aquella lucha de ideas confusas que se controvertían entre la neblina de la ignorancia, de aquella fe ardiente y de aquel desarrollo del alma, debía resultar una época aparte de los siglos anteriores, y fué la *Edad media* del mundo.

Un poeta espiritualista podía ser solo la expresion fiel y el producto de una nueva era, y ésta brotó á Dante con todo el saber de su tiempo, arrollando mil preocupaciones, sólo con el presentimiento de su genio, que dentro del corazón lo empujaba por la extraña senda que siguió, contraviniendo la voluntad de los sabios y los nobles, para ilustrar después á su pueblo, á los nobles y á los sabios de su tiempo, dando norma á un nuevo lenguaje, fórmula al sentimiento y elevación é impulso de progreso á las ideas.

Dante es, pues, la pirámide, de la Edad media, y su *Divina comedia* es un faro que domina resplandeciendo sobre las tinieblas de una época nueva, para más allá disiparlas... Así Homero y Dante, el uno á igual altura enfrente al otro, se divisan como dos *términos,* entre el vacío de los siglos que los separan.

Inmediato á Dante produjo la Inglaterra á Shakspeare; pero este autor, por la naturaleza de su talento, encerró sus obras en las estrechas dimensiones del teatro, y aunque todas ellas reunidas forman un tratado del mundo, se ve cómo el poeta tuvo que reposarse á semejanza de quien camina jornada por jornada, por no poder acaso cruzar de un solo vuelo por encima del campo donde la humanidad se revuelve malcontenta.

Shakspeare, sin embargo, con más genio que saber, con mayor presentimiento que cálculo, adelantó la forma del poema dramático, que se había atrevido Dante á indicar sólo muy ligeramente. Shakspeare presintió sin duda que el drama, sin las cortapisas de las bambalinas y de los bastidores, llegaría á producir el poema dramático, que la mayor ilustración y la filosofía aceptarían como la fórmula más adelantada en los siglos venideros.

Así es que Gœthe ha cultivado este género después en el *Fausto*, y Byron lo impulsó á la perfección en el *Manfredo*.

El poema más aventajado de este siglo, que ofrecernos pueden entre su repertorio literario los franceses, es sin alguna duda el *Genio del cristianismo*, y nosotros se lo concedemos, á la par que les negamos tenga aquel mérito tan en alto grado como ellos pretenden. El *Genio del cristianismo* está escrito con más poesía teológica que sentimiento poético, y por eso no convence siempre que el autor conspira á convencer. La obra de M. de Chateaubriand no está madurada en el corazón, sino en el invernáculo del entendimiento; es un libro escrito *ad hoc*, pero no inspirado, dictado sí, por la conveniencia y ayudado por la erudición y

por el cálculo... Creemos, no obstante, que, si bien no es un poema como los que hemos indicado de pasada, es por lo menos el mejor arte poético que se ha escrito jamás. M. de Chateaubriand nos ha demostrado que la teología lleva infinitas ventajas á la mitología para tratar la poesía. Hay además bellezas de primer orden que imitar, explicadas con la práctica de ellas mismas en la obra del profundo literato francés, y nos condolemos de haber traslucido en ella una cosa que no será, pero que nos induce á creer que allí se ve al cristiano de oficio y al escritor de profesión.

La sociedad se encuentra ya en su edad de madurez; nuestra época es la de *reflexión* y *examen*, como las de Homero y Dante fuéronlo de *entusiasmo* y *fuerza;* pero, *que el corazón manda el mundo,* es una máxima irrefutable; con él han dominado los héroes, y con él los filósofos ardientes que lograron imprimir su sello en la humanidad, propagaron sus respectivas doctrinas.

La cabeza por sí sola, por más fuerza lógica que encierre, no dará más que la disertación escolástica, y sus productos carecerán de los divinos vuelos del entusiasmo, que tras de sí arrastra y conduce hasta la verdad que preconiza.

El corazón impresionable, unido al vigor intelectual; la unión de sentimientos é ideas elevadas; la meditación y la inspiración, juntas con la magia de estilo y cierta revelación que recorre lo pasado, que desvela en el porvenir, y que sondea lo presente; ingenio fértil que agrupa los contrastes, que crea la acción y la desenláza, concluído el objeto que se propone; en una palabra, la concepción en el desempeño de un plan tan grande é ilustrado que abarque nuestra sociedad entera, son calidades imprescindibles para el poeta que

pretenda elevarse sobre tantos millones de hombres como el mundo moderno encierra.

El joven D. José de Espronceda se levanta con la osadía del genio, para escalar adonde nadie se ha atrevido á mirar de hito en hito sin confundirse.

Aspira nuestro poeta á compendiar la humanidad en un libro, y lo primero que al empezarlo ha hecho, ha sido romper todos los preceptos establecidos, excepto el de la unidad lógica.

En el prólogo de *El Diablo Mundo* se ven recorridos todos las tonos de la poesía, los del sentimiento y los de la metrificación, con un desempeño que asombra, y desde luégo se anuncia un pensamiento colosal en medio de una tempestad de dudas, que el Sr. Espronceda, con la magia que posee, amontona sobre el lector con objeto tal vez de disiparlas más adelante.

El poeta se coloca también en mitad de esa atmósfera de dudas; pero cuando él levanta la cabeza para mirarlas y suelta la voz para analizarlas, medidas tendrá de antemano sus gigantescas fuerzas.

Empieza el poeta suponiendo que, enajenado en la meditación durante las horas silenciosas de la noche, siente un rumor extraño, el cual llama á sus sentidos y los despierta. Aquel rumor informe, aquella música augusta, aquel estrépito solemne son todas las pasiones del mundo, son todos los intereses encontrados de la vida, las afecciones, los odios, el amor, la gloria, la riqueza, los vicios y las virtudes; son el quejido, en fin, del universo entero que llega en revuelto torbellino á la par con la inspiración, y ésta despliega ante la fantasía mil monstruos alegóricos trazados con inimitable facilidad y pasmosa valentía.

Las visiones pasan, el ruido va gradualmente per-

diéndose en lontananza hasta que cesa donde acaba la introducción del poema.

El primer canto es la exposición del gran drama que se propone desenvolver el Sr. Espronceda.

Un hombre agobiado por la edad, amargado por la dolorosa é inútil experiencia, cierra desesperado un libro en que leía, y convencido tristemente de la esterilidad de la ciencia, se queda dormido.

Entonces se le presenta la muerte y le entona un himno que convida á la paz del sepulcro. Con placer siente el anciano aterirse sus entumecidos miembros; y gozándose está en la enervación de su espíritu, cuando la inmortalidad súbito se ostenta ante sus ojos, y canta otro himno, en oposición al de la muerte, y así como la primera se le brindó, ella también se ofrece al moribundo.

La elección es inmediata: el hombre opta por la inmortalidad y rejuvenece. El cántico de esta deidad no se encamina á inmortalizar el espíritu: es la inmortalidad de la materia lo que ella da, y lo que el hombre recibe.

La imagen de la muerte tiene la novedad que presta este filósofo á cuanto sale de su pluma: está vestida de melancólica belleza; es dulce y apacible; es la muerte que se hace desear cuando, exentos ya de preocupaciones, sentimos el corazón cansado y el alma descontenta.

La inmortalidad, como hemos dicho, se alza luégo y se adelanta sobre el horizonte pálido de la muerte, para borrarlo con su magnificencia deslumbradora.

Imposible se hace que acerquemos siquiera nuestras palabras al lujo de pensamiento, de expresión y de saber que despliega Espronceda en esta descripción sublime, la más afortunada acaso de cuantas se han visto hasta hoy en lengua castellana.

La variedad de tonos que á su arbitrio emplea el

poeta, tonos ya humildes, ya elevados, áridos ó festivos, placenteros, sombríos, desesperados é inocentes, son como la faz del mundo, sobre la cual está condenado á discurrir su héroe. Esa *sinuosidad del Diablo Mundo* es la superficie de la tierra: aquí un valle, más adelante un monte, flores y espinas, aridez y verdura, chozas y palacios, pozas inmundas, arroyos serenos y ríos despeñados.

Espronceda, en la poesía, con tal superioridad maneja el habla castellana, que ha revolucionado la versificación. Antes la *armonía imitativa* estaba reducida á asimilar en uno ó dos versos el galopar monótono de un caballo de guerra, por ejemplo, y hoy nuestro aventajado poeta expresa con los tonos en todo un poema, no sólo lo que sus palabras retratan, sino hasta la fisonomía moral que caracteriza las imágenes, las situaciones y los objetos de que se ocupa... Esta es la *armonía del sentimiento*, llevada á la perfección por el sentimiento íntimo y delicado del que escribe.

Como por el rugido se conoce al león, como por el plañido se infiere del que padece cuál será el grado de su dolor, así por las entonaciones de que se vale Espronceda en *El Diablo Mundo*, inferimos las palabras y los conceptos que de estas van á resultar.

Grande, dilatado, inmenso es el campo poético que el poeta ha desplegado á su frente, para trazar carrera al héroe del poema en cuestión.

Repetimos que en nuestro juicio es el plan mayor que hasta hoy se ha concebido para un poema. Su héroe ha rejuvenecido ya como el *Doctor Fausto*, pero su mocedad no es el préstamo de un tiempo mezquino, por la hipoteca y la enajenación del alma: el protagonista de *El Diablo Mundo*, sin nombre hasta ahora, ha

aceptado la juventud y la inmortalidad sin condiciones.

En el drama de Gœthe, *Fausto* no es más que un mancebo á medias, porque su corazón es siempre el del Doctor, y esto le hace no participar nunca de los placeres en sazón; antes por lo contrario, están siempre emponzoñados por el juicio.

Acaso fué este el pensamiento de Gœthe, y nosotros nos guardaremos de tildarlo, porque esa continuada carcoma de *Fausto* es una sublimidad del talento que lo creó.

Mas si Espronceda se propone enseñarnos el mundo físico y moral para probarnos que la inmortalidad de la materia es el hastío y la condenación sobre la tierra, juzgamos que su héroe, al retroceder en la carrera de la vida, debe hacerlo por completo, volviéndole la virginidad al alma, la inexperiencia al juicio, y dándole unas sensaciones no gastadas.

La experiencia, la moralidad y el saber deben pertenecer al poeta, que no es personaje de acción en el drama, sino el disertador y el genio que penetra en las entrañas de su obra.

Con fundada esperanza nos lisonjeamos de que el poema de *El Diablo Mundo* despertará en la Europa civilizada un respetuoso recuerdo de la patria de Cervantes.

Si el joven autor, con cuya leal amistad nos honramos, no decae en ese maravilloso vuelo que ha sabido dar á los dos primeros cantos de *El Diablo Mundo,* viva penetrado de que, si lo presente pertenece á los grandes poetas que murieron, el porvenir será para él.

La posteridad solamente hace pública justicia al talento que no domina por las armas.

ANTONIO ROS DE OLANO.

A MI AMIGO

DON ANTONIO ROS DE OLANO

EL AUTOR

JOSÉ DE ESPRONCEDA

INTRODUCCIÓN

CORO DE DEMONIOS

Boguemos, boguemos,
La barca empujad,
Que rompa las nubes,
Que rompa las nieblas,
Los aires, las llamas,
Las densas tinieblas,
Las olas del mar.
Boguemos, crucemos
Del mundo el confín;
Que hoy su triste cárcel quiebran
Libres los diablos en fin,
Y con música y estruendo
Los condenados celebran,
Juntos cantando y bebiendo,
Un diabólico festín.

EL POETA

¿Qué rumor
Lejos suena,
Que el silencio
En la serena
Negra noche interrumpió?

¿Es del caballo la veloz carrera,
Tendido en el escape volador,
Ó el áspero rugir de hambrienta fiera,
Ó el silbido tal vez del aquilón?

¿Ó el eco ronco de lejano trueno
Que en las hondas cavernas retumbó,
Ó el mar que amaga con su hinchado seno,
Nuevo Luzbel, al trono de su Dios?

Densa niebla
Cubre el cielo,
Y de espíritus
Se puebla
Vagarosos,
Que aquí el viento
Y allí cruzan
Vaporosos
Y sin cuento.

Y aquí tornan,
Y allí giran,
Ya se juntan,
Se retiran,

Ya se ocultan,
Ya aparecen,
Vagan, vuelan,
Pasan, huyen,
Vuelven, crecen,
Disminuyen,
Se evaporan,
Se coloran,
Y entre sombras
Y reflejos,
Cerca y lejos
Ya se pierden,
Ya me evitan
Con temor,
Ya se agitan
Con furor,
En aérea danza fantástica
A mi alrededor.

Vago enjambre de vanos fantasmas
De formas diversas, de vario color,
En cabras y sierpes montados y en cuervos,
Y en palos de escobas, con sordo rumor:

Baladros lanzan y aullidos,
Silbos, relinchos, chirridos,
Y en desacordado estrépito,
El fantástico escuadrón
Mueve horrenda algarabía,
Con espantosa armonía
Y horrísona confusión.

Del toro ardiente el mugido
Responde en ronco graznar

La malhadada corneja
Y el agorero cantar
De alguna hechicera vieja;
El gato bufa y maúlla,
El lobo erizado aúlla,
Ladra furioso el mastín:
Y ruidos, voces y acentos
Mil se mezclan y confunden,
Y pavor y miedo infunden
Los bramidos de los vientos;
Que al mundo amagan su fin
En guerra los elementos.

Relámpago rápido
Del cielo las bóvedas
Con luz rasga cárdena,
Y encima descúbrese
Jinete fantástico,
Quizá el genio indómito
De la tempestad.

De cien truenos juntos retumba el fragor
En bosques, montañas, cavernas, torrentes:
Quizá son del miedo los genios potentes
Que el cántico entonan de espanto y terror.

Lanzando bramidos hórridos
Y tronchando añosos árboles,
Irresistible su ímpetu,
Teñida en colores lívidos,
Gigante forma flamígera
Cabalga en el huracán.
Quizá el genio de la guerra,

Cuya frente tornasola
Con roja vaga aureola
El relámpago fugaz.

Aquí retiembla la tierra,
Allí rebrama la mar,
Altísima catarata
Zumba y despéñase allá:

Allí torrentes de lava
Lanza mugiente volcán,
Aquí temerosa tromba
Se agita en la tempestad,

Y agua, fuego, peñas, árboles
Ávida sorbe al pasar.
Allí colgada la luna,
Con torva, cárdena faz,

Triste, fatídica, inmóvil
En la inmensa oscuridad,
Más entristece que alumbra,
Cual lámpara sepulcral.

Allí bramidos de guerra
Se escuchan, y el golpear
Del acero, y de las trompas
El estrépito marcial.

Aquí relinchar caballos
Y estruendo de pelear;
Allí retumban cañones,
Lamentos suenan allá,

Y alaridos, voces, ayes
Y súplicas y llorar;

Aquí desgarradas músicas
Y cantares; acullá

Ruido de gentes que danzan
Con bullicioso compás;
Acá risas y murmullos,
Riñas y gritos allá:

Allí el estruendo se escucha
De amotinada ciudad,
Carcajadas, orgias, brindis,
Y maldecir y jurar.

Aquí el susurro entre flores
Del cefirillo galán;
Allí el eco interrumpido
De algún suspiro fugaz.

Ora un beso, una palabra,
De alguna trova el final;
Todo en confusa discordia
Se oye á un tiempo resonar,

Breve compendio del mundo,
La tartárea bacanal,
Y trastornan y confunden
Tanto estrépito á la par:

Y aturden, turban, marean
Tanta visión, tanto afán.

UN CORO

Allá va la nave:
¿Quién sabe dó va?

¡Ay! ¡triste el que fía
Del viento y la mar!

—

UNA VOZ

¿Qué importa? el destino
Su rumbo marcó.
¿Quién nunca sus leyes
Mudar alcanzó?
Allá va la nave;
Bogad sin temor,
Ya el aura la arrulle,
Ya silbe aquilón.

—

SEGUNDO CORO

Venid, levantemos
Segunda Babel,
El velo arranquemos
Que esconde al saber.

—

UNA VOZ

Verdad, te buscamos:
Osamos subir
Al último cielo
Volando tras ti.
Con noble avaricia
Y en ansia sin fin
De ver cuanto ha sido
Y está por venir.

—

TERCER CORO

Mentira, tú eres
Luciente cristal,
Color de oro y nácar
Que encanta el mirar.

—

UNA VOZ

Feliz á quien meces,
Mentira, en tus sueños,
Tú sola halagüeños
Placeres nos das.
¡Ay! ¡nunca busquemos
La triste verdad!
La más escondida
Tal vez, ¿qué traerá?
¡Traerá un desengaño!
¡Con él un pesar!

VARIAS VOCES

—

PRIMERA VOZ

Yo combato por la gloria,
Su corona es de laurel,
Cántame versos, poeta,
Póstrate, mundo, á mis pies.

—

SEGUNDA VOZ

Yo levantaré un palacio
Que oro y perlas ornarán,
Príncipes serán mis siervos,
El pueblo, Dios me creerá.

TERCERA VOZ

Venid, hermosas, á mí,
Dadme deleite y amor,
Voluptüosa pereza,
Besos de dulce sabor;
Y entre perfumes y aromas,
Bullentes vinos, y al són
Del arpa, blanda me arrulle
Y armoniosa vuestra voz.

—

CUARTA VOZ

Venid, empujadme,
La cima toqué,
Subidme, que luégo
La mano os daré.

—

QUINTA VOZ

¡Ay! yo caí de la elevada cumbre
En honda sima que á mis pies se abrió:
¡Grande es mi pena, larga mi agonía!...
¡Una mano! ¡ayudadme! ¡compasión!

—

SEXTA VOZ

Errante y amarrado á mi destino,
Vago solo y en densa oscuridad;
¡Siempre viajando estoy, y mi camino
Ni descanso ni término tendrá!

—

SÉPTIMA VOZ

Sin pena vivamos
En calma feliz,
Gozar es mi estrella,
Cantar y reir.

—

OCTAVA VOZ

¿Quién calmará mi dolor?
¿Quién enjugará mi llanto?
¿No habrá alivio á mi quebranto?
¿Nadie escucha mi clamor?

EL POETA

—

¿Dónde estoy? tal vez bajé
Á la mansión del espanto,
Tal vez yo mismo creé
Tanta visión, sueño tanto,
Que donde estoy ya no sé.

Hórrida turba quizá
Que en tormenta y confusión
Á anunciar al mundo va
Su ruina y desolación,
Mensajeros de Jehová:

¿Quiénes sois, genios sombríos
Que junto á mí os agolpáis?
¿Sois vanos delirios míos,
Ó sois verdad? ¿Qué buscáis?
¿Qué queréis? ¿adónde vais?

Mas de la célica cumbre
Llamëante catarata
En ondas de viva lumbre
Súbito miro saltar.
Y ola tras ola de fuego
Vuela en el aire y se alcanza
Con estruendo y furor ciego,
Como despeñado mar.

Y al hondo abismo en seguida
Se precipita y se pierde
La catarata encendida
Que en arco rápido cae.
Océano inmenso volcado
Rojos los aires incendia,
En tumbos arrebatado
Recia tormenta lo trae.

Y en medio negra figura
Levantada en pie se mece,
De colosal estatura
Y de imponente ademán.

Sierpes con su cabellera
Que sobre su frente silban,
Su boca espantosa y fiera
Como el cráter de un volcán.

De duendes y trasgos
Muchedumbre vana
Se agita y se afana
En pos su señor.
Y allí entre las llamas
Resbalan, se lanzan,
Y juegan y danzan
Saltando en redor.

Bullicioso séquito
Que vienen y van,
Visiones fosfóricas,
Ilusión quizá.
Trémulas imágenes
Sin marcada faz,
Su voz sordo estrépito
Que se oye sonar,
Cual zumbido unísono
De mosca tenaz.

Allí entre las llamas
Hirviendo en montón,
No cesa su ronco
Monótono són,
Murmurando á un tiempo mismo
Todos juntos y á una voz,
Y apareciéndose súbito
Ora fuego, ora vapor.

Tendió una mano al infernal gigante
Y la turba calló, y oyóse sólo
En silencio el estrépito atronante
Del flamígero mar: luégo un acento
Claro, distinto, rápido y sonoro
Por la vaga región cruzó del viento
Con rara melancólica armonía,
Que brotaba doquiera,
Y un eco en derredor lo repetía.

Voz admirable, y vaga, y misteriosa,
Viene de allá del alto firmamento,
Crece bajo la tierra temblorosa,
Vaga en las alas del callado viento.
Voz de amargo placer, voz dolorosa,
Incomprensible mágico portento,
Voz que recuerda al alma conmovida
El bien pasado y la ilusión perdida.

«¡Ay!» exclamó, con lamentable queja,
Y en torno resonó triste gemido,
Como el recuerdo que en el alma deja
La voz de la mujer que hemos querido.
«¡Ay! ¡cuán terrible condición me aqueja
Para llorar y maldecir nacido,
Víctima yo de mi fatal deseo,
Que cumplirse jamás mis ansias veo!

» ¿Quién es Dios? ¿Dónde está? Sobre la cumbre
De eterna luz que altísima se ostenta,
Tal vez en trono de celeste lumbre
Su incomprensible majestad se asienta:
De mundos mil la inmensa pesadumbre
Con su mano tal vez rige y sustenta,

Sempiterno, infinito, omnipotente,
Invisible doquier, doquier presente.

» Y allá en la gran Jerusalén divina
Tal vez escucha en holocausto santo
Del querub que á sus pies la frente inclina,
Voces que exhalan armonioso canto.
La máquina sonora y cristalina
Del mundo rueda en derredor en tanto,
Y entre aromas, y gloria, y resplandores,
Recibe humilde adoración y amores.

» *Santo, Santo,* los ángeles le cantan,
Hosanna, Hosanna en las alturas suena,
Rayos de luz perfilan y abrillantan
Nube de incienso y trasparencia llena;
Y en ella con murmullo se levantan,
Paz demandando á la mansión serena,
Las preces de los hombres en su duelo,
Y paz les vuelve y bendición el cielo.

» ¿Es Dios tal vez el Dios de la venganza,
Y hierve el rayo en su irritada mano,
Y la angustia, el dolor, la muerte lanza
Al inocente que le implora en vano?
¿Es Dios el Dios que arranca la esperanza,
Frívolo, injusto y sin piedad tirano,
Del corazón del hombre, y le encadena,
Y á eterna muerte al pecador condena?

» Embebido en su inmenso poderío,
¿Es Dios el Dios que goza en su hermosura,
Que arrojó el universo en el vacío,
Leyes le dió y abandonó su hechura?

¿Fué vanidad del hombre y desvarío
Soñarse imagen de su imagen pura?
¿Es Dios el Dios que en su eternal sosiego
Ni vió su llanto ni escuchó su ruego?

» ¿Tal vez secreto espíritu del mundo,
El universo anima y alimenta,
Y derramado su hálito fecundo
Alborota la mar y el cielo argenta,
Y á cuanto el orbe en su ámbito profundo
Tímido esconde ó vanidoso ostenta,
Presta con su virtud desconocida
Alma, razón, entendimiento y vida?

» ¿Y es Dios tal vez la inteligencia osada
Del hombre siempre en ansias insaciable,
Siempre volando y siempre aprisionada
De vil materia en cárcel deleznable?
¿Á esclavitud eterna condenada,
Á fiera lucha, á guerra interminable,
Tal vez estás, divinidad sublime,
Que otra divinidad de inercia oprime?

» ¿Y es en su vida el universo entero
Ilimitado campo de pelea,
Cada elemento un triste prisionero
Que su cadena quebrantar desea,
Y ardes en todo, espíritu altanero,
Lumbre matriz, devoradora tea,
Como el que oculto, misterioso aliento
Mueve la mar con loco movimiento?

» ¿Cuándo tu guerra término tendrá,
Y romperás tu lóbrega prisión?

¿Su faz el universo cambiará?
¿Creará otros seres de inmortal blasón,
Ó la muerte silencio te impondrá?
¿Volarás fugitivo á otra región,
Ó, disipando la materia impura,
El mundo inundarás de tu hermosura?»

—«¿Quién sabe? acaso yo soy
El espíritu del hombre
Cuando remonta su vuelo
Á un mundo que desconoce,
Cuando osa apartar los rayos
Que á Dios misterioso esconden,
Y analizarle atrevido
Frente á frente se propone.
Y entre tanto que impasibles
Giran cien mundos y soles
Bajo la ley que gobierna
Sus movimientos acordes,
Traspasa su estrecho límite
La imaginación del hombre,
Jinete sobre las alas
De mi espíritu veloces,
Y otra vez va á mover guerra,
Á alzar rebeldes pendones,
Y hasta el origen creador
Causa por causa recorre,
Y otra vez se hunde conmigo
En los abismos, en donde
En tiniebla y lobreguez
Maldice á su Dios entonces.
¡Ay! su corazón se seca,
Y huyen de él sus ilusiones,

Delirio son engañoso
Sus placeres, sus amores,
Es su ciencia vanidad,
Y mentira son sus goces:
¡Sólo verdad su impotencia,
Su amargura y sus dolores!

» Tú me engendraste, mortal,
Y hasta me distes un nombre,
Pusiste en mí tus tormentos,
En mi alma tus rencores,
En mi mente tu ansiedad,
En mi pecho tus furores,
En mi labio tus blasfemias
É impotentes maldiciones,
Me erigiste en tu verdugo,
Me tributaste temores,
Y entre Dios y yo partiste
El imperio de los orbes.
Y yo soy parte de ti,
Soy ese espíritu insomne
Que te excita y te levanta
De tu nada á otras regiones,
Con pensamientos de ángel,
Con mezquindades de hombre.

» Tú te agitas como el mar
Que alza sus olas enormes,
Humanidad, en oleadas
Por quebrantar tus prisiones.
¿Y en vano será que empujes,
Que ondas con ondas agolpes,
Y de tu cárcel la linde
Con vehemente furia azotes?

¿Será en vano que tu mente
Á otras esferas remontes,
Sin que los negros arcanos
De vida y de muerte ahondes?
¿Viajas tal vez hacia atrás?
¿Adelante tal vez corres?
¿Quizá una ley te subyuga?
¿Quizá vas sin saber dónde?
Las creencias que abandonas,
Los templos, las religiones
Que pasaron, y que luégo
Por mentira reconoces,
¿Son quizá menos mentira
Que las que ahora te forjes?
¿No serán tal vez verdades
Los que tú juzgas errores?

» Mas tú como yo impulsada
Por una mano de bronce,
Allá vas, y en vano, en vano
Descanso pides á voces;
Los siglos se precipitan,
Se hunden cien generaciones,
Piérdense imperios y pueblos,
Y el olvido los esconde;
Y tú allá vas, allá vas
Abandonada y sin norte,
Despeñada y de tropel
Y en aparente desorden;
Y ora inundas la llanura,
Allanas luégo los montes,
¡No hay hondo abismo ni cielo
Que á descubrir no te arrojes!!

¡Pobre ciega! loca, errante,
Aquí sagaz, allí torpe,
Tú misma para ti misma
Toda arcano y confusiones.

» Y ya por senda trazada
Viajes sometida y dócil,
Y sigas crédula en paz
Las huellas de tus mayores,
Ya nuevas galas te vistas,
Y de las antiguas mofes,
Y rebelde de tus hierros
Muerdas ya los eslabones,
Yo siempre marcho contigo
Y ese gusano que roe
Tu corazón, esa sombra
Que anubla tus ilusiones,
Soy yo, el lucero caído,
El ángel de los dolores,
El rey del mal, y mi infierno
Es el corazón del hombre.
Feliz mientras la esperanza
¡Ay! tus delirios adorne,
Infeliz cuando tu mente
Los recuerdos emponzoñen
Y á la mar sin rumbo fijo
Desesperado te arrojes:
Ni un astro te alumbrará,
Será en vano que á Dios nombres,
Ora le reces sin fe,
Ora su enojo provoques.
Sólo el huracán y el trueno
Responderán á tus voces,

Sin hallar puerto ni playa
Por más que anhelante bogues.
Y al fin la materia muere;
Pero el espíritu ¿adónde
Volará? ¿Quién sabe? ¡Acaso
Jamás sus cadenas rompe!!!»

Dijo, y la ígnea luminosa frente
Dejó caer desesperado y triste,
Y corrió de sus ojos larga fuente
De emponzoñadas lágrimas: profundo
Silencio en torno dominó un momento:
Luégo en aéreo modulado acento
Cien coros resonaron,
Y allá en el aire en confusión cantaron.

—

PRIMER CORO

Genios, venid, venid
Vuestro mal con el hombre á repartir.

—

SEGUNDO CORO

Ya la esperanza á los hombres
Para siempre abandonó,
Los recuerdos son tan sólo
Pasto de su corazón.

—

TERCER CORO

Nosotros, genios del mal,
Aunque en nosotros no cré,

Somos su Dios, condenado
Nuestro influjo á obedecer.

—

PRIMER CORO

Genios, venid, venid
Vuestro mal con el hombre á repartir.

—

UNA VOZ

Yo turbaré sus amores,
Disiparé su ilusión,
Atizaré sus rencores,
Y haré eternos sus dolores,
Mal llagado el corazón.

—

SEGUNDA VOZ

Yo confundiré á sus ojos
La mentira y la verdad,
Y la ciencia y los sucesos
Su mente confundirán.

—

TERCERA VOZ

Marchitaré la hermosura,
Rugaré la juventud,
El alma que nació pura
Renegará la virtud,
Maldecirá de su hechura.

CUARTA VOZ

Yo haré dudar del cariño
Que muestra al tímido niño
El corazón maternal;
Y haré vislumbre al través
Del amor el interés
Como su vil manantial.

—

QUINTA VOZ

Una barra de oro
Su Dios será,
La avaricia del hombre
La adorará:
Viles pasiones
Gobernarán tan sólo
Sus corazones.

Genios, venid, venid
Nuestro mal con el hombre á repartir.

—

SEXTA VOZ

Mi lanza impávida
Derribará
Ese Dios mísero
De vil metal.
Sobre sus aras
Me asentaré,
Y esclavo al hombre
Dominaré.

Genios, venid, venid
Y esos esclavos á mi carro uncid.

SÉPTIMA VOZ

Yo romperé las cadenas,
Daré paz y libertad,
Y abriré un nuevo sendero
A la errante humanidad.

—

CORO

¡Quién sabe! ¡Quién sabe!
Quizá ensueños son,
Mentidos delirios,
Dorada ilusión.

Genios, venid, venid
Nuestro mal con el hombre á repartir.

EL POETA

—

Como nubes que en negra tormenta
Precipita violento huracán,
Y en confuso montón apiñadas,
De tropel y siguiéndose van,

Y visiones y horrendos fantasmas,
Monstruos raros de formas sin fin,
Y palacios, ciudades y templos,
Nuestros ojos figuran allí;

Y entre masas espesas de polvo
Desparece la tierra tal vez,
Cual gigante cadáver que cubre
Vil mortaja de lienzo soez;

24

Como zumba sonante á lo lejos
El doliente rugido del mar,
Cuando rompe en las rocas sus olas,
Fatigadas de tanto luchar;

Y la brisa en la noche serena
En sus ráfagas trae la canción,
Que al compás de los remos entona,
Mar adentro quizá un pescador:

Así, en turbio veloz remolino
El diabólico ejército huyó,
Vagarosas pasaron sus sombras,
Y el crujir de sus alas sonó.

Y en el yermo fantástico espacio,
Largo tiempo se oyó su cantar,
Y á lo lejos el flébil quejido
Poco á poco armonioso espirar.

Embargada y absorta la mente,
En incierto delirio quedó,
Y abrumada sentí que mi frente
Un torrente de lava quemó.

Y en mi loca falaz fantasía
Sus clamores y cánticos oí,
Y el tumulto y su inquieta porfía
Encerrado en mí mismo sentí.

Así al són agudo de bélica trompa,
Y al compás del golpe que marca el tambor,
Brioso en alarde, y magnífica pompa,
En orden desfila guerrero escuadrón.

Y espadas, fusiles, caballos, cañones
Pasan, y los ojos en confuso ven
Brillar aún las armas, ondear los pendones,
Fantásticas plumas del viento al vaivén,

Relumbrar corazas, y el polvo y la gente,
Y se oye á lo lejos un vago rumor,
Y queda en su encanto suspensa la mente,
Y oir y ver piensa después que pasó.

Mas ya del primer albor
La luz pura tiñe el cielo,
Y al naciente resplandor,
Naturaleza su velo
Pinta con vario color.

Y se esparce por el mundo
Un armonioso contento,
Un confuso movimiento,
Que en pensamiento profundo
Suspende el entendimiento.

¿Es verdad lo que ver creo?
¿Fué un ensueño lo que ví
En mi loco devaneo?
¿Fué verdad lo que fingí?
¿Es mentira lo que veo?

CANTO PRIMERO

—

Sobre una mesa de pintado pino
Melancólica luz lanza un quinqué,
Y un cuarto ni lujoso ni mezquino
A su reflejo pálido se ve:
Suenan las doce en el reló vecino
Y el libro cierra que anhelante lee
Un hombre ya caduco, y cuenta atento
Del cansado reloj el golpe lento.

Carga después sobre la diestra mano
La ya rugosa y abrumada frente,
Y un pensamienio fúnebre, tirano,
Fija y domina, al parecer, su mente:
Borrarlo intenta en su ansiedad en vano,
Vuelve á leer, y en tanto que obediente
Se somete su vista á su porfía,
Lánzase á otra región su fantasía.

«¡Todo es mentira y vanidad, locura!»
Con sonrisa sarcástica exclamó.
Y en la silla tomando otra postura,
De golpe el libro y con desdén cerró:
Lóbrega tempestad su frente oscura
En remolinos densos anubló,
Y los áridos ojos quemó luégo
Una sangrienta lágrima de fuego.

«¡Ay, para siempre, dijo, la ufanía
Pasó ya de la hermosa juventud,

La música del alma y melodía,
Los sueños de entusiasmo y de virtud!...
Pasaron ¡ay! las horas de alegría,
Y abre su seno hambriento el ataúd,
Y único porvenir, sola esperanza,
La muerte, á pasos de gigante avanza.

»¿Qué es el hombre? Un misterio. ¿Qué es la vida?
¡Un misterio también!... Corren los años
Su rápida carrera, y escondida
La vejez llega envuelta en sus engaños:
Vano es llorar la juventud perdida,
Vano buscar remedio á nuestros daños;
Un sueño es lo presente de un momento,
Muerte es el porvenir, lo que fué, ¡un cuento!...

»Los siglos á los siglos se atropellan;
Los hombres á los hombres se suceden,
En la vejez sus cálculos se estrellan,
Su pompa y glorias á la muerte ceden:
La luz que sus espíritus destellan
Muere en la niebla que vencer no pueden,
¡Y es la historia del hombre y su locura
Una estrecha y hedionda sepultura!

»¡Oh! ¡si el hombre tal vez lograr pudiera
Ser para siempre joven é inmortal,
Y de la vida el sol le sonriera,
Eterno de la vida el manantial!
¡Oh! ¡como entonces venturoso fuera
Roto un cristal, alzarse otro cristal
De ilusiones sin fin, comtemplaría,
Claro y eterno sol de un bello día!...

»Necio, dirán, tu espíritu altanero
¿Dónde te arrastra, que insensato quiere
En un mundo infeliz, perecedero,
Vivir eterno mientras todo muere?
¿Qué hay inmortal, ni aun firme y duradero?
¿Qué hay que la edad con su rigor no altere?
¿No ves que todo es humo, y polvo, y viento?
¡Loco es tu afán, inútil tu lamento!...»

Todos más de una vez hemos pensado
Como el honrado viejo en este punto;
Y mucho nuestros frailes han hablado,
Y Séneca y Platón sobre el asunto;
Yo, por no ser prolijo ni cansado
(Que ya impaciente á mi lector barrunto),
Diré que al cabo, de pensar rendido,
Tendióse el viejo y se quedó dormido.

Tal vez será debilidad humana
Irse á dormir á lo mejor del cuento,
Y cortado dejar para mañana
El hilo que anudaba el pensamiento:
Dicen que el sueño, del olvido mana
Blando licor que calma el sentimiento;
¡Mas ¡ay! que á veces fijo en una idea,
Bárbaro en nuestro llanto se recrea!

Quedóse en su profundo sueño, y luégo
Una visión... — ¡Visión! frunciendo el labio,
Oigo que clama, de despecho ciego,
Un crítico feroz. — Perdona ¡oh sabio!
Sabio sublime, espérate, te ruego
Y yo te juro por mi honor, ¡oh Fabio!...

Si no es Fabio tu nombre, en este instante
A dártelo me obliga el consonante;

Juro que escribo para darte gusto
A ti solo, y al mundo entero enojo,
Un libro en que á Aristóteles me ajusto
Como se ajusta la pupila al ojo:
Mis reflexiones sobre el hombre justo
Que sirve á su razón, nunca á su antojo,
Publicaré después para que el mundo
Mejor se vuelva, ¡oh crítico profundo!

Que yo bien sé que el mundo no adelanta
Un paso más en su inmortal carrera,
Cuando algún escritor como yo canta
Lo primero que salta en su mollera;
Pero no es eso lo que más me espanta,
Ni lo que acaso espantará á cualquiera:
Terco escribo en mi loco desvarío
Sin ton ni són, y para gusto mío.

La zozobra del alma enamorada,
La dulce vaguedad del sentimiento,
La esperanza, de nubes rodeada,
De la memoria el dolorido acento,
Los sueños de la mente arrebatada,
La fábrica del mundo y su portento,
Sin regla ni compás canta mi lira:
¡Sólo mi ardiente corazón me inspira!

Y á la extraña visión volviendo ahora
Que al triste viejo apareció en su sueño
(Que algunas veces cuando el alma llora,
La mente en consolarnos pone empeño,

Y bienes y delirios atesora
Que hacen más duro, al despertar, el ceño
De la suerte fatal que en esta vida
Nos persigue con alma empedernida),

Es fama que soñó... y hé aquí una prueba
De que nunca el espíritu reposa,
Y esto otra vez á digresar me lleva
De la historia del viejo milagrosa;
Y á nadie asombre que á afirmar me atreva
Que siendo al alma la materia odiosa,
Aquí, para vivir en santa calma,
Ó sobra la materia, ó sobra el alma.

Quiere aquélla el descanso, y en el lodo
Nos hunde perezosa y encenaga;
Ésta presume adivinarlo todo,
Y en la región del infinito vaga:
Flojo, torpe, á traspiés como un beodo
Que con sueños su mente el vino estraga,
La materia al espíritu obedece
Hasta que, yerta al fin, cede y fallece.

Llaman pensar así filosofía,
Y al que piensa, filósofo, y ya siento
Haberme dedicado á la poesía
Con tan raro y profundo entendimiento.
Yo con erudición ¡cuánto sabría!...
Mas vuelta á la visión y vuelta al cuento,
Aunque ahora que un sastre es *esprit fort*,
No hay ya visión que nos inspire horror.

Más me valiera el campo lisonjero
Correr de la política, y revista

Pasar con tanto sabio y financiero,
Diplomático, ecónomo, hacendista,
Estadista, filósofo, guerrero,
Orador, erudito y periodista
Que honran el siglo: ¡espléndidos varones,
Dicha no, pero honor de las naciones!

Y mucho más sin duda me valiera,
Que no andar, por el mundo, componiendo,
De niño, haber seguido una carrera
De más provecho y de menor estruendo;
Que, si no sabio, periodista fuera,
Que es punto menos; mas ¡dolor tremendo!
¡Mis estudios dejé á los quince años,
Y me entregué del mundo á los engaños!

¡Oh padres! ¡Oh tutores! ¡Oh maestros,
Los que educáis la juventud sencilla!
Sigan senda mejor los hijos vuestros
Donde la antorcha de las ciencias brilla:
Tenderos ricos, abogados diestros,
Del foro y de la bolsa maravilla,
Pueden ser, y, si no, sean diputados
Graves, serios, rabiosos, moderados.

Y si llega á Ministro el tierno infante,
Llanto de gozo ¡oh padres! derramad
Al contemplarle demandar triunfante
Á las Cortes un bill de indemnidad.—
Perdón, lector; mi pensamiento errante
Flota en medio á la turba tempestad
De locas reprensibles digresiones.—
¡Siempre juguete fuí de mis pasiones!

Por la inerte materia vaga incierta
El alma en nuestra fábrica escondida,
Á otra vida durmiendo nos despierta,
Vida inmortal, á un punto reducida.
De la esperanza la sabrosa puerta
El espíritu abre, y la perdida
Memoria renovando, allí en un punto
Cuanta fué, es, y será, presenta junto.

¿Será que el alma su inmortal esencia
Entre sueños revela, y desatada
Del tiempo y la medida su existencia,
La eternidad formula á la espantada
Mente oscura del hombre? ¡Oh ciencia! ¡Oh ciencia
Tan grave, tan profunda y estirada!
Vergüenza ten y permanece muda.
¿Puedes tú acaso resolver mi duda?

Duerme entre tanto el venerable anciano,
Mientras que yo discurro sin provecho:
Figuras mil en su delirio insano
Fingiendo en torno á su encantado lecho.
El sueño su invencible y grave mano
Posando silencioso sobre el pecho,
Formas de luz y de color sombrío
Arroja al huracán del desvarío.

Y como el polvo en nubes que levanta
En remolinos rápidos el viento,
Formas sin forma, en confusión que espanta,
Alza el sueño en su vértigo violento:
Del vano reino el límite quebranta
Vago escuadrón de imágenes sin cuento,

Y otros mundos al viejo aparecían,
Y esto los ojos de su mente vían.

En lóbrego abismo que sombras eternas
Envuelven en densa tiniebla y horror,
Do reina un silencio que nunca se altera,
Y ahuyenta el olvido del mundo el rumor,

Con lástima y pena, mirando al anciano,
Vaporosa sombra de un lejano bien,
De vagos contornos confusa figura,
Cual bello cadáver, se alzó una mujer:

Y oyóse en seguida lánguida armonía,
Música süave, y luego una voz
Cantó, que el oído no la percibía,
Sino que tan solo la oyó el corazón.

Débil mortal, no te asuste
Mi oscuridad ni mi nombre;
En mi seno encuentra el hombre
Un término á su pesar.
Yo compasiva le ofrezco
Lejos del mundo un asilo,
Donde á mi sombra tranquilo
Para siempre duerma en paz.

Isla yo soy de reposo
En medio el mar de la vida,
Y el marinero allí olvida
La tormenta que pasó:

Allí convidan al sueño
Aguas puras sin murmullo,
Allí se duerme al arrullo
De una brisa sin rumor.

Soy meláncolico sauce
Que su ramaje doliente
Inclina sobre la frente
Que arrugara el padecer;
Y aduerme al hombre, y sus sienes
Con fresco jugo rocía,
Mientras el ala sombría
Bate el olvido sobre él.

Soy la virgen misteriosa
De los últimos amores,
Y ofrezco un lecho de flores
Sin espinas ni dolor,
Y amante doy mi cariño
Sin vanidad ni falsía;
No doy placer ni alegría;
Mas es eterno mi amor.

En mí la ciencia enmudece,
En mí concluye la duda,
Y árida, clara y desnuda
Enseño yo la verdad;
Y de la vida y la muerte
Al sabio muestro el arcano,
Cuando al fin abre mi mano
La puerta á la eternidad.

Ven, y tu ardiente cabeza
Entre mis brazos reposa;

Tu sueño, madre amorosa,
Eterno regalaré:
Ven, y yace para siempre
En blanda cama mullida,
Donde el silencio convida
Al reposo y al no ser.

Deja que inquieten al hombre,
Que loco al mundo se lanza,
Mentiras de la esperanza,
Recuerdos del bien que huyó:
Mentira son sus amores,
Mentira son sus victorias,
Y son mentira sus glorias,
Y mentira su ilusión.

Cierre mi mano piadosa
Tus ojos al blando sueño,
Y empape suave beleño
Tus lágrimas de dolor:
Yo calmaré tu quebranto
Y tus dolientes gemidos,
Apagando los latidos
De tu herido corazón.

¿Visteis la luna reflejar serena
Entre las aguas de la mar sombría,
Cuando se calma nuestra amarga pena,
Y siente el corazón melancolía?

¿Y el mar que allá á lo lejos se dilata,
Imagen de la oscura eternidad,
Y el horizonte azul bañado en plata,
Rico dosel que desvanece el mar?

¿Y del aura sutil que se desliza
Por las aguas, oísteis el murmullo,
Cuando las olas argentadas riza
Con blanda queja y con doliente arrullo?

¿Y sentisteis tal vez un tierno encanto,
Una voz que regala el corazón,
Dulce, inefable y misterioso canto
De vago afán é incomprensible amor?

Blanda así la quimérica armonía
Sonó del melancólico cantar;
Vibraciones del alma y melodía
De un corazón que fatigó el pesar.

Y la amorosa y pálida figura
Dos amarillos brazos extendió,
Y sus lánguidos ojos de dulzura
Al triste viejo con piedad volvió.

Ojos sin luz que su mirada hiela,
Intima, intensa el corazón domina,
En densas sombras los sentidos vela,
En mudo pasmo la razón fascina.

Coagularse su sangre el viejo siente
Poco á poco en sus venas con sabroso
Desmayo, y que se trueca su impaciente
Afán en un letargo vaporoso:

Entorpece sus miembros y embrïaga
Su mente aquella mágica figura,
La breve luz de su existencia apaga
Con su mirada de fatal ternura.

Sus labios besa con mortal anhelo
Cariñosa la pálida visión,
Y á las entrañas se desprende el hielo
De sus áridos labios sin color.

Sus ojos fijos en los muertos ojos
Desvanecidos de mirar sentía,
Los rayos de su luz yertos despojos
Que la mirada mágica absorbía.

Por su cuerpo un deleite serpeaba
Sus nervios suavemente entumeciendo,
Y el espíritu dentro resbalaba,
Grato sopor y languidez sintiendo.

Ya su delgada, amarillenta mano,
Sobre su pecho á reposarla extiende,
Y exánime mirándola el anciano,
Yerto é inmóvil su destino atiende.

Así el viajero fatigado, cuando
El sueño los sentidos entorpece,
Las fuerzas poco á poco van faltando,
Y el cuerpo perezoso desfallece.

Y perdido en el áspera montaña,
Sobre la nieve desplomado cae,
Su juicio se devana y enmaraña,
Gratas visiones su desmayo trae.

Y lenta y muellemente adormecida
La máquina mortal, lánguidamente
Bostezar torpe la ondulante vida
Entre los brazos de la muerte siente.

¿Será que consumida por los años
Sienta placer la vida fatigada,
En dejar de este mundo los engaños,
El término al tocar de su jornada?

¿La trabazón de la materia inerte
Desatada, disuelto el cuerpo espira.
Y el espíritu, cerca ya la muerte,
Por la perdida libertad suspira?

Rendido en tanto el moribundo anciano,
Con deleite la eterna paz espera;
Su mano estrecha la aterida mano
Que marca el fin de su vital carrera.

Cuando á otra parte con estruendo el suelo
Crujir y el muro de su estancia siente,
Y ven sus ojos un inmenso cielo
Desarrollarse en luz de oro candente.

Rico manto de lumbre y pedrería
Tachonado de soles á millares,
Olas de aljofarada argentería
Meciendo el aire en esparcidos mares.

Y un sol con otro sol que se eslabona
En torno á una deidad orlan su frente,
Y los rayos de luz de su corona
En un velo la envuelven trasparente.

Majestüosa, diáfana y radiante
Su hermosura, en su lumbre se confunde,
Agitada columna coruscante,
Júbilo y vida por doquier difunde.

Eterno amor, inmarcesibles glorias,
Armas, coronas de oro y de laurel,
Triunfos, placeres, esplendor, victorias,
Ilusiones, riquezas y poder.

Eterna vida, eterno movimiento,
Los sueños de la dulce poesía,
El sonoro y quimérico concento
De la rica extasiada fantasía:

El eco blando del primer suspiro,
La dulce queja del primer amor,
La primera esperanza y el respiro
Que pura exhala la aromosa flor:

La faz hermosa de la noche en calma
Y el són del melancólico laúd,
Los devaneos plácidos del alma,
El sosiego y la paz de la virtud:

La santa dicha del hogar paterno,
Del amigo la plática sabrosa,
El blando sueño en el regazo tierno
De la feliz, enamorada esposa:

El puro beso del alegre niño
Que en torno de sus padres juguetea,
Prenda de amor, emblema del cariño
En que el alma gozosa se recrea:

La fe, la religión, bálsamo suave
Que vierte en el espíritu consuelo,
Y de las ciencias el estudio grave
Que alza la mente á la región del cielo;

La máquina del mundo y su hermosura,
Que arrobado el espíritu contempla,
La augusta soledad que la amargura
Tal vez del alma combatida templa:

De la pasión el goce turbulento,
Siguiendo atropellado á la esperanza,
Ligero tamo que arrebata el viento
Y despeñado á su ilusión se lanza:

El aplauso del mundo y la tormenta,
Y el afán y el horrísono vaivén,
El noble orgullo y la ambición sangrienta
De nombre avara y de esplendente prez:

Del tronante cañón el estampido,
El lujo y el furor de la batalla,
Del corazón el bélico latido,
Que hace que hierva la abrasante malla:

El oro que famélico codicia
El hombre, y en montones lo atesora:
Alimento infernal de la avaricia,
Que hambre más siente cuanto más devora:

La crápula, el escándalo y mareo
De en vicios rica, estrepitosa orgía,
El pudor resistiéndose al deseo,
Y mezclándose el vino en la porfía;

La alegre danza en movimiento blando,
Que orna voluptüosa liviandad,
Al goce, al apetito convidando
Con sus mórbidas formas la beldad:

Cuanto fingió é imaginó la mente,
Cuanto del hombre la ilusión alcanza,
Cuanto creara la ansiedad demente,
Cuanto acaricia en sueños la esperanza;

La radiante visión maravillosa
Brinda con mano pródiga en montón,
Y en óptica ilusoria y prodigiosa
Pasar el viejo ante sus ojos vió.

Y entre aplausos, y músicas, y estruendo,
Y de ella en pos la humanidad entera,
Y en torno de ella armónica volviendo
En giro eterno la argentada esfera;

Suenan voces y cánticos sonoros
Que el aire en ecos derramados hienden,
Y ángeles mil en matizados coros
El aire rasgan y en fulgor lo encienden.

Y una voz como ráfaga de viento,
Palpitando de vida y de armonía
Sobre el vario, magnífico concento,
Así cantando resonar se oía.

Salve, llama creadora del mundo,
Lengua ardiente de eterno saber;
Puro germen, principio fecundo
Que encadenas la muerte á tus pies.

Tú la inerte materia espoleas,
Tú la ordenas juntarse y vivir,
Tú su lodo modelas y creas
Miles seres de formas sin fin.

Desbarata tus obras en vano
Vencedora la muerte tal vez,
De sus restos levanta tu mano
Nuevas obras triunfante otra vez.

Tú la hoguera del sol alimentas,
Tú revistes los cielos de azul,
Tú la luna en las sombras argentas,
Tú coronas la aurora de luz.

Gratos ecos al bosque sombrío,
Verde pompa á los árboles das:
Melancólica música al río,
Ronco grito á las olas del mar.

Tú el aroma en las flores exhalas,
En los valles suspiras de amor,
Tú murmuras del aura en las alas,
En el Bóreas retumba tu voz.

Tú derramas el oro en la tierra
En arroyos de hirviente metal,
Tú abrillantas la perla que encierra
En su abismo profundo la mar.

Tú las cárdenas nubes extiendes,
Negro manto que agita Aquilón,
Con tu aliento los aires enciendes,
Tus rugidos infunden pavor.

Tú eres pura simiente de vida,
Manantial sempiterno de bien,
Luz del mismo Hacedor desprendida,
Juventud y hermosura es tu ser.

Tú eres fuerza secreta que el mundo
En sus ejes impulsa á rodar,
Sentimiento armonioso y profundo
De los orbes que anima tu faz.

De tus obras los siglos que vuelan
Incansables artífices son,
Del espíritu ardiente cincelan
Y embellecen la estrecha prisión.

Tú en violento, veloz torbellino
Los empujas enérgica, y van:
Y adelante en tu raudo camino
Á otros siglos ordenas llegar.

Y otros siglos ansiosos se lanzan,
Desparecen y llegan sin fin,
Y en su eterno trabajo se alcanzan,
Y se arrancan sin tregua el buril.

Y afanosos sus fuerzas emplean
En tu inmenso taller sin cesar,
Y en la tosca materia golpean,
Y redobla el trabajo su afán.

De la vida en el hondo oceano
Flota el hombre en perpetuo vaivén,
Y derrama abundante tu mano
La creadora semilla en su ser.

Hombre débil, levanta la frente,
Pon tu labio en su eterno raudal,
Tú serás como el sol en Oriente,
Tú serás como el mundo inmortal.

Calló la voz, y el armonioso coro
Y el estruendo y la música siguió,
Y repitiendo el cántico sonoro,
Turbas inmensas pasan en montón.

Sus alas lanzan luminosa estela,
Como la nave en la serena mar,
Y entre su viva luz la luz rïela
Más pura de la imagen inmortal.

Cruzando va cual fulgurante tromba
Su cortejo magnífico en redor,
Y el viento rompe cual lanzada bomba,
Sobre otros soles desprendido sol.

Atónito la faz alza el anciano,
Como el que vuelve en sí en el ataúd,
Con ansia, angustia y con delirio insano,
Aire buscando y anhelando luz.

Que en el regazo del no ser dormido,
El alto estruendo en su estupor sintió,
El intrépido canto hirió su oído,
Y súbito sus nervios sacudió.

Y el yerto brazo de la sombra fría
Que vierte al corazón hielo mortal,
Aparta con afán en su agonía,
Volar ansiando á la gentil deidad.

Y entrambos brazos con anhelo tiende,
Atento el canto animador escucha,
De la visión de muerte se desprende,
Y por moverse y levantarse lucha.

Los ojos abre al resplandor inciertos,
La luz buscando que su luz excita,
Sienten grato calor sus miembros muertos,
Con nuevo ardor su corazón palpita.

La sangre hierve en las hinchadas venas,
Siente volver los juveniles bríos,
Y ahuyentan de su frente albas serenas
Los pensamientos de la edad sonbríos.

Y desprendidas ráfagas de lumbre
Su cuerpo bañan y su sien circundan;
Torrentes mil de la argentada cumbre,
Vertiendo vida, en su esplendor le inundan.

Y bajando la diosa encantadora,
Mecida en olas de encendido viento,
En torno de él la tropa voladora
Esparce juventud y movimiento.

Y su rostro se pinta de hermosura,
Viste su corazón la fortaleza,
Brilla en su frente juvenil tersura,
Negros rizos coronan su cabeza;

El alma en su mirar se trasparenta,
Mirar sereno, vívido y ardiente,
Y su robusta máquina alimenta
La eterna llama que en el pecho siente.

Contra su seno la deidad le abraza,
Y en su velo le envuelve y le ilumina,
Y á su rüina y su destino enlaza
El destino del mundo y su rüina.

Tú los siglos hollarás,
Sonó la voz de la altura,
Pasar los hombres verás,
Del mundo la edad futura
Como el mundo correrás.

El sol que hoy nace en Oriente
Y que ilumina tu frente,
Pasarán edades cien,
Y cual hoy resplandeciente
La iluminará también.

El crudo invierno sombrío,
Del pintado Abril las flores,
Las galas del bosque umbrío,
Los rigorosos calores
De los meses del estío

Pasarán, y contarás
Hora á hora y mes á mes,
Y un año y otro verás,
Y un siglo y otro después,
Sin que se acabe jamás;

Y eternamente bogando,
Y navegando contino,
Sin hallar descanso, andando
Irás siempre, caminando,
Sin acabar tu camino.

Y los siglos girarán
En perpetuo movimiento,
Las naciones morirán,
Y se escuchará tu acento
En los siglos que vendrán.

Pero si acaso algún día
Lloras tal vez tu orfandad,
Y al cielo clamas piedad,
Y en lastimosa agonía
Maldices tu eternidad,

Acuérdate que tú fuiste
El que fijó tu destino,
Que ser inmortal pediste,
Y arrojarte al torbellino
De las edades quisiste.

Y que el mundo te dará
Cuanto el mundo en sí contiene,
Que tuyo el mundo será,

Y ya para ti previene
Cuanto ha tenido y tendrá.

En tanto el luciente coro
Repitió luégo el cantar,
Y remontándose al cielo,
La luz plegándose va.

Entre nubes de oro y nácar
Que esconden á la deidad,
Y las voces en los aires
Perdidas se escuchan ya

Allá en lejana armonía
Como un eco resonar:

«Y que el mundo te dará
Cuanto el mundo en sí contiene,
Que tuyo el mundo será,
Y ya para ti previene
Cuanto ha tenido y tendrá.»

Dicha es soñar cuando despierto sueña
El corazón del hombre su esperanza,
Su mente halaga la ilusión risueña,
Y el bien presente al venidero alcanza:
Y tras la aérea y luminosa enseña

Del entusiasmo,.el ánimo se lanza
Bajo un cielo de luz y de colores,
Campos pintando de fragantes flores.

Dicha es soñar, porque la vida es sueño,
Lo que fingió tal vez la fantasía,
Cuando embriagada en lánguido beleño,
Á las regiones del placer nos guía:
Dicha es soñar, y el rigoroso ceño
No ver jamás de la verdad impía:
Dicha es soñar y en el mundano ruido
Vivir soñando y existir dormido.

Y un sueño á la verdad pasa la vida,
Sueño al principio de dorada lumbre,
Senda de flores mil, fácil subida
Que á un monte lleva de lozana cumbre;
Después vereda áspera y torcida,
Monte de insuperable pesadumbre,
Donde cansada de una en otra breña,
Llora la vida y lo pasado sueña.

Sueños son los deleites, los amores,
La juventud, la gloria, la hermosura,
Sueños las dichas son, sueños las flores,
La esperanza, el dolor, la desventura:
Triunfos, caídas, bienes y rigores
El sueño son que hasta la muerte dura,
Y en incierto y continuo movimiento
Agita al ambicioso pensamiento.

Siento no sea nuevo lo que digo,
Que el tema es viejo y la palabra rancia,
Y es trillado sendero el que ahora sigo,

Y caminar por él ya es arrogancia.
En la mente, lector, se abre un postigo,
Sale una idea y el licor escancia
Que brota el labio y que la pluma vierte,
Y en palabras y frases se convierte.

Nihil novum sub sole, dijo el sabio,
Nada hay nuevo en el mundo: harto lo siento,
Que, como dicen vulgarmente, rabio
Yo por probar un nuevo sentimiento:
Palabras nuevas pronunciar mi labio,
Renovado sentir mi pensamiento,
Ansio, y girando en dulce desvarío,
Ver nuevo siempre el mundo en torno mío.

Uniforme, monótono y cansado
Es, sin duda, este mundo en que vivimos;
En Oriente de rayos coronado,
El sol que vemos hoy, ayer le vimos:
De flores vuelve á engalanarse el prado,
Vuelve el otoño pródigo en racimos,
Y tras los hielos del invierno frío,
Coronado de espigas el estío.

¿Y no habré yo de repetirme á veces,
Decir también lo que otros ya dijeron,
Á mí á quien quedan ya sólo las heces
Del rico manantial en que bebieron?
¿Qué habré yo de decir que ya con creces
No hayan dicho tal vez los que murieron,
Byron y Calderón, Shakspear, Cervantes,
Y tantos otros que vivieron antes?

¿Y aun asimismo acertaré á decirlo?
¿Saldré de tanto enredo en que me he puesto?

Ya que en mi cuento entré, ¿podré seguirlo,
Y el término tocar que me he propuesto?
Y aunque en mi empeño logre concluirlo,
¿Á ti no te será nunca molesto,
¡Oh caro comprador! que con zozobra
Imploro en mi favor comprar mi obra?

Nada menos te ofrezco que un poema
Con lances raros y revuelto asunto,
De nuestro mundo y sociedad emblema,
Que hemos de recorrer punto por punto:
Si logro yo desenvolver mi tema,
Fiel traslado ha de ser, cierto trasunto
De la vida del hombre y la quimera
Tras de que va la humanidad entera.

Batallas, tempestades, amoríos,
Por mar y tierra, lances, descripciones
De campos y ciudades, desafíos,
Y el desastre y furor de las pasiones,
Goces, dichas, aciertos, desvaríos,
Con algunas morales reflexiones
Acerca de la vida y de la muerte,
De mi propia cosecha, que es mi fuerte.

En varias formas, con diverso estilo,
En diferentes géneros, calzando
Ora el coturno trágico de Esquilo,
Ora la trompa épica sonando,
Ora cantando plácido y tranquilo,
Ora en trivial lenguaje, ora burlando,
Conforme esté mi humor, porque á él me ajusto,
Y allá van versos donde va mi gusto.

Verás, lector, á nuestro humilde anciano,
Que inmortal de su lecho se levanta,
Lanzarse al mundo de su dicha ufano,
Rico de la esperanza que le encanta:
Verás luégo también... pero ¿á qué en vano
Me canso en ofrecerte empresa tanta,
Si hasta que el uno al otro nos cansemos,
Tú y yo en compaña caminando iremos?

Más vale prometerte poco ahora,
Y algo después cumplirte, lector mío,
No empiece yo con voz atronadora,
Y luégo acabe desmayado y frío:
No una altiva columna vencedora
Que jamás rinda con su planta, impío,
El tiempo destructor, alzar intento;
Yo con pasar mi tiempo me contento.

No es dado á todos alcanzar la gloria
De alzar un monumento suntüoso
Que eternice á los siglos la memoria
De algún hecho pasado grandïoso:
Quédele tanto al que escribió la historia
De nuestro pueblo, al escritor lujoso,
Al Conde que del público tesoro
Se alzó á sí mismo un monumento de oro.

Al que supo, erigiendo un monumento
(Que tal le llama en su modestia suma)[1],
Premio dar á su gran merecimiento,

1 En una de las sesiones del Congreso tuvo el egregio Conde la llaneza de decir que había erigido á la gloria de su patria un monumento en su *Historia de la revolución de* 1808.

Y en pluma de oro convertir su pluma,
Al ilustre asturiano, al gran talento,
Flor de la historia y de la hacienda espuma,
Al necio audaz de corazón de cieno,
Á quien llaman el CONDE DE TORENO.

¡Oh gloria! ¡oh gloria! ¡lisonjero engaño
Que á tanta gente honrada precipitas!
Tú al mercader pacífico, en extraño
Guerrero truecas, y á lidiar le excitas;
Su rostro vuelves bigotudo, huraño,
Con entusiasmo militar le agitas,
Y haces que sea su mirada horrenda
Susto de su familia y de su tienda.

Tú al que otros tiempos acertaba apenas
Á escribir con fatigas una carta,
Animas á dictar páginas llenas
De verso y prosa en abundante sarta:
Político profundo en sus faenas,
Folletos traza, artículos ensarta,
Suda y trabaja, y en manchar se emplea
Resmas para envolver alcarabea.

Otros ¡oh gloria! sin aliento vagan
Solícitos huyendo acá y allá,
Suponen clubs, y con recelo indagan
Cuándo el Gobierno á aprisionarlos va:
Á estos si los destierran, los halagan;
Nadie en ellos pensó ni pensará,
Y andan ocultos y mudando trajes,
Creyéndose terribles personajes.

Estos por lo común son buena gente,
Son á los que llamamos *infelices,*

Hombres todo entusiasmo y poca mente,
Que no ven más allá de sus narices:
Raza que el pecho denodado siente
Antes que ¡oh fiero mandarín! atices
Uno de tus legales ramalazos
Que les dobla ante el Rey los espinazos.

Otros te siguen, engañosa gloria,
Que allá en sus pueblos son pozos de ciencia,
Que creyéndose dignos de la Historia,
Varones de gobierno y experiencia
Ansiosos de alcanzar alta memoria,
Y abusos corregir con su elocuencia,
Diputados al fin se hacen nombrar,
Tontos de buena fe para callar.

Éstos viven después desesperados,
Del Ministro además desatendidos,
En el mundo político ignorados,
Y del pueblo también desconocidos;
Andan en la cuestión extravïados,
Siempre sin tino, torpes los sentidos;
Dando á saber con pruebas tan acerbas
Que pierden fuerzas en mudando hierbas.

Á todos, gloria, tu pendón nos guía,
Y á todos nos excita tu deseo:
Apellidarse socio ¿quién no ansía,
Y en las listas estar del Ateneo?
¿Y quién, aficionado á la poesía,
No asiste á las reuniones del Liceo,
Do la luz brilla dividida en partes
De tanto profesor de bellas artes?

Es cierto que allí van también profanos
En busca de las lindas profesoras,
Hombres, sin duda, en su pensar livianos,
Que de todo hacen burla á todas horas,
Sin gravedad, de entendimiento vanos,
Gentes de natural murmuradoras,
Que se mofaran de Villena mismo [1]
Evocando los diablos del abismo.

Y yo ¡pobre de mí! sigo tu lumbre,
También ¡oh gloria! en busca de renombre,
Trepar ansiando al templo de tu cumbre,
Donde mi fama al universo asombre:
Quiero que de tu rayo á la vislumbre
Brille grabado en mármoles mi nombre;
Y espero que mi busto adorne un día
Algún salón, café ó peluquería.

O el lindo tocador de alguna hermosa
Coronaré en figura de botella,
Lleno mi hueco vientre de olorosa
Agua que pula el rostro á la doncella;
L'eau véritable de colonia y rosa
El rótulo en francés dirá á mi huella:
Que de su vida al fin tanto blasón
Ha logrado alcanzar Napoleón.

En tanto ablanda, ¡oh público severo!
Y muéstrame la cara lisonjera;
Esto le pido á Dios, y algún dinero,

1 Todo el mundo sabe que el Marqués de Villena se hizo picar y encerrar en una redoma para renacer inmortal: tengo para mí que ha de ser fastidioso y dulzón al paladar el picadillo de sabio.

Mientras sigo en el mundo mi carrera;
Y porque fatigarte más no quiero,
Caro lector, al otro canto espera,
El cual sin falta seguirá, se entiende
Si este te gusta y la edición se vende.

FIN DEL CANTO PRIMERO

CANTO II[1]

Á TERESA

DESCANSA EN PAZ

Bueno es el mundo, ¡bueno! ¡bueno! ¡bueno!
Como de Dios al fin obra maestra,
Por todas partes de delicias lleno,
De que Dios ama al hombre hermosa muestra;
Salga la voz alegre de mi seno
Á celebrar esta vivienda nuestra;
¡Paz á los hombres! ¡gloria en las alturas!
¡Cantad en vuestra jaula, criaturas!
(*María*, por DON MIGUEL DE LOS SANTOS ÁLVAREZ.)

¿Por qué volvéis á la memoria mía,
Tristes recuerdos del placer perdido,
Á aumentar la ansiedad y la agonía
De este desierto corazón herido?
¡Ay! que de aquellas horas de alegría,
Le quedó al corazón sólo un gemido,
Y el llanto que al dolor los ojos niegan
Lágrimas son de hiel que el alma anegan!

¿Dónde volaron ¡ay! aquellas horas
De juventud, de amor y de ventura,
Regaladas de músicas sonoras,
Adornadas de luz y de hermosura?

1 Este canto es un desahogo de mi corazón; sáltelo el que no quiera leerlo sin escrúpulo, pues no está ligado de manera alguna con el poema. *(N. del A.)*

Imágenes de oro bullidoras.
Sus alas de carmín y nieve pura,
Al sol de mi esperanza desplegando,
Pasaban ¡ay! á mi alredor cantando.

Gorjeaban los dulces ruiseñores,
El sol iluminaba mi alegría,
El aura susurraba entre las flores,
El bosque mansamente respondía,
Las fuentes murmuraban sus amores...
¡Ilusiones que llora el alma mía!
¡Oh! ¡cuán süave resonó en mi oído
El bullicio del mundo y su rüido!

Mi vida entonces cual guerrera nave
Que el puerto deja por la vez primera,
Y al soplo de los céfiros süave,
Orgullosa despliega su bandera,
Y al mar dejando que á sus pies alabe
Su triunfo en roncos cantos, va velera,
Una ola tras otra bramadora
Hollando y dividiendo vencedora;

¡Ay! en el mar del mundo, en ansia ardiente
De amor volaba, el sol de la mañana
Llevaba yo sobre mi tersa frente,
Y el alma pura de su dicha ufana:
Dentro de ella el amor cual rica fuente
Que entre frescura y arboledas mana,
Brotaba entonces abundante río
De ilusiones y dulce desvarío.

Yo amaba todo: un noble sentimiento
Exaltaba mi ánimo, y sentía

En mi pecho un secreto movimiento,
De grandes hechos generoso guía:
La libertad con su inmortal aliento,
Santa diosa mi espíritu encendía,
Contino imaginando en mi fe pura
Sueños de gloria al mundo y de ventura.

El puñal de Catón, la adusta frente
Del noble Bruto, la constancia fiera
Y el arrojo de Scévola valiente,
La doctrina de Sócrates severa,
La voz atronadora y elocuente
Del orador de Atenas, la bandera
Contra el tirano macedonio alzando,
Y al espantado pueblo arrebatando:

El valor y la fe del caballero,
Del trovador el arpa y los cantares,
Del gótico castillo el altanero
Antiguo torreón, do sus pesares
Cantó tal vez con eco lastimero,
¡Ay! arrancada de sus patrios lares,
Joven cautiva, al rayo de la luna,
Lamentando su ausencia y su fortuna:

El dulce anhelo del amor que aguarda
Tal vez inquieto y con mortal recelo,
La forma bella que cruzó gallarda
Allá en la noche, entre el medroso velo;
La ansiada cita que en llegar se tarda
Al impaciente y amoroso anhelo,
La mujer y la voz de su dulzura
Que inspira al alma celestial ternura;

Á un tiempo mismo en rápida tormenta,
Mi alma alborotaban de contino
Cual las olas que azota con violenta
Cólera, impetüoso torbellino;
Soñaba al héroe ya, la plebe atenta
En mi voz escuchaba su destino,
Ya al caballero, al trovador soñaba,
Y de gloria y de amores suspiraba.

Hay una voz secreta, un dulce canto
Que el alma sólo recogida entiende,
Un sentimiento misterioso y santo
Que del barro al espíritu desprende:
Agreste, vago y solitario encanto,
Que en inefable amor el alma enciende,
Volando tras la imagen peregrina
El corazón de su ilusión divina.

Yo desterrado en extranjera playa,
Con los ojos extático seguía
La nave audaz que en argentada raya
Volaba al puerto de la patria mía:
Yo cuando en Occidente el sol desmaya,
Solo y perdido en la arboleda umbría,
Oir pensaba el armonioso acento
De una mujer, al suspirar del viento.

¡Una mujer! En el templado rayo
De la mágica luna se colora,
Del sol poniente al lánguido desmayo,
Lejos entre las nubes se evapora;
Sobre las cumbres que florece el Mayo
Brilla fugaz al despuntar la aurora,

Cruza tal vez por entre el bosque umbrío,
Juega en las aguas del sereno río.

¡Una mujer! Deslízase en el cielo
Allá en la noche desprendida estrella;
Si aroma el aire recogió en el suelo,
Es el aroma que le presta ella.
Blanca es la nube que en callado vuelo
Cruza la esfera, y que su planta huella,
Y en la tarde la mar olas la ofrece
De plata y de zafir, donde se mece.

Mujer que amor su su ilusión figura,
Mujer que nada dice á los sentidos,
Ensueño de suavísima ternura,
Eco que regaló nuestros oídos;
De amor la llama generosa y pura,
Los goces dulces del placer cumplidos,
Que engalana la rica fantasía,
Goces que avaro el corazón ansía;

¡Ay! aquella mujer, tan sólo aquella
Tanto delirio á realizar alcanza,
Y esa mujer tan cándida y tan bella
Es mentida ilusión de la esperanza:
Es el alma que vívida destella
Su luz al mundo cuando en él se lanza,
Y el mundo con su magia y galanura
Es espejo no más de su hermosura:

Es el amor que al mismo amor adora,
El que creó las sílfides y ondinas,
La sacra ninfa que bordando mora
Debajo de las aguas cristalinas:

Es el amor que recordando llora
Las arboledas del Edén divinas,
Amor de allí arrancado, allí nacido,
Que busca en vano aquí su bien perdido.

¡Oh llama santa! ¡celestial anhelo!
¡Sentimiento purísimo! ¡memoria
Acaso triste de un perdido cielo,
Quizá esperanza de futura gloria!
¡Huyes y dejas llanto y desconsuelo!
¡Oh mujer! que en imagen ilusoria
Tan pura, tan feliz, tan placentera,
Brindó el amor á mi ilusión primera!...

¡Oh Teresa! ¡Oh dolor! Lágrimas mías,
¡Ah! ¿dónde estáis que no corréis á mares?
¿Por qué, por qué como en mejores días
No consoláis vosotras mis pesares?
¡Oh! los que no sabéis las agonías
De un corazón, que penas á millares
¡Ay! desgarraron, y que ya no llora,
¡Piedad tened de mi tormento ahora!

¡Oh! ¡dichosos mil veces! sí, dichosos,
Los que podéis llorar, y ¡ay sin ventura
De mí, que entre suspiros angustiosos
Ahogar me siento en infernal tortura!
Retuércese entre nudos dolorosos
Mi corazón gimiendo de amargura!...
También tu corazón hecho pavesa
¡Ay! llegó á no llorar, ¡pobre Teresa!

¿Quién pensara jamás, Teresa mía,
Que fuera eterno manantial de llanto

Tanto inocente amor, tanta alegría,
Tantas delicias y delirio tanto?
¿Quién pensara jamás llegase un día
En que perdido el celestial encanto,
Y caída la venda de los ojos,
Cuanto diera placer causara enojos?

Aún parece, Teresa, que te veo
Aérea como dorada mariposa,
Ensueño delicioso del deseo,
Sobre tallo gentil temprana rosa,
Del amor venturoso devaneo,
Angélica, purísima y dichosa,
Y oigo tu voz dulcísima, y respiro
Tu aliento perfumado en tu suspiro.

Y aún miro aquellos ojos que robaron
Á los cielos su azul, y las rosadas
Tintas sobre la nieve, que envidiaron
Las de Mayo serenas alboradas;
Y aquellas horas dulces que pasaron
Tan breves ¡ay! como después lloradas.
Horas de confianza y de delicias,
De abandono, y de amor y de caricias.

Que así las horas rápidas pasaban,
Y pasaba á la par nuestra ventura;
Y nunca nuestras ansias las contaban,
Tú embriagada en mi amor, yo en tu hermosura:
Las horas ¡ay! huyendo nos miraban,
Llanto tal vez vertiendo de ternura,
Que nuestro amor y juventud veían,
Y temblaban las horas que vendrían.

Y llegaron en fin... ¡Oh! ¿quién impío
¡Ay! agostó la flor de tu pureza?
Tú fuiste un tiempo cristalino río,
Manantial de purísima limpieza;
Después torrente de color sombrío,
Rompiendo entre peñascos y maleza,
Y estanque, en fin, de aguas corrompidas,
Entre fétido fango detenidas.

¿Cómo caíste despeñado al suelo,
Astro de la mañana luminoso?
Ángel de luz, ¿quién te arrojó del cielo
Á este valle de lágrimas odioso?
Aún cercaba tu frente el blanco velo
Del serafín, y en ondas fulgoroso,
Rayos al mundo tu esplendor vertía
Y otro cielo el amor te prometía.

Mas ¡ay! que es la mujer ángel caído
Ó mujer nada más y lodo inmundo,
Hermoso sér para llorar nacido,
Ó vivir como autómata en el mundo:
Sí, que el demonio en el Edén perdido
Abrasara con fuego del profundo
La primera mujer, y ¡ay! aquel fuego,
La herencia ha sido de sus hijos luégo.

Brota en el cielo del amor la fuente
Que á fecundar el universo mana,
Y en la tierra su límpida corriente
Sus márgenes con flores engalana:
Mas ¡ay! huíd: el corazón ardiente
Que el agua clara por beber se afana,

Lágrimas verterá de duelo eterno,
Que su raudal lo envenenó el infierno.

Huíd, si no queréis que llegue un día
En que enredado en retorcidos lazos
El corazón, con bárbara porfía
Luchéis por arrancároslo á pedazos:
En que al cielo en histérica agonía
Frenéticos alcéis entrambos brazos,
Para en vuestra impotencia maldecirle,
Y escupiros, tal vez, al escupirle.

Los años ¡ay! de la ilusión pasaron;
Las dulces esperanzas que trajeron,
Con sus blancos ensueños se llevaron,
Y el porvenir de oscuridad vistieron:
Las rosas del amor se marchitaron,
Las flores en abrojos convirtieron,
Y de afán tanto y tan soñada gloria,
Sólo quedó una tumba, una memoria.

¡Pobre Teresa! ¡al recordarte siento
Un pesar tan intenso...! embarga impío
Mi quebrantada voz mi sentimiento,
Y suspira tu nombre el labio mío:
Pára allí su carrera el pensamiento,
Hiela mi corazón punzante frío,
Ante mis ojos la funesta losa,
Donde vil polvo tu beldad reposa.

¡Y tú feliz, que hallastes en la muerte
Sombra á que descansar en tu camino,
Cuando llegabas mísera á perderte,
Y era llorar tu único destino:

Cuando en tu frente la implacable suerte
Grababa de los réprobos el sino...!
¡Feliz! la muerte te arrancó del suelo,
Y otra vez ángel, te volviste al cielo.

Roída de recuerdos de amargura,
Árido el corazón sin ilusiones,
La delicada flor de tu hermosura
Ajaron del dolor los Aquilones:
Sola, y envilecida, y sin ventura,
Tu corazón secaron las pasiones,
Tus hijos ¡ay! de ti se avergonzaran,
Y hasta el nombre de madre te negaran.

Los ojos escaldados de tu llanto,
Tu rostro cadavérico y hundido,
Único desahogo en tu quebranto,
El histérico ¡ay! de tu gemido:
¿Quién, quién pudiera en infortunio tanto
Envolver tu desdicha en el olvido,
Disipar tu dolor y recogerte
En su seno de paz? ¡Sólo la muerte!

¡Y tan joven, y ya tan desgraciada!
Espíritu indomable, alma violenta,
En ti, mezquina sociedad, lanzada
Á romper tus barreras turbulenta.
Nave contra las rocas quebrantada,
Allá vaga, á merced de la tormenta,
En las olas tal vez náufraga tabla,
Que sólo ya de sus grandezas habla.

Un recuerdo de amor que nunca muere
Y está en mi corazón; un lastimero

Tierno quejido que en el alma hiere,
Eco süave de su amor primero:
¡Ay! de tu luz en tanto yo viviere
Quedará un rayo en mí, blanco lucero,
Que iluminaste con tu luz querida
La dorada mañana de mi vida.

Que yo como una flor que en la mañana
Abre su caliz al naciente día,
¡Ay! al amor abrí tu alma temprana,
Y exalté tu inocente fantasía:
Yo inocente también, ¡oh! ¡cuán ufana
Al porvenir mi mente sonreía,
Y en alas de mi amor con cuánto anhelo
Pensé contigo remontarme al cielo!

Y alegre, audaz, ansioso, enamorado,
En tus brazos en lánguido abandono,
De glorias y deleites rodeado,
Levantar para ti soñé yo un trono:
Y allí, tú venturosa y yo á tu lado,
Vencer del mundo el implacable encono,
Y en un tiempo sin horas y medida
Ver como un sueño resbalar la vida.

¡Pobre Teresa! Cuando ya tus ojos
Áridos ni una lágrima brotaban,
Cuando ya su color tus labios rojos
En cárdenos matices cambïaban:
Cuando de tu dolor tristes despojos
La vida y su ilusión te abandonaban
Y consumía lenta calentura
Tu corazón al par de tu amargura:

Si en tu penosa y última agonía
Volviste á lo pasado el pensamiento,
Si comparaste á tu existencia un día
Tu triste soledad y tu aislamiento;
Si arrojó á tu dolor tu fantasía
Tus hijos ¡ay! en tu postrer momento,
Á otra mujer tal vez acariciando,
Madre tal vez á otra mujer llamando:

Si el cuadro de tus breves glorias viste
Pasar como fantástica quimera,
Y si la voz de tu conciencia oíste
Dentro de ti gritándote severa;
Si, en fin, entonces tú llorar quisiste,
Y no brotó una lágrima siquiera
Tu seco corazón, y á Dios llamaste,
Y no te escuchó Dios, y blasfemaste;

¡Oh! ¡cruel! ¡muy cruel! ¡martirio horrendo!
¡Espantosa expiación de tu pecado!
¡Sobre un lecho de espinas maldiciendo
Morir el corazón desesperado!
¡Tus mismas manos de dolor mordiendo,
Presente á tu conciencia lo pasado,
Buscando en vano con los ojos fijos
Y extendiendo tus brazos á tus hijos!!

¡Oh! ¡cruel! ¡muy cruel!... ¡Ah! yo entre tanto
Dentro del pecho mi dolor oculto,
Enjugo de mis párpados el llanto
Y doy al mundo el exigido culto:
Yo escondo con vergüenza mi quebranto,
Mi propia pena con mi risa insulto,

Y me divierto en arrancar del pecho
Mi mismo corazón pedazos hecho.

Gocemos, sí; la cristalina esfera
Gira bañada en luz: ¡bella es la vida!
¿Quién á parar alcanza la carrera
Del mundo hermoso que al placer convida?
Brilla radiante el sol, la primavera
Los campos pinta en la estación florida:
Truéquese en risa mi dolor profundo...
¡Que haya un cadáver más, qué importa al mundo!

FIN DEL CANTO SEGUNDO

CANTO III

—

«¡Cuán fugaces los años
¡Ay! se deslizan, Póstumo!» gritaba
El lírico latino que sentía
Cómo el tiempo cruel le envejecía
Y el ánimo y las fuerzas le robaba.
Y es triste á la verdad ver cómo huyen
Para siempre las horas, y con ellas
Las dulces esperanzas que destruyen
Sin escuchar jamás nuestras querellas;
¡Fatalidad! ¡fatalidad impía!
Pasa la juventud, la vejez viene,
Y nuestro pie que nunca se detiene
Recto camina hacia la tumba fría!
Así yo meditaba
En tanto me afeitaba
Esta mañana mismo, lamentando
Cómo mi negra cabellera riza,
Seca ya como cálida ceniza,
Iba por varias partes blanqueando:
Y un triste adiós mi corazón sentido
Daba á mi juventud, mientras la historia
Corría mi memoria
Del tiempo alegre por mi mal perdido,
Y un doliente gemido
Mi dolor tributaba á mis cabellos
Que canos se teñían,
Pensando que ya nunca volverían
Hermosas manos á jugar con ellos.

¡Malditos treinta años,
Funesta edad de amargos desengaños!

Perdonad, hombres graves, mi locura,
Vosotros los que veis sin amargura
Como cosa corriente
Que siga un año al año antecedente,
Y nunca os rebeláis contra el destino:
¡Oh! será un desatino,
Mas yo no me resigno á hallarme viejo
Al mirarme al espejo,
Y la razón averiguar quisiera
Que en este nuestro mundo misterioso
Sin encontrar reposo
Nos obliga á viajar de esta manera.

Y luégo las mujeres, todavía
Son mi dulce manía:
Ellas la senda de ásperos abrojos
De la vida suavizan y coloran,
¡Y á las mujeres los llorosos ojos
Y los cabellos blancos no enamoran!
¡Griegos liceos! ¡Célebres hospicios!
(Exclamaba también Lope de Vega
Llorando la vejez de su sotana)
Que apenas de haber sido dais indicios,
Si moristeis del tiempo en la refriega
Y ejemplo sois de la locura humana,
¡Ah! no es extraño que el que á treinta llega
Llegue á encontrarse la cabeza cana!

Adiós amores, juventud, placeres,
Adiós vosotras las de hermosos ojos,

Hechiceras mujeres,
Que en vuestros labios rojos
Brindáis amor al alma enamorada;
Dichoso el que suspira
Y oye de vuestra boca regalada
Siquiera una dulcísima mentira
En vuestro aliento mágico bañada.
¡Ah! para siempre adiós: mi pecho llora
Al deciros adiós: ¡ilusión vana!
Mi tierno corazón siempre os adora,
Mas mi cabeza se me vuelve cana.

Coloraba en Oriente
El sol resplandeciente
Los campos de zafir con rayos de oro,
Y su rico tesoro
Del faldellín de plata derramaba
La aurora, y esmaltaba
La esmeralda del prado con mil flores,
Brotando aromas y vertiendo amores;
Y llenaban el mundo de armonía
La mar serena y la arboleda umbría
Rizando aquélla sus lascivas olas,
Y ésta las verdes copas ondëando,
Coronados de vagas aureolas
A los rayos del sol que se va alzando.

Y era el año cuarenta en que yo escribo
De este siglo que llaman positivo:
Cuando el que viejo fué, por la mañana,
En vez de hallarse la cabeza cana
Y arrugada la frente,
Se encontró de repente

Joven al despertar, fuerte y brioso:
Y el antes fatigoso
Del triste corazón flaco latido
En vigoroso golpe convertido,
Y palpitantes conteniendo apenas
La hirviente sangre las hinchadas venas,
Y sintió nueva fuerza en los nervudos
Músculos antes de calor desnudos,
Mientras en su agitada fantasía,
Volando con locura el pensamiento,
En vaga tropa imágenes sin cuento
De oro y azul el porvenir traía.

El corazón henchido de esperanza,
Sin temor de mudanza
Mecida el alma en el placer futuro,
El ánimo seguro
Tras su ilusión lanzándose á la gloria,
Y libre de recuerdos la memoria,
Y el alma y todo nuevo,
Todo esperanzas el feliz mancebo.

La nube más ligera
No empañaba la atmósfera siquiera
De su nuevo atrevido pensamiento,
Nuevo su sentimiento
Y pura y nueva su esperanza era;
Á su espalda las aguas del olvido
Sus antiguos recuerdos se llevaron
Y de la vida con raudal crecido
Correr el limpio manantial dejaron.

Y era el primer latido
Que daba el corazón, y era el primero

Pensamiento ligero
Que formaba la mente, y la primera
Nacarada ilusión del alma era:
Sus ojos á mirar no se volvían
Los recuerdos que huían
Y el denso velo de la mente oculta,
Porque muertos habían,
Muerto ya hasta el recuerdo de su nombre
Que allá también la eternidad sepulta,
Y al despertar amaneció otro hombre.

¿Quién dudará que el nombre es un tormento?
Todo el tiempo pasado
Va para siempre atado
Al nombre que conserva el pensamiento
Y trae á la memoria
Un solo nombre, una doliente historia.
Hilo tal vez de la madeja suelto,
En el nombre va envuelto
El despecho, el placer, las ilusiones
De cien generaciones
Que su historia acabaron
Y cuyos nombres sólo nos quedaron.
Clavo de donde cuelgan nuestras vidas
En mil girones pálidos rompidas,
Que traen á la memoria
Cual rota enseña la pasada gloria:
Porque el nombre es el hombre
Y es su primer fatalidad su nombre,
Y en él se encarna á su existencia unido,
Y en su inmortal espíritu se infunde,
Y en su ser se confunde,
Y arranca su memoria del olvido.

Y viviendo de ajena y propia vida,
Alma de los que fueron, desprendida
Júntase el alma del que vive y lleva
Cual parte de su vida en su memoria
La ajena vida y la pasada historia.

Cuanto diciendo voy se me figura
Metafísica pura,
Puro disparatar, y ya no entiendo,
Lector, te juro, lo que voy diciendo.
Vuelvo á mi cuento y digo,
Que el viejo nuestro amigo
Amaneció tan otro y tan ufano,
Tan orondo y lozano
Que envidia y gloria diera
A un jerónimo antiguo si le viera.
No hablo de los jerónimos de hoy día,
Que, flacos, macilentos,
Tal vez recuerdan con la panza fría
La abundancia y la paz de sus conventos.

Tersa y luciente brilla
La morena mejilla;
Los afilados dientes
Unidos, trasparentes,
Entre sus labios de carmín blanquean,
Y en negros rizos por su espalda ondean
Los cabellos de ébano bruñido,
En tanto que encendido
Fuego sus negros ojos centellean;

Y su frente diáfana ilumina
Su raudo pensamiento
Prestando á su semblante movimiento
Vívido rayo de la luz divina.
Ancha la espalda, levantado el pecho,
De férreos nervios hecho
El vigoroso cuerpo, y la belleza
Junta á la fortaleza:
Maravillosa máquina formada
Por ingenio divino
De siglos mil á resistir lanzada
El choque y torbellino.

¡Y el alma! ¡el corazón! ¡la fantasía!
¡Oh! la aurora más pura y más serena
De Abril florido en la estación amena
Fuera junto á su luz noche sombría.

Nosotros ¡ah! los que al nacer lloramos,
Que paso á paso á la razón seguimos,
Que una impresión tras otra recibimos,
Que ora á la infancia, á la niñez llegamos,
Luégo á la juventud: ¡ah! no alcanzamos
Á imaginar la dicha y la limpieza
Del alma en su pureza.
¿Quién no lleva escondido
Un rayo de dolor dentro del pecho?
¿Por cuál dichoso rostro no han corrido
Lágrimas de amargura y de despecho?
¡Quién no lleva en su alma
¡Ah! por muy joven y feliz que sea,
Un penoso recuerdo, alguna idea,
Que nublando su luz turba su calma!

Tal nuestro padre Adán... Pero dejando
Comparaciones frías
Que el alma atormentando
Nos traen recuerdos de mejores días,
Y de aquella fatal, negra mañana
De la flaqueza ó robustez de Eva,
Cuando alargó la mano á la manzana
Y... Pero, pluma, queda...
¿Á qué vuelvo otra vez al Paraíso
Cuando la suerte quiso
Que no fuera yo Adán, sino Espronceda?
Ni el primer hombre, ni el varón segundo
Sino Dios sabe el cuántos, que no tengo
Número conocido, y me entretengo
En este mundo tan alegre y vario,
Como en jaula de alambres el canario,
Divertido en cantar mi *Diablo Mundo*,
Grandilocuo poema y elocuente,
En vez de hablar allí con la serpiente,
Reptil sin instrucción, poco profundo,
Poco *espiritual*, y al cabo un ente
Do fe traidora y de melosa lengua,
El cual tal vez me hubiera pervertido
Y como á Eva para eterna mengua
Deshonrado además y seducido:
Y al fin allí no había
Cátedras ni colegios todavía.

Y dejando también mis digresiones,
Más largas cada vez, más enojosas,
Que para mí son tachas y borrones
De las mejores obras, fastidiosas
Haciéndolas, llevando al pacienzudo

Lector confuso siempre, aunque es defecto
De escritor concienzudo
Que perdona el efecto
Con la intención de mejorar conciencias
Con sus disertaciones y advertencias,

El hombre, en fin, se levantó del lecho
Mancebo ardiente y vigoroso hecho,
Fuera de sí de esfuerzo y de alegría,
Rebosándole el gozo
Al rostro y en el alma el albórozo
Al impulso secreto que sentía.

Era en el mes de Abril una mañana,
Con un rayo de sol dorado el viento
Alegraba el cristal de su ventana,
Y mecidas en blando movimiento
De varios tiestos las pintadas flores,
Sus corolas erguían
Y al trasparente céfiro esparcían
Juveniles aromas y colores.

Desplegaba ligera
Entre las flores y el cristal sus alas,
Ninfa de la galana primavera,
De su color vestida y ricas galas,
En círculos volando bulliciosa
Alegre mariposa,
Sus alas dando al sol rico tesoro
De nieve y de zafir con polvos de oro.
Y la amorosa flor que se mecía,
Y el aliento del aura enamorada,
Y la brillante luz que se bullía,
Y el inquieto volar de la encantada

Mariposa feliz girando en torno,
Imágenes doradas de la vida
Eran y rico adorno
Que á la ilusión del porvenir convida.
Flores, luces, aromas y colores,
Que sueña el alma enamorada cuando
Guardan su sueño á su alredor cantando
La virtud, la esperanza y los amores.

Y un alegre rumor que el vago viento
En confundido acento
De la calle elevaba,
Bullicio de la gente que pasaba,
Cada cual acudiendo á sus quehaceres,
Acá y allá esparcidos
Su afán mezclando y diferentes ruidos
Al confuso rumor de los talleres;
Escalando á la estancia del mancebo
Con estrépito alegre y armonía,
Á su encantado pensamiento nuevo
Regocijo añadía.

¡Oh mundo encubridor, mundo embustero
¡Quién en la calle de Alcalá creyera
Tanta felicidad que se escondiera,
Y en un piso tercero!
Más todo son jardines de hermosura,
Si con su varia tinta
El alma en su ventura
Y mágica ilusión el cuadro pinta;
Y el más bello pensil trueca y convierte
Del alma la amargura
En páramo erial de luto y muerte!

¡Bueno es el mundo! ¡bueno! ¡bueno! ¡bueno!
Ha cantado un poeta amigo mío,
Más es fuerza mirarlo así de lleno,
El cielo, el campo, el mar, la gente, el río,
Sin entrarse jamás en pormenores
Ni detenerse á examinar despacio,
Que espinas llevan las lozanas flores,
Y el más blanco y diáfano topacio
Y la perla más fina
Manchas descubrirá si se examina.

Pero ¿qué hemos de hacer, no examinar?
¿Y el mundo que ande como quiera andar?
Pasar por todo y darlo de barato
Fuera vivir cual sandio mentecato,
Elegir la virtud en un buen medio
Es un continuo tedio;
Lanzarse á descubrir y alzarse al cielo
Cuando apenas alcanza nuestro vuelo
Á elevarnos un palmo de la tierra,
Miserables enanos,
Y con voces hacer mezquina guerra
Y levantar las impotentes manos,
Es ridículo asaz y harto indiscreto:
Vamos andando, pues, y haciendo ruido,
Llevando por el mundo el esqueleto
De carne y nervios y de piel vestido.
¡Y el alma que no sé yo do se esconde!
Vamos andando sin saber adonde.

Vagaba en tanto por la estancia en cueros
Sin respeto al pudor como un salvaje,

Ó como andaba allá por los oteros
Floridos del Edén, ó por los llanos,
Sin arcabuz ni paje
El padre universal de los humanos,
Que sin duda andaría
Sólo y sin su mujer el primer día,
Ó como van aún en las aldeas,
Sucias las caras feas
Y el cuerpo del color de la morcilla,
Los chicos de la Mancha y de Castilla,
Nuestro héroe gritando,
Gestos haciendo y cabriolas dando,
Hasta que al fin al ruido
Entró allí su patrón medio dormido.
Frisaba ya el patrón en sus cincuenta,
Hombre grave y sesudo,
Tenido entre sus gentes por agudo,
Con lonja de algodones por su cuenta;
Elector, del sensato movimiento
Partidario en política, y nombrado
Regidor del heroico ayuntamiento
Por fama de hombre honrado,
Y odiar en sus doctrinas reformistas
No menos al partido moderado
Que á los cuatro anarquistas,
Aunque éstos le incomodan mucho más;
Por no verlos, se diera á Barrabás,
Y tiene persuadida á su mujer
Que es gente que no tiene que perder.

Leyendo está las *Ruinas de Palmira*
Detrás del mostrador á aquellas horas

Que cuenta libres, y á educarse aspira
En la buena moral,
Y á la patria á ser útil en su oficio,
Habiendo ya elegido en su buen juicio
En cuanto á religión, la natural;
Y mirando con lástima á su abuelo,
Que fué al fin un esclavo,
Y el mezquino desvelo
De los pasados hombres y porfías,
Rinde gracias á Dios, que el mundo al cabo
Ha logrado alcanzar mejores días.
Así filosofando y discurriendo,
Sus cuentas componiendo,
Cuidando de la villa y su limpieza,
Sólo tal vez alguna ligereza
Turba su paz doméstica, que ha dado
En darle zelos su mujer furiosa,
Y aunque sobremanera
Los zelos sin razón ella exagera,
Suena en el barrio como cierta cosa
Que aunque viejo es de fuego
Corriente en una broma y mujeriego.

En la estancia al estruendo y algazara
Entra el discreto concejal gruñendo,
Y con muy mala cara,
De las bromas del huésped maldiciendo;
Bromas de un hombre de su edad ajenas,
Con un pie en el sepulcro dando voces,
Haciendo el niño y disparando coces.....
Mas lo que puede el regidor apenas
(Don Liborio) llegar á comprender,

Es cómo á tanto escándalo se atreve
Un hombre que le debe
Cuatro meses lo menos de alquiler.

«¿Es posible, al entrar, dijo, don Pablo,
(Sin reparar siquiera
Que su huésped el mismo ya no era)
Que os tiente así tan de mañana el diablo?
¡Vive Dios, que os encuentro divertido!.....
Parece bien que un viejo que ya tiene
Más años que un palmar, hecho un orate
Arme él solo más ruido
Que cien chiquillos juntos..... ¡Botarate!
¡Más valiera que tantas alegrías
Fueran pagar contado
Mis cuatro meses y dieziocho días!»

Tal con rostro indigesto
Dijo, y en ademán de hombre enojado,
Con desdén la cabeza torció á un lado
Y empujó el labio con severo gesto.

Con una interjección y un fiero brinco,
Digno de Auriol el saltarín payaso,
Al grave regidor le salta al paso,
Colgándose á su cuello con ahínco
Y amorosa locura,
Su improvisado huésped que se afana
(Tal simpatiza la familia humana)
Por conocer aquel confuso ente
De tan rara figura
Que aparece á sus ojos de repente:
Y ambas manos le planta
En los carrillos y su faz levanta

Por verle bien, y en la nariz le arroja
Tan súbita y ruidosa carcajada,
Fijando en él su vívida mirada,
Que al pequeñuelo regidor enoja.

¡Cómo! ¡á mí! ¡voto á tal! gritó en su ira
Furioso el pobre concejal en tanto,
Viendo aquel tagarote con espanto
Que con salvaje júbilo le mira,
Que le acaricia rudo,
Hércules sin pudor, Sansón desnudo,
Con atención tan rara y tan prolija
Que al contemplar sus gestos y oir su voz
Cada vez más se alegra y regocija
Con delirio feroz.
Crujiéndole de cólera los huesos
En su impotencia don Liborio, en vano
Á remediar se esfuerza los excesos
De aquel bárbaro audaz y casquivano:
Confuso y sin saber quién le ha traído.
Ni por dónde ha venido,
Ni cómo por qué arte prodigioso
Su pacífico viejo en tan furioso
Huésped se ha convertido.

Su alegre huésped que le palpa y ríe
Como á juguete vil contempla el niño,
Que en su brutal cariño
Ni un punto le permite se desvíe;
Que imperturbable, en tanto que murmulla
El patrón amenazas y razones,
Súplicas, maldiciones,

Gritos inortográficos le aúlla,
Pálpale el rostro y pízcale el semblante.

¡Qué hombre formal se vió
En situación jamás tan apurada!
¡Su grave dignidad comprometida,
Y aquí la autoridad desconocida
Yace además y ajada
Con que la sociedad le revistió!

Ya le levanta en alto y le examina,
Y al verle mal formado y tan pequeño,
Le contempla risueño
Entre cariño y burla con ternura,
Y que un poder providencial lo envía
(¡Oh presunción del hombre!) se figura
Á servirle y hacerle compañía.

En fin, los gritos fueron
Tales, y tantas del patrón las voces,
Que todos los vecinos acudieron
Al estruendo y estrépito feroces.
Acudió como era
De su deber al punto la primera,
Su mujer con vestido de mañana
Y tres moños no más en la marmota,
Dos de color de rosa, otro de grana,
Que aunque el afán de ver quién alborota
La hizo subir con el vestido abierto,
La negra espalda al aire y sin concierto,
La marmota y los lazos con descuido
Por el bien parecer se los ha puesto,

Que un traje limpio y un semblante honesto
Decoro en la mujer dan al marido.
Acudió á la par de ella
Un pintor joven cuya mala estrella
Trajo á Madrid con más saber que Apeles,
Mas no llegó á pintar porque el dinero
Á su llegada le ganó un fullero,
Y no compró ni lienzo ni pinceles;
Y en la buhardilla vive,
Lejos del ruído y pompas de este mundo.
Junto á Dios nada menos, que del profundo
Genio de Dios, la inspiración recibe:
Mas tanto genio por causa tan fútil
Estéril es, la inspiración inútil.
¡Y oh prosa! ¡oh mundo vil! no inspiraciones
Pide el pintor á Dios, sino doblones.

Un cachazudo médico vecino
Del cuarto principal, materialista,
Sin turbarse subió, y entre otros vino
Un romántico joven periodista,
Que en escribir se ocupa folletines,
De alma gastada y botas de charol,
Que ora canta á los muertos paladines,
Ora escribe noticias del Mogol
Cada linea á real, y anda buscando
Mundo adelante nuevas sensaciones,
Las ilusiones que perdió llorando;
Lanzando á las mujeres maldiciones.

En tanto le ha quitado su gorreta
Griega al patrón el héroe, y decidido
Sobre su noble frente la encasqueta

Ancho de vanidad, de gozo henchido:
Y en cueros con su gorro se pasea
Por el cuarto, y gentil se pavonea,
Que es natural al más crudo varón
Ser algo retrechero y coquetón,
Echándole al patrón con desparpajo,
Miradas que le miden de alto á abajo,
Sin hacer caso de sus voces fieras
Creyéndole en su estado natural,
Ni atender al estrépito infernal
De los que suben ya las escaleras.

Se abrió de golpe la entornada puerta
Y de tropel entraron los vecinos
Y hallaron al patrón que á hablar no acierta
Y al Hércules haciendo desatinos;
Su esposa la primera, medio muerta
De espanto y de dolor, gritó: ¡asesinos!
Porque tiene el amor ojos de aumento
Y quita la pasión conocimiento.

Fué del patrón cuando llegó socorro
Echarla lo primero de valiente,
Y recobrar su dignidad y el gorro,
Tomando un ademán correspondiente,
Y así mirando indiferente al corro,
Que es máxima que tiene muy presente
La de *nihil admirari,* y la halló un día
En un tratado de filosofía.

Tendió la mano al loco señalando,
Y al mismo punto su inocente esposa,
La misma infausta dirección, temblando
Con los ojos siguió toda azarosa!

¡ *Oh terrible visu*! ¡oh cuadro infando!
¡Oh! la casta matrona ruborosa
Vió..... ¿mas qué vió, que de matices rojos,
Cubrió el marfil y se tapó los ojos?

Musas, decid qué vió..... La Biblia cuenta
Que hizo á su imagen el Señor al hombre,
Y á Adán desnudo á su mujer presenta
Sin que ella se sonroje ni se asombre:
Después se le ha llamado y á mi cuenta,
Mientras peritos prácticos no nombre
La familia animal, está dudoso,
Entre todos al hombre el mas hermoso.

Y muy cara se vende una pintura
De una mujer ó un hombre en siendo buena,
Y estimamos desnudo en la escultura
Un atleta en su rústica faena:
Mas eso no: la natural figura
Es menester cubrirla y darla ajena
Forma, bajo un sombrero de castor,
Con guantes, fraque y botas por pudor.

No que me queje yo de andar vestido
Y ahora mucho menos en invierno,
Y que el pudor se dé por ofendido
De ver desnudo un hombre lo discierno:
Y mucho más si el hombre no es marido,
Ni cuñado siquiera, suegro ó yerno,
Que entonces la mujer no tiene culpa
Y el mismo parentesco la disculpa.

Mas es el caso aquí que aquella dama
Mujer del concejal..... ¡oh! sin lisonja,

¿Cómo diré la edad que le reclama
El tiempo que hace ya vive en la lonja,
Yo que me precio de galán? la fama,
Viéndola hacer escrúpulos de monja,
Á los presentes reveló la cuenta
Y hubo vecino que la echó cincuenta.

¡Tanto pudor á los cincuenta años!
¡Oh incansable virtud de la matrona!
Después de tanto ataque y desengaños,
En este mundo pícaro que abona
El vicio con sus crímenes y amaños,
El tiempo que peñascos desmorona
No pudo su virtud jamás vencer:
¡Oh feliz don Liborio! ¡Oh gran mujer!

¿Y habrá de irse sin mirar siquiera
Á un monstruo, á un loco? ¿y dejará en el riesgo
Á su Liborio con aquella fiera
En trance que ha tomado tan mal sesgo?
No lo permita Dios: Liborio muera
Y ella también con él.—¡Y aquí yo arriesgo
Por seguir en octavas este canto
Débilmente contar *dévouement* tanto!

Ella, la pobre, á su pesar forzada
Á ver un hombre en cueros que no es
Su esposo, con rubor una mirada
Le echó de la cabeza hasta los pies;
Y aunque fuerte, y honesta, y recatada,
Un pensamiento la ocurrió después;
Que la mujer al cabo menos lista
Tiene en su corazón algo de artista.

Y al contemplar las formas majestuosas,
La robustez del loco y carnes blancas,
Recordó suspirando las garrosas
Del pobre regidor groseras zancas:
Son las comparaciones siempre odiosas,
Siempre, y en el archivo de Simancas,
Si no me engaño, pienso haber leído
Que en el símil perdió siempre el marido.

¡Oh cuán dañosas son las bellas artes
Y aun más dañosa la afición á ellas!
¡A sus maridos estudiar por partes
Cuántas extravió mujeres bellas!
No pensó más moléculas Descartes,
Ni en más rayos se parten las estrellas,
Que en partes ¡ay! una mujer destriza
Á su esposo infeliz y lo analiza.

Y á par que en él aplica él analítico,
Al ajeno varón le echa el sintético,
Y al más fuerte marido encuentra estítico,
Y al más débil galán encuentra atlético:
Juzga al primero un corazón raquítico,
Halla en el otro un corazón poético,
La palabra de aquel ruda y narcótica
Y la del otro tímida y erótica.

Y á mí este juicio me parece exacto,
Y parézcales mal á los maridos,
Que ellos han hecho con el mundo un pacto
Y sus derechos son reconocidos;
Y si tienen mujer, justo *ipso facto*
Es que su condición lleven sufridos,

Que habla con su mujer el que se casa
Y yo con las paredes de mi casa.

El pensamiento que cruzó la mente
De la honrada mujer del concejal
Fué sin pasión juzgado estrictamente
Cuando más un pecado venial:
La honrada dueña que no sea siente
(Y este es un sentimiento natural)
Tan membrudo, tan noble y vigoroso
Como su huésped su querido esposo.

Y otra cosa además siente también
Que no se ha de saber por mí tampoco,
Ya que ella la reserva y hace bien,
Que al cabo el hombre aquel no es más que un loco:
Hay quien dice además que con desdén
Vió desde entonces y le tiene en poco
(Tal impresión en ella el huésped hizo)
Á un mozo de la tienda asaz rollizo.

¡Ay, infelis de la que nace hermosa!
Mas la verdad (si la verdad se puede
En materia decir tan espinosa)
Es (y perdón la pido si se excede
Mi pluma en lo demás tan respetuosa)
(Y esto ¡oh lector! entre nosotros quede)
Mas no lo he de decir, que es un secreto
Y siempre me he preciado de discreto.

¿Quién es el hombre aquel? ¿quién le ha traído?
¿Adónde el viejo está que allí vivía?
¿Como y de dónde en cueros ha venido?
La noche antes don Liborio había

Visto en su cuarto al viejo recogido,
Su cuenta preparada le tenía,
Y cuando el ruido á averiguar hoy entra
Desnudo un loco en su lugar encuentra.

Miran al loco todos entre tanto,
Que por tal al momento le tuvieron,
Y tal belleza y desenfado tanto
Confiesan entre sí que nunca vieron:
Viéranlo con deleite si el espanto
Que al encontrarlo súbito sintieron
Les dejara admirarle, pero el susto
Hasta á la dueña le acibara el gusto.

Él los mira también entre gustoso
Y extrañado con plácido semblante,
Con benévola risa cariñoso
Señalando al patrón que está delante.
Y festejar queriéndole amoroso
Fija la vista en él, y al mismo instante
La mano alarga y el patrón la evita,
Se echa hacia atrás amedrentado y grita.

Y su desvío y desdeñoso acento
Sin comprender tal vez y ya impaciente
El nuevo mozo, entre jovial y atento,
De un salto avanza á la agolpada gente;
En pronta retirada un movimiento
Todos hicieron, y hasta el más valiente,
El audaz regidor lo menos cinco
Escalones saltó de un solo brinco.

No es retirarse huir, no, ni cordura
Fuera trabar tan desigual combate

Con un loco de atlética figura
Capaz de cometer un disparate:
Gritando *¡atarlo!* bajan con presura;
Gran medida, mas falta quien le ate,
Velos el loco y más veloz que un gamo
Prepárase á saltar de un brinco un tramo.

¡Oh confusión! que al verle de repente,
Rápido desprenderse de lo alto,
Cada cual baja atropelladamente,
Con gritos de terror, de aliento falto:
Rueda en montón la acobardada gente,
Y el regidor queriendo dar un salto,
Entre los pies del médico se enreda,
Se ase á su esposa, y con su esposa rueda.

Y el médico también rueda detrás,
A un tobillo cogido del patrón,
Entrégase el pintor á Barrabás,
Que en un callo le han dado un pisotón,
Ármase un estridor de Satanás,
El poeta ha perdido una ilusión,
Que ha visto de la dama no sé qué
Y á más acaba de torcerse un pie.

Y acude gente, y el rumor se aumenta,
Y llénase el portal, crece el tumulto,
Su juicio cada cual por cierto cuenta,
Y se pregunta, y se responde á bulto:
Dicen que es un ladrón, hay quien sustenta
Que al pueblo de Madrid se hace un insulto,
Prendiendo á un regidor, y que él resiste
A la ronda de esbirros que le embiste.

Llega la multitud formando cola
Al sitio en que se alzaba Mariblanca,
Y la nueva fatal de que tremola
Ya su pendón, y que asomó un zanca
El espantoso monstruo que atortola
Al más audaz Ministro, y lo abarranca,
El *bu* de los Gobiernos, la anarquía,
Llegó aterrando á la secretaría.

Órdenes dan que apresten los cañones,
Salgan patrullas, dóblense los puestos,
No se permitan públicas reuniones,
Pesquisas ejecútense y arrestos,
Quedan prohibidas tales expresiones,
Obsérvense los trajes y los gestos
De los enmascarados anarquistas,
Y de sus nombres que se formen listas.

Que luégo á són de guerra se publique
La ley marcial, y á todo ciudadano,
Cuyo carácter no le justifique,
Luégo por criminal que le echen mano;
Que á vigilar la autoridad se aplique
La mansión del Congreso soberano,
Y bajo pena y pérdida de empleos,
Sobre todo, la casa de Correos.

Pásense á las provincias circulares,
Y en la *Gaceta* en lastimoso tono
Imprímanse discursos á millares
Contra los clubs y su rabioso encono;
Píntense derribados los altares,
Rota la sociedad, minado el trono,

Y á los cuatro malévolos de horrendas
Miras, mandando y destrozando haciendas.

¡Oh cuadro horrible! ¡pavoroso cuadro!
Pintado tantas veces y á porfía
Al sonar el horrísono baladro
Del monstruo que han llamado la anarquía.
Aquí tu elogio para siempre encuadro,
Que á ser llegaste el pan de cada día,
Cartilla eterna, universal registro
Que aprende al gobernar todo Ministro.

¡Oh cuánto susto y miedos diferentes,
Cuánto de afán durante algunos años
Con vuestras peroratas elocuentes
Habéis causado á propios y aun á extraños!
Mal anda el mundo, pero ya las gentes
Han llegado á palpar los desengaños,
Y aunque cien tronos caigan en ruïna
No menos bien la sociedad camina.

¡Oh imbécil, necia y arraigada en vicios
Turba de viejas que ha mandado y manda!
Ruinas soñar os hace y precipicios
Vuestra codicia vil que así os demanda:
¿Pensáis tal vez que los robustos quicios
Del mundo saltarán si aprisa anda,
Porque son torpes vuestros pasos viles
Tropel asustadizo de reptiles?

¿Qué vasto plan, qué noble pensamiento
Vuestra mente raquítica ha engendrado?
¿Qué altivo y generoso sentimiento
En ese corazón respuesta ha hallado?

¿Cuál de esperanza vigoroso acento
Vuestra podrida boca ha pronunciado?
¿Qué noble porvenir promete al mundo
Vuestro sistema de gobierno inmundo?

Pasad, pasad como funesta plaga,
Gusanos que roéis nuestra semilla,
Vuestra letal respiración apaga
La luz del entusiasmo apenas brilla:
Pasad, huíd, que vuestro tacto estraga
Cuanto toca y corrompe y lo amancilla;
Sólo nos podéis dar, canalla odiosa,
Miseria y hambre y mezquindad y prosa

Basta, silencio, hipócritas parleros,
Turba de charlatanes eruditos,
Tan cortos en hazañas y rastreros
Como en palabras vanas infinitos:
Ministros de escribientes y porteros,
De la nación eternos parasitos:
Basta, que el corazón airado salta,
La lengua calla y la paciencia falta.

Mientras al arma el Ministerio toca
Y se junta la tropa en los cuarteles,
Y ve la gente con abierta boca
Edecanes á escape en sus corceles
Cruzar las calles, y al motín provoca
El Gobierno con banaos y carteles,
Y andan por la ciudad jefes diversos
Cuyos nombres no caben en mis versos,

Como el jefe político y sus rondas,
Capitán general, gobernador,

Los que por mucho ¡oh monstruo! que te escondas
Darán contigo en tu mansión de horror,
Como del mar las agolpadas ondas
Al ímpetu del viento bramador,
La calle entera de Alcalá ocupando
Se va la gente en multitud juntando.

Y ya el discorde estrépito aumentaba
Y la mentira y el afán crecía,
Y la gente á la gente se empujaba,
Codeaba, pisaba y resistía,
El semblante y los ojos empinaba
Cada cual para ver si algo veía,
Y en larga hilera están ya detenidos
Gentes, carros y coches confundidos.

Como bosque de palmas que al violento
Ímpetu dobla la gallarda copa,
Cuando apiñado lo recoge el viento
Y con su manto anchísimo lo arropa,
Así ondula con sordo movimiento
En la ancha calle la agolpada tropa,
Y la apiñada muchedumbre ruge
Al vaivén rudo de su propio empuje.

Y cede, y vuelve, y crece el vocerío,
La agitación del popular tumulto,
Y un pánico terror entre el gentío
Con asombro común resbala oculto;
Y en tan revuelto y congojoso lío,
Con ronca voz y con violento insulto,
Contrarios intereses y pasiones
Le abren plaza á codazos y empujones.

Y como negra nube en el verano,
Desátase en violento torbellino,
Y piedras llueve, y el dorado grano
Arroja al viento en raudo remolino;
Súbito rompe el populacho insano,
Se esparce y atropéllase sin tino,
Y huyen acá y allá, y allá y acá
Corre la gente sin saber dó va.

Ya habrá el lector, si como yo del ruido
Y bulla popular y movimiento
Alguna vez aficionado ha sido,
Y con juicio observó y detenimiento,
Visto alguno tal vez tan aturdido
De la fuga en el crítico momento,
Que dos horas después si lo ha encontrado
Del ímpetu primero aun no ha aflojado.

Y en bandadas derrámase y se extiende
La antes amontonada muchedumbre,
Como gorriones que el gañán sorprende
Vuelan del llano á la lejana cumbre;
Nadie á la voz del compañero atiende,
Nadie acude á la ajena pesadumbre,
Nadie presta favor, y todos gritan,
Y en confuso tropel se precipitan.

Y allí la voz aguardentosa truena,
Grita asustada la afligida dama,
Ladran los perros y las calles llena
La gente que en tumulto se derrama.
Suspende el artesano su faena,
Cuidoso el mercader sus gentes llama,

Puertas y tiendas ciérranse añadiendo
Nuevo rumor al general estruendo.

Y la prisa es de ver con que asegura
Cada cual su comercio y mercancía,
Y cómo alguno entre el tropel procura
Mostrar serenidad y valentía,
Y en torno de él la multitud conjura
Á reunirse con calma, y sangre fría
Aconseja, mirando al rededor
Con ojos que desmienten su valor.

Y otros audaces de intención dañina,
Gózanse en el tumulto, y de repente
Donde la gente más se arremolina
Prontos acuden á aturdir la gente:
Y huyen por aumentar la tremolina
Y confusión, y contra el más paciente
Espectador pacífico se estrellan,
Y con fingido espanto le atropellan.

Y en tanto que unos y otros alborotan,
Perora aquél y el otro hazañas cuenta,
Páranse en corro, y furibundos votan
Y un sólo grito acaso el corro ahuyenta,
Y aquellos de placer las palmas frotan,
Y éste el sombrero estropeado tienta,
Párase y el aliento ahogado exhala,
Y el tambor va tocando generala;

Y algunos nacionales van saliendo
El ánimo á la muerte apercibido,
El motín y su suerte maldiciendo
Con torvo ceño y gesto desabrido;

Y con voz militar, *Adiós* diciendo
Á su aterrada cónyuge el marido,
Al són del parche y á la voz de alarma
Carga el fusil y bayoneta arma.

Y entre tanto que vienen batallones
Y órdenes mil el Ministerio expide,
Y envuelta en mil diversas confusiones
La autoridad, en fin, nada decide,
Y hay quien demanda á gritos los cañones,
Y quien las cargas de lanceros pide,
Y tal vez otro cavilando calla
Si escogerá la lanza ó la metralla.

Y en tanto que en Madrid, cual se derraman
Por las faldas del rojo Mongibelo
De lava mil torrentes, que recaman
Con ígneas cintas el tremante suelo,
Turbas de gente alborotadas braman
Y se derraman con insano anhelo,
En turbiones las calles inundando
Los unos á los otros espantando:

Súbito con asombro ve la gente
Que aún al portal del regidor espera,
Salir desnudo á un hombre de repente
Con veloz, violentísima carrera;
Y otro tras él con cólera impotente,
Chico y gordo y vestido á la ligera,
Afligido, empolvado y sin aliento,
Todos los pelos de la calva al viento;

Y á una mujer también desaliñada,
Y seis ó siete más llenos de espanto,

Todos tras él gritando con turbada
Voz, *que tengan al loco,* y entre tanto
Por la calle la faz alborozada,
El loco va con regocijo tanto,
Que causa gusto el verle tan esbelto
Andando á brincos tan airoso y suelto.

Pero la gente viendo la figura
Desnuda de aquel hombre.que corría
Rápido como el viento, y la premura
De la turba que ansiosa le seguía,
Y las voces oyendo y la locura
Temiendo del que loco parecía,
Sin otra reflexión viento tomaron,
Y hasta tomar distancia no pararon.

Mas luégo que la calma sobrevino
Y los más animosos acudieron,
Y que era huir un necio desatino
Los menos advertidos conocieron,
Y á todos de saber el caso vino
Curiosidad, hacia el patrón corrieron,
Que eran el nuevo joven y el patrón
De tanto laberinto la ocasión.

Y en corro el caso del patrón indagan,
Y discutan tal vez puntos sutiles,
Y los magines desvariando vagan
Perdidos de la historia en los perfiles;
Y oyen discursos sin que satisfagan
Los discursos las mentes varoniles
Que ansian profundizar, y nadie entiende
El caso que el patrón contar pretende.

«Es, pues, el caso, el regidor decía,
Que este viejo es un loco huésped mío,
Trocado en joven de la noche al día.
—Mirad que estáis diciendo un desvarío.
—Yo cuento la verdad.—¡Necia porfía!
Está loco.—Señores, no me río.
Yo no discurro nunca á troche y moche,
Era un viejo á las doce de la noche.

—Vamos, el regidor perdió un sentido.
—Si eso no puede ser.—¡No hay quién me asista!
Gritaba la mujer, es un perdido,
Un servil, un ladrón, un anarquista.
Ha querido matar á mi marido.
—Y á vos os viola si no andáis tan lista,
La repuso un chuzón, cara de pillo,
Que alegraba con chistes el corrillo.

—Yo dije que era viejo, ahora no digo
Que no sea joven.—Id y el diablo os lleve.
—Y ahora se me va... —Sois un bodigo.
—Con más de cuatro meses que me debe.
—Vos os contradecís.—Me contradigo
Y no me contradigo.—Que lo pruebe;
Gritaba el chusco de la faz burlona;
Idos, buen hombre, á reposar la mona.»

Desnudo en tanto el nuevo mozo vuela,
Párase, corre, alborozado grita,
Mira alegre en redor, nada recela,
Cuanto le cerca su entusiasmo excita:
Palpar, gritar, examinar anhela
Cuanto mira y en torno de él se agita,

Como al amor del maternal cariño
Mira la luz embelesado el niño.

¡Pobre inocente alma que entretiene
El mundo y le divierte, cual gracioso
Juguete, y á mirarle se detiene
Con pueril regocijo candoroso!
La luz, las gentes, en conjunto viene
Todo á herirla, cual juego luminoso
De prodigioso mágico que alzara
Ideal otro mundo con su vara.

Y la ciudad, y el sol y sus colores,
La gente, y el tumulto, y los sonidos
En grata confusión de resplandores
Y de armonías llega á sus sentidos,
Cual las que esmaltan diferentes flores
Los verdes prados por Abril floridos
Confunden con sonoro movimiento
Ruido y colores, si las mece el viento.

Y les presta su alma su hermosura,
Y el corazón su amor y lozanía,
Su mente les regala su frescura
Y su rico color su fantasía:
Les da su novedad luz y tersura,
Regocijo les presta su alegría;
Que el alma gozo al contemplarse siente
Del mundo en el espejo trasparente.

Y en el continuo cambio y movimiento,
Y algazara, y bullicio alegre y vario,
Movido por recóndito portento
Ve el mundo cual magnífico escenario:

Lámpara el sol meciéndose en el viento,
Y obras de artificioso estatuario
Las figuras que en rápido tumulto
Cruzan y anima algún resorte oculto.

Y con su propie gusto satisfecho,
Que en sí propia su alma se alimenta,
Latir sintiendo alborozado el pecho,
Nada se explica, ni explicarse intenta:
Corre el placer de su ilusión derecho,
De su mismo placer sin darse cuenta,
Que del placer que se gozó sin tasa
Nadie se ha dado cuenta hasta que pasa.

Pobre, inocente alma que no sabe
Que sólo al niño su inocencia abona,
Y que en el mundo compasión no cabe,
Que en la inocencia mofador se encona.
Alma llena de fe, cándida ave
Que dulces trinos en el bosque entona,
Que sencilla de rama en rama vuela
Sin que su gracia al cazador conduela.

Alma que en la aflicción y la agonía
Del alboroto popular y estruendo,
Grata danza de amor y de alegría
Con indecible júbilo está viendo;
Cánticos la espantosa gritería
Piensa tal vez, en su ilusión creyendo
Animadas escenas placenteras
El susto de la gente y las carreras.

Y á tomar parte en el común contento
Lánzase y rompe, y en mitad se arroja

Del bullicio más rápido que el viento,
Y en torno de él la gente se amanoja:
Ni cura del ajeno sentimiento,
Ni de verse desnudo se sonroja,
Y ora forman en torno de él corrillos,
Ora le sigue multitud de pillos.

Fué aquel día el asombro de la villa
Y escándalo de todo hombre sesudo,
Yendo tras él de gente una trahilla
Que aterra á veces su ademán forzudo:
Allí corren los chicos, aquí chilla
Una mujer al verle andar desnudo,
Y algunas que los ojos se taparon
Por pronto que acudieron le miraron.

Y andando así la gente ya le acosa,
Y alguno allí de condición liviana
Quiere que pruebe la intención graciosa
Y el trato afable de la especie humana;
Y arrojándole piedras con donosa
Burla por gusto é intención villana,
Le hizo el dolor sentir, para que sepa
Que no hay placer donde el dolor no quepa.

Que entró en el mundo nuestro mozo apenas
Y su dicha y el mundo bendecía,
É inocentes miradas y serenas
Vertiendo en torno afable sonreía:
Cuando la bruta gente á manos llenas
Lanzaba en él cuanto dolor podía,
Que en traspasar disfrutan los humanos
Su dolor en el alma á sus hermanos.

Sintió el dolor, y el rostro placentero
Súbito coloró de azul la ira,
Y ya el semblante demudado y fiero
Con ojos torvos á la gente mira:
Huye el cobarde vulgo á lo primero,
Piedras después sin compasión le tira,
Gritan: *al loco,* y con temor villano
Huyen y le señalan con la mano.

¿Quién de nosotros la ilusión primera
Recuerda acaso en su niñez perdida?
¿Cuál fué el primer dolor, la mano fiera
Que abrió en el alma la primer herida?
¡Ay! desde entonces sin dejar siquiera
Un solo día, siempre combatida
El alma de encontrados sentimientos,
Ha llegado á avezarse á sus tormentos.

Mas ¡ay! que aquel dolor fué tan agudo,
Que el alma atravesó sin duda alguna:
Fué de todos los golpes el más rudo
Que injusta nos descarga la fortuna:
Cuando inocente el corazón desnudo,
En el primer columpio de la cuna,
Se abre al amor en su ilusión divina,
Y en él se clava inesperada espina.

¡Y después! ¡y después!.... Así el mancebo,
Hombre en el cuerpo, y en el alma niño,
Todo á sus ojos reluciente y nuevo,
Todo adornado con gentil aliño:
Del falso mundo al engañoso cebo
Corre y brinda bondad, brinda cariño,

Y el mundo que al placer falaz provoca,
Dolor da en cambio al alma que lo toca.

Mas deje, el mundo por su amor se encarga
Como un chorizo de curarla al humo,
Y de hiel rica quinta esencia amarga
Sacar para bañarla con su zumo:
Luégo la ensancha más, luégo la alarga,
La esquina, en fin, con artificio sumo,
Hasta que endurecida y hecha callo,
Süave al tacto le parece un rallo.

Grave dolor el del mancebo ha sido,
Grave dolor, porque de aquella gente
La injusticia y crueldad ha comprendido
Con que paga su amor tan inocente:
No en el cuerpo, en el alma le han herido,
Que es niña el alma, y varonil la mente,
Y de juicio y razón Dios le ha dotado
Para que juzgue el mal que le ha tocado.

Sintió primero cólera, y pasando
El físico dolor al pensamiento,
Volvió los ojos tristes implorando
Piedad con amoroso sentimiento,
Madre tal vez en su dolor buscando,
Que temple con caricias su tormento,
Mas los hombres no sirven para madres
Y aun apenas si valen para padres.

Cuando llegó un piquete, y bien le avino,
Que la gente ahuyentó con su llegada,
Y el mozo agradecido á su destino
Miraba con placer la gente armada:

Pregúntanle después de dónde vino,
Cómo va en cueros, dónde es su morada,
Y él que no sabe hablar, nada responde,
Los mira y sigue sin saber adónde.

¿Y adónde va? á la cárcel prisionero,
Que andar desnudo es ser ya delincuente:
Él entre tanto observa placentero
Los colores que viste aquella gente:
Y de una bayoneta lo primero,
Al mirarla tan tersa y reluciente,
Tocó la punta en su delirio insano,
Y en su inocente afán se hirió una mano.

Y este fué entonces el dolor segundo,
Y dejaremos ya de llevar cuenta,
Que para algo Dios nos echa al mundo,
Y la letra con sangre entra y se asienta:
Y así la razón gana, así el profundo
Juicio con la experiencia se alimenta,
Y porque aprenda, el mundo así recibe
Al que no sabe cómo en él se vive.

FIN DEL CANTO TERCERO

CANTO IV

—

Rizados copos de nevada espuma
Forma el arroyo que jugando salta,.
Ricos países de vistosa pluma
En campos de aire el pajarillo esmalta:
Álzase lejos nebulosa bruma,
De sombras rica, si de luces falta,
Y el verde prado y el lejano monte
Muro y término son del horizonte.

Allá en la enhiesta vaporosa cumbre
Su manto en Oriente el alba tiende,
Y blanca, y pura, y regalada lumbre
De su frente de nácares desprende:
Cándida silfa á su fugaz vislumbre
El aire en torno sonrosado enciende,
Y en su frente la ondina voluptuosa
Se mece al són del agua armoniosa.

Y tras la densa y fúnebre cortina
Del hondo mar sobre la rubia espalda,
Ráfagas dando de su luz divina
Mécese el sol en lechos de esmeralda:
La niebla á trozos quiebra y la ilumina
Del torso azul por la tendida falda,
Y de naranja, y oro, y fuego pinta
Sobre plata y zafir mágica cinta.

Y en monte, y valle, y en la selva amena
Y en la de flores mil fértil llanura,
Y en el seno del agua que serena
Se desliza entre franjas de verdura,
El ruido alegre y bullicioso suena
De seres mil que cantan su ventura,
Prestando su algazara y movimiento
Voz á las flores, y palabra al viento.

Las rosas sobre el tallo se levantan
Coronadas de gotas de rocío;
Las avecillas revolando cantan
Al blando són del murmurar del río;
Chispas de luz los aires abrillantan,
Salpicando de oro el bosque umbrío:
Y si el aura á la flor murmura amores,
La flor le brinda aromas y colores.

Y resonando... etcétera; que creo
Basta para contar que ha amanecido,
Y tanta frase inútil y rodeo,
Á mi corto entender no es más que ruido:
Pero también á mí me entra deseo
De echarla de poeta, y el oído
Palabra tras palabra colocada,
Con versos regalar sin decir nada.

Quiero decir, lector, que amanecía,
Y ni el prado ni el bosque vienen bien;
Que este segundo Adán no verá el día
Nacer en los pensiles del Edén,
Sino en la cárcel lóbrega y sombría,
Que su pecado cometió también,

Viniendo al mundo por extraño hechizo,
Y es justo que tal pague quien tal hizo.

Corrió entre tanto por Madrid la fama
De aquella aparición del hombre nuevo,
De cómo viejo se acostó en su cama,
Y al despertar se levantó mancebo.
Nueva de que era causa se derrama
Del gran tumulto que contado llevo
Cuando atento el patrón, subiendo al ruido,
Halló en otro á su huésped convertido.

Hay en el mundo gentes para todo:
Muchos que ni aun se ocupan de sí mismos,
Otros, que las desgracias de un rey godo
Leen en la historia, y sufren parasismos:
Quien por saber la cosa, y de qué modo
Pasó, y contarla luégo, á los abismos
Es capaz de bajar, quien nunca sabe
Sino es de aquello en que interés le cabe.

Quien por saber lo que á ninguno importa
Anda desempolvando manuscritos,
Para luégo dejar la gente absorta
Con citas y con textos eruditos:
Otro almacena provisión no corta
De hechos recientes, cuentos infinitos
Y mentiras apaña, y cuanto pasa
Se entretiene en contar de casa en casa.

Este raro suceso que yo cuento
Aquí en la capital ha sucedido,
Y es tanta la jarana y movimiento
En que su vecindario anda metido,

Que muchos no tendrán conocimiento
De un caso no hace mucho acontecido,
Y á otros tal vez tan verdadera historia
Se habrá borrado ya de la memoria.

Mas yo como escritor muy concienzudo,
Incapaz de forjar una mentira,
Confesaré al lector que mucho dudo
De la verdad del caso que le admira:
Contaré el cuento con mi estilo rudo
Al bronco són de mi cansada lira,
Y el hecho á otros afirmar les dejo,
De haberse el mozo convertido en viejo.

Como me lo contaron te lo cuento,
Y yo de la verdad sólo respondo
De que el mozo salvaje del portento
Anda alegre por ahí mondo y lirondo:
Raro misterio que en conciencia siento
No poder descifrar por más que ahondo;
Mas ¿qué mucho si necio me confundo
Sin saber para qué vine yo al mundo?

Que no es menor misterio este incesante
Flujo y reflujo de hombres, que aparecen
Con su cuerpo y su espíritu flotante,
Que se animan y nacen, hablan, crecen,
Se agitan con anhelo delirante,
Para siempre después desaparecen,
Ignorando de dónde procedieron,
Y adónde luégo para siempre fueron.

Baste saber que nuestro héroe existe
Sin entrarse á indagar arcano tanto,

Que tiene para estar alegre ó triste
Risa en los labios y en sus ojos llanto:
Que come, bebe, duerme, calza y viste,
Ya más civil en este cuarto canto,
Y que Adán en la cárcel le pusieron
Cuando desnudo como Adán le vieron.

Baste saber que el *Diario,* en su importante
Sección que casos de la corte cuenta,
En estilo variado y elegante
Que el interés del sucedido aumenta,
Refiere este suceso interesante
Al número dos mil seiscientos treinta,
Y cómo sigue causa, el parte dado,
No me acuerdo qué juez de qué Juzgado.

Y todos los de todos los colores
Periódicos (¡amable cofradía!)
Que se apellidan, ya conservadores,
Ya progresistas, y que en lucha impía,
Cebo de los políticos rencores,
Mondan y pulen la cuestión del día,
De ilustración vertiendo ricas fuentes
En caudales fructíferos torrentes.

Ahondando la cuestión de estrago tanto,
Buscando el móvil de motín tan fiero,
Hallaron unos y otros con espanto
Que era un pagado y vil aventurero,
No disfrazado bajo el noble manto
De la santa virtud; sino altanero,
Agente digno de la trama impía,
Saliendo en carnes á la luz del día.

Y acusó cada cual á su contrario
De haber pagado y encerrado al loco,
Y del absurdo cuento estrafalario
Que honra por cierto su invención muy poco:
Cuál al Gobierno acusa atrabiliario,
Cuál supone en los clubs que se halla el foco,
Sin que ninguno ser quiera en su ira
Autor de tan *ridícula mentira*.

Y con lógica sana y juicio recto
Probaron como cuatro y tres son siete,
Que no cabe en el más rudo intelecto
Que se convierta un viejo en mozalbete:
Y alguno á los milagros poco afecto,
Con odio á todo clerical bonete,
Probó que nada, en un sabio discurso,
Basta del mundo á trastornar el curso.

Y yo quedé de entonces convencido
Casi de que era mentiroso el cuento,
Aunque siempre mis dudas he tenido,
Que es muy dado á dudar mi entendimiento:
Y cuanto llevo hasta ahora referido
Ni lo afirmo, ¡oh lector! ni lo desmiento,
Que por mi honor te juro no quisiera
Que nadie mentiroso me creyera.

Y casi, casi arrepentido estoy
De haber tomado tan dudoso asunto,
Y de á pública luz sacarlo hoy
Que la incredulidad llega á tal punto;
Mas ya adelante con mi cuento voy
Al són de mi enredado contrapunto,

Que es mi historia tan cierta y verdadera
Como lo fué jamás otra cualquiera.

Es el caso que Adán preso y desnudo
Hace ya un año que en la Corte vive,
Do con áspero trato y ceño rudo
Áspera y ruda educación recibe:
Es cada cual allí doctor sesudo
Que practicando de su ciencia vive,
Tomos que enseñan más filosofía
Que cien años de estudio en solo un día.

Sociedad de filósofos aquella,
Andar allí desnudo á nadie espanta,
Antes más bien pondrán pleito y querella
Al que lleve chaqueta, capa ó manta;
Y así á nadie extrañó cuando su estrella
Trajo allí al joven que mi lira canta,
Y un año desde entonces ha corrido
Y el mancebo se está como ha venido.

En cuanto á traje y nada más se entiende,
Que la sana razón su juicio aploma,
Sus sentidos aviva y los enciende
Y su rústico ardor desbrava y doma.
La gracia y ademán del jaque aprende,
Las más punzantes voces del idioma,
Y á sufrir y á callar y á caso hecho
Guardarse la intención dentro del pecho.

Y como el juicio su talento rija,
Comprende de derechos y deberes
El intrincado código que fija
Los goces de aquel mundo y padeceres:

Y el noble ardor que el corazón le aguija
En ansia de dominio y de placeres,
Y su hercúlea simpática figura
Del ajeno respeto le asegura.

Ni chiste ni pillada se le escapa,
Ni gracia alguna sin respuesta queda,
Ni las cartas mejor ninguno tapa
Cuando entre amigos el cané se enreda:
Revuelta al brazo con desdén la capa,
Con él, navaja en mano no hay quien pueda,
Que en la cárcel ahora ya no hay pillo
Que maneje mejor que él un cuchillo.

Ni lo hay más suelto y ágil, ni quien sea
Más diestro á la pelota y á la barra
Ni más vivo y sereno en la pelea,
Ni de apostura tal ni tan bizarra,
Y á tanto va su gracia, que puntea
De modo que hace hablar una guitarra,
Y para acompañar se pinta solo
Su acento varonil cantando un polo.

Y áspero á par que juguetón y atento
Sin que de su derecho un punto ceda;
Hombre de pelo en pecho y mucho aliento
Con los *ternes* y *jaques* entra en rueda:
Y creciendo en arrojo y valimiento,
En juez se erige y los insultos veda
Del fuerte al débil, y animoso arguye
Y á su modo justicia distribuye.

Tal vez habrá quien diga escrupuloso
Que es poco tiempo para tanto un año,

Y poco fuera, cierto, si dichoso
Vivido hubiera en lisonjero engaño;
Más allí donde el látigo furioso
La suerte vibra con semblante huraño,
Donde ninguno de ninguno cuida,
Pronto se aprende á conocer la vida.

Allí do hierve en ciego remolino
La sociedad, y títulos ni honores
Son del respeto formulado sino,
Ni sirven al que entra sus mayores,
Tienen todos que abrirse su camino,
Breve mundo de más grandes dolores,
Do lucha el triste en su afligido centro
Contra la sociedad de fuera y dentro.

Siempre en eterna tempestad, impura
Mar donde el mundo su sobrante arroja,
Lucha náufrago el hombre á la ventura
Sin puerto amigo que en su mal le acoja:
Pechos que endureció la desventura
Y que el castigo de piedad despoja,
Cada cual de su propio pesar lleno,
Nadie se duele del dolor ajeno.

Y ¿en qué parte del mundo, entre qué gente
No alcanza estimación, manda y domina
Un joven de alma enérgica y valiente,
Clara razón y fuerza diamantina?
Apura el jarro del licor hirviente
Cuando el más esforzado desatina,
Y trastornado y balbuciente bebe,
Y aun él cien jarros á apurar se atreve.

Y es su malicia la malicia aquella
Viva y gentil del despejado niño,
Luz y candor su corazón destella
En medio de su alegre desaliño:
Su noble frente y su figura bella,
Su audacia inspira al corazón cariño,
Que aquella fiera gente en su rudeza
Admiran el valor y la grandeza.

Y aunque es su lengua rústica y profana
Y es su ademán de jaque y pendenciero,
Pura se guarda aún su alma temprana,
Como la luz del matinal lucero;
Bate gentil, cual mariposa ufana,
El corazón sus alas placentero,
Que abrillantan aún los polvos de oro
De inocencia y virtud breve tesoro.

Ni leyes sabe, ni conoce el mundo,
Sólo á su instinto generoso atiende,
Y un abismo de crímenes inmundo
Cruza y el crimen por virtud aprende:
Y aquel pecho que es noble sin segundo
Y que el valor y el entusiasmo enciende,
Aplica al crimen la virtud que alienta
Y puro es si criminal se ostenta.

Como niño que cándido se esfuerza,
Y hacerse el hombre en su candor presume,
Y la echa de ánimo y de fuerza,
Miente blasfemias, fuma, aunque no fume,
No hay nadie sobre él que imperio ejerza,
Y habla de mozas, tal, grato perfume

Vertiendo en torno de inocencia pura,
Al más bandido remedar procura.

Y como en mente y en valor les gana
Y aventaja en nobleza y bizarría,
Tanto les vence cuanto más se afana
En mostrarles mayor su gallardía;
Y aquellas almas viejas su alma ufana
Con noble anhelo superar ansía,
Sin cuidarse en los lances que le empeñan
De si es vicio ó virtud lo que le enseñan.

Y por amor á adornos y colores
Y entender que lo exige su decoro,
Bordado un marsellés con mil primores
Cuelga de su hombro izquierdo con desdoro:
Charro un pañuelo de estampadas flores
Ciñe á su cuello una sortija de oro,
Calzón corto, la faja á la cintura,
Botín abierto y gran botonadura.

Que aprendiendo á jugar ganó dinero,
Y allí á la reja la Salada viene,
Moza que vive de su propio fuero
Y en cuidar á los presos se entretiene:
Él parece tal vez la *hizo salero,*
Y ella que es libre y que á ninguno tiene
Cuenta que dar, dineros y comida
Le trae de amores por su Adán perdida.

Y ya le ha aconsejado en su provecho
La pobre moza de su amor prendada;
Que aunque de rumbo y garbo y franco pecho
Y en su modo y palabras desgarrada,

Y aunque le mira en cueros, que es bien hecho,
Con dulce encanto y alma enamorada,
Le aconsejó vestirse por decencia,
Y él se dejó vestir sin resistencia.

Vagando va confuso el pensamiento
En torno á la mujer del mozo ardiente
Sin poderse explicar el sentimiento
Que por sus nervios esparcido siente;
Mas su vista le da dulce contento,
Respira en ella un codicioso ambiente
Que mágico embelesa sus sentidos
Tras la ilusión de su placer perdidos.

Y su voz, aunque áspera, que suena
Grata á su oído, el corazón le adula,
Y de ansiedad confusa su alma llena
Ni su ilusión ni su placer formula:
Lejano són de amante cantilena,
Que entre la brisa perfumada ondula,
Al aire de su dulce devaneo
Perdido vaga su genial deseo.

Y cuando ella con amor le mira,
En la ansiedad vehemente que le aqueja
Y en el ardor violento que le inspira,
Quiere romper la maldecida reja:
Y la sacude con violenta ira
Porque acercarse á ella no le deja,
Trémulos de furor sus miembros laten
Y sus arterias dolorosas baten.

Látigo y grillos y penoso encierro,
Pronta á saltar sobre él la muchedumbre,

Tratado allí como indomable perro,
Le impusieron forzada mansedumbre;
Cual vigoroso potro tasca el hierro,
Bota y arranca de las piedras lumbre,
El mozo así sujeto á su despecho
Siente un dolor que le desgarra el pecho.

Fiero león que á la leona siente
En la cercana jaula de amor llena,
Que con lascivo ardor ruge demente,
De cólera erizando la melena,
Y la garra clavando en la inclemente
Reja, en torno los ámbitos atruena,
Y el duro hierro sacudido cruje
De tanto esfuerzo á tan tremendo empuje.

Que al placer le convida su hermosura,
Más á sus ojos mágica que el cielo
Con su sereno azul bañado en pura
Luz que colora el trasparente velo;
Placer que inspira al corazón bravura,
Fuerza á sus nervios y valiente anhelo,
Su máquina impulsada y sacudida
Al ignorado goce á que convida.

Que los ardientes ojos de la bella,
Y el que Mayo pintó de rosa y nieve
Semblante alegre que salud destella,
Redondas formas y cintura leve,
Y gallardo ademán, ligera huella,
Pie recogido en el zapato breve
Y blanca media que al tobillo pinta
De negro á trechos la revuelta cinta;

Y el hueco traje que flotante vaga
En rica de lujuria y vaporosa
Atmósfera de amor que el alma halaga
Y excita los sentidos codiciosa,
Y que enseñar al movimiento amaga
Cuanto finge tal vez la mente ansiosa,
Que allá penetra en la belleza interna
Tras la pulida descubierta pierna:

Sácanle al rostro en torbellinos rojos
El fuego del volcán que el pecho asila,
Lanzando llamas sus avaros ojos,
Encendida la lúbrica pupila:
¡Mísero del que entonces sus enojos
¡Ay! provocara; la ira que destila
Su impotencia en su alma, rebosando
Sobre él cayera su dolor vengando!

Visteis al toro que celoso brama,
La cola ondeando sacudida al viento,
Que el polvo en torno levantando inflama,
Envuelto en nube de vahoso aliento,
Y ora á su amada palpitante llama,
Ora busca en su cólera violento,
Con erizado cerro y frente torva,
Quien el deseo de su amor estorba:

Así el mancebo en derredor revuelve
La vista en ansia de feroz pelea,
De nuevo á sacudir la reja vuelve,
Que trémula á su empuje titubea;
Calmarse, en fin, á su pesar resuelve,
Siente que en vano lucha y forcejea,

Y ella le habla, y él triste la mira,
Y sin saber qué responder suspira.

Que él no sabe con ella hablar de amores,
Sino sentir en su locura ciego,
Suspiros son la voz de sus dolores,
Y son sus ansias en sus ojos fuego;
Ella, entre tanto, calma sus furores,
Que él siempre cede á su amoroso ruego,
Y en sus salvajes ojos se desliza
Dulce rayo de amor que los suaviza.

Porque es á un tiempo la manola airosa,
Gachona y blanda como altiva y fiera,
Y sabe con su Adán ser amorosa,
Y esquiva con los otros y altanera:
Paloma fiel, cordera cariñosa,
Aunque de rompo y rasga, y de quimera,
Y mal hablada, y de apostura maja,
Y que lleva en la liga la navaja.

Y está de su pasión tan satisfecha,
Tan ancha está de su gallardo amante,
Que hasta la tierra le parece estrecha
Y no hay dicha á su dicha semejante:
Cuando á la espalda la mantilla echa,
Y las calles se lleva por delante,
Pensando en el gachón que su alma adora,
En su propia hermosura se enamora.

Corazón toda ella, y alma, y vida,
Y gracia, y juventud, desprecio siente
Hacia la sociedad, libre y erguida,
Hollándola con planta independiente:

Dejando á su pasión franca salida,
Un *pues mejor*, rasgado é insolente,
Con cara osada por respuesta arroja,
Si alguno reprendiéndola la enoja.

Pobre mujer para sufrir criada,
Vil la marcó la sociedad impía,
Viviendo en medio de ella condenada
Á perpetua batalla y rebeldía:
Hija del crimen, sola, abandonada
A su propia experiencia y su energía,
Sin más lazo en el mundo ni consejo
Que un padre preso, criminal y viejo.

Era el tío Lucas, padre de la bella,
Hombre de áspero trato y de torcida
Condición dura y de perversa estrella,
Sin cesar por su boca maldecida;
Pocas palabras, de indolente huella,
Mal encarado y de intención dormida,
Chico y ancho de espaldas y cargado,
Largo de brazos y patiestevado.

De chata y abultada catadura,
De entrecana y revuelta espesa ceja,
Ojos saltones y mirada dura,
Blanca patilla á trechos y bermeja,
La frente estrecha y de color oscura,
Rojo el pelo, como áspera guedeja
Inaccesible al peine, aborrascado
En vedijas la cubre enmarañado.

No hay cárcel ni presidio en las Españas
Que no conserve de él alta memoria,

Ciudad que no atestigüe de sus mañas,
Ni camino sin muestras de su gloria;
Y consignada está de sus hazañas
En procesos sin fin, su ínclita historia,
Aunque oscura y truncada, que á la pluma
Fió muy poco su modestia suma.

Lleva á rastra los pies andando, y mueve
Pesada y vacilante la cabeza,
Su pensamiento é intención aleve
Mostrando en su abandono y su pereza:
Mosquito insigne, por azumbres bebe
Sin vacilar un punto su firmeza,
Siempre fumando, el labio ya tostado
Con el tabaco negro y requemado.

Raya en sesenta años, y cincuenta
Hace ya que empezó sus correrías;
Quiénes fueron sus padres no se cuenta
Ni dónde ha visto sus primeros días:
Siempre sagaz, diversa historia inventa
De sus viajes, familia y fechorías,
Cambia su nombre y patria, dando largas
Así á las horas de su vida amargas.

Este honrado varón, cuando desnudo
Adán entró en la cárcel, y la gente
Le examinaba con anhelo rudo,
Explicó el caso con sesuda mente:
«¿No habéis, les dijo, visto nunca un mudo?
¿Qué diablos os *chungáis* de un inocente?»
Y apartó á todos con afecto raro
Dando á su mudo protección y amparo.

Y como luégo el inocente diera
Pruebas de su vigor y valentía,
Y abriera á uno en desigual quimera
Contra las piedras la cabeza un día,
Tanto amor le cogió, que la severa
Faz desplegando que jamás reía,
Hablaba siempre dél guiñando el ojo
Con cierta sonrisita de reojo.

« El chaval, el chaval, » decía entre sí,
« Meterle mano, que mejor gazapo
No ha regalado el líbano al buchí [1];
Vamos con él á quién es el más guapo. »
Y cuando vió que el mozo hecho un zahorí
Camina viento en popa á todo trapo,
Y aprende á hablar y en ardimiento crece
Y hacerse un hombre de provecho ofrece,

Fundó esperanzas el astuto viejo
Y comenzó á formarle á su manera,
Y le oye el joven con sagaz despejo
Y con más atención que conviniera:
Á él y á nadie más pide consejo,
Sometida al talento su alma fiera,
Que en las cosas del mundo el viejo es ducho
Y el candoroso Adán le tiene en mucho.

Su observación profunda y su experiencia
Ha reducido á máximas la vida;
Es cada frase suya una sentencia,
Cada palabra una ilusión perdida:

1 El escribano al verdugo en la jerga de la cárcel.

Torpe y lento en hablar, vierte su ciencia
En truncados periodos sin medida,
Más en su gesto su intención marcada
Que en el valor de la palabra hablada.

Como entreabierta garra alza la mano,
Siempre de quite al frente el movimiento,
Y habla gruñendo como perro alano
Con ojos de través y sordo acento:
Sobre la frente el pelo rojicano,
La barba sobre el pecho, al mozo atento
Que su doctrina codicioso espera,
Una noche le habló de esta manera:

Hijo mío, pocos años
Me quedan ya que matar,
Porque á mí me han de acabar
La viuda [1] ó mis desengaños.

A ti mañana, á mí hoy:
Yo soy punta y tu eres mango,
Este mundo es un fandango,
Tú vienes y yo me voy.

Mira, de nadie te fíes,
Hijo Adán, vive en acecho,
Lo que guardes en tu pecho
Ni aun á ti mismo confíes.

La gente... no hay un amigo:
Al que cae la caridad...
De una mala voluntad
Tienes un falso testigo.

---

1 Viuda, la horca.

Si mojas [1] á alguno, cuida
De endiñarle al corazón...
No se olvida una intención
Y un beneficio se olvida.

Eres mozo, al mundo sales,
De los montes se hacen llanos:
Buena suerte y muchas manos,
Y callar y vengan males.

Á malos trances más bríos:
Como la mar es en suma
El mundo, pero en su espuma
Se sustentan los navíos.

Las mujeres... la mejor
Es una lumia [2]: en el suelo
El diablo no tiene anzuelo
Más seguro ni peor.

Ellas te chupan el jugo,
Y te espantan los parnés [3];
Cuando carne comer crees
Estás comiendo besugo.

El hombre aquí ha de enredar
Sin que le enrede el enredo;
Tú no te chupes el dedo,
Que no hay que postañear.

Mala siembra, mala siega:
Nada me va, nada sé,

1 Mojar, dar puñaladas.
2 Lumia, mujer de mala vida, ramera.
3 El dinero.

Quien más mira menos ve,
Y dí la verdad, Juan Niega.

Esto es negro para ti,
Pero ya lo entenderás,
Y acaso te acordarás,
Cuando lo entiendas, de mí.

Poco en verdad el candoroso mozo
De tan profundas máximas comprende,
Con tal misterio y maleante embozo
Hablándole de un mundo que no entiende:
Y al través de su rústico rebozo,
Si el sentido tal vez sagaz trasciende
De alguna frase, en su confuso empeño
Cuanto adivina le parece un sueño.

Un mundo que una luz pura ilumina,
Que viste y cubre un tan hermoso cielo,
¿Mansión habrá de ser donde camina
El hombre siempre con mortal recelo?
¿Y será la mujer, creación divina,
Vida del alma y generoso anhelo,
Brillante de placer y de hermosura,
Enemiga también, también impura?....

¿Será del hombre el hombre el enemigo,
Y en medio de los hombres solitario,
Él su sola esperanza y solo amigo
Verá en su hermano su mayor contrario?
¿Grillos, cadenas, hambre y desabrigo
Siempre serán el lúgubre sudario
Que vista al entregarle á su abandono
El hombre al hombre en su implacable encono?

¿Será tal vez que en bandos dividida,
Lucha furiosa en obstinada guerra,
La raza de los hombres fratricida
Alterando el reposo de la tierra?
¿Qué brazo audaz que justo se apellida
Contra su voluntad allí le encierra?
¿Quién llama criminal á aquella gente
Á quien oye decir que es inocente?

Y él, que recuerda como en sueño apenas
De su vida el primer dulce momento,
¿Por qué á vivir en ásperas cadenas
Vino y crüel con bárbaro tormento
El hombre de dolor las manos llenas,
En su inocencia lo arrojó violento,
Castigando con grillos y prisiones
El natural vigor de sus pasiones?

Estas y otras reflexiones rudas
Hierven en su ofuscada fantasía,
Como aparece entre las sombras mudas
Incierto rayo de la luz del día:
Turbio su juicio, amontonando dudas,
Sin fórmula vagando en la sombría
Nube de que su mente está cubierta,
Ni acierta á hablar, ni á preguntar acierta.

Tosió entre tanto su Mentor que arranca
Del pulmón á pedazos su catarro,
Y remoja la voz que se le atranca
Sorbiéndose de vino medio jarro;
De un negro torcidón como una tranca
Pica, lía y enciende su cigarro,

Chupa y empuja con la uña el fuego
Y en su discurso así prosiguió luégo:

¿Tú qué has hecho? no has salido,
Chibato [1], del cascarón:
Sin razón ó con razón
Á la sombra te han traído.

Es sino de criaturas:
No te gruñirá el barí [2];
Á mí me tienen aquí
Un chota [3] y mis desventuras.

Se berreó [4] el maldecido,
Y dos señores muy llanos
Vinieron con cuatro alanos
Á sorprenderme en mi nido.

Yo como soy muy cortés
Excusé su compañía,
Hasta que ví no podía
Ni por manos ni por pies.

No se llevaron mal chasco:
Seis pobretes... la del humo...
Que por ahí andan presumo;
Yo aquí á la sombra me rasco.

Por ellos me di á partido;
Dando largas ello irá,

1 Joven, nuevo.
2 Juez. *No te gruñirá el barí*, el juez poco te ha de hacer.
3 Delator.
4 Hablar más de lo que conviene.

Que no los traigan acá
Y nada se habrá perdido.

Tú, pobrecillo, reserva
Lo que ahora vas á saber,
Que en el mundo hay que aprender
Á sentir crecer la hierba.

El que lo gana lo jama [1],
Á buscársela, hijo mío,
Á hacer tú mismo tu avío,
Que el que no llora no mama.

Y tú, para ti has de hacer,
Yo te pondré en buen camino:
Hijo, si tienes buen sino
Pan te queda que roer.

Los seis pobretes... más plata
Valen que ha dado el Perú:
Son muy gentes: verás tú
Seis meloncitos de cata.

Muy hombres, muy campechanos,
No porque yo los alabe,
Pero es cosa que se sabe,
Como las suyas no hay manos.

Saladilla te dirá
Lo que has de hacer: malos mengues [2]
Te lleven á ti y sus dengues,
Que tan derretida está.

1 Comer.
2 Diablos.

Los seis pobretes reciben
También de este pobre viejo
De cuando en cuando un consejo,
Y, Adán, como pueden viven.

Yo bien te quisiera dar
Rentas y capellanía,
Pero el que no tiene usía
Se lo tiene que ganar.

El refrán dice, hijo Adán,
Que Dios es omnipotente,
Y el dinero es su teniente,
Y que sin el din no hay dan.

Conque salud, y andar vivo,
Que por tu bien tengo empeño,
Y adiós, que ya viene el sueño,
Cada mochuelo á su olivo.

Quedóse Adán mientras espera el día
Rumiando las palabras del bandido;
Pasar el mundo en confusión veía
Con loca fiebre y delirante ruido:
Luégo en grata embriaguez su fantasía,
Embargándole el sueño su sentido,
La imagen en visión encantadora
Le trajo amor de la mujer que adora.

Grata visión que venturosa calma
Su loco enajenado pensamiento,
Que trae regalo y esperanza al alma,
Ignorado deleite y sentimiento.
En mitad del desierto umbrosa palma
Que templa su calor calenturiento,

Y á cuyo pie el viajero se reposa
En paz de amor y languidez sabrosa.

Visión en cuyos brazos descansando
Su oscura cárcel y ansiedad olvida,
En jardines de rosas respirando
El encantado aroma de la vida:
El alma allí con movimiento blando
En el columpio mágico mecida
De su propia ilusión, cuenta un tesoro
De esperanzas sin fin, de ensueños de oro.

Alma joven y pura que suspende
En la región del aire un devaneo,
Y que en su propia luz la luz enciende
Y da forma y visión á su deseo:
La atmósfera tal vez ruda le ofende
Del ignorado mundo y su mareo,
Mas si siente sus puntas dolorida
Su propia juventud cura su herida.

Que hay en el alma, cuando nueva agita
Sus áureas alas, una fuente pura,
Que alegre riega la ilusión marchita
Y renueva su fuerza y su hermosura;
Bebiendo de ella el corazón palpita
Hasta que al fin secándose la apura,
Y en vez de la ilusión se alza la pena
Que el manantial purísimo envenena.

Así en su propia alma su consuelo
Halla el mancebo, y de la pura fuente
Con las aguas de vida su desvelo
Templa, y el sueño perezoso siente:

Y luégo en alas de su propio anhelo,
De la amada mujer cruza en su mente
La blanca imagen, que por más delicia
Amorosa le besa y le acaricia.

Brilló entre tanto, si decirse puede
Que brilla en una cárcel nunca el día,
Donde á su luz la sombra nunca cede
Ni un rayo el sol al corazón envía:
Donde la tregua que al dolor concede
Un breve sueño, con crueldad impía
Rompe la aurora, y vuelve á su faena
El cautivo amarrado á su cadena.

Donde las horas hilan su tejido
Sin enredar tal vez una esperanza,
Y el tiempo al parecer pasa dormido
Sin señales de alivio ni mudanza:
Donde tal vez el término cumplido
Que la ilusión del desdichado alcanza
Es en su ruda, inexorable suerte
En un suplicio una penosa muerte.

Donde... pero también el hombre olvida
Allí su pena en su locura insana,
Ríe, y canta, y devánase su vida
Que entre el ayer se enreda y el mañana:
La llaga del dolor adormecida
Templa un olvido, una esperanza vana,
Que es el presente lago alborotado,
Do el porvenir se enturbia y lo pasado.

La causa en tanto en un rincón dormía,
Sin cuidarse de Adán el escribano,

Y un año largo de prisión corría,
Y nadie de él se acuerda; y un verano,
Y otro pasara, y ciento, y pasaría
Un siglo entero, y mil, y todo en vano;
Situación en las cárceles no extraña,
Gracias al modo de enjuiciar de España.

Cuando la hermosa que al mancebo adora,
Quién sabe cómo, acaso malamente,
Logró de la pereza vencedora
Del juez que diese á Adán por inocente.
Vista la causa, en fin, llegó la hora
De darle libertad, y delincuente
No pudiéndole hallar, le sentenciaron
Las costas á pagar que otros causaron.

Las costas, pues, con otras bagatelas
Pagó de sus ahorros la Salada,
Cálzase el escribano las espuelas,
La causa aviva y la dejó *sanjada*.
¡Oh, cuánto, amor, el corazón desvelas
De una hermosa mujer enamorada!
¡Cómo voló á la cárcel aquel día
Rebosando la nueva en su alegría!

Párase ante la cárcel, precipita
Acá y allá agitada sus paseos,
Frenético su espíritu se agita,
Sueña su alma amantes devaneos;
Un siglo en su ansiedad loca, infinita,
Cuentan cada minuto sus deseos,
Allí esperando á que el escriba venga
Y oir gritar: «Adán con lo que tenga.» [1]

1 Grito con que en la cárcel llaman al preso que ponen en libertad. El mismo grito sirve para llamarlo y ponerlo en capilla.

Llegó por fin el anhelado instante,
Corrió á la reja la feliz manola;
Toda turbada látele el semblante,
Que amor con mil colores arrebola;
Y trémula la mano, y anhelante,
Con un ansia no más y una idea sola,
Entre la verja entrándola, la agita,
Y con el gesto y con la voz le grita.

Y como tigre que acechando hambriento
Tal vez descubre presa en la llanura,
Y en arco el cuerpo arrójase violento,
Salta, y entre sus garras la asegura,
No con ansia menor al dulce acento
Que entrando hasta en sus tuétanos murmura,
El mozo corre adonde ve á su bella
Que al través de la reja se atropella.

¡Oh del primer amor dulces escenas
Que presencia risueño un escribano,
Palomas inocentes de amor llenas
Que se huelgan delante del milano!
Romped, en fin, romped esas cadenas
Con que el destino os separó tirano,
Y otras os teja de aromosas flores
El buen Dios protector de los amores.

Abrazó Adán al redomado viejo,
Honrado padre de su amada prenda,
El cual frunciendo el rígido entrecejo
Le apartó donde nadie los entienda;
Y á solas repitiéndole el consejo
De la noche anterior, le recomienda

Prudencia y tino y ánimo en la vida
Y le abraza otra vez por despedida.

¡Cuánto júbilo al alma y alborozo,
Cuánto loco placer, cuánta alegría,
Sintió alterado el indomable mozo
Libre al mirarse y á la luz del día!
Las arterias palpítanle de gozo,
Baña la luz su audaz fisonomía,
Y de contento el corazón deshecho
Suena á sus golpes conmovido el pecho.

Y ella veloz con su ademán de maja,
Su planta firme y su gentil soltura,
La calle al lado de su amante baja
Llamando la atención su donosura;
Y ambos en medio á la común baraja
De gentes que atraviesan con presura,
Y que á su garbo y gentileza atienden,
Ojos á un tiempo y corazón suspenden.

Y él al mirarse al lado de su bella
Y al tocarla tal vez, su tacto es fuego;
Fuego que lanza vívida centella
Que el alma y corazón penetra luégo;
Páranle á un tiempo su ignorancia y ella
Que contiene su ardor con blando ruego,
Y acaso su ardimiento también doma
Cuando recuerda la pasada broma.

Que ha comprendido Adán que aquella gente
Que él con recelo y cuidadoso mira,
Es acaso la misma que inclemente
Piedras y lodo al inocente tira:

Y cual furioso loco va impaciente
Junto al loquero que temor le inspira,
Así la rienda puesta á sus arrojos,
Gira en redor sus recelosos ojos.

Un pobre cuarto bajo en una casa
Pobre, la moza en Avapiés habita,
De baja planta y de fachada escasa,
Limpia por dentro y de esmerada cuita:
La llave con incierta mano pára,
Y el mancebo feliz se precipita
Tras ella en la mansión que amor ahora
Con tintas mil de su ilusión colora.

Tintas que bañan en su lumbre pura
La pobre estancia con celeste encanto,
Vertiendo en torno aromas de dulzura
Que amor derrama de su aéreo manto;
Morada acaso triste, acaso impura,
Mas de la dicha ahora templo santo,
Convertido en Edén de ricas flores
Al soplo germinal de los amores.

Que sólo allí con la mujer que adora,
Cuya hermosura la mansión encanta,
Bastan apenas al mancebo ahora
Los ojos á admirar belleza tanta:
Y el fuego que frenético atesora
El corazón y su vigor levanta,
Y su inquietud redobla, fulminante
En ráfagas de luz brota al semblante.

Y entre sus manos trémula su mano,
Sus labios devorándose encendidos,

Al rudo impulso y al furor tirano
De sus tirantes nervios sacudidos,
Él, ignorante en su delirio insano,
Respondiendo latidos á latidos,
Al corazón la aprieta, el juicio pierde,
La besa hambriento y con placer la muerde.

Y una nube quimérica ya vela
Sus sentidos, y vaga y vaporosa,
Placer, deleites y delirios cela
Y confunde su dicha vagarosa;
Y la hermosura disipada vuela
De la mujer que espárcese amorosa,
Y donde quiera, él gusta, toca y mira,
Dicha, hermosura é ilusión respira.

Aire que con riquísimos olores
Baña su negra cabellera riza,
Luz vagarosa y blanda que de amores
En los húmedos ojos se desliza;
Voluptüosa niebla de colores
Que un deliquio dulcísimo matiza,
Los cerca en derredor embebecidos
En su lánguida magia los sentidos.

Amor encuentra en su sabrosa boca,
Y en sus ojos de amor amor respira,
Afán de amores en su frente loca
Latir contempla si á su hermosa mira;
Furor ardiente que el amor provoca
Él en su aliento abrasador aspira,
Y ella á su furia y su pasión demente
Doblar su amor al estrecharle siente.

Y amor en voluptad se desvanece
Y va á perderse en el remoto cielo,
Que hasta allí disipándose parece
Que elevan sus espíritus su vuelo;
Y el aura del deleite que las mece
Y confunde sus almas, en un velo
Cubriéndolas de gloria y de ventura,
Allá las alza en sueños de dulzura.

Sueños que en torno en formas nacaradas
Vagos acá y allá revolotean,
Y en las venas latiendo arrebatadas
Entre la sangre trémulos serpean;
En los rígidos nervios desplegadas
Sus alas placidísimas ondean,
Sobre la frente bulle su armonía
Y ofuscan con su luz la fantasía.

Genios de amor, deidades de hermosura,
Dón de la juventud, nuevas creaciones,
Que en el primer placer el alma pura
Llueve desde su cielo de ilusiones;
Inmenso amor, riquísima ventura
Que ignoran los mortales corazones
Que el varonil vigor aún no han sentido
Y está el candor de su niñez perdido.

¡ Oh ! á su inocencia, á su infantil pureza
La fuerza juvenil junta el mancebo,
Nueva á sus ojos es tanta belleza,
Nuevas sus ansias y su goce nuevo;
Antes que la ilusión en su cabeza
Seque el deseo con picante cebo,
Dicha, ilusión amores y delicias
Se atropellan en él con sus caricias.

Y allí en tropel, cual vierte su rocío
En las mañanas del Abril la aurora
Sobre las verdes ramas del sombrío
Y en las pintadas flores que enamora,
Al alma y cuerpo con amante brío
La turba de placeres voladora,
Que en torno en algazara se levantan,
En círculos de júbilo la encantan.

Olas que van y vienen en su mente
Son sus alborotados pensamientos,
Confusos todos en tumulto ardiente
Brotando el corazón sus sentimientos;
Y al armonioso estrépito latente
Absortos los sentidos, los violentos
Impulsos del amor muestran pasmados
En éxtasis de gozo arrebatados.

¡Oh! ¡cómo vibra y en acorde canto
El alma de ella al alma de su amante!
¡Oh! ¡cómo tanto amor, delirio tanto
Se retrata en su célico semblante!
¡Oh! ¡cuál le presta su ignorado encanto
Su espíritu á su espíritu flotante,
Como el arco del músico se agita
Cuando violenta inspiración le excita!

Que como cuando arrebatado azota
Al muelle mar el huracán violento,
Las apiñadas olas que alborota
Á merced van del combatido viento,
Así en la llama eléctrica que brota
El alma en cada nuevo sentimiento,
Envuelta el alma ajena y sacudida
Vaga á merced de la pasión perdida.

Y ahora que así las almas considero
Prestándose placer, gloria y ternura,
Pararme un punto y lastimarme quiero
De mi propio disgusto y desventura;
Que ya gastado de mi ardor primero
El tesoro riquísimo se apura,
Y en mi amargo dolor continuo lloro
Perdido malamente aquel tesoro.

Aunque por otra parte me consuela
No tener ya que ir como iba un día
Á escape con el alma y dando espuela
Al alma que en mi curso antecogía;
Ni soñada esperanza me desvela,
Ni doy crédito ya á mi fantasía,
Y si de amor no late el pecho mío
También en cambio á mi placer me hastío.

¡Oh! ¡bendita mil veces la experiencia
Y benditos también los desengaños!
Piérdese en ilusión, gánase en ciencia,
Gastas la juventud, maduras años.
Tanta profundidad, tanta sentencia,
Tantos remedios contra tantos daños,
¿Á qué los debes, mundo, en tanta copia
Sino á la edad y á la experiencia propia?

¿Y habrá tal vez alguno que sostenga
Que no vale la ciencia para nada?
¿Y habrá menguado que á probar nos venga
Que está la dicha en la ilusión cifrada?
¿Pues hay cosa que más nos entretenga
Que medir de los astros la jornada,
Y saber que la luna es cuerpo oscuro,
Y aire ese cielo al parecer tan puro?

Viva la ciencia, viva, y si en el mundo
Perdiste ya del alma la energía,
Y en ella guardas con dolor profundo
Algún recuerdo de un dichoso día,
Con viva aplicación, meditabundo
Engólfate en los libros á porfía,
Que aunque ellos nunca calmarán tu pena,
Al menos te dirán qué es luna llena.

Y entre tanto vosotros los que ahora
Pinté embriagados de placer y amores,
Gozad en tanto vuestras almas dora
La primera ilusión con sus colores:
Gozad, que os brinda la primera aurora
Con el jardín de sus primeras flores,
Coged de amor las rosas y azucenas
De granos de oro y de perfumes llenas.

Y sed vosotros isla de verdura
Donde repose yo, cansado y yerto
Del sol que ennegreció mi frente pura
Y del árido viento del desierto:
Idea de suavísima dulzura
Vosotros sed do el pensamiento incierto
Fije su vuelo, y vuestro aroma blando
Venga á mi corazón su afán templando.

FIN DEL CANTO CUARTO

CANTO V

CUADRO PRIMERO

INTERIOR DE UNA TABERNA EN EL AVAPIÉS.

En un rincón, junto á una mesa, Adán con la Salada; ella contemplándole con recelosa curiosidad, él distraído: grupo de majos á un lado: grupo de manolos y manolas que danzan. Un hombre con traje mitad seglar, mitad eclesiástico, flaco, ruin de estatura, chato, lampiño y el pellejo arrugado, pelo pobre y rojizo, chisgarabís repugnante, toca la guitarra. Su edad cuarenta años 1.

UN MANOLO.

Buen ánimo, padre cura,
Vamos, otra seguidilla.

PRIMERA MANOLA.

¡Qué seria está Saladilla!

SEGUNDA MANOLA.

Chica, por poco se apura.

1 Si modelo y dechado de todas las virtudes son el mayor número de nuestros sacerdotes, en todos tiempos, y especialmente en los malaventurados que corren, ha habido y se encuentran algunos miserables, hez y escoria de tan respetable clase. El lector se acordará tan bien como nosotros de haber hallado en su vida alguno que, haciendo gala de su desvergüenza, se parecía quizá al mezquino ente que aquí tratamos de describir.

PRIMERA MANOLA (*al cura*).

Diga usted, cara de fuelle,
¿No canta usted?

EL CURA.

(*Con ademán salado que le sienta muy mal.*)

¡Salerosa!

PRIMERA MANOLA.

¡Viva la gracia!

SEGUNDA MANOLA.

Mohosa,
Mala mano te desuelle.

EL CURA (*apurando el vaso*).

¡Sangre de Cristo! al avío.

SEGUNDA MANOLA.

Vamos pues, toque usté aprisa.

EL CURA.

Consumé: siga la misa,
Y ayúdamela, hijo mío.

(*Á un mozalbete que alternará con él cantando.*)

(*Mientras rasga la guitarra, desaparece la fisonomía del cura escuerzo entre millares de innobles gestos.*)

No hay religión más santa (*Canta.*)
Que la de Cristo,
Que señala á los moros
Como enemigos.

Guerra á los cueros,
Porque matando moros
Se gana el cielo. (*Danzan.*)

SALADA.

¿Estás triste, dueño mío?
¿No respondes?

ADÁN (*distraído.*)

No sé, siento
Una ansiedad, un tormento.

SALADA.

Me matas con tu desvío:
Mira, Adán, me miro en ti
Como en Dios: ¿qué mal te oprime?
Por Dios, Adán, por Dios dime
Que también me amas así.

ADÁN (*con frialdad*).

Sí, te amo.

SALADA (*con ternura*).

¿No es verdad?
Yo con locura: ¿suspiras?
¿No respondes? ¿no me miras?

(*Adán recorre con los dedos la mesa, y los ojos bajos profundamente pensativo; ella con zozobra le mira fijamente y los ojos húmedos de lágrimas. Sigue la danza.*)

PRIMERA MANOLA (*con desgarro*).

¡Jalea de Navidad!
¿Quién me la compra?

SEGUNDA MANOLA.

(*Señalando á Adán y á la Salada.*)

¡Qué par!
¡La romántica! ya llora:
Traigan agua á la señora,
Porque se va á desmayar.

EL CURA (*canta*).

La mujer y las flores
Son parecidas,
Mucha gala á los ojos
Y al tacto espinas:

Y yo que tengo
El corazón herido
Nunca escarmiento.

(*Corro de guapos.*)

PRIMER GUAPO.

¿Con que es aquel?
(*Señalando á Adán con el gesto.*)

SEGUNDO GUAPO.

Aquel es.

TERCER GUAPO.

Un trago, que pase el miedo.

SEGUNDO GUAPO.

Señor Matorrales, quedo,
Que es muy hombre.

TERCER GUAPO.

¿Por los pies?

SEGUNDO GUAPO.

Y por las manos.

PRIMER GUAPO.

Amigo,
Dice el refrán que su silla
Pierde el que se va á Sevilla.

SEGUNDO GUAPO.

Y es natural.

TERCER GUAPO.

Pues yo digo
Que la cortaré la cara.

(*Manolos bailando.*)

PRIMER MANOLO.

Coja usted tierra, salero.

SEGUNDA MANOLA.

Estoy por decir no quiero.

EL CURA (*mirando de reojo á los majos*).

Buena danza se prepara.

(*Canta*).

Tienes una boquitris
Tan chiquitirris,
Yo me la comeriba
Con tomatirris.

EL CHICO (*canta*).

Y en tus ojillos,
¡Ay! se me baila el alma
Que me derrito.

PRIMER GUAPO.

¿No te ha conocido?

TERCER GUAPO.

No:
Está ella muy distraída.

SEGUNDO GUAPO.

Quien bien quiso tarde olvida.

TERCER GUAPO.

Pues ella pronto olvidó.

TABERNERO.

Una azumbre se me debe.

TERCER GUAPO.

Eche usted otra, que quiero
Que el mozo aquel tan salero
Y aquella niña lo pruebe.

ADÁN (*á la Salada*).

¡Me ahogo! siento un deseo,
Salada, no sé de qué:
Un afán.....

SALADA.

Yo sí lo sé;
No me quieres: bien lo veo.

ADÁN.

Vistes aquel pez dorado
Que en tu casa en un fanal,
Breve lago de cristal,
Da vueltas aprisionado,
Y en la ventana al sol mira
Tejiendo en torno colores,
Y en las macetas las flores
Donde la brisa suspira:
Y ya escucha su rumor
Que le encanta, y le suspende,
Ya la llama que se enciende,
Ya la beldad de la flor;
Y en su cárcel cristalina
Nada con más ligereza
Por gozar de la belleza
Que los ojos le fascina:
Pues así yo, dueño mío,
La tierra, la luz, el cielo,
Disfrutar con loco anhelo,
Y sin saber cómo, ansío.

SALADA.

Mira, si tú, vida mía,
Me amaras como yo á ti,
Todo eso hallaras en mí
Y tu ansiedad calmaría.
Yo que tu amor sólo anhelo,
Para templar mis enojos
Busco mi luz en tus ojos,
Hallo en tu frente mi cielo:
Y estando á tu lado, Adán,

Ni ese sol ni el cielo veo:
Que eres todo mi deseo
Y eres tú todo mi afán.
Decir ternuras ignoro,
Ruda y salvaje nací,
No sé qué pasa por mí
Ni tampoco por qué lloro:
Fuego en mi amargo dolor,
Fuego de Dios en mi estrella,
Que no me formó más bella
Para aumentarte tu amor.
Mal haya, mal haya amén
Cuando te ví, ¿y quién te viera
Que al mirarte no aprendiera
Al momento á querer bien?

ADÁN.

Ves tú cuando tornasola
Los cielos la luz del día,
Y huye la noche sombría,
Y en tintas mil arrebola
La aurora el blanco celaje,
Y cantan á la alborada
Las aves en la enramada,
Luciendo el vario plumaje:
Más placer, más luz, más vida,
Más amor vierte á torrentes
Ese estrépito de gentes
Que en multitud confundida
Ayer ví cuando á tu lado,
Con tanto afán, tanto gozo,
Tanta gala y alborozo,
Bajaban tantos al Prado.

Adornos tan relucientes,
Ricos trajes y colores,
Coches, caballos, primores,
Y gustos tan diferentes;
Y el lujo y la gentileza
De aquellos tan altaneros
Que llamas tú caballeros
Y damas de la nobleza.
¿Cómo pueden no admirar
Al que siquiera los mire?
¿Quién habrá que no suspire
Por su grandeza igualar?

SALADA.

¿Quién mejor que tú entre ellos?
Por el mejor de más brío
No trocara yo, Adán mío,
Un rizo de tus cabellos.

ADÁN.

Ó estoy loco, vive Dios,
Ó no me entiendes, Salada.

TERCER GUAPO.

(*Se acerca al primero con el jarro de vino.*)

Vé y dales la cambiada
Y brinda tú por los dos.

(*Quedan en observacion en el rincón opuesto los dos guapos.*)

PRIMER GUAPO (*á Adán y la Salada*).

Dios bendiga lo que cría
Bueno y lo estoy yo mirando.

LA SALADA (*con desgarro*).

Vaya un don necio.

PRIMER GUAPO.

Estimando.
Mi alma, más cortesía.
Mocito, un sorbo siquiera. (*Á Adán.*)
(*Adán sin mirarle, continúa distraído.*)

SIGUE EL PRIMER GUAPO.

¿Y usted, niña?

SALADA.

Me hace mal
La espuma.

PRIMER GUAPO.

¡Viva la sal!
(*Acercándose al oído de ella.*)
¿Está el gaché de quimera?

SALADA.

¿Sabe usted los mandamientos?
Pues el quinto no moler.

PRIMER GUAPO.

Se me olvidan sin querer
Á veces.

GUAPO TERCERO.

(*Al segundo en acecho desde el rincón opuesto.*)
Bebo los vientos
De pura cólera.

SEGUNDO GUAPO.

El majo
De monos sin duda está.

PRIMERA MANOLA. (*Corro de baile.*)

¡Un soponcio, que me da!

PRIMER MANOLO.

¡Viva ese desparpajo!

EL CURA. (*Canta.*)

Nunca mató á los hombres
La pena negra.
Desventuras y males
Y penas vengan:
¡Ay! las mujeres
Á los hombres mejores
Les dan la muerte!

PRIMER GUAPO.

Mocito, ¿usted ha perdido
El habla?

SALADA.

¡Vaya un moscón!

ADÁN.

No gasto conversación.

PRIMER GUAPO.

¿Se da usted por ofendido?
Pues lo siento.

ADÁN (*con calma*).

Se acabó.

SALADA.

¿Lo quiere usted claro?

PRIMER GUAPO.

Sí.

SALADA.

Que está usted de más aquí.

PRIMER GUAPO.

(*Se rasca con sorna y meneos truanescos.*)
No entiendo indirectas yo.

TERCER GUAPO (*al segundo.*)

El demonio me retienta,
Compañero. (*Continúan en acecho.*)

SEGUNDO GUAPO.

Críe usted pecho.

PRIMER GUAPO.

¡Tengo una sangre!

SEGUNDO GUAPO.

El despecho.

PRIMER GUAPO.

Y la indina que lo aumenta.

(*Corro de baile.*)

PRIMERA MANOLA.

Pae cura, usté se enronquece.

SEGUNDA MANOLA.

Hija, dale un caramelo.

EL CURA.

De verte á ti me amartelo,
Pichona.

SEGUNDA MANOLA.

Me lo parece.

EL CURA. (*Canta.*)

Arrecógete y brinca,
Menéate y salta,
Porque tanto meneo
Me lleva el alma.

EL CHICO. (*Canta.*)

¡Jesús, qué liga!
Y es lo bueno que nunca
Miente la pinta.

SALADA.

¿Conque no?

PRIMER GUAPO.

Pues por supuesto.

(*Adán se levanta y lo coge con fuerza del brazo.*)

ADÁN.

Buen amigo, basta ya.

(*Le separa sujetándole sin trabajo y vuelve á sentarse.*)

PRIMER GUAPO. (*Echa mano á la navaja.*)

Un demonio bastará,
Que el brazo me ha descompuesto.

TERCER GUAPO.

(*Al segundo, echándose ya en medio.*)

Compañero, me perdí.

SEGUNDO GUAPO (*siguiéndole*).

Ya se armó.

TERCER GUAPO.

(*Desembozándose y presentándose á la Salada.*)

Mala carcoma,
Di, ¿me conoces? pues toma.

(*Le tira una navajada á la cara que no le da.*)

SALADA.

Esas se dan siempre así.

(*Le entra el cuchillo junto al corazón.*)

TERCER GUAPO.

¡La unción! ¡favor! ¡me han herido!

TABERNERO.

¡En mi casa!

EL CURA.

Las lió.

(*Tira la guitarra y sale á escape.*)

(*Huyen todos precipitadamente, coge á Adán la Salada del brazo, y salen juntos por la puerta de la trastienda.*)

ADÁN.

¿Que has hecho tú?

SALADA.

¿Qué se yo?
Corre pronto.

TABERNERO.

Me han perdido.

(*Gente, justicia que acude, etc.*)

FIN DEL CUADRO

Tú el espíritu, amor, tú eres la vida
De la mujer que en tu ilusión se ceba,
Y halla en ti solo su ansiedad cumplida
La que tu dardo penetrante prueba:
El viento en remolinos sacudida
Acá y allá inconstante el alma lleva
Del hombre, y pasajero devaneo
Eres no más de su primer deseo.

Inmenso mar que brinda al navegante
Con mansas olas y sereno viento
Y una playa riquísima y distante
Que ilumina á su gusto el pensamiento,
Y una luz que se pierde rutilante
Y brilla con inquieto movimiento,
Glorias, tesoros, la esperanza ofrece
Á su ambición que en su delirio crece.

¡Cuánto en la juventud la vida es bella!
Con música regala nuestro oído,
Los ojos guía reluciente estrella,

Brinda la flor aromas al sentido:
Lánzase el hombre con ardor tras ella,
Como al dejar el águila su nido,
Buscando al sol, y con seguro vuelo
Volando á hallarle en el remoto cielo.

¿Quién parará su rápida carrera?
Quién pondrá coto á su afanar ardiente?
Corre campo á buscar como la fiera
Que se lanza en el circo de repente:
Arrebata tal vez en su primera
Locura al que se opuso, indiferente
Lo abandona después. ¡Ay! ¡desdichada
La mujer que se oponga á su pasada!

Flor que arrebata de su tallo el viento,
La roba enamorado y se la lleva,
Bésala y acaríciala violento
Con nuevo ardor y con locura nueva:
Bebe su aroma de su olor sediento,
Y las hojas la aranca; en ella ceba
Su amoroso furor, y al fin la arroja
Cuando marchita y sin olor le enoja.

Y sigue, y allá va, y allá se lanza,
Y allá acomete, la región buscando
Que la imaginación apena alcanza
Á pintarse, su vuelo remontando:
Y él allá va, y ardiente se abalanza,
Cayendo y despeñado, y tropezando,
Á merced de su propia fantasía,
Tras la engañosa estrella que le guía.

CUADRO II

ESCENA PRIMERA

HABITACIÓN DE LA SALADA.

ADÁN Y LA SALADA

SALADA (*acariciándole*).

Gachón mío, di, ¿no das
Un beso á tu pobre amante?

ADÁN.

¿Por qué has herido á aquel hombre?

SALADA.

¿Por qué? porque yo á mi padre
Le he oído decir que aquel gana
El pleito que pega antes.

ADÁN.

No sé por qué no me gusta
Ver esas manos con sangre:
¡Son tan lindas! llevar flores
Mejor que un puñal les cae.

SALADA.

Bien puede ser, y si quieres,

Tan sólo por agradarte,
Nunca cogeré un cuchillo,
Y aun dejaré que me maten.
(*Con gachonería*).

ADÁN.

¡Qué hermosa es! (*La da un beso.*)
(*La Salada juega con sus rizos.*)

SALADA.

¡Cómo en ondas
Los negros rizos le caen!
Quisiera tener millones
De almas para adorarte,
Y en cada cabello tuyo
Enredar una. ¡No sabes
Cómo te amo, Adán mío!
Y en esos ojos que arden,
Quisiera ser mariposa
Para en su luz abrasarme:
Échate, Adán, en mi falda,
Así. ¿Estás bien? ¡Cuál te late
El corazón! ¿no es verdad
Que es sólo mío? ¡Ah! dame
Otro beso, mas ¿qué tienes?
¿No me escuchas?

ADÁN (*entre sí*).

¿Por qué nacen
Pobres como yo los unos,
Y nacen los otros grandes?

SALADA.

¿Qué murmuras?

ADÁN.

Tú que has visto
Esos ricos tan galanes
Que en poderosos caballos,
Con jaeces tan brillantes,
Galopan, ó reclinados
En magníficos carruajes,
Parece que se desdeñan
En su soberbia insultante
De mirar á los que cruzan
Á pie como yo las calles;
Tú, en fin, que el mundo, aunque en vano,
Quisiste ayer explicarme;
Mundo que en mil confusiones
Más me enreda á cada instante,
Dime, ¿esas damas tan bellas
Con esos garbos y trajes,
Viven así? dime, ¿hablan
Como nosotros? ¿qué hacen?

SALADA (*con gesto desabrido*).

Dueño mío, somos hijas
Toditas de un mismo padre,
Y la mejor es tan buena
Como yo, y ¡gracias!...

ADÁN.

Me hablaste
De eso, de un padre común,
También ayer.

SALADA.

Son de carne
Y hueso como tú y yo.

ADÁN.

Es inútil que me canse:
Ni yo te acierto á entender,
Ni tú aciertas á explicarte.
Pero dime, ¿cuáles son
Sus diversiones, sus bailes,
Su vida, sus alegrías,
Sus casas? ¿cómo se hace
Para juntarse con ellos,
Con ellos vivir, hablárles,
Y en lujo, poder y galas
Á su grandeza igualarse?

SALADA.

¿Te acuerdas, Adán, del pez
Dorado, que entre cristales
Gira admirando del sol
Los rayos en que se parte,
Y oyendo el rumor del aura
Entre las flores süave,
Embebecido en su música
Ansia quebrantar su cárcel
Por gozar de la armonía
De luces, flores y aires?
Pues, pobre pez si cumpliera
Su voluntad, que al hallarse
En otro ajeno elemento
Del elemento en que nace,
Céfiros, luces y flores
Le dieran muerte al instante.
Sueños son esos, Adán,
Los que tu mente distraen,
Aire que anhelas coger,

Porque los sueños son aire:
Entre esas gentes altivas
Quién más de nosotros vale
No alcanza sino desprecios
En premio de su donaire.
Nuestros enemigos son,
Y el modo de ser iguales,
Es en la misma moneda
En que nos pagan, pagarles.
Y piensa... pero no quiero
Pensar en ello, ni caben
Pensamientos de otro amor
En tu corazón de ángel:
Pero... si acaso esas damas...

(*Con ira zelosa.*)

Las de las blondas y encajes...
Tal vez... si tú en tu delirio
De mí olvidado... no sabes,
Adán, de lo que es capaz
Una mujer por vengarse;
Pero no, no: no es verdad:
Tu amor es mío: Adán, dame
Mil besos, uno tan sólo
Que mis inquietudes calme.

ADÁN.

Puede ser: pero ¿por qué
Riquezas que son palpables,
Galas que miran mis ojos,
No han de estar nunca á mi alcance?
Tanta ansiedad me fatiga,
Mil pensamientos combaten

Dentro de mí, pasan, huyen...
Un beso, mi bien.

(Le besa la Salada con amor.)

Regale
Tu boca mi corazón:
Y entre tus brazos descanse
De tanto afán. *(Se duerme.)*

(La Salada le contempla dormido con ternura íntima, y le hace aire con un abanico, mientras le guarda el sueño. Besa de cuando en cuando la frente hermosa y serena de Adán, y le separa los rizos que el aire suele traer á vagar sobre ella.)

SALADA.

Se ha dormido.
¡Qué hermoso es! ¡qué süaves
Sobre sus cerrados ojos
Las negras pestañas caen!
¡Cómo respira! No hay flores
Que tan rico olor exhalen
Como para mí su boca:
¡Cómo en su frente se esparce
Tanta belleza, reunida
Á tan varonil y grave
Majestad! ¡Qué diferente
De los otros hombres! ¡Nadie
Más feliz que yo!.... ¡amor mío!
¡Ah! ¡Déjame que te ame
Toda mi vida, y me muera,
Mi bien, así, contemplándote!
Pero ¿por qué esta zozobra
Con que el corazón me late?

¿Por qué de súbito siento
Ira y locura, y matarle,
Á veces cuando le miro,
Quisiera, y luégo matarme
Á mí también? ¿Porque sea
Mío solo? ¿Quién robarme
Mi dicha y su amor intenta?
Él es mío, no ama á nadie,
Ni puede amar sino á mí:
Á mí sola, á mí; ¿y quién sabe
Si siempre así me amará?
¡Oh! ¡El corazón se me parte
De sólo dudarlo! entonces...
¡Triste la que me arrebate
Su corazón! ¡Oh! ¡morir
Sólo me queda en tal trance!
¡Matarle y morir, y luégo
Idolatrar su cadáver!
¿Y qué mujer de mis brazos
Será capaz de robarte,
Adán mío? *(Con ternura.)*
¡Cómo suda!

(Le enjuga la frente con un pañuelo blanco.)

¡Oh! sean mis manos cárcel
De ese corazón que es mío;
Que no me lo robe nadie.

(Le pone ambas manos sobre el pecho, como para aprisionarle el corazón.)

¡Oh! deshojad sobre su frente flores
Del noble mozo en su primer mañana,
Guardad su sueño, amores,
Mimad conmigo su beldad temprana,

Dejadme en mi alegría
Cuidar yo sola de la flor que es mía.

ADÁN. *(Despierta.)*

¡Qué calor! ¿dónde estoy?

SALADA.

Aquí, bien mío,
¿No me ves? á mi lado.

ADÁN.

¡Oh! sí, soñaba:
Pero un sueño tan dulce, un desvarío
Tan alegre, que el alma me robaba.

SALADA.

(Reconviniéndole dulcemente.)

No hay sueño alguno, por feliz que sea,
Que yo no cambie por mirar tus ojos,
Y tú el sueño al dejar que te recrea,
Viéndome al despertar sientes enojos.

ADÁN.

Era un sueño... sabrás, hermosa mía,
Que era una tarde en el florido Abril,
Cuando viste del campo la alegría
Hojas al bosque, flores al jardín:

Vagaba solo yo por la ribera
Del Manzanares: lo que fué de ti
No sé, Salada mía, ni siquiera
Cómo yo solo me encontraba allí.

Cuando de pronto á la azulada cumbre
De un monte lejos me sentí volar,

Y un hilo suelto al aire en viva lumbre
Vi ante mis ojos fúlgido ondear.

Yo asido al hilo trepo á la montaña.
¡Oh! ¡cuánto entonces á mis plantas vi!
¡Cuántos acentos y algazara extraña
Alzarse alegre de repente oí!

Haciendo generosa gentileza,
Cien caballeros rápidos pasar,
Ágiles vi, domando la fiereza
De sus caballos que al galope van.

Y entre la luz de remolinos de oro
Que deslumbran los ojos como el sol,
Mujeres, de beldad rico tesoro,
Brindando glorias, y vertiendo amor:

Y danzas, juegos, y algazara y vida,
Magnífico tropel y movimiento,
Riqueza abandonada y esparcida
Cuanta puede crear el pensamiento.

Y yo también con ellos me juntaba,
Y con oro y con trajes de colores
Ya cual aquella gente me adornaba,
Y era también señor entre señores.

Y también mis caballos á mi brío...

SALADA.

Y ni un recuerdo para mí entre tanto,
Ni un recuerdo guardabas, Adán mío,
Á esta pobre mujer que te ama tanto.

ADÁN.

Y en un caballo con la crin tendida,
La cola suelta vagarosa al viento,

Y la abierta nariz de fuego henchida,
En alas iba yo de mi contento.

Y zanjas, montes, valles y espesuras,
Y ramblas, y torrentes traspasaba,
Y otros montes después, y otras llanuras,
Y nunca fin á mi carrera hallaba.

Y siguiendo á mi loca fantasía,
Jinete alborozado en mi bridón,
Latiendo de entusiasmo y de alegría,
Mi anhelo redoblaba su furor:

Mi frente sudorosa palpitando,
Azotaba mi rostro el huracán,
Mis ojos fuego en su inquietud lanzando,
Campo adelante devorando van.

¡Oh! ¡qué placer! En medio al torbellino,
Oir el trueno y rebramar el viento,
Siguiendo en polvoroso remolino
El ímpetu veloz del pensamiento:

Y en incesante vértigo y locura,
Desvanecida en confusión la mente,
¡Cuánto el deseo y la ilusión figura
Arrojarse á alcanzarlo de repente!

¡Oh! yo entendía voces y cantares,
Y vi mujeres ante mí volar,
Y atrás quedaban gentes á millares,
Y encontraba otras gentes más allá.

¡Oh! si me amas, si tu amor es cierto,
Llévame al punto donde yo soñé:
¡Un caballo! ¡un caballo! ¡campo abierto!
Y déjame frenético correr.

Viento que en torno de mi frente brame,
Rayos que sienta sobre mí tronar,
Triunfos, y glorias, y riquezas dame
Que derramen mis manos sin cesar.

SALADA.

¡Oh! ¡Adán! ¡Adán! ¡Tu corazón no es mío!
¡Oh! Tu ambicioso corazón delira,
¡Ay! ¡que me lo robó tu desvarío
Y por sólo mi amor ya no suspira!

Pobre mujer, ¿qué puedo yo ofrecerte,
Ni qué te puedo en mi desdicha dar?
Ten compasión de mí, dame la muerte,
¡Oh! no me dejes sin tu amor llorar.

¡Ah! dime ¿dónde, dónde yo podría
Hallar esas venturas para ti?
¿Dónde? ¡mas ¡ah! que la desdicha mía
En mi impotencia me arrojó á morir!

¡Jamás, jamás, Adán, nunca hasta ahora
Mi bajeza en el mundo he conocido,
Mi corazón que desgarrado llora
Tan amargo dolor nunca ha sentido!

¡Oh! ¿Qué me da mi condición villana?
Despreciable mujer, juguete vil,
Arrojada en el mundo una mañana
Cuando la luz entre miserias vi.

Cuando entre bosques que el viajante ignora
Mi madre moribunda me parió,
Nacida al mundo en maldecida hora,
¡Fruto podrido, hija de un ladrón!

¿Sabes, Adán, lo que le guarda el mundo
Á la que nace como yo nací?
En una cárcel un rincón inmundo,
Y un hospital quizá donde morir:

Una belleza, infame mercancía
Que una pobre mujer por oro trueca,
Y gozando en su propia villanía
Un corazón que el infortunio seca.

Y en pecado y vergüenza concebida,
Y en la frente el escándalo, marchar
Á abrirse campo en su azarosa vida
Con lucha eterna é incesante afán.

¡Miserable de mí! ¡Yo había vivido
Contenta con mi orgullo en mi bajeza!
Tú no lo sabes, pero tú has herido
Un alma, en fin, que á comprenderse empieza.

Tú, Adán mío, sin querer has hecho
Pedazos mi amargado corazón,
Perdida ya la que guardó mi pecho
Ilusión dulce de un dichoso amor.

¡Oh! ven acá, te estreche entre mis brazos;
Déjame en mi dolor llorar así:
¡Fueran, Adán, eternos estos lazos,
Y yo llorara en mi aflicción feliz!

¡Déjame que te bese con locura,
Déjame que te apriete al corazón!
No sé qué voz secreta en mi amargura,
Adán, me dice que á perderte voy.

¡Perderte! ¡y para siempre! ¿y yo que nada
Quiero ya, sino á ti, voy á perderte?

Déjame así morir. ¡Así abrazada
Muriendo yo, bendeciré mi muerte!

Mira, Adán mío, alma de mi vida,
Yo no soy más que una infeliz mujer,
Pobre en el mundo, una mujer perdida
Con sólo desventuras que ofrecer.

No tengo nada; pero ¡te amo tanto!
¡Tengo un tesoro para ti de amor!
¡Oh! no me dejes, muévate mi llanto,
Muévate mi afligido corazón.

¡Oh! ¡no me dejes! Y pues ansias oro
Y dichas que no alcanzo á darte yo,
El mundo te prodigue su tesoro
Y yo, tu esclava, te daré mi amor.

Yo sufriré en silencio tus desvíos,
Yo, tu criada, partiré tu pan,
Y una mirada de esos ojos míos
Hará mi dicha, premiará mi afán.

¡Ay! ¡No me dejes nunca!

ADÁN.

¿Yo dejarte?
¿Y para qué, y por qué? ¡Tú, mi querida!
¿Ni cómo, aunque quisiera abandonarte,
Juntos tú y yo lanzados en la vida?

Tu desdicha en tus quejas adivino.
¿Y habrá de ser eterno tu dolor?
¿Qué poderosa mano á ese destino
Para siempre, Salada, te amarró?

¡Oh! en esas tierras donde yo soñaba;
Allí, do todo es glorias y placer;
Allí, do nunca de gozar se acaba,
Ven, mi Salada, ven y te amaré.

Un caballo, un camino y á ese cielo
Yo escalaré; yo siento dentro en mí
Fuerza bastante en mi ambicioso anhelo
Para cambiar ¡quién sabe! el porvenir.

SALADA.

(Dejándose arrebatar del entusiasmo de Adán.)

¡Juntos! ¡Juntos los dos! ¡Oh! sí, marchemos,
Rompamos del destino las cadenas:
El mundo no es Madrid; juntos volemos
Á otras gentes hallar y otras escenas.

Qué, ¿adonde quiera llevaré en mi frente
Grabado el sello de vergüenza? No;
Que en otras tierras y entre nueva gente
Ennoblecida brillará en tu amor.

Huyamos, sí, de la laguna impura
Donde entre cieno sin tu amor viví,
Huyamos á esas tierras de ventura
Que á entrambos nos ofrece el porvenir.

¡Gracias! ¡gracias! amor, bendito seas,
Que mi bajeza me revelas tú:
¡Huyamos luégo, Adán, donde deseas,
Á otro país que alumbrará otra luz!

ESCENA II

Dichos y EL CURA

(Poco después hasta seis hombres de malas cataduras y modales rústicos.)

EL CURA (*frotándose las manos*).

¡Albricias! ¡no hemos salido
De mala! por la tetilla
Derecha le entró, y si acierta
Á entrarle más una línea,
Pax Christi.

ADÁN (*aparte á la Salada*).

No sé por qué
Me irrita sólo la vista
De ese sapo.

SALADA.

Adán, huyamos.
¡Y yo contenta vivía! (*Aparte.*)

EL CURA (*con acento truanesco*).

Vive Dios, señor Adán,
Que tiene usted una niña
Que da la vida á un cristiano,
Lo mismo que se la quita:
Tan buena para un barrido
Como un fregado: ¡que vivan
Esos ojuelos que matan,
Princesa, y esas manitas!

ADÁN (*con impaciencia*).

¡Ea, basta! ¿qué queréis?

EL CURA.

Si incomoda mi visita
Me iré: mas ya me hago cargo:
La gente se divertía
Como Dios manda: ¡solitos!
¡El demonio me maldiga!
Más siento yo interrumpir...
Pero... vamos... yo creía
Que para todo había tiempo...
Luégo como corre prisa
Nuestro negocio, y los otros
Van á acudir á la cita...
Y según me han dicho, usted
Es también de la partida...
Yo, por eso... La señora,
Que me conoce hace días,
Sabe muy bién que no soy
Yo mosca nunca: en mi vida
La he estorbado para nada...
Cada cual allá se avía,
Y á vivir. Qué, ¿no es verdad,
Señora Salada?

SALADA (*aparte*).

Grima
Me da de oirle.

EL CURA.

Lo otro
No es cosa que á usted le aflija:

Él ya habrá muerto á estas horas,
Y la señora justicia,
Como no sabe quien fué
Quien le apagó, ni en su vida
Sabrá tampoco á quién tiene
Que acudir, queda *per istam:*
Aquí no hay nada que hacer
Sino apandarse unos días,
Y aguardar, que Dios mejora
Sus horas. Tiberio viva,
Y el pan á dos cuartos. ¡Prenda!

(*Acercándose al oído con instancia y picardihuela.*)

Vamos, una preguntilla:
¿Qué le ha dado usté al mocito
Que está que parece quina?

SALADA (*con desabrimiento*).

Oiga usted, padre curiana,
Á un ladito, que me tizna.

(*Entran los seis.*)

PRIMERO.

La paz de Dios, caballeros.

(*Van entrando: unos se sientan, otros se quedan de pie, algunos sacan tabaco.*)

EL CURA.

Ya está la gente reunida.

(*Da un silbido, y se asoma á una reja adonde acude un chico con quien habla.*)

Pupas, ya sabes la seña,
Corre á tu puesto y avisa.

SEGUNDO.

¿Conque es la cosa esta noche?

TERCERO.

(*Al primero, señalando á Adán.*)

¿Es este el mocito, Chispas,
Que recomendó su padre?

PRIMERO.

Pues, el mesmo.

CUARTO.

Saladilla,
El diablo le ha vuelto el juicio.

TERCERO.

Padre cura, ¿qué noticias
Tiene?

EL CURA.

Muchas y muy buenas.

PRIMERO.

Pues desembuche.

QUINTO (*señalando á Adán*).

La pinta
Es de un elefante en leche.
Mocito, ¿hay ánimo?

ADÁN.

Y diga,
¿Para qué me ha de faltar?

SEXTO.

Como es la primer cabrita
Que desuella...

ADÁN.

La primera
Vez que he pensado en mi vida,
Pensé alcanzar con la mano
Donde alcanzaba la vista.

PRIMERO.

Bien dicho.

(*El padre cura entre tanto ha estado hablando á los otros.*)

CUARTO.

¿Y en eso está?

EL CURA.

Luégo que quedó Chiripas
En abrir por la cochera
Y darnos entrada arriba,
Dije para mi capote:
Recemos la letanía,
Y entonemos un *Te Deum,*
Porque la ocasión la pintan
Calva; y para sosegar
Mi conciencia, dije á un quidan
Que en la taberna de enfrente
Estaba, que hiciese esquina
Sin quitar ojo á la casa,
Y pagara por Chiripas
Cuanto bebiese, que yo

Esta noche volvería
Con mi guitarra y mi acólito
Á echar cuatro seguidillas
Y alegrar el barrio.

TERCERO.

Y oiga
¿Entra en el ajo Chiripas?

EL CURA.

Él, como es natural
No quiere que nunca digan
Que fué capaz de vender
Ni hacer una alevosía
Á la que le da su pan:
Eso no, bueno es Chiripas...
No digo yo á su ama, á nadie
Hará una mala partida.

PRIMERO.

Y hace bien.

EL CURA.

Pero es distinto
Que en estando ya dormida
La gente, que entréis vosotros
Y le atéis, y luégo os sirva,
Llevándoos sin hacer ruido,
Ni ver á nadie, á la misma
Alcoba donde su ama,
Que no espera la visita,
Dormirá: y así ha quedado
En que la cosa se haría,

Para no tener que ver
Después él con la justicia,
Cumplir como buen criado
Y hombre de bien. Yo en la esquina
Mientras, haré la deshecha
Y allí con mi guitarrilla,

(*Hace gestos de jaleador.*)

Y cuatro coplas, y alza
Que te se ve hasta la liga,
Y toma y vuelve por otra,
Tendré la gente reunida
De la calle: por si acaso
Cacarea la gallina
Que no se oiga, y que en paz
Vosotros hagáis la limpia.

TERCERO.

¿Y habrá fango?

EL CURA.

Hasta los codos:
Es la condesa de Alcira
Viuda con muchos millones
Y alhajas y piedras finas,
Y más condados y rentas
Y tierras que el mapa pinta.

PRIMERO.

Moneda acuñada, padre;
Déjese de baratijas.

SEGUNDO (*refregándose las manos*).

¿Y es buena moza?

TERCERO.

Me gusta
La pregunta; que sea rica
Y haya donde entrar la mano,
Y mas que tenga comida
La cara de lamparones.

ADÁN (*con interés*).

¿Y es de esas damas que habitan
Palacios?

EL CURA.

Uno tan grande
Que en entrando no se atina
A salir: pero no hay miedo,
Que para eso está Chiripas,
El lacayo incorruptible
Y fiel, que hallará salida
Al laberinto de Creta.

(*Se va haciendo de noche. La Salada entra con un velón encendido.*)

ADÁN.

¿Tendrá coches?

EL CURA.

Y berlinas,
Y cabriolés, y oro y plata
Más que producen las Indias.

PRIMERO.

¡El chibato! de oirlo sólo
Los ojos se le encandilan.

LA SALADA (*aparte*).

(*Con los ojos llenos de lágrimas.*)

¡Pobre de mí!

PRIMERO.

Chica, ¿lloras?

SEGUNDO.

¿Por qué llora usted, mi vida?

ADÁN (*sin reparar en ella*).

Vamos pronto, vean mis ojos
Cuanto vió mi fantasía:
Toquen mis manos en fin
Los sueños de mi codicia.

TERCERO.

Buen pollo; que á éste le pongan
Donde haya.

PRIMERO.

Bien se explica.

SEGUNDO (*á la Salada*).

Pero ¿por qué llora usted?

PRIMERO.

Cosas de mujeres.

QUINTO.

Niña,
¿Le duele á usted algo?

SALADA.

El alma
Y el corazón; Adán, mira,

(Se adelanta con energía á Adán.)

¿Ves estas lágrimas? son
Las primeras que en mi vida
Me ha hecho derramar un hombre;
No hagas tú que mi desdicha
Se trueque en rabia, y se cambie,
Adán, mi ternura en ira:
No quiero, no, tú no irás
Porque yo no quiero.

EL CURA.

¡Chispas!
¡Qué mala hierba ha pisado
La mocita!

SALADA.

Tú imaginas
Que esa mujer es hermosa.
¿Pensabas que yo querría,
Que lo imagino también,
Dejarte ir? ¡Ah! tú olvidas
Que yo te amo, y te finges
Ilusiones y alegrías
En otra parte, siu mí,
Con otra mujer? ¿La hija
Del ladrón cambiar presumes
Con desprecio por la altiva
Condesa, por la señora
Que arrastra coche? deliras.

Sí, tú te has dicho á ti mismo:
Es una mujer perdida;
La que ha nacido en el fango
Que llore en el fango y viva.
Tú has olvidado mi amor,
Mi delirio, mis caricias...
¡Ingrato! que sin tu amor,
(*Con ternura y saltándosele las lágrimas.*)
Sin ti detesto la vida,
Que no tengo más que á ti,
Que te amo: ¡oh! de rodillas
Yo te lo ruego, Adán mío,
No vayas, te lo suplica
Tu pobre Salada, no...
Perdona, Adán, alma mía,
No vayas, no, el corazón
Me da que alguna desdicha
Nos va á suceder... no vayas.
¿No harás lo que yo te pida?

ADÁN.

¿No ir? Salada, ¿no ir yo
Cuando fortuna me brinda,
Y en realidades mis sueños,
En verdad mi fantasía
Trueca? ¿quién? ¿yo, yo no ir?
¿Yo no ir?... tú desvarías.

PRIMERO.

Pero ven acá, ¿tú quieres
Que tu galán sea un gallina?

SALADA.

¿Tú á qué has de ir? ¡Si supieras,

Adán mío, cuán indigna
Hazaña van á emprender
Estos hombres! ¡ah! tú huirías
De ellos. Tu corazón
Noble, di, ¿no te avisa
De la bajeza del hecho?

EL CURA.

Vaya una rara salida:
El demonio predicándonos
Un sermón de moralista.

ADÁN.

Mira, Salada, no sé
Si la acción que se medita
Es buena ó mala, ni entiendo
Qué es mal ni bien todavía:
Yo allá voy: cualquiera sea
El hecho, dicha ó desdicha
Nos traiga, yo he de seguir
La inspiración que me anima.
¿Acaso he nacido yo
Para vivir en continua
agitación? ¿No podré
Seguir á mi fantasía
Jamás? No, Salada mía:
Glorias y triunfos me pinta
Mi deseo: la fortuna
Á mi anhelo campo brinda
Donde cumplirlo: yo quiero
Ver, palpar cuanto imagina
Mi mente: de una ojeada
Ver todo el mundo que gira

Á mi alrededor: allí luégo
Tú vendrás: donde yo elija
Un sitio para los dos.
¡Oh! Si me amaras, tú misma
Me llevarías. — ¿Y quién
Habrá jamás que me impida
Volar donde yo desee?
¡Fuera injusto! y romperían
Mis manos, sí, las cadenas
Que aprisionaran mis iras.

PRIMERO.

Bien dicho.

SALADA (*con mimo*).

Dime, Adán mío,
¿Me amas? ¿Por qué te irritas?
¡Oh! ¡no te enojes conmigo!
Dame un beso, una caricia:
Ya que te empeñas en ir...
Otro beso. ¿No podrías
Ir otra vez, dueño mío,
Dejarlo para otro día?
Las horas se me hacen siglos
Sin ti, todo me fastidia.
¡Yo que pensaba està noche
Pasarla en tu compañía
Tan feliz, y acariciarte
Tanto! no hay mayor desdicha,
Tú ya lo sabes, Adán,
Que una esperanza fallida.
Si te vas ¿qué haré? llorar.
Otro beso: no hay delicia

Igual: los dos aquí solos
Entre amores y caricias
Corriendo las horas: yo
Te contaré mis fatigas,
Mi amor cuando estabas preso.
¡Á ti no te cansa oirlas!
¿No es verdad, mi bien? ¡Ah! dame
Otro beso...

ADÁN (*conmovido*).

¡Vida mía!
No llores, no, yo te amo...
Yo haré lo que tú me pidas.

TERCERO.

Eso es, ya está hecho un mandria.

SEGUNDO.

¡Y lo que sabe la indina!...

EL CURA.

Señores, aquí se quede
El que quiera, que maldita
La falta que nadie hace.
Nuestra Condesa de Alcira

(*Con intención á Adán.*)

Nos aguarda con sus coches,
Su palacio y joyerías:
Nosotros vamos allá.
Conque, amigo, hasta la vista.

(*Dándole á Adán en el hombro.*)

SALADA.

¡Maldita sea tu lengua
Que me arrebata mi dicha!

ADÁN.

¡Oh, es verdad! y yo olvidaba...

SALADA (*arrojándose en sus brazos*).

¡Adán mío!

ADÁN (*con aspereza*).

Mujer, quita

(*Se arranca de ella; la Salada cae desplomada de dolor en una silla. Salen los bandidos, y Adán el primero.*)

FIN DEL CUADRO

CANTO VI

—

Era noche de danza y de verbena
Cuando alegra las calles el gentío
Y en grupos mil estrepitosos suena
Música alegre y sordo vocerío.

Sonó pausada en el reloj la una,
La paz reinaba en el sereno azul;
Bañaba en tanto la dormida luna
Las altas casas con su blanca luz.

Y en un palacio, alcázar opulento
De soberbia fachada, en un balcón
Penetraba su rayo macilento
Entreabierto el cristal por el calor.

Lámparas de oro, espejos venecianos,
Áureos sofás de blanco terciopelo,
Sillas de nácar y marfil indianos,
Los pabellones del color del cielo,

Caprichos raros de la industria humana,
Relieves y elegantes doraduras,
Jarrones de alabastro y porcelana,
Magníficas estatuas y pinturas;

Ornan confusas la soberbia estancia
Que allá se pierde en mágica crujía,
Salones tras salones y á distancia
Se abre de mármol ancha gradería,

Y allá á un jardín, mansión encantadora
Do las fadas conduce, y mil olores
Esparce en los salones voladora
La brisa que los roba de las flores.

¿Quién la deidad al ídolo dichoso
De aquel templo magnífico será?
¡Templo soberbio, alcázar grandïoso
Que con oro amasó la vanidad!

Bella como la luz de la serena
Tarde que á la ilusión de amor convida;
El alma acaso de amarguras llena,
Hermosa en el verano de la vida,

Una mujer dormida sobre un lecho
Riquísimo allí está, los brazos fuera;
Palpítale desnudo el blanco pecho,
Vaga suelta su negra cabellera;

La almohada á un lado, la cabeza hermosa
En un escorzo lánguido caída,
Turbios ensueños á su frente ansiosa
Vuelan tal vez desde su alma herida.

Una velada lámpara destella
Su tibia luz en rayos adormidos,
En desorden brillando en torno de ella
Mil lujosos adornos esparcidos.

Aquí un vestido de francesa blonda,
La piocha allí de espléndidos brillantes,
La diadema de piedras de Golconda,
Sobre el sofá los aromados guantes,

De flores ya marchita la guirnalda,
Allí sortijas de oro y pedrería,
Arrojada en la alfombra rica banda
Bordada de vistosa argentería...

Bandas, sortijas, trajes, guantes, flores,
No os quejéis si os arroja con desdén:
¡El placer, la esperanza y los amores
Ella arrojó del corazón también!

¡Ay! que los años de la edad primera
Pasaron luégo y la ilusión voló,
Y al partirse dejó la primavera
Al sol de Julio que agostó la flor.

Y al alma sólo le quedó un deseo
Y un sueño le quedó á su fantasía,
Loco afán y engañoso devaneo
Que en vano en este mundo hallar porfía:

Y el corazón que palpitaba ufano
Henchido de esperanza y de ventura,
Donde placer halló, lo busca en vano
Perdida para siempre su frescura;

Y en vano en lechos de plumón mullidos,
En rica estancia de dorado techo,
Se reclinan sus miembros adormidos
Mientras despierto la palpita el pecho:

Y en él, inquieto el corazón se agita,
Y un tropel de deseos y memorias
Su mente á trastornar se precipita
Volando ansiosa tras mentidas glorias:

Y en vano busca con avaro empeño
Paz para el corazón en sus rigores;
Sus ojos cerrará piadoso el sueño,
Pero no el corazón á sus dolores.

Despierta cuenta con mortal hastío
Las horas en su espléndida mansión,
Lánzase al mundo, y con afán sombrío
Huye otra vez de su enojoso ardor;

Todo le cansa, en su delirio inventa
Cuanto el capricho forja á su placer;
Y ya cumplido, su fastidio aumenta
Y arroja hoy lo que anhelaba ayer.

¡Oh! ¡que no hay artífice en el mundo
Que sepa fabricar un corazón,
Ni sabio hay, ni químico profundo
Que encuentre medicina á su dolor!

Los trajes, bandas y aromosas flores,
Aquellos oros por allí esparcidos,
Extranjeros riquísimos primores
Á que eligiese á su placer traídos,

Viólos apenas y arojólos luégo
Acá y allá lanzados con desdén;
Que harta su alma y el sentido ciego,
Todo le cansa cuanto en torno ve;

Y duerme ahora, y su entreabierta boca
Donde entre rosas se entrevé el marfil,
Respira del afán que la sofoca
Fuego que el corazón lanza al latir;

Sus labios mueve, y en su hermosa frente
Rasgos inquietos crúzanse en montón;
Cual detrás de la nube trasparente
Sus rayos lanza moribundo el sol;

Y acaso entre una lánguida sonrisa
Resbalar una lágrima se ve,
Cual suele al movimiento de la brisa
Diáfana gota por la flor correr.

¿Por qué esa angustia y respirar violento?
¿Por qué soñando con dolor suspira?
Tan hermosa y con tanto sentimiento,
¡Ay! ¿por qué al corazón lástima inspira?

Un hombre en tanto de feroz semblante,
De repugnante y rústico ademán,
Y en la diestra un puñal con vigilante
Faz cuidadosa y temeroso andar,

Súbito entró en la estancia y silencioso
Á la dormida dama se acercó,
Contemplóla un momento receloso
Y por sus pasos á salir volvió.

«Duerme como un lirón,» dijo en voz baja
Á otros que afuera y en aguardo están;
Y añadió mientras cierra su navaja:
«Manos, pues, á la obra y despachar.»

Y con destreza y silencioso tino
Abren y descerrajan á porfía,
Alegre el corazón del buen destino
Que sus intentos favorece y guía.

Y aquí amontonan, y acullá recogen,
Rompen allí y arrojan con desdén,
Y aquí los unos con cuidado escogen,
Despedazan los otros cuanto ven.

Y con ansia brutal oro buscando
Con insaciables ojos la codicia,
Riquezas y tesoros anhelando,
Riquezas y tesoros desperdicia.

Estremécese el alma al menor ruido
De temeroso sobresalto llena,
Páranse un punto, aplican el oído
Y vuelven otra vez á su faena.

Y en medio á su azaroso y mudo empeño
Rompe el silencio súbito rumor,
Y vuelven todos con airado ceño
Los ojos con afán donde sonó;

Y lleno de infantil sandia alegría
Miran á Adán, que escucha embelesado
La estrepitosa súbita armonía
Que oculta en un reló de pronto hallado.

De gozo el alma y de esperanzas llena
Y ávido de sorpresa el corazón,
Indiferente actor de aquella escena
Registra todo con pueril candor:

Y aquí contempla y palpa los colores
Del rico pabellón de oro bordado,
Allí admira los nítidos primores
Del limpio nácar y el marfil labrado:

Más allá en la pared le maravilla
Aparecida mágica figura,
En cuyos ojos animados brilla
Cándida luz de celestial dulzura:

Formas aéreas que copió en el cielo
La mente de Murillo y Rafael,
Virgen divina, celestial consuelo
Que trasladó á la tierra su pincel.

Y un caballero vió que le miraba,
Que vivo allí lo trasladó Van-Dyck,
Que altivo y con desdén le contemplaba,
De noble aspecto y ademán gentil;

Y el tierno amor que el rostro de hermosura
De la Virgen purísima le inspira,
Trocó luégo el orgullo, la bravura
Del caballero aquel que adusto mira.

Intrépidos en él clavó sus ojos
Brillantes de belleza y juventud,
Y provocar queriendo sus enojos
Llegóse á él y le acercó la luz.

Tocóle, en fin, é imaginóse luégo
Que sombra nada más la imagen era,
Y al irse despechado y con despego
Lanzó al retrato una mirada fiera.

Y volviendo la espalda vió arrogante
Un mancebo galán que hacia él venía,
De negros ojos y gentil semblante
Que al suyo reparó se parecía;

Y sonrióse, y vió con gusto extraño
Su figura airosísima allí dentro,
Que tan terso cristal de aquel tamaño
Nunca hasta entonces le copió en su centro.

Y alegre el corazón, miróse al punto
De sí agradado y reparó en su traje,
Y volviendo al retrato cejijunto
Luégo lo comparó con su ropaje;

Y parecióle que mejor cayera
Aquel vestido en él que el que tenía
Y mejor que su daga considera
Aquella larga espada que ceñía.

Y una ninfa después blanca y desnuda
Al aire ve que suelta se desprende,
Gentil guirnalda que su salto ayuda
En sus manos purísimas suspende;

Suavísima figura y hechicera
En escogido mármol de Carrara,
Que al aire desprendida va ligera,
El juicio pasma y los sentidos pára.

Todo lo mira Adán, todo lo toca,
Todo lo corre con prolijo afán,
Y allá en los sueños de su mente loca
Ser gran señor imaginando está;

Y carrozas, y triunfos, y contentos,
Raudos caballos de indomables bríos,
Y raros y magníficos portentos
Brindan á su ansiedad sus desvaríos.

Y esto deja entre tanto, aquello toma,
Destapa un pomo de dorada china,
Viértese encima su fragante aroma,
Allá á otro objeto su atención inclina.

Toca y enciende un rico pebetero,
Báñase en ámbar súbito la estancia,
Y en un sillón sentándose frontero
Gózase en su dulcísima fragancia.

Más allá relumbrante joyería
Sobre una mesa derramada está,
Y se prende una flor de pedrería;
Luégo al espejo á contemplarse va:

Niño inocente que encantado vaga
En medio al crimen que acompaña ciego,
Que cuanto en torno ve todo le halaga
Y á todo codicioso acude luégo:

Que de la cárcel á los dulces lazos
Pasó encantado en su primer amor,
Y la bella Salada entre sus brazos
Enamorada de él le aprisionó:

Que luégo el mundo apareció á sus ojos
Adornado de gala y de alegría,
Y su vista creó nuevos antojos,
Nuevos ensueños que gozar ansía:

Y libre allí cual caprichoso niño,
Que alegre corre y libre se figura
Si burló acaso el maternal cariño
Y por campo y ciudad va á la ventura;

Así la dulce libertad sentida,
Adán huyó de su infeliz manola;
Y allí en su gozo embebecido olvida
La que le llora enamorada y sola:

Y así mirando y revolviendo todo
Párase ante un magnífico reló,
Y de gozarlo imaginando modo
Toca, y la oculta música sonó.

Al impensado estrépito los ojos
Volvieron todos, y mirando á Adán
Saltaron á su rostro los enojos
Y aun alguno echó mano á su puñal;

— « Clávale ahí: maldita sea la hora
Que ese menguado con nosotros vino. »
— « Por poco, señor Curro, se acalora, » —
Repuso Adán mirando al asesino.

Y con sereno rostro y con desdeño
Señalando al puñal se sonrió,
Dobló el bandido á su sonrisa el ceño
Y colérico á herirle se arrojó.

Trabárase la lid si un alarido,
Un agudo chillido penetrante,
Parando el movimiento al foragido,
. . . .

— « Alto, dijo volviéndose, hablar quedo,
Voy á tapar la boca á esa mujer:
Nadie se mueva, no hay que tener miedo;
Hacer el hato vivo y recoger. »

« ¡Favor, favor! » con afanoso acento
Una mujer en su desorden bella,
Súbito en el salón falta de aliento,
Y que en sus propios pasos se atropella,

Preséntase, y mirando á los bandidos
Siente la voz helársele y suspira,
Y piedad implorando entre gemidos
Los bellos ojos temerosos gira.

Ojos que vierten lágrimas, que velan
Su clara luz realzando su ternura,
Mientras suspiros de sus labios vuelan
Con fatiga que aumentan su hermosura;

Y mientras caen los agitados rizos
Que la sofocan á su ansiosa faz,
Aumenta en su congoja sus hechizos
La blanca mano que á apartarlos va:

Y su voz que se ahoga entre suspiros
Simpática enternece el corazón,
Ecos süaves, regalados tiros
Que al corazón de Adán lanza el amor;

Sintió piedad mirándola afligida,
Que era su hermoso rostro como el cielo,
Cuando si llueve en la estación florida
Colora el sol el trasparente velo.

¿Qué ciegos ojos la beldad no encanta?
Qué duro corazón no vuelven blando
Los ojos lastimeros que levanta
Al cielo la mujer que está llorando?

Los ladrones allí y en torno de ella,
Los estúpidos rostros agitados,
Y ella postrada y en extremo bella
Los ojos y los brazos levantados.

— «¡Silencio, juro á Dios! — Con mano ruda
Dijo asiéndola un brazo el capataz; —
Átale ese pañuelo, atrás lo anuda,
Y que hable para sí si quiere hablar.»

Díjole á otro que á la dama hermosa
Un pañuelo doblando se acercó,
Mientras el capataz con su callosa
Mano la boca á la infeliz tapó.

Miraba Adán, miraba á la hermosura
De la gentil y dolorida dama;
Miraba luégo á la cuadrilla impura
Que su belleza con su aliento infama.

Y cuándo al bruto bandolero mira
Poner su mano rústica en su boca,
Arrebatado en generosa ira
Que á fiera lid su corazón provoca,

Tira de su cuchillo y se adelanta
Saltando en medio al círculo, y cogió
Del cuello al capataz con fuerza tanta,
Que en el suelo de espaldas le arrojó;

Y en la diestra el puñal, la izquierda tiende
Describiendo una línea circular,
Y la turba que al verle se sorprende
Dos ó tres pasos échase hacia atrás.

¡Oh! ¡Cuán hermoso en su gallardo empeño
Palpitante la faz, vivos los ojos,
Vuelve el bizarro mozo, y cuál su ceño
Añade gentileza á sus enojos!

Aquellos rizos que en sus hombros flotan
Tirada atrás la juvenil cabeza,
Las venas que en su frente se alborotan,
Su ademán de bravura y ligereza,

Y aquella dama que postrada llora,
Yerta á sus piés y la razón perdida,
Y que azorada y temerosa ahora
Yace temblando á su rodilla asida;

Y en torno de él las levantadas diestras
De sus contrarios del cuchillo armadas,
Con ademanes y feroces muestras
Su muerte á un tiempo amenazando airadas;

En medio aquel desorden y el despojo,
¡Cuán grande en ardimiento y gallardía
Muestran al mozo que en su noble arrojo
Un genio fabuloso parecía!

Álzase en tanto la navaja en mano,
Los labios comprimidos de la ira
Como pisada víbora el villano
Que cayó al suelo y que rencor respira;

Y él y los otros al mancebo saltan,
Salta el mancebo que los ve llegar,
Y antes que á él lleguen los que así le asaltan
Logra la espalda en la pared guardar.

Quieto allí contra el ángulo resiste
Ojo avizor el ímpetu primero,
Y á veces salta y en la turba embiste
Con presto brinco y con puñal certero.

Y en silencio que sólo algún rugido
Sordo rompe, ó mascada maldición,
Sigue la lucha, y al mancebo ardido
La vil canalla acosa en derredor.

Como traílla de feroces perros
Sobre el cerdoso jabalí que espera,
Con diente avaro y encrespados cerros
Se arrojan á cebar su saña fiera,

Y aquí y allá con ávida porfía
Le acosan, y el colérico animal
En cada horrible dentellada envía
La muerte al enemigo más audaz,

Así, pero no así, sino más fieros,
Con mayor furia y sin igual rencor
Acometen á Adán los bandoleros,
Crece la lucha y crece su furor;

Y cual ligero corzo que parece
Saltando zanjas que en el aire va,
Salta si un golpe á su intención se ofrece,
Y vuelve á la pared cuando lo da.

Y entre ellos luchando, en medio de ellos
Revuélvese y barájase y desliza
Su cuerpo, y fatigados los resuellos
Pueden apenas sostener la liza,

Y aquí derriba al uno, al otro hiere,
Y como terne diestro se repara
Y á todos á uso de la cárcel quiere
Marcarles las heridas en la cara;

Y unos turbados de manejo tanto
Y otros caídos de vencida van,
Cuando los gritos á aumentar su espanto
Llegan de gentes que se acercan ya.

«La justicia,» dijeron, y el violento
Choque suspenden, corren al balcón
Y Adán corre también: y huye al momento
Que la palabra de *justicia* oyó.

¡Fatal palabra! La primera ha sido
Que oyó en su vida pronunciar tal vez,
Hospedado en la cárcel la ha aprendido
Y ni en sus sueños la olvidó después.

Oyó justicia y olvidó á la hermosa
Dama que generoso defendió.
Riquezas, lujo, estancia suntüosa ,
Y allá á la calle del balcón saltó.

Y sin pensar, sin calcular la altura
Unos tras otros á la calle van:
Ninguno allí del compañero cura,
Sálvase como puede cada cual;

Pero hubo alguno que en tamaño aprieto
Más práctico y sereno, haciendo un lío
De cuanto recoger pudo en secreto
Sin curar las palabras tuyo y mío,

Saltó á la calle con sagaz donaire
Apretada su prenda al corazón;
Y desprendido se soltaba al aire
Cuando la gente en el salón entró.

Cuenta la historia que el audaz mancebo,
Como en Madrid tan nuevo,
Corrió dos ó tres calles sin destino,
Y huyendo acá y allá y á la ventura
Solo se halló y en una calle oscura
Al saltar del balcón perdido el tino.
Y luégo se asegura,
Y mira en derredor si alguien le sigue,
Y tranquilo prosigue,
Mas sin saber adónde su camino
Iba despacio andando.

Súbita hirió su oído
La bulla y bailoteo
De una cercana casa, y al ruïdo
Dirigió nuestro héroe su paseo.
Rumor de gente y música se oía
Y voces en confusa algarabía,
Y al estrépito alegre se juntaba
Choque gentil de vasos y botellas,
Y al són de la guitarra acompañaba
Alguno que cantaba
Y con lascivos movimientos ellas.

Dió la vuelta á la esquina,
Y en la casa del baile y la jarana
Vió con sorpresa que á calmar no atina

De par en par abierta una ventana,
Y en una estancia solitaria y triste
Entre dos hachas de amarilla cera
Un fúnebre ataúd, y en él tendida
Una joven sin vida
Que aun en la muerte interesante era.
Sobre su rostro del dolor la huella
Honda grabado había
Doliente el alma al arrancarse de ella
En su congoja y última agonía,
Y allí cual rosa que pisó el villano
Y de barro manchó su planta impura
Marcada está la mano
Que la robó su aroma y su frescura.

Una mujer la vela,
Vieja la pobre, y llora dolorida
Junto al cadáver y volverle anhela
Con besos á la vida:
Y ora llorando olvida
Hasta el estruendo y fiesta bulliciosa
Que á alterar de la estancia dolorosa
La lúgubre paz viene,
Y en darla dulces nombres cariñosa
Y en besar á la muerta se entretiene;
Y á veces abren súbito la puerta
Que adentro lleva adonde suena danza,
Y sin respeto y de tropel se lanza
Un escuadrón de mozos que la muerta
Con impureza loca contemplando
Búrlanse de la vieja, profanando
Con torpes agudezas la sombría
Mísera imagen de la muerte fría.

Y ella es de ver la vieja codiciosa
En medio de su amarga
Y sincera aflicción cuál la rugosa
Mano al dinero alarga,
Y á los mozos impíos
Les llama entre sollozos *hijos míos,*
Y de llorar ya rojos
Enjuga en tanto sus hinchados ojos.
Y entre suspiros mil echa su cuenta,
Y luégo se lamenta
De nuevo, y á su mísero quebranto
Volviendo la infeliz, vuelve á su llanto.

Y en tanto alegre suena
En la cercana sala el vocerío,
La danza, el canto y bacanal faena,
Regocijo, guitarra y desvarío.
Miraba Adán escena tan extraña
Con piadoso interés desde la reja,
Y á la cuitada vieja,
Que en agradar sus huéspedes se amaña,
Á par que en llanto de amargura baña
El cadáver aquel que parecía
Que con toda su alma lo quería.
Y el baile y la alegría
De la cercana estancia le admiraba,
Y el bullicioso y placentero ruido
Que confuso llegaba
Á mezclarse á deshora su gemido.

Y de saber y averiguar curioso
El caso doloroso
Que unos celebran tanto,
Y aquella mujer llora

Con tan amargo llanto,
Llamó luégo á la puerta, y desfadada
Una moza le abrió toda escotada,
El traje descompuesto
Con desgarrado modo y deshonesto.
Y entró en un cuarto donde vió una mesa
Entre la niebla espesa
De humo de los cigarros medio envueltos,
Seis hombres asentados
Con otras tantas mozas acoplados,
En liviana postura,
Que beben y alborotan á porfía,
Y aquel el vaso apura,
Y el otro canta, y en inmunda orgía
Con loco desatino
Al aire arrojan vasos y botellas
Ellos gritando, y en desorden ellas,
Y con semblantes que acalora el vino.
Y aquel perdido el tino
Tiéndese allí en el suelo,
Y este bailando con la moza á vuelo
Á las vueltas que traen
Tropezando en su cuerpo de repente
Ella y él juntamente,
Sobre él riendo á carcajadas caen.
Bebe tranquilo aquél, disputan otros,
Brincan aquellos como ardientes potros
Que roto el freno por los campos botan,
Y mientras todos juntos alborotan,
Alguno con el juicio ya perdido
Murmura en un rincón medio dormido.

Solícita una moza al forastero,

Llegóse y preguntóle qué quería,
Llamándole buen mozo lo primero.
«Quisiera yo, alma mía,
Adán le respondió, si se me deja,
Ver á esa pobre vieja
Que está en ese aposento
Velando á la difunta.» — «¡Ay, es su hija!
Á las seis se murió: buen sentimiento
Nos ha dado la pobre; era una rosa;
¡Todas nosotras la queríamos tanto!
Dios la tenga consigo: tan hermosa
Y ahora muerta, vea usted, ¡pobre Lucía!
Razón tiene en llorar doña María.
Entre usted por aquí.» — Y abrió una puerta
Y hallóse Adán con la afligida madre,
Y el cadaver miró, y á hablar no acierta.
Reina siempre en redor del cuerpo muerto
Una tan honda soledad y olvido,
Tan inmensa orfandad, allí tendido,
Desamparado ya del trato humano,
Sin voluntad, sin voz, sin movimiento,
Que en vano el pensamiento
Presume ahondar tan misterioso arcano,
Y recogido su ambicioso giro
Pliégase al corazón que ahoga un suspiro.

Miraba Adán, miraba los despojos
De aquella un tiempo que animó la vida,
Sobre el cadáver los inmobles ojos
Y el alma con angustia y dolorida:
Y turbia y embebida
La mente contemplándola allí atento,
Embargó sus sentidos

Un mudo inexplicable sentimiento
En el vacío del no ser perdidos.

Y olvidó dónde estaba
Parado y aturdido el pensamiento,
Y miraba y callaba
Sin hacer ademán ni movimiento
Mas que de cuando en cuando suspiraba.

Rompió el silencio la angustiada vieja
Con lastimada voz y entre quebrantos,
Que encuentra eco á su doliente queja
Y halla un consuelo entre pesares tantos
Viendo el mancebo aquel desconocido
Lloroso como ella y dolorido.

— « Véala usted, señor, cuando cumplía
Apenas quince años!... ¡hija mía! »

— « Buena mujer, repuso con ternura
Volviendo Adán en sí de su letargo,
¿Cómo en tanta tristura,
En tanto duelo y sentimiento amargo,
Permitís ese estrépito á deshora
Y danza y bulla tanta
Mientras dolor tan íntimo quebranta
Vuestro llagado corazón que llora? »

— « ¡Ay, respondió la vieja desolada,
Vivo de eso, señor; no tienen nada
Que hacer esos señores
Conmigo y mis dolores!
Vivan ellos allá con sus placeres,
Y mientras besan el ardiente seno
De esas locas mujeres,

Yo con el corazón de angustias lleno
Beso aquí solitaria en mi agonía
La boca de mi hija muda y fría.
¡Hija mía, hija mía!
¡Ah, para el mundo demasiado buena!
Dios te llevó consigo;
Mas es dura mi pena,
Y crüel, aunque justo, mi castigo.»

Dijo, y rompió con tan amargo llanto,
Que la voz le robó su sentimiento.
Y en su mortal quebranto,
Convertido en sollozo su lamento,
El llanto que hilo á hilo le caía,
Por sus mejillas pálidas corría.

— «Yo, buena madre, ignoro,
Nuevo en el mundo aún, lo que es la muerte,
Adán le respondió; pero ¿quién pudo
Arrebatar sañudo
La que fué vuestro encanto de esa suerte?
¿Será imposible ya darla la vida?
La antorcha ahora encendida,
Si la apaga mi soplo de repente
Juntándola otra luz, resplandeciente
Torna al punto á alumbrar; ¿y aquella llama
Que en la existencia de esa niña ardía
No hay otra luz que renovarla pueda?
¿Acaso inmóvil para siempre y fría
Con el aliento de la muerte queda?
Vos sois pobre tal vez... ¡ah! con dinero
Quizá se compre; débil y afligida,
Los muchos años vuestro ardor primero
Gastaron ya, y el elixir de vida

Se halla lejos de aquí... decidme dónde,
Decidme dó se esconde,
Y yo allá volaré; sí, yo un tesoro
Robaré al mundo y compraré la vida,
Y la apagada luz, luégo encendida
Veréis brillar, y enjugaré ese lloro,
Volviendo al mundo la que os fué querida.

¿Dónde, decidme, encontraré yo fuego
Que haga á esos ojos recobrar su ardor?
¿Dónde las aguas cuyo fértil riego
Levante fresca la marchita flor? »

Dijo así Adán con entusiasmo tanto,
Con tan profunda fe, con tanto zelo,
Que la vieja, á pesar de su quebranto,
Alzó á él los ojos con curioso anhelo.
— « ¡Pobre mozo, deliras!
Si comprar esa vida se pudiera,
Esta vieja infeliz que yerta miras,
Por un hora siquiera,
Por un sólo momento
De ver abrir los ojos celestiales
Y otra vez escuchar el dulce acento
De la hija querida de su alma,
¿Qué puedes figurarte que no haría?
¿Qué crimen, qué castigo
Por recobrarla yo no arrostraría,
Y otra vez verla palpitar conmigo?
¿Sabes tú que una hija es un pedazo
De las entrañas mismas de su madre?
Por un beso no más, por un abrazo,
Y morirme después, el mundo entero
Pidiendo una limosna correría,

Y con los pies desnudos y mi llanto,
Piedras enterneciera en mi quebranto
Y al mundo mi dolor lastimaría.
¡Oh! ¡que del alma mía,
Pobre Lucía, que arrancó la muerte,
Y el corazón contigo de mi pecho
Arrancó de esa suerte,
Á tantos males y aflicciones hecho!
¡Hora fatal, maldita
Por siempre la hora aquella
Que el hombre aquel te contempló tan bella!!
¡El Señor me la dió y él me la quita!
¡Cómo ha de ser!!...» Y el corazón partido,
Secos los ojos, exhaló un gemido.

En remolinos mil su pensamiento
Vagando Adán por su cabeza siente,
Que no acierta á explicarse el sentimiento
Que al par que el corazón turba su mente.
—¡El Señor me la dió y él me la quita!
Repite luégo en su delirio insano,
Y penetrar tan insondable arcano
Su mente embarga y su ansiedad irrita.

El Dios ese que habita
Omnipotente en la región del cielo,
¿Quién es que inunda á veces de alegría,
Y otras veces crüel con mano impía
Llena de angustia y de dolor el suelo?
Nombrar le oye doquiera,
Y á todas horas el mortal le invoca,
Ora con ruego ó queja lastimera,
Ora también con maldiciente boca.
Tal devanaba Adán su pensamiento

Que en vano ansioso comprender desea,
Y en medio al rudo afán que le marea
Los hombros encogió: dudas sin cuento
De su ignorancia y su candor nacidas,
No del alma lloradas y sentidas;
Sueños de su confuso entendimiento
Su mente asaltan, y por vez primera
Adán súbito siente
Volar queriendo, sin saber adónde,
Del corazón ardiente
La perpetua ansiedad que en él se esconde.
—«¿Cómo en vuestro dolor, dijo inocente,
Madre infeliz, la cana cabellera
Tendida al aire, los quemados ojos
Con muestra lastimera
Y bañados de lágrimas, de hinojos
No os postráis ante Dios? ¡Ah! si él os viera
Desdichada á sus pies, cual yo á los míos,
Y los ojos de lágrimas dos ríos,
Y ese del corazón hondo lamento
De amarga y melancólica querella
Oyera, y el profundo sentimiento
Que en esa seca faz marcó su huella
Y en vuestro corazón fijó su asiento,
Contemplara cual yo: ¿por qué á la rosa,
Que súbito secó ráfaga impura,
No renovara su color hermosa
Y volviera su aroma y su frescura?
Desdichada mujer, ¡oh! ven conmigo,
Juntos lloremos á sus pies tus penas,
Él nos dará su bondadoso abrigo;
Á la fuente volemos,
Eterno manantial de eterna vida,

Y la rica simiente allí escondida
Juntos recogeremos.
Seca, buena mujer, tu inútil llanto,
Vuélvate la esperanza tu energía,
Y el cuadro de tu mísero quebranto,
Soledad y agonía
Muestra á ese Dios, y con humilde ruego
Que no será, confía,
Sordo á tus quejas ni á tu llanto ciego.»

La vieja en tanto levantó los ojos
Al techo, y murmuró luégo entre dientes
Quizá sordas palabras maldicientes,
Ó quizá una oración; el más sufrido
Suele echar en olvido
Á veces la paciencia, y darse al diablo,
Y usar por desahogo,
Refunfuñando como perro dogo,
De algún blasfemador rudo vocablo:
Mas todo se compone
Con un Dios me perdone,
Que así mil veces yo salí del paso
Si falto de paciencia juré acaso,
Y cierto, vive Dios, si no jurara,
Que el diablo me llevara,
Que cuando ahoga el pecho un sentimiento
Y el ánimo se achica, porque crezca
Y el corazón se ensanche y se engrandezca,
No hay suspiro mejor que un juramento.
Y aun es mejor remedio
Para aliviar el tedio
Mezclarlo con humildes oraciones,
Como al són blando de acordada lira

La voz de melancólicas canciones
Confundida suspira;
Y así también se dobla la esperanza,
Que adonde falta Dios el diablo alcanza.
Yo á cada cual en su costumbre dejo,
Que á nadie doy consejo,
Y así como el placer y la tristeza
Mezclados vagan por el ancho mundo,
Y en su cauce profundo
A un tiempo arrastran flores y maleza,
Así suelen también mezclarse á veces
Maldiciones y preces,
Y yo tan sólo lo que observo cuento,
Y á fe no es culpa mía
Que la gente sea impía
Y mezcle á una oración un juramento.
Testigo aquella vieja
De la antigua conseja
Que á San Miguel dos velas le ponía
Y dos al diablo que á sus pies estaba,
Por si el uno fallaba
Que remediase el otro su agonía.

Mas juro, vive Dios, que estoy cansado
Ya de seguir á un pensamiento atado
Y referir mi historia de seguida,
Sin darme á mis queridas digresiones,
Y sabias reflexiones
Verter de cuando en cuando, y estoy harto
De tanta gravedad, lisura y tino
Con que mi historia ensarto.
¡Oh! ¡Cómo cansa el orden! No hay locura
Igual á la del lógico severo;

Y aquí renegar quiero
De la literatura
Y de aquellos que buscan proporciones
En la humana figura
Y miden á compás sus perfecciones.

¿La música no oís y la armonía
Del mundo, donde al apacible ruido
Del viento entre los árboles y flores
Se oye la voz del agua y melodía,
Y del grillo y las ranas el chirrido
Y al dulce ruiseñor cantando amores?
¿Y las de mil colores
Nubes blancas, y azules, y de oro,
Que el cielo á trechos pintan;
La blanca luna, el estrellado coro
No veis, y negras sombras á lo lejos,
Y entre luz y tinieblas confundidos
El horizonte terminar perdidos
Negros velos y espléndidos reflejos?
¿Y la noche y la aurora?...
Pues entonces... Mas basta, que yo ahora
Del rezo ó juramento
Que allá entre dientes pronunció la vieja,
Así como el que deja
Senda escabrosa que acabó su aliento,
Al llegar á este punto me prevalgo
Y de este canto y de su historia salgo.

FRAGMENTOS

DEL CANTO VII[1].

. . . .

«¡Ven más cerca de mí, más cerca... ahora!
¡Tú eres, oh joven, mi mayor consuelo!
¡Triste del alma cuando sola llora!
¡Tú aún no has probado tan amargo duelo!
¡Ojalá que con mano veladora
Tus pasos guíe providente el cielo,
Y nunca aislado en tu dolor profundo
Solo te mires en mitad del mundo!

»¡Solo!... ¡Si tú supieras qué amargura
Esta palabra encierra, llorarías!...
¡Mi abandono, mi mal, mi desventura
Y mi inmenso dolor comprenderías!...
¡Á esa gente que en torno se apresura,
Qué le importa jamás las penas mías!...
¡Solo está el corazón, blasfeme ó llore,
Maldiga á Dios, ó su piedad implore!

»¡Y yo más sola!... ¡Que el que á mí me vea,
Á mí, maldita, á mí, cieno del mundo,
Segura estoy de que en mi pena crea,
Ni compadezca mi dolor profundo!

1 Dió á luz el primero de estos trozos el Sr. D. Miguel de los Santos Álvarez en su notable continuación del poema de Espronceda; debemos el segundo á la bondad del Sr. de Cueto, quien lo hubo del Sr. D. José de Zaragoza, en cuyo poder obraba el original autógrafo, escrito por el célebre poeta pocos días antes de su fallecimiento. No es fácil adivinar el orden en que los habría colocado Espronceda.

¡No me verá ninguno, sin que sea
Para tratar como á animal inmundo
Á esta pobre mujer, que esconde herida
Un alma solitaria y dolorida!

»¡Dame tu mano, déjame, hijo mío,
Que la bañe en mi llanto y que te mire,
Y te llame mi hijo, y que en mi impío
Tormento contemplándote respire!...
¡Tú eres bueno, tú lloras, y desvío
¡Ah! no me muestras; deja que delire
Y me llame tu madre; y no te infame
Que una mujer tan vil su hijo te llame!

»¿Quién eres tú, que á descifrar no acierto,
Joven, de tus palabras el sentido?
¿Cómo presumes tú dar vida á un muerto,
Ni hablar con Dios, si el juicio no has perdido?..
¡Si en medio á tu lenguaje y desconcierto
No respirara un corazón herido,
Creyera acaso que con burla impía
Viniste aquí á mofar de mi agonía!...

»¡Ah! ¡que estoy ya tan avezada á eso!...
¡Á causar risa con mi amargo llanto!...
¡A llevar sola y de continuo el peso
De mi arrastrada vida y mi quebranto!...
¡A ser juguete vil, del que en su exceso
Desprecia y escarnece dolor tanto!...
¡Que si tu voz de mí también mofara,
Ni me doliera más, ni me extrañara!

»¡Ni qué burla tampoco ya podría
Herir mi alma de amarguras llena!...

¡Ahora que agota en mí la suerte impía
Su rabia y la esperanza me envenena!...
Ahora que te perdí, ¡dulce hija mía!
Habrá pena tal vez que sea pena,
Ni otro mayor pesar, ni otro quebranto
Para tu madre, que te amaba tanto!!!...

»¡Oh, no! ¡ninguno!... que ningún tormento
Cabe en mi pecho ya, ni nunca impío
Sentimiento igualó á mi sentimiento,
Ni otro ningún dolor al dolor mío!...
¡Mas tú lloras oyendo mi lamento,
Lloras mirando su cadáver frío!...
¡Dios te bendiga, oh joven, que la queja
Oyes piadoso, de esta pobre vieja!...

. . . .
. . . .
. . . .
. . . .

»Ella otro tiempo, cuando Dios quería,
Con dulce voz su madre me llamaba,
Y mi pecho, llamándola *¡hija mía!*
De cualquiera pesar se desahogaba.
Abrazándome ayer, ¡ah! todavía
Moribunda, su madre me llamaba:
¡Ayer! ¡Ayer aún! ¡Miseria! ¡Hoy
Madre tan sólo de un cadáver soy!

»Dime, ¿comprendes todo mi quebranto,
Mi desesperación, toda mi pena?
¡Verla morir yo que la amaba tanto
Sin poderla valer, de angustias llena,

Mis ojos, escaldados con el llanto,
Al cielo levantando, y con faena
Mortal ansiando á su respiro frío
Prestar calor con el aliento mío!

»Era mi corazón que se rompía,
Era mi vida la que en mi locura
Con mis esfuerzos detener quería,
Y era mi alma y toda mi ventura,
La hija de mis entrañas, mi alegría,
Mi única esperanza y la flor pura,
Único mimo de mi pobre huerto,
Ahora sin ella lúgubre y desierto.»

Tal hablaba la vieja, y entre tanto
Callando Adán confuso la miraba,
Dejándose abrazar y en tierno llanto
Sus manos inundar que ella besaba:
Y tregua dando á su mortal quebranto
El llanto que la triste derramaba,
Antes que Adán interrumpirla intente,
Á proseguir volvió con voz doliente:

«Sólo una madre, ¡oh joven! sólo sabe
Cuánto á su hijo se ama; sólo ella
Cuánto es al corazón su amor süave
Saber puede y sentir. La lumbre bella
De los cielos es sombra, y triste el ave
Que canta al sol cuando su luz destella,
Si las comparo á la delicia pura
Que inspira una inocente criatura.

»Verla dormida en el regazo blando
Con un ceño pueril cómo reposa,

Sus entreabiertos labios respirando
El olor de azucena y de la rosa;
Y verla sonreirse despertando
Al beso de la madre cariñosa
Que inquieta vela siempre y siempre cuida,
La vida en ella de su propia vida.

¡Oh! ¡no hay placer igual! . . . . .
. . . .

FIN DE «EL DIABLO MUNDO»

EL ÁNGEL Y EL POETA

Episodio de EL DIABLO MUNDO[1]

ÁNGEL.

¿Osas trepar, poeta, á la montaña
de oro, del zenit?

POETA.

¡Quien quier que seas,
Ángel sublime, del empíreo cielo
Radiante aparición, ó del profundo
Príncipe condenado á eterno duelo
Y á llanto eterno, dame que del mundo
Rompa mi alma la prisión sombría,
Mis pies desprende de su lodo inmundo,
Y en alas de Aquilón álzame y guía!

ÁNGEL.

¡Oh hijo de Caín! Sobre tu frente
Tu orgullo irreverente
Grabado está, y tu loco desatino:
De tus negros informes pensamientos
Las nubes, que en oscuro remolino
Sobre ella apiñan encontrados vientos,
Y el raudo surco de amarilla lumbre,
Que en pálida vislumbre,

1 Esta composición se publicó en *El Iris* el año de 1841. El Sr. Laverde la reprodujo en sus *Páginas perdidas*, de donde la tomamos nosotros. Con evidencia se escribió para *El Diablo Mundo*.

Ráfaga incierta de la luz divina,
Sus sombras ilumina,
Muéstranme en ti al poeta,
El alma en guerra con su cuerpo inquieta!
Muéstranme en ti la descendencia, en fin,
Rebelde y generosa de Caín!

¡Tú más alto, poeta, que los reyes,
Tú cuyas santas leyes
Son las de tu conciencia y sentimiento;
Que á penetrar el pensamiento arcano
Osas alzar tu noble pensamiento,
Del mismo Dios, en tu delirio insano!
¡Y sientes en tu espíritu la grave,
Maravillosa música süave,
Y del mundo sonoro la armonía!
¡Que indeficiente y fría
Sientes vil la palabra á tu deseo,
Y en vértigo perpetuo y devaneo,
Y en insomnio te agitas
Y en pos de tu ansiedad te precipitas!
¡Que ora tras la esperanza,
Que acaso finges, tu ilusión se lanza,
Ora piedad imploras
Y con la hiel de los recuerdos lloras,
Ora desesperado desafías
Rebelde á Dios y en tu rencor porfías!!!
Álzate, en fin, y rompe tu cadena,
Y el alma noble y de despecho llena
Á las regiones célicas levanta,
Y rueden en montón bajo tu planta
Los cetros, las tiaras, las coronas,
La hermosura y el oro, el barro inmundo,

Cuanto es escoria y resplandor del mundo,
Y en tu mente magnífica eslabonas!

POETA.

¡Sí, levántame, sí; sobre las alas
Cabalgue yo del huracán sombrío,
Cruce mi mente las etéreas salas,
Llene mi alma el seno del vacío!
Sobre mi frente el rayo se desprenda,
Mi frente en Dios, mi planta en el profundo,
Y al contemplar al Hacedor del mundo
Mi espíritu en su espíritu se encienda!

¡Oh Ángel! ¡yo he vivido
En la inmensa baraja confundido
De los hombres; y títulos y honores
Mi orgullo desdeñó: sobre mi frente
Reflejaba tal vez ricos colores
La luz de la esplendente poesía,
Y esta marca divina que llevaba
De los hombres tal vez me distinguía
Y sobre ellos tal vez me levantaba!
Un vago indefinible sentimiento,
Como el sutil aliento
Del aura leve del Abril florido,
En mi espíritu insomne se agitaba,
Y en doliente gemido
Sólo del triste corazón sentido,
Pasando por mi alma suspiraba!
Ni palabra, ni grito, ni lamento
Hallé á expresar bastante
Esta secreta voz del pensamiento,
Este vertiginoso é incesante

Movimiento del ánimo y trastorno!
Yo apostrofaba al mundo en su carrera,
Giraba el mundo indiferente en torno,
Y en vano y débil mi lamento era.
¡ Oh! ¡mi triste lamento
Era un leve sonido en la armonía
Del eterno tormento
Del mundo y su agonía!
Cada grano de arena, cada planta,
El vil insecto, la indomable fiera
Que con rugidos el desierto espanta,
El águila altanera,
Que el sol á mirar sube
Sobre el vellón de la remota nube,
¡Oí lanzaban la doliente queja
De su eterno dolor y su amargura!
¡Marañada madeja
Este mundo, de duelo y desventura!...
Las aguas de las fuentes suspiraban,
Las copas de los árboles gemían,
Las olas de la mar se querellaban,
Los aquilones de dolor rugían!...

ÍNDICE

PRELIMINARES

	Páginas.
Advertencia.	1
Prólogo de la primera edición.	5
Biografía de D. José de Espronceda.	9
Don José de Espronceda, su personalidad poética y sus obras.	27
El entierro de Espronceda.	67

OBRAS POÉTICAS

A..... Dedicándole estas poesías.	79
Fragmentos de un poema titulado el *Pelayo*.	80
Plan del poema el *Pelayo* según autógrafo del Sr. D. Alberto Lista.	127
Octavas autógrafas del Sr. D. Alberto Lista para el *Pelayo*.	129

POESÍAS LÍRICAS

Serenata.	149
Á una dama burlada.	152
Á la noche, romance.	154
El Pescador.	158
Oscar y Malvina.	160
El Combate.	164
Al Sol, himno.	166

CANCIONES

La cautiva.	170
Canción del pirata.	172
El canto del Cosaco.	176
El mendigo.	180
El Reo de muerte.	185
El verdugo.	190

ASUNTOS HISTÓRICOS

Soneto. Á la muerte de Torrijos y sus compañeros.	195
Á la muerte de D. Joaquín de Pablo (Chapalangarra).	196
Despedida del patriota griego de la hija del Apóstata.	199
¡Guerra!.	204
Á la patria, elegía.	207
Á una rosa, soneto.	209
Á una estrella.	210
Á Jarifa en una Orgía.	214

DE LAS PÁGINAS PERDIDAS

Á D. Diego de Alvear. 219
Á la Sra. de Torrijos, romance. 224
Octava real. 226
Á Matilde. 226
Á..., madrigal.. 228
Á un ruiseñor. 228
Romance.. 229
Á Carolina Coronado.. 231
La vuelta del Cruzado. 232
Serenata.. 233
Canción báquica. 235
Fragmento.. 237
Á la degradación de Europa. 238
Á una ciega. 240
Las quejas de su amor. 243
Á Guardia, soneto. 244

INÉDITAS HASTA EL DÍA

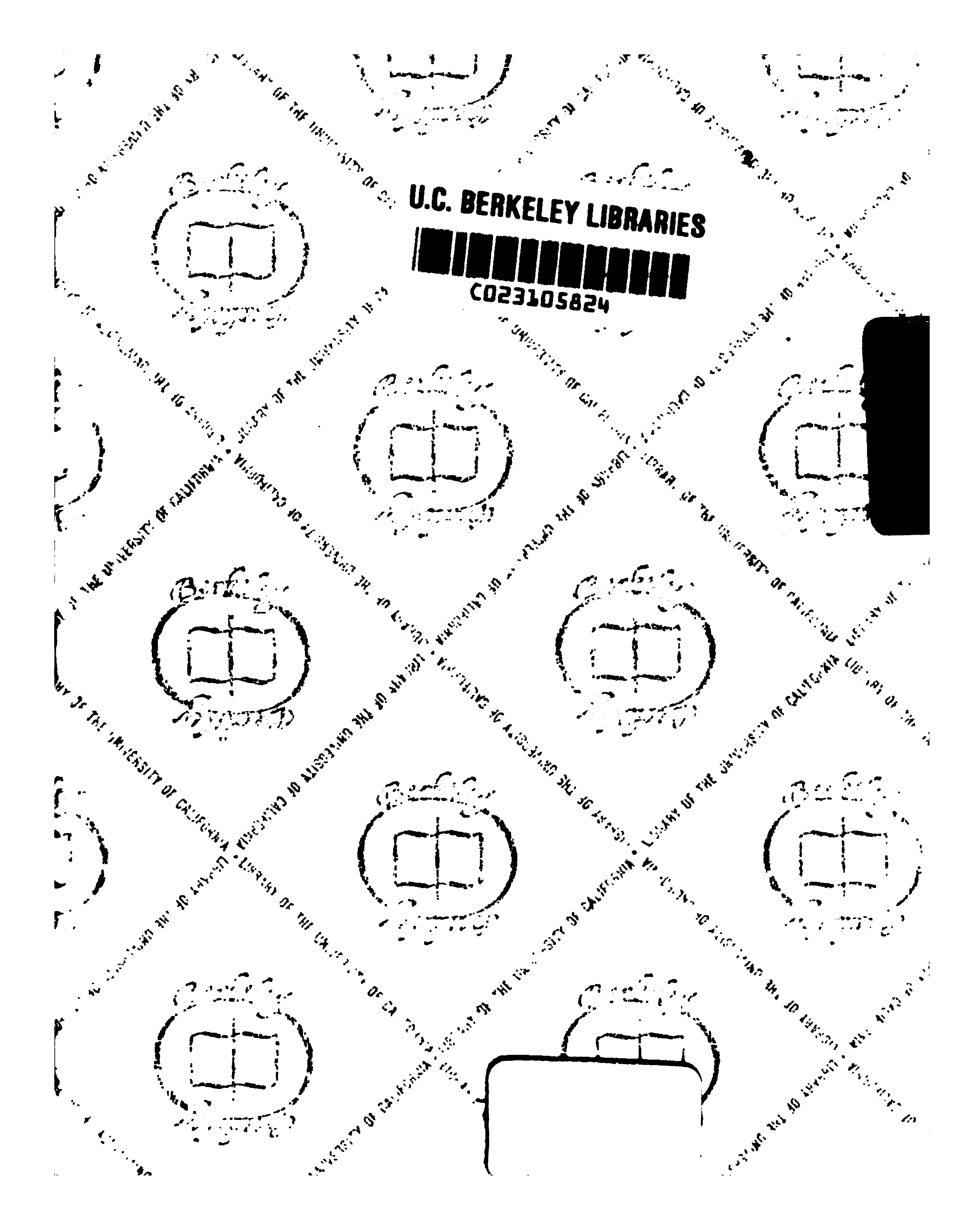
Al Dos de Mayo. 245
Canto del Cruzado. 251
Revoluciones del globo.. 261
Soledad del alma. 262
Imitación del Cantar de los cantares. 263
Dos romances. 264

LEYENDAS

El estudiante de Salamanca. 269

POEMAS

El Diablo mundo
Prólogo de D. Antonio Ros de Olano. 337
Introducción. 347
Canto I. 372
Canto II. 403
Canto III.. 416
Canto IV.. 455
Canto V. 491
Canto VI. 536
Fragmento del canto VII. 564
El Angel y el Poeta. 569


U.C. BERKELEY LIBRARIES
C023105824

